

LA VIVENCIA NIETZSCHEANA DE LA
ENFERMEDAD

MEMORIA DE INVESTIGACIÓN

AUTOR: Sergio González Bisbal

DIRECTOR: Juan Luis Vermal Beretta

Departament de Filosofia i Treball Social

Universitat de les Illes Balears

Maig 2010

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. PENSAMIENTO Y VIDA. DOS INSTANCIAS, UNA REALIDAD.

1.-El camino hacia la biografía y el cuerpo.....	pág. 1
2.-Schopenhauer, el cuerpo entra en escena.....	pág. 4
3.-Dilthey, la llegada de la historia y la vida.....	pág. 8
4.-Conclusiones.....	pág. 13

PARTE PRIMERA. PENSAMIENTO Y VIDA: EL CASO NIETZSCHE

1.-En tercera persona	
1.1.-Georg Brandes.....	pág. 16
1.2.-Lou Andreas-Salomé.....	pág. 20
1.3.-Karl Jaspers.....	pág. 26
1.4.-Rüdiger Safranski.....	pág. 33
1.5.-Werner Ross.....	pág. 38
1.6.-Curt Paul Janz.....	pág. 40
2.-En primera persona.....	pág. 43
3.-Conclusiones.....	pág. 56

PARTE SEGUNDA. LA VIVENCIA NIETZSCHEANA DE LA ENFERMEDAD

1.-Infancia y juventud.....	pág. 58
2.-Los años de universidad.....	pág. 65

3.-El joven profesor. Empiezan los problemas.....	pág. 78
4.-La enfermedad cobra protagonismo.....	pág. 99
5.-Año sabático.....	pág. 114
6.-Fin del período docente.....	pág. 122
7.-Tocando fondo.....	pág. 130
8.-Leves esperanzas.....	pág. 134
9.-Sils-Maria.....	pág. 139
10.-Lou-Salomé.....	pág. 146
11.-Niza.....	pág. 152
12.-El gran proyecto.....	pág. 155
13.-¿Hacia la curación?.....	pág. 165
14.-Turín. El desenlace.....	pág. 171
15.-Concluyendo.....	pág. 176
BIBLIOGRAFÍA.....	pág. 183

LA VIVENCIA NIETZSCHEANA DE LA ENFERMEDAD

INTRODUCCIÓN.

PENSAMIENTO Y VIDA. DOS INSTANCIAS, UNA REALIDAD.

1.-El camino hacia la biografía y el cuerpo.

La Filosofía, en tanto que actividad intelectual del ser humano, ha centrado sus miras en las potencias racionales que todos los individuos poseen, estableciendo un ideal de corrección lógica que toda reflexión que pretenda llamarse filosófica debe cumplir. En efecto, se ha hecho hincapié en las cuestiones relacionadas con los aspectos intelectuales, en el uso de conceptos abstractos y la construcción lógica del discurso, dejando de lado cualquier mención al ámbito de la facticidad que no esté incluido dentro de los citados aspectos centrales. Por ello, ya no sólo la actividad filosófica propiamente dicha, sino también el acercamiento a los sistemas de los filósofos antiguos, se ha hecho de forma tradicional desde ese ámbito intelectual que se siente como propio y particular de la Filosofía y del Hombre. Subyace a este enfoque una idea acerca del Ser Humano muy concreta, que en cierto sentido la retroalimenta. Según este punto de vista, el Ser Humano posee un Intelecto que le permite razonar a base de conceptos abstractos y según unas leyes lógicas universales que hacen posible la comunicación de dichos razonamientos entre los distintos pensadores y las diferentes épocas. Esta concepción del Ser Humano proviene de diversas fuentes, si bien pueden citarse como hitos principales la doctrina platónica de las Ideas y, sobre todo para la modernidad, la distinción cartesiana entre *Res Cogitans* y *Res Extensa* como componentes de la realidad humana.

Platón describe un panorama en el que sólo las verdades a las que se ha accedido mediante el puro pensamiento pueden ser consideradas tales. Para él, toda contaminación con hechos del mundo sensible es fruto de errores, y por lo tanto se debería depurar todo contacto con la realidad mundana a la hora de poner en marcha un pensamiento que quiera ser riguroso. De este afán se deduce el desprecio platónico por todo lo relacionado con el cuerpo y el camino hacia una concepción dualista del Hombre, en la que el alma se convierte en la instancia rectora que ha de dominar al cuerpo y evitar toda influencia perniciosa que éste y sus impulsos puedan ejercer sobre su actividad más elevada, que no es otra que la Filosofía¹. La preexistencia y la

1 -¿Y la purificación no es, por ventura, lo que en la tradición se viene diciendo desde antiguo, el

permanencia del alma tras la muerte subrayan este valor superior del alma en la doctrina del filósofo ateniense², preeminencia que se prolongó a los siglos posteriores gracias al cristianismo, el cual, si bien con otros objetivos y fuentes (aunque la influencia platónica no es desdeñable), mantiene una visión similar acerca del alma y el cuerpo. En el Renacimiento se produjo una reactivación del platonismo, que había quedado un tanto desplazado por las doctrinas aristotelizantes de la escolástica. Así, las peculiaridades de la época (desarrollo de las ciencias empíricas, Reforma y Contrarreforma, neoplatonismo en auge...), desembocan en Descartes y su postulación del pensamiento como único lugar seguro desde el que poder emprender el conocimiento “claro y distinto” del mundo. De este modo las potencias racionales son consagradas como las únicas capaces de dar cuenta de lo que ocurre en él, y de hacerlo de una forma verdadera. Por si esto fuera poco, y como consecuencia de ello, Descartes reproduce la escisión en el ser humano separando la *Res Cogitans* -el pensamiento- y la *Res Extensa* -el cuerpo y todos sus aspectos materiales-, otorgando toda la preeminencia a la primera, en detrimento de la segunda, que se vería reducida, de nuevo, a ser un mero estorbo sometido a las mismas leyes que el resto de cosas, o un complemento aleatorio del Pensamiento, verdadero lugar de residencia de lo propiamente humano. Así las cosas, la Filosofía de los siglos que siguieron a Descartes vieron como se profundizaba en la investigación de la Razón y sus intimidades, llegando al extremo de postular a la Razón como la única y auténtica clave de bóveda del Universo. Sin embargo, este mismo afán racional que impulsó a los pensadores a penetrar en los secretos de la Razón cognoscente también llevaba implícita la necesidad de acercarse a todas las realidades del mundo. Y entre estas realidades se encontraba la corporal. Y también la de las circunstancias que acompañan al desenvolvimiento del cuerpo y de la Razón. Así, se empezaron a establecer puentes e interrelaciones entre las dos realidades que hasta el momento habían estado separadas de forma radical. Poco a poco se fueron

separar el alma lo más posible del cuerpo y el acostumbrarla a concentrarse y a recogerse en sí misma, retirándose de todas las partes del cuerpo, y viviendo en lo posible tanto en el presente como en el después sola en sí misma, desligada del cuerpo como de una atadura?

-Así es en efecto -dijo.

-¿Y no se da el nombre de muerte a eso precisamente, al desligamiento y separación del alma con el cuerpo?

-Sin duda alguna -respondió Simmias.

-Pero el desligar el alma, según afirmamos, es la aspiración suma, constante y propia tan sólo de los que filosofan en el recto sentido de la palabra; y la ocupación de los filósofos estriba precisamente en eso mismo, en el desligamiento y separación del alma y del cuerpo. ¿Sí o no?

-Así parece.

Platón. *Fedón*, 67c-d

- 2 Aunque teorías similares ya existían antes que él, como es el caso del orfismo y el pitagorismo, es en Platón donde adquieren un peso filosófico importante, y desde donde se extiende la influencia a sistemas posteriores.

desarrollando doctrinas según las cuales las relaciones eran bastante directas entre ambas instancias, de modo que una influía en la otra.

En realidad, la relación entre Alma (Razón, Mente o Yo según los distintos sistemas) y cuerpo era algo que siempre estuvo sobre la mesa, ya que era la instancia encargada de regir los impulsos corporales y los vicios que la corporeidad podía traer consigo (no sólo a nivel moral, sino también a la percepción y al razonamiento mismo) y que debía velar por la pureza en todos los sentidos. Lo novedoso estaba en la idea de que fuera el cuerpo, sus capacidades y sus avatares quienes tuvieran un peso importante dentro de la racionalidad, y que ésta no fuera más que un producto de lo corporal y vital (si bien un producto especial, es evidente).

Si hemos de tender puentes entre el binomio vida-cuerpo³ y el pensamiento, hay que aceptar la posibilidad de que lo que en un lado ocurre se vea reflejado en el otro de algún modo, y que la forma de vivir el cuerpo o de experimentar los avatares vitales tiene que verse expresado en los pensamientos y las teorizaciones que cada humano despliegue. Además, hay que tener en cuenta el desarrollo de las ciencias empíricas en general y de la biología en particular, que desde finales del siglo XVIII empezaban a dar lugar a teorías adaptacionistas que proclamaban que los organismos, en su afán por sobrevivir, desplegaban diversas estrategias de adaptación a su circunstancia. De este modo es fácil llegar a la conclusión de que, tomado el ser humano como un ser vivo, su inteligencia y racionalidad pueda ser su forma de adaptarse al medio, algo así como un órgano secretor de conceptos y teorías para mejor manejarse en el mundo. Dicha conclusión empezó a adoptarse por algunos autores, con distintos matices y desde posturas diversas, a partir del siglo XIX.

De lo dicho podría deducirse un relativismo y escepticismo radicales, pero por norma general se adoptó el camino según el cual, aunque cada individuo es único y por lo tanto está sometido a unas exigencias y circunstancias que lo distinguen de cualquier otro, existe la posibilidad de un espacio común en el que podamos entendernos y establecer unas verdades válidas para todos, por lo que no se cerró en ningún momento la puerta a esas potencias intelectuales del ser humano y a su posibilidad de conocimiento. Lo que se vio modificado fue el aislamiento al que se suponía que se podía llegar mediante el trabajo intelectual, al igual que quedó abierta la posibilidad de que la vida tuviera alguna influencia en el modo de pensar o en aquello que se pensara, por más que esto pensado cumpliera con todos los criterios de asepsia y de

3 Por el momento podemos tomarlos en su conjunto, ya que me interesa destacar en este momento la relación entre estos ámbitos dejados de lado y el pensamiento racional y las potencias intelectuales, que hasta entonces se habían considerado alejados de ellos.

universalidad postulados por toda la tradición filosófica⁴.

Una vez hecha esta breve introducción a cómo se han tratado el asunto de la relación entre la vida y el pensamiento, podemos entrar a ver cómo se iniciaron las reflexiones en torno al asunto. No se trata tanto de hacer una relación exhaustiva de todos los autores y escuelas que han tratado el asunto como de mostrar, en unas pocas pinceladas, cómo se han planteado estas cuestiones y, sobre todo, cómo se empezaron a pensar.

2.-Schopenhauer, el cuerpo entra en escena.

Con Arthur Schopenhauer (1768-1860) se abre una nueva forma de entender el cuerpo y sus relaciones con el pensamiento⁵. En él, el cuerpo adquiere el rol de intermediario a través del cual se puede entrar en contacto con la Voluntad, que es la única realidad subyacente a la totalidad variable de fenómenos que se dan en el mundo. De ellos no tenemos más conocimiento que el de la representación que nuestros órganos sensoriales nos dan⁶. Ello determina que, dada la información que nos llega y que dichos órganos filtran, nos sea imposible tener un conocimiento directo de la Voluntad subyacente a todos, ya que lo que nos llega es fragmentario e incluso contradictorio. Es preciso remarcar que, además de ser representaciones⁷, éstas son de un sujeto particular (de ahí el “mi” cuando dice que “*el mundo es mi representación*”⁸), por lo cual cada cuerpo tendrá sus representaciones y, por extensión, su mundo. Porque no debemos olvidar que cada cuerpo posee una configuración particular que hace que filtre la

4 De hecho, y dicho lo dicho, las palabras citadas de Platón adquieren mayor fuerza, ya que, aunque una vivencia particular (corporal o biográfica) pueda servir de estímulo y guía para el pensamiento, éste, si quiere ser riguroso, debe purgar de sí todo elemento particular, con el fin de quedarse en el espacio común abierto donde la comunicación y comprensión es posible.

5 No se trata, como es obvio, de que Schopenhauer haya descubierto o inventado el cuerpo. Se trata del primer filósofo de la modernidad que nos enseña a ver el cuerpo en filosofía con nuevos ojos. El pensamiento moderno venía secularmente viviendo de las rentas, más en sentido negativo que positivo, del dualismo cartesiano.

RÁBADE ROMERO, Sergio. *El cuerpo en Schopenhauer*. En *Logos: anales del Seminario de Metafísica*, núm. 23, 1989. Págs. 135-148. Ed. Universidad Complutense. Madrid.

6 «El mundo es mi representación»: esta verdad es aplicable a todo ser que vive y conoce; aunque sólo al hombre le sea dado tener conciencia de ella; llegar a conocerla es poseer el sentido filosófico. Cuando el hombre conoce esta verdad estará para él claramente demostrado que no conoce un sol ni una tierra, y sí únicamente un ojo que ve el sol y una mano que siente el contacto de la tierra; que el mundo que le rodea no existe más que como representación, esto es, en relación con otro ser: aquel que lo percibe, o sea él mismo.

SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y como representación*. Aguilar. Buenos Aires, 1960. Libro I, § 1. pág. 37.

7 Representar puede ser comprendido como un volver a hacer presente, como la realización de un segundo paso mediante el cual queda algo en el camino. Así, tendríamos una primera presentación, la del objeto ante los sentidos, y luego la presentación de esa primera presentación (la representación) ante la conciencia, pero en ésta hay una pérdida, que hace que no tengamos un acceso claro al objeto de dicha representación.

8 Ver nota 6.

información recibida de un modo diverso, y no sólo entre las distintas especies animales, sino que dentro de una misma especie, a pesar de una uniformidad evidente, pueden tener lugar significativas variantes (un ciego, por ejemplo, al verse privado del sentido de la vista, tendrá unas representaciones en las que lo visual, tan importante para un vidente, estará ausente). A partir de las representaciones, el entendimiento forma sus conceptos y abstracciones, llegando a creer que son la realidad misma. De este modo, el entendimiento quedaría elevado a la potencia capaz de acceder a la Verdad. Sin embargo, Schopenhauer señala que mediante esta operación racional sólo se puede acceder al mundo fenoménico y aparente, y no a la raíz profunda de la que todo eso emana⁹. Por esta vía, Schopenhauer parece cerrar la puerta a que se pueda conocer ese fondo matricial del cual toda la multiplicidad emana. Pero llegar a él es posible precisamente gracias al cuerpo y a la relación que con él tenemos.

De entre todos los fenómenos del mundo, el del cuerpo posee una característica especial que lo hace distinto a todos los demás y lo sitúa en un rango diferente. Y es que no sólo es un objeto de conocimiento igual a cualquier otro, sino que es el fruto de las vivencias que la mente organiza, es algo que podemos conocer a la vez como objeto (frente a un sujeto, como todo lo demás) y también en primera persona. El cuerpo no sólo es conocido, sino que es vivido¹⁰. Por otro lado, para Schopenhauer toda la realidad es la manifestación de la Voluntad, que se coagula de diverso modo dando lugar a los fenómenos, que son conocidos por nosotros como representaciones y que velan el juego de la Voluntad. Sin embargo, en el cuerpo tenemos un lugar privilegiado dada la inmediatez vivencial que respecto a él tenemos. De este modo, en la vivencia corporal, al ser en primera persona, podemos entender el papel de la Voluntad. Mediante la introspección es posible comprender que somos una manifestación más de la Voluntad, que no somos más que Voluntad. Y así, si nosotros, que además de vivencia también

9 Podemos, no sin cierto atrevimiento y sabiendo que quizás se esté cometiendo una grave tergiversación, hacer nuestras en este punto las palabras de Kant sobre la “desconocida raíz común”, que en este caso no sería del conocimiento, sino de la diversidad fenoménica:

“Como introducción o nota preliminar, sólo parece necesario indicar que existen dos troncos del conocimiento humano, los cuales proceden acaso de una raíz común, pero desconocida para nosotros: la sensibilidad y el entendimiento.”

KANT, Immanuel. *Crítica de la razón pura* (trad. Pedro Ribas). Alfaguara. Madrid, 1997. Pág. 60.

10 Lo primero que se nos impone es la consideración de que al sujeto del conocimiento le es dado su cuerpo de dos maneras distintas: por una parte como representación en la intuición del entendimiento, es decir, como un objeto entre objetos, sometido también a las mismas leyes que los demás objetos; por otra parte el sujeto posee una experiencia vivencial inmediata del propio cuerpo, y en ese sentido se le ofrece como algo enteramente distinto del resto de los objetos. Por tanto, lo que distingue la representación del propio cuerpo del resto de los objetos es que el cuerpo aparece a la conciencia como algo que es «conocido», «vivido» inmediatamente

MUÑOZ-ALONSO LÓPEZ, Gemma. *Reflexiones sobre Schopenhauer y su teoría del cuerpo*. En *Revista general de información y documentación*. Vol. 2, nº 2, 1992. Págs. 93-104.

somos fenómeno, se puede, por analogía, entender que en los otros fenómenos también está la Voluntad por detrás, como motor último y único de la totalidad de las cosas¹¹.

El acceso a la Voluntad que tenemos mediante la vivencia corporal no es algo que pueda demostrarse, puesto que cae fuera del ámbito de las potencias racionales (que, como ya hemos señalado, se encargarían del ámbito fenoménico del mundo). Por lo tanto, no cabe hacer ninguna clase de deducción en torno a este conocimiento, tan sólo elevarlo de la vivencia inmediata a la abstracción, sin que en ello medien conceptualizaciones racionales. Pero esta inmediatez no supone ningún impedimento para que Schopenhauer considere a la identidad entre cuerpo y Voluntad como la auténtica y suprema verdad filosófica, porque merced a ella entramos en contacto con ese trasfondo del mundo que es la Voluntad, y al que no podríamos llegar de ningún otro modo.

Tras este brevísimo resumen de la doctrina de Schopenhauer en torno al cuerpo cabe plantearse si, a parte del acceso a la desnuda Voluntad que la introspección en la vivencia corporal produce, ésta estimula la sensibilidad hacia determinados fenómenos o aristas de los fenómenos. Así, según la vivencia del cuerpo que se tenga, el interés se focalizaría hacia los aspectos de los fenómenos (tanto exteriores como interiores) que resulten análogos a los vivenciados en el cuerpo.

De este modo, alguien que, como Nietzsche, tenga una experiencia de la enfermedad importante¹², tendería a interpretar los fenómenos exteriores haciendo un mayor hincapié en los aspectos patológicos que en ellos se manifiesten, puesto que la concreción de la Voluntad que él es se muestra como una realidad enferma, y las analogías que pudiera establecer subrayarían esta dimensión de lo patológico.

Se puede objetar a esta posibilidad que lo que Schopenhauer expone es más bien un programa, una guía para el acceso a esa verdad filosófica suprema que él supone que sería la Voluntad, más que una descripción de cómo actuamos respecto a nuestro cuerpo

11 No cabe, pues, duda alguna de que poseemos un doble conocimiento de la esencia y actividad de nuestro cuerpo, llegado a nosotros por dos vías enteramente distintas. Esto nos ha de servir de clave para conocer la esencia de todos los fenómenos de la naturaleza, y para discernir por analogía con nuestro cuerpo todos los demás objetos, es decir, todos aquellos objetos que conocemos simplemente como representaciones del sujeto, lo que de ellos queda debe ser lo mismo que en nosotros llamamos voluntad

SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y como representación*. Aguilar. Buenos Aires, 1960. Libro II, § 19. Pág. 16.

12 A pesar de la posibilidad de que los trastornos que padeció Nietzsche fueran de carácter más bien psicológico o psiquiátrico (es decir, no somáticos), la vivencia que él padecía era del todo corporal, manifestada por dolores y períodos de postración física. Además, no hay que perder de vista el hecho de que por entonces la psicología estaba en fase de formación, por lo que, incluso para la medicina de la época, no existía otra opción que la corporal a la hora de estudiar las distintas enfermedades.

y al mundo¹³. Esto implica que la introspección se ha de realizar de forma consciente, sabiendo lo que está en juego, si bien a partir del momento en que se pone en marcha la relación con el cuerpo cambia. Además, no todos pueden llegar a alcanzar esta sabiduría, bien porque andan ocupados en otras cosas o porque no tienen acceso a las enseñanzas de Schopenhauer. Por lo tanto, muy pocos son los que, al menos de entrada, pueden llegar a desarrollar esa sensibilidad por analogía a las vivencias corporales de la que se ha hablado más arriba, puesto que no se trataría de una actitud natural en el ser humano. Sin embargo, en el caso de Nietzsche sí que podemos tomar en consideración esta posibilidad, ya que él sí que fue un gran conocedor de la filosofía de Schopenhauer y sabía de esta doctrina sobre el cuerpo.

También se puede argüir que Nietzsche dejó de lado al maestro de Danzig en un momento temprano de su andadura intelectual, y que llegó incluso a dedicarle alguna crítica en sus obras¹⁴, pero las influencias schopenhauerianas en la obra de Nietzsche son demasiado evidentes y profundas como para pensar en un abandono radical¹⁵. A este respecto, y muy relacionado con todo lo dicho acerca de la relación con el cuerpo, cabe comentar la cuestión nietzscheana del cuerpo como hilo conductor para la filosofía¹⁶, mediante el cual se accede a toda una miríada de impulsos en lucha por imponerse a los demás, abriendo así la puerta para la concepción de la Voluntad de Poder. De este modo, queda claro que para profundizar en el pensamiento y el conocimiento de la auténtica realidad, el cuerpo deviene fundamental, por lo que no resulta descabellado pensar que, en última instancia, las doctrinas que se puedan llegar a desarrollar desde esta perspectiva tengan una relación importante con lo que le ocurre al cuerpo de sus pensadores, puesto que de él y la vivencia de él es de donde se extraen las experiencias y reflexiones sobre las que se elaboran dichas doctrinas.

En cualquier caso, la relación con el cuerpo y su toma como fundamento metodológico para la filosofía pone sobre la mesa otra cuestión no menos importante, ya

13 Más bien al contrario, según lo expuesto, el centrarse en la racionalidad ha hecho que el pensamiento haya dado la espalda a la Voluntad y se haya centrado tan sólo en los fenómenos, quedando olvidada una parte de la realidad, la parte fundamental, cabría decir.

14 Sobre todo en sus últimos años, en la época de *La Voluntad de poder*, Nietzsche realiza varios ataques a la doctrina schopenhaueriana, centrándose en aspectos como la cuestión de la compasión o el rechazo del dolor y el sufrimiento por parte de Schopenhauer. Ver: VILLAR EZCURRA, *La crítica de Nietzsche a Schopenhauer sobre el valor de la compasión*, en *Nietzsche y la Hermenéutica*, actas de I congreso *Nietzsche y la Hermenéutica* (Valencia, del 5 al 7 de noviembre de 2007), vol. I, págs. 133-142; SPIERLING, Volker, *Nietzsche y Schopenhauer: una comparación*, en *Enrahonar: quaderns de filosofia*, nº 25, 1996, págs. 21-39.

15 Sin ir más lejos, la doctrina de la voluntad de poder, sobre la que debía de tratar la gran obra que Nietzsche pretendía dejar para la posteridad, posee unas indudables resonancias schopenhauerianas.

16 “Esencial: partir del cuerpo y utilizarlo como guía”. NIETZSCHE, Friedrich. *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Bänden (KSA)*. 11, 40 [15], pág. 635.

que el cuerpo no se encuentra solo, sino que está en medio de otros cuerpos y se ve sometido a diversas circunstancias que le vienen dadas desde el exterior. Así, aunque es cierto según la óptica de Schopenhauer que la convivencia con el propio cuerpo es de un carácter diverso al de la convivencia con las otras entidades, no lo es menos que el cuerpo posee un plano fenoménico que no podemos obviar, que es el que lo pone en relación con otros cuerpos humanos y con otros objetos, conformando una constelación única para cada individuo, posibilitando así un relato del despliegue de esa relación. Así, entran en juego los conceptos de historia y de biografía (y por extensión, el de autobiografía) como puntos de referencia a la hora de pensar sobre las relaciones que pueda haber entre el desarrollo de la existencia de cualquier pensador y su pensamiento.

3.-Dilthey, la llegada de la historia y la vida.

Wilhelm Dilthey (1833-1911) tiene el mérito de haber sido el introductor de la razón histórica en la filosofía. Mediante ella, pretendía el acceso a la realidad viva del ser humano, a su dimensión vital, al cambio y a la variación en todos sus aspectos, que llevan a comprender que un ser humano de una época y lugar es distinto al de otra época y lugar diferentes. Así se pone en juego la necesidad de abordar no sólo los aspectos intelectuales de cada texto, sino también los relacionados con el desarrollo de las ideas en el momento de su redacción. Porque puede darse el caso de que lo que nosotros entendemos por algo no sea exactamente lo que en el momento de la escritura se entendía, introduciendo una interferencia hermenéutica en él. De este modo, se hace preciso, al acceder a cualquier autor y época, explicitar las características de la vida del momento.

El punto de partida de Dilthey para sus reflexiones es el empuje de las ciencias naturales de su tiempo, que amenazaban con fagocitar la actividad de las ciencias de lo humano y convertirlas en meros apéndices o consecuencias suyas. Además, hay también un cierto reproche al racionalismo y al idealismo, que se habían encerrado demasiado en las potencias intelectuales, dejando desatendidas otras posibilidades de lo humano¹⁷. A partir de ahí, Dilthey pretendió delimitar un espacio propio para las ciencias del espíritu, para el estudio de todo lo relacionado con el ser humano, y para ello consideró adecuado tomar al ser humano como un todo, porque, aunque analíticamente podamos separar cualquier ciencia o producción humana de las otras y estudiarla en sí misma, no es

17 Por las venas del sujeto cognoscente que construyeron Locke, Hume y Kant no circula sangre verdadera, sino el enrarecido jugo de la razón como actividad meramente intelectual
DILTHEY, Wilhelm. *Introducción a las ciencias del espíritu: ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*. Alianza. Madrid, 1980.

menos cierto que éstas surgen y se desarrollan dentro de un ambiente determinado y en el contexto de una totalidad dentro de la cual juegan un papel. De este modo Dilthey llegó hasta la concepción de la vida humana como objeto principal de las ciencias del espíritu¹⁸, vida que, según desde qué enfoque la estudiemos (según desde qué ciencia) nos mostrará unos resultados u otros. Y como la vida es algo en perpetuo movimiento, no cabe otra cosa que estudiar y seguir su desarrollo y sus distintas concreciones en el tiempo, conformando así una historia. Así, cada una de las ciencias del espíritu se centraría en un determinado producto de una misma realidad que sería la vida, trasfondo único y permanente para todas ellas, y que, en consecuencia, no deben perder de vista jamás si quieren seguir manteniendo su estatus de ciencias del espíritu.

Se percibe en Dilthey un *pathos* de totalidad, la búsqueda de un ámbito englobador de toda la realidad humana, que permita a quien pretenda acercarse a ella un paso firme y seguro, del mismo modo que el método científico facilita la labor de la ciencia natural (a todas luces insuficiente si pretendemos estudiar la producción humana desde una posición no empírica, sino en su mismo surgimiento y desenvolvimiento). En esta noción de vida no debemos ver el mero hecho biológico, sino algo más profundo y complejo, dirigido a lo que late bajo toda manifestación, al impulso que todo lo mueve, si bien es evidente que está en la base de aquélla, y en última instancia existe un vínculo entre ellas¹⁹.

Dentro del pensamiento de Dilthey es importante la cuestión de la biografía. Ésta muestra el desarrollo y la concreción en un individuo de la vida. Al nacer, cada uno de nosotros nos encontramos con toda una constelación de ideologías, imágenes, concepciones y teorías que determinan nuestro modo de manejarnos en el mundo (de comprenderlo). No somos los primeros en llegar, y no estamos solos. Por ello hemos de encontrar nuestro lugar en medio de todo eso que nos encontramos. Además, a lo largo de la vida (biológica) nos vemos sometidos a diversas circunstancias que determinan nuestras decisiones y nuestras actuaciones. No se trata aquí de cerrar la puerta a la libertad de cada uno, sino simplemente mostrar que en cada momento estamos ante un abanico de posibilidades limitado, marcado por nuestras decisiones previas y por nuestro entorno²⁰. Conviene distinguir aquí entre vida y biografía, puesto que la

18 El enigma de la vida constituye el único, oscuro y espantoso objeto de la filosofía.
DILTHEY, Wilhelm. *Obras de Wilhelm Dilthey*. Fondo de Cultura Económica. México, 1944-1963. Vol. VIII, pág. 81.

19 Y en este punto, a tenor del carácter de la evolución de la realidad que cae bajo nuestra experiencia, la vida orgánica habrá de ser considerada como un eslabón entre la naturaleza inorgánica y el mundo histórico, por lo tanto, como una etapa previa de este último.
Ídem., pág. 222.

20 El curso de vida de un individuo es el nexo efectivo en el que recibe las acciones del mundo histórico (se halla determinado por un medio) y a su vez reacciona sobre él. Esa conexión es un

proximidad semántica de ambos términos puede llevarnos a confusión. Por vida ya hemos insinuado que puede entenderse el impulso que nos mueve, la fuerza que cristaliza en unos u otros acontecimientos. La biografía sería el relato vital, la historia que cuenta los acontecimientos, ya desde un filtro o paso atrás, con cierta perspectiva, si bien siempre relacionada con ella y como una manifestación suya más.

Así pues, es posible emprender el acercamiento a cualquier sistema filosófico o producción humana teniendo en cuenta la concreta vida humana de la cual emanó, y en la cual encontraremos las líneas de fuerza desde las que entender dichas producciones. No sólo se puede llegar a dar una explicación genética de las obras, sino que también es posible ver cómo en ellas existe una huella de la existencia humana particular que cuajó esas obras. Y aunque haya todo un ambiente en torno a cada uno de nosotros, no hay que olvidar que dicho ambiente es creado por el trabajo acumulado de numerosos individuos, lo cual nos permitiría hablar de entrecruzamientos en nuestra vida, de nuestras vidas como puntos de cruce, como concreciones de todo lo envolvente, como una posibilidad entre otras, como una apelación a nuestra comprensión y un ensayo de comprensión de toda esa comunidad externa a nosotros.

Estos apuntes pueden llevarnos a caer en un relativismo radical, ya que si cada individuo tiene su particular circunstancia y desde ella podemos comprender y explicar sus producciones, en última instancia éstas sólo serían válidas dentro de su contexto, perdiendo la objetividad y universalidad que pretendían acumular sobre sí. Se trata de una nueva presentación del viejo problema entre lo particular, lo universal y su ensamblaje. Dilthey pretende solventarlo señalando que, si alguien realiza una obra, es dentro del marco más amplio de la comunidad que halla a su alrededor, y que pretende, de algún modo, comunicarse con ella, aportando lo que su propia comprensión cree adecuado²¹. De este modo, no hay ninguna manifestación de vida que no se haga desde

sistema particular de vida del que surgen las acciones del individuo y que a la par las recibe.

GABILONDO PUJOL, Ángel. *Dilthey: vida, expresión e historia*. Cíncel. Madrid, 1988. Pág. 82.

21 Toda manifestación de vida singular representa, en el reino objetivo de este espíritu, algo común. Cada palabra, cada frase, cada ademán o fórmula de cortesía, cada obra de arte y cada hecho histórico, son inteligibles porque hay una 'comunidad'. Vivimos en esta atmósfera, nos rodea por doquier. Nos hallamos inmersos en ella. Nos encontramos en este mundo histórico y comprendido como en nuestra propia casa, comprendemos el sentido y el significado de todo ello, nos hallamos, nosotros mismos, entretejidos en estas 'comunidades'.

El cambio de las manifestaciones de vida, que actúan sobre nosotros, reclama constantemente una nueva comprensión; pero el comprender mismo implica, por lo mismo que toda manifestación de vida y su comprensión se hallan conectadas con otras, una atracción que nos lleva, según relaciones de afinidad, de lo singular dado al todo. Y a medida que aumentan las relaciones entre lo afín, van creciendo también las posibilidades de generalización, implicadas ya por el hecho de ser la 'comunidad' una determinación de lo comprendido.

DILTHEY, Wilhelm. *Obras de Wilhelm Dilthey*. Fondo de Cultura Económica. México, 1944-1963. Vol. VIII, págs. 170-171.

un espacio común a otras, y en las que se puede establecer un fructífero diálogo. Hay, por lo tanto, una apelación a un ámbito común de entendimiento, a pesar de todas esas distancias, diferencias y particularidades que se pueden rastrear en todas las obras. Este diálogo que se entabla es no sólo con el presente de cada autor (y con todo lo que de acumulación de siglos hay en él), sino que también representa una apertura hacia el porvenir, constituyendo cada manifestación humana una llamada a nuevos interlocutores, a que otros también tomen la palabra.

Esta entrada en un espacio común se da desde una posición y perspectiva determinadas, dadas por todas las circunstancias, externas e internas (es decir, corporales) que a cada uno le tocan vivir, y que, por decirlo de un modo sencillo, nos colocan en un determinado modo frente a ellas, nos sensibilizan en un sentido u otro. Ahora bien, el texto fundamental en el que hemos de ir a leer la conexión entre lo vivenciado y lo reflexionado es, según Dilthey, la autobiografía y no el mero relato biográfico. En efecto, no basta con acudir a hemerotecas y archivos en busca de detalles sobre la vida de cualquier personaje, sino que lo importante y decisivo a la hora de poner sobre la palestra el cómo a partir de la vivencia se entra en el terreno del pensamiento o de otro producto del espíritu es la vivencia en primera persona. Sólo yo puedo poner de relieve cómo un determinado hecho afecta al curso de mi vida, sólo yo puedo hacer el relato de mi vida. Los otros pueden elaborar una correlación de fenómenos a lo largo del tiempo en que mi cuerpo se mantuvo vivo, cuyo resultado podría ser el de una tabla cronológica en la que se muestran año a año los logros que he alcanzado y los hechos acaecidos. Pero eso no es suficiente, puesto que se olvida el efecto y la importancia de cada uno de ellos, se elimina el sentido del conjunto de mi vida en la acumulación de datos. Y eso sólo puede mostrarse, siempre según Dilthey, en el terreno autobiográfico, porque es ahí dónde mejor se pone de relieve la comprensión y la autognosis²². Éstas se dan de un modo muy peculiar en la autobiografía, ya que el que comprende y el comprendido son el mismo, pudiendo así mostrar con mayor claridad la conexión que ha dado forma a su experiencia vital²³. La idea de conexión

22 Nos comportamos frente a la vida, lo mismo la propia que la ajena, comprendiendo.

Ídem., pág. 221

Considero las autobiografías, que representan la expresión más directa de la autognosis de la vida
Ídem., pág. 222.

23 La autobiografía es la forma suprema y más instructiva en que se nos da la comprensión de la vida. En ella el curso de una vida es lo exterior, la manifestación sensible a partir de la cual la comprensión trata de penetrar en aquello que ha provocado este curso de vida dentro de un determinado medio. Y, ciertamente, quien comprende este curso de vida es idéntico con aquel que lo ha producido. De aquí resulta una intimidad especial del comprender. El mismo hombre que busca la conexión en la historia de su vida ha formado ya -en todo eso que él ha sentido como valor en su vida, que ha realizado como su fin, que ha trazado como su plan, que ha captado retrospectivamente como su desarrollo, prospectivamente como moldeamiento de su vida y su

adquiere una importancia capital, puesto que en el relato de una vida no se trata tanto de mentar un mero encadenamiento de sucesos, sino que lo realmente importante es hacerlo con vistas a un hilo conductor, a un sentido en torno al cual se realice dicha conexión. Y para ello, como señala Dilthey con acierto, nadie mejor que el propio sujeto vivo, puesto que nadie mejor que él conoce (o debería conocer) sus motivos y sus intereses²⁴.

De lo dicho se puede deducir un estatus especial para la autobiografía, según el cual no todo relato de vida es autobiografía, sino que se trata de un modo muy peculiar de relatar, en el que se manifiesta una búsqueda, un bucear dentro del desarrollo vital en busca de su sentido último. Esto nos lleva a pensar en que la autobiografía es algo que se realizaría de una vez por todas y con la intención de abarcar la vida plena del individuo en su totalidad. Sin embargo, resulta evidente que todo relato autobiográfico se realiza desde el interior de la vida misma que se pretende describir, quedando siempre una parte no relatada y no comprendida (no sólo lo que el individuo deja de lado, sino lo que queda fuera de la autobiografía por no haber aún ocurrido). Esto aboca a una tarea persistente de autobiografiarse, a un estar siempre elaborando los recuerdos, planteando así la posibilidad de una meta-autobiografía (o de una biografía de la autobiografía, o incluso, rizando el rizo, la autobiografía de la autobiografía, en la cual estaríamos en el mismo problema de su inabarcabilidad). En cualquier caso, el hecho mismo de que alguien realice una autobiografía es un síntoma claro de cómo en la vida puede esconderse algo sustancial y no un mero acontecer separado de las obras que cada uno ponga en marcha (en ese caso, la información sobre la vida sería información superflua y nadie se tomaría la molestia de relatarla o de investigarla). Parece, pues, que no basta con el mero relato, sino que hace falta una intención especial a la hora de emprender la autobiografía.

Como ya se ha apuntado, no todo relato de vida sería una autobiografía. Sin embargo, se puede decir que sí hay una intención en todo texto en el que se relatan las

valor supremo- una conexión de su vida desde diferentes puntos de vista, conexión que ahora trata de expresar. En el recuerdo ha destacado aquellos momentos de su vida que experimentó como significantes mientras que el resto lo dejó hundir en el olvido. Las equivocaciones del momento acerca de su importancia le han sido rectificadas por el futuro. Tenemos, pues, así que las tareas más inmediatas para la captación y exposición de la conexión histórica están ya a mitad resueltas por la vida misma.

Ídem., pág. 224.

- 24 Al volvernos hacia el recuerdo captamos la conexión de los eslabones transcurridos del curso de la vida bajo la categoría de su significado. Cuando vivimos en el presente, henchido de realidad, experimentamos en el sentimiento su valor positivo o negativo, y cuando nos encaramos con el futuro surge de esa actitud la categoría de fin. Interpretamos la vida como la realización de un fin supremo al que se subordinan todos los fines particulares, como la realización de un bien sumo.

Ídem., pág. 225.

circunstancias de vida, aunque carezcan de la perspectiva global y el aire de búsqueda que se ha mencionado. Al dejar por escrito, en un diario o en una carta, algún acontecimiento, lo estamos destacando de entre todos los demás, y denotando la importancia que ha tenido en un momento concreto (vale decir, para el microrrelato del corto lapso temporal en el que se haya producido), aunque más adelante quede sepultado bajo o escondido tras otros sucesos más significativos (o que se interpreten retrospectivamente como tales). Además, el mero hecho de dejarlo registrado supone una apelación a que otro lo lea, a que quede para que se pueda recoger (aunque sólo sea para uno mismo en el futuro) y comprender. Así, podríamos reconstruir algo parecido a una autobiografía si acudimos a los testimonios de vida en primera persona que a lo largo de la biografía de cualquier personaje podamos recopilar, en lo que podríamos llamar una biografía autobiográfica.

Hay algunos personajes en los que esta intención autognósica cobra un especial interés, ya que a lo largo de sus recorridos vitales dejan numerosos testimonios de sus circunstancias y sus preocupaciones, e incluso afrontan en más de una ocasión la tarea autobiográfica en sentido propio, dotándola de una fluidez y variabilidad especiales. Nietzsche constituye uno de estos casos, puesto que a lo largo de su vida nos dejó una fecunda colección de testimonios, recogidos básicamente en su abundante correspondencia y en los escritos autobiográficos que redactó²⁵. En todos ellos pone sobre la mesa lo que le interesó y le influyó, así como, en no pocas ocasiones, también señala los motivos y circunstancias que le movieron a escribir algunas de sus principales obras, poniendo de manifiesto la conexión que se da entre la vida del autor, su pensamiento y su obra.

4.-Conclusiones.

Con las dos pequeñas exposiciones hechas sobre algunos aspectos del pensamiento de Schopenhauer y de Dilthey se muestra la posibilidad de realizar un acceso al pensamiento de cualquier autor a partir de su biografía, intentando ver en ella

25 El más conocido de estos escritos con carácter autobiográfico, *Ecce Homo*, redactado justo al borde de la locura, resultó uno de sus últimos textos y por lo tanto una auténtica autobiografía. No obstante, antes ya había emprendido en varias ocasiones el intento de relatar su vida, sobre todo en el período juvenil. No deja de resultar sorprendente que sea en el período estudiantil, cuando apenas empieza a desplegarse la vida, el momento en el cual más se empeñó Nietzsche en recopilar su vida y sus recuerdos (lo cual refuerza esa intención conectora en toda autobiografía, esa pulsión por mostrar el conjunto vital dotado de algún sentido). A ellos y a la correspondencia hay que añadir algunos textos, como los relativos a Wagner (*Nietzsche contra Wagner*, *El caso Wagner*, y, en menos medida, *El Nacimiento de la tragedia* y otros, en los que ajusta cuentas y se manifiesta al respecto de circunstancias personales, como es, en este caso, su relación con los Wagner) y algunas introducciones redactadas con posterioridad al texto original (donde echa la vista atrás hasta el momento de la redacción original).

el caldo de cultivo de muchas de sus ideas, si bien luego, una vez desarrolladas y objetivadas en una obra, pueden ser interpretadas y estudiadas de forma independiente. Se trata sólo de una forma de aproximación, de una tentativa de comprensión más globalizadora del pensamiento.

Como es lógico, no son estos los únicos pensadores que han tratado sobre el asunto, y posiblemente haya algunos autores anteriores que hayan tratado el asunto²⁶. Sin embargo, ellos constituyen en cierto modo el inicio de la andadura de este camino, con ellos se pone en marcha la unión de esos ámbitos tan distantes que eran el cuerpo (con todas sus circunstancias vitales) y el pensamiento. A partir de ellos ya no se piensan igual estas relaciones, ni se pueden obviar con facilidad.

Además, tanto Schopenhauer como Dilthey son contemporáneos a Nietzsche²⁷, con lo cual queda patente la existencia de un cierto ambiente de época que impelía hacia estas reflexiones (sobre todo si tenemos en cuenta que las mismas consecuencias pueden extraerse de algunos pasajes de la obra nietzscheana). Como ya se ha apuntado, Nietzsche conocía la obra de Schopenhauer y se manifestó devoto de ella en ciertos momentos. No ocurre lo mismo con la de Dilthey, aunque es preciso señalar que ambos fueron profesores en la universidad de Basilea, si bien no de forma simultánea pero en años correlativos. Dilthey impartió clases durante aproximadamente dos años, de 1866 a 1868, justo un año antes de que Nietzsche entrara como catedrático de lengua y literatura griegas en la misma universidad. Así, no es descabellado pensar que los dos llegaron a conocer y frecuentar a los mismos círculos y pudieron llegar compartir algunos alumnos y lecturas, incluso pudo ser que Nietzsche oyera hablar de Dilthey. Por lo tanto, se puede concluir que tanto Nietzsche como Dilthey habitaron una misma región del espíritu durante un tiempo, hecho que pudo resultarles decisivo en su andadura intelectual (en el caso de Nietzsche no hay ninguna clase de duda).

Una vez establecida esta pequeña base en torno a las relaciones entre vida y pensamiento, podemos entrar con pie más firme en el estudio de cómo esta relación se concreta en Nietzsche y en cómo algunas de sus circunstancias vitales marcan y recorren sus obras. En particular, interesa el acercamiento a su relación con la enfermedad y en cómo esa relación se plasma en sus escritos de diversa forma. No se trata de realizar un psicoanálisis de Nietzsche, puesto que el objetivo trazado no es el de sacar a la luz oscuras pulsiones y complejos ocultos en los lóbregos sótanos del

26 Salvando todas las distancias, se puede citar *Vida de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio como una obra antigua en la que se muestra cierta connivencia entre lo vital y el pensamiento, si bien no hay en ella ninguna teorización al respecto.

27 Schopenhauer murió en 1860, cuando Nietzsche se hallaba estudiando en Pforta el bachillerato. La vida de Dilthey comprende en ella por completo la de Nietzsche.

subconsciente nietzscheano, sino algo mucho más sencillo, como es mostrar cómo alguien que vio su vida marcada por la enfermedad y los problemas de salud refleja esa preocupación en sus escritos, desarrollando toda una serie de cuestiones en las que unos determinados conceptos de salud y enfermedad juegan un importante papel. Tampoco se trata aquí de dilucidar el diagnóstico definitivo de la patología o patologías que padeció, sino más bien de recoger los testimonios que él mismo dejó sobre sus padecimientos y su forma de afrontarlos.

Para ello, el primer paso es el de señalar, como concretización de lo preludiado en la presente introducción, la peculiar relación que la obra nietzscheana guardan con su biografía, hecho que han destacado muchos de los que se han acercado a su figura, e incluso los que le conocieron personalmente. También se hace preciso estudiar cómo esta relación se deduce de muchas de sus afirmaciones para, en un paso final y que constituye el cuerpo del presente trabajo, analizar los distintos testimonios acerca de su salud y su enfermedad que hay a lo largo de su recorrido vital. El paso siguiente, que queda para el desarrollo del tema central de la tesis doctoral es el de cómo todo eso se refleja en su pensamiento y en sus concepciones sobre los fenómenos patológicos y de salud que en su análisis encuentra, poniendo de manifiesto que, si se da esta reflexión en el ámbito intelectual, es porque su circunstancia vital le dio pie a ello.

PARTE PRIMERA

PENSAMIENTO Y VIDA: EL CASO NIETZSCHE.

1.-En tercera persona.

Nietzsche constituye un caso especial en la conexión entre vida y pensamiento que venimos explorando. Y lo es porque en él se muestra dicha unión de un modo muy claro, hasta el punto en que muchos de los comentaristas e intérpretes de su obra que han ido surgiendo a lo largo del tiempo destacan este rasgo como algo importante para comprender su pensamiento, haciendo de su biografía expresión de su pensamiento y viceversa. De entre todo este complejo de interrelaciones, destaca el papel que la enfermedad padecida por Nietzsche jugó en el desarrollo de sus ideas, quedando impregnada en todas sus obras a partir del momento en el que empezaron a manifestarse los síntomas. De hecho, desde un primer momento ya se apuntó en la dirección de esta fuerte conexión de forma muy clara entre sus contemporáneos y los que le estudiaron. He aquí algunos de los testimonios que así lo ponen de manifiesto.

1.1.-Georg Brandes.

El que pasa por ser el primer intérprete de la obra de Nietzsche, Georg Brandes²⁸, ya hace hincapié en la conexión entre la enfermedad de Nietzsche y su pensamiento. Aunque sus obras ya eran reseñadas en la prensa, Brandes fue pionero en adoptar una perspectiva global de la filosofía de Nietzsche²⁹ y en dar conferencias sobre ella. Éstas tuvieron lugar en abril de 1888, mientras el filósofo alemán aún vivía y poco antes de su desmoronamiento racional. Nietzsche recibió con alborozo este interés en su pensamiento, lo cual quedó reflejado en *Ecce Homo* junto a la decepción que sentía por no despertar ese interés en ninguno de sus allegados³⁰. Incluso hubo un breve

28 Georg Brandes (Copenhague 1842-1927). De origen hebreo, se dedicó a los estudios filosóficos y a la crítica literaria, ejerciendo una notable influencia en la vida cultural danesa y escandinava de finales del siglo XIX y principios del XX.

29 Existe, no obstante, un trabajo global previo sobre las obras de Nietzsche. Fue publicado por Karl Spitteler (1825-1924) el 1 de enero de 1888 en el periódico *Der Bund* de Berna bajo el título *Friedrich Nietzsche aus seinen Werke* (Friedrich Nietzsche según sus obras). Sobre este artículo, Nietzsche dijo que “*representa un maximum en mi vida -me guardo decir de qué...*” (*Ecce Homo*, Porqué escribo yo libros tan buenos, §1).

30 A cada uno de mis amigos le echo en cara que jamás ha considerado que mereciese la pena estudiar alguno de mis escritos: adivino, por signos mínimos, que ni siquiera saben lo que en ellos se encierra. En lo que se refiere a mi *Zaratustra*, ¿cuál de mis amigos habrá visto en él algo más que una presunción ilícita, que por fortuna resulta completamente indiferente?... Diez años: y nadie en Alemania ha considerado un deber de conciencia el defender mi nombre contra el silencio absurdo bajo el que yacía sepultado: un extranjero, un danés, ha sido el primero en tener suficiente finura de instinto y suficiente coraje para indignarse contra mis presuntos amigos... ¿En qué universidad alemana sería posible hoy dar lecciones sobre mi filosofía, como las ha dado en Copenhague durante la última primavera el doctor Georg Brandes, demostrando con ello una vez

intercambio epistolar entre ambos intelectuales, en el cual los dos ofrecen sus opiniones al respecto de sus obras, y en el que también ocupa un lugar especial la vida de Nietzsche. Brandes se muestra deseoso de darlo a conocer como figura importante más allá de las fronteras alemanas, y para ello solicita que le haga llegar todas sus obras y le comenta sus impresiones sobre ellas. Entre estas impresiones destaca la siguiente, vertida por Brandes en la carta escrita el 3 de abril de 1888:

¡Cuán entusiasta, cuán joven ha sido usted! ¡Cuán sincero e ingenuo! En sus obras maduras me queda mucho por comprender. A menudo me parece que usted generaliza experiencias personales o hace un guiño, pero nada más, así que el lector tiene una caja maravillosa, pero sin llave... mas lo comprendo casi todo.³¹

Brandes lo deja claro en este breve comentario. Al menos en algunas de sus obras, Nietzsche generaliza sus propias experiencias, aprovechándolas para realizar reflexiones en torno a los asuntos que le sugieren, plasmándolas en ellas. No debemos perder de vista que Brandes está haciendo referencia a los trabajos del joven Nietzsche, en concreto a las *Consideraciones intempestivas*, en las cuales emprende un ataque frontal a algunos autores y asuntos que él consideraba importantes y erróneamente enfocados. Estos temas los extraía de sus experiencias personales, sobre todo de las relativas al mundo académico, en el que se hallaba inmerso, dado que en el momento de la redacción de este conjunto de obras se encontraba dando clases en la universidad de Basilea. Así se lo confirma Nietzsche a Brandes en su respuesta del 10 de abril del mismo año:

Lo que usted dice de *Schopenhauer como educador*, me ha sido muy agradable. Esta pequeña obra es una piedra de toque. El que no siente en ella algo personal es seguro que nada tenga que ver conmigo. En realidad acumulé ahí todo el camino de mi vida.³²

Parece que Nietzsche utiliza sus experiencias como motor para su pensamiento, al menos en algunos de sus primeros trabajos. Sin embargo, Brandes va mucho más allá de esto, conectando directamente la enfermedad padecida por el pensador alemán y su pensamiento, al menos en tanto que impulso que le llevó a la filosofía. Esta idea la

más ser psicólogo?

NIETZSCHE, Friedrich. *Ecce Homo* (trad. esp. Andrés Sánchez Pascual). Alianza Editorial. Madrid, 2008. Págs. 133-134.

31 BRANDES, Georg. *Nietzsche. Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático* (trad. esp. José Liebermann). Sexto Piso. México D.F., 2008. Págs. 93-94.

32 *Ídem.*, pág. 95.

expresa en el trascurso de su ensayo sobre la obra de Nietzsche, en el cual quedan plasmadas las primeras reflexiones que nuestro filósofo inspiró a otro pensador. En él, Brandes dice lo siguiente:

La enfermedad penosa, dolorosa, que comienza a manifestarse cuando tenía treinta años de edad y que durante largos periodos le obliga a una existencia de eremita, lo desprende de todo romanticismo y lo libera de decadencias venerables. Ella lo aleja radicalmente del pesimismo, al que condena en este pensamiento altivo: «El que sufre no tiene derecho de ser pesimista». La enfermedad lo hace filósofo en el sentido estricto de la palabra. [...] Entonces, de la larga enfermedad nace el deseo apasionado de la salud y de la alegría que acometen al convaleciente frente a la vida: la luz, el calor, la alegría y la libertad de espíritu: panoramas y horizontes del pensamiento, visiones de auroras nuevas, de fuerza creadora, de poder poético. Y entra durante largo tiempo en el estado de noble orgullo y de éxtasis, fenómenos concomitantes de la actividad creadora.³³

A la luz de este fragmento, podemos extraer dos maneras de relacionarse la enfermedad de Nietzsche con su filosofía. En primer lugar, el hecho de padecer la enfermedad le llevó a replantearse su existencia y a tener que cambiar su estilo de vida, adquiriendo más tiempo para pensar y para leer textos que le sugirieran ideas. En segundo lugar, la vivencia oscura de la enfermedad exacerbó su sensibilidad para todo lo patológico, y, al mismo tiempo, le dotó de un gran impulso hacia todo lo luminoso y lo alegre.

Brandes señala el punto exacto en el que la enfermedad entra en la vida de Nietzsche, en torno a los treinta años. En ese momento se hallaba dando clases en Basilea, y todavía estaba muy reciente el escándalo en torno a su primera gran obra, *El nacimiento de la tragedia*, que había acarreado sobre su figura las más duras críticas y el ostracismo por parte de sus compañeros filólogos³⁴. Antes de este episodio ya había manifestado su descontento con la profesión filológica y la necesidad de darle a ésta un giro hacia la filosofía, pero a raíz de su enfermedad, que se manifestó con toda su crudeza poco después del episodio de *El nacimiento de la tragedia* estas tendencias se acentuaron e intensificaron, marcándole el camino hacia el filosofar.

33 *Ídem.*, págs. 33-34.

34 Las tesis expuestas en *El nacimiento de la tragedia* chocaban frontalmente con lo aceptado por el *statu quo* filológico, lo cual provocó el posicionamiento de algunos de sus colegas en contra suyo. Destacan los artículos publicados por Ulrich von Wilamowitz-Möellendorf, joven filólogo que abanderó la reacción antinietzscheana. Para más información: ROHDE, Erwin, WILAMOWITZ-MÖLLENDORFF, Ulrich von y WAGNER, Richard, *Nietzsche y la polémica sobre "El nacimiento de la tragedia"*, ed. Luis de Santiago Guervós. Málaga: Ágora, 1994.

Mas la enfermedad no sólo le abrió un espacio en el cual dejar de lado su profesión y abrazar el impulso filosófico que desde hacía tiempo latía en él, sino que además le dotó de una dirección en su pensar. Dicha dirección le condujo lejos de cualquier pesimismo y derrotismo, llevándole hacia ámbitos más sanos con la fuerza que sólo quien conoce lo patológico y no quiere pasar en ello más tiempo del necesario puede tener.

Otra mención la hallamos cuando, refiriéndose a *Así habló Zaratustra*, refiere Brandes que este libro está saturado del yo de su creador:

Éste libro condensa la doctrina de Nietzsche, por decirlo así, bajo la forma de una religión. Constituye el Corán, o más bien el Avesta que ha querido dejar para la posteridad; nebuloso y profundo, altivo y extraño a la realidad, profético y ebrio de porvenir, lleno hasta el borde del yo de su creador que, a su vez, está lleno de sí mismo.³⁵

Brandes expresa aquí la sensación que deja la lectura de *Así habló Zaratustra*, que es la de que en él y a través del personaje de Zaratustra, Nietzsche nos está hablando de sí mismo, si bien de forma críptica. No deja de llamar la atención el hecho de que los adjetivos que utiliza para referirse al texto pueden, en gran medida, aplicarse al mismo Nietzsche, remarcando aún más esta conexión que el danés quiere expresar.

Nos encontramos, pues, con una muy temprana identificación de la biografía con el pensamiento, y más en concreto, de la relación de éste con la enfermedad. Tan temprana que Georg Brandes ya lo dejó claro en el que es el primer trabajo sobre Nietzsche, realizado cuando él aún estaba vivo. Este hecho, el de no tener ante sí la totalidad vital, es un reparo que se le puede hacer a este enfoque, puesto que Brandes no tenía un conocimiento profundo de la vida de Nietzsche. Es más, la relación que ambos mantuvieron fue epistolar y no llegaron a conocerse personalmente, por lo cual Brandes sólo conocía de Nietzsche lo que éste le contaba en sus cartas³⁶ y lo que podía saber de él a través de terceras personas. En varias ocasiones, Brandes afirma en sus cartas que no sabe nada sobre él y lamenta que sea tan desconocido para el público, lo cual motiva que llegue a solicitarle un retrato y algunos datos sobre su vida. Nietzsche responde enviándole una breve autobiografía, plagada de datos falsos, pero en la que hace

35 BRANDES. *Óp. Cit.*, pág. 57.

36 La correspondencia entre los dos va del 26 de noviembre de 1887 hasta el 4 de enero de 1889, y comprende 21 epístolas (10 de Brandes a Nietzsche y 11 de Nietzsche a Brandes) y una tarjeta postal (de Nietzsche a Brandes). En ella los comentarios personales no abundan, y tan sólo en unas pocas ocasiones Nietzsche hace referencia a sus circunstancias personales, en concreto a sus problemas de salud, en respuesta a las preguntas de Brandes.

hincapié en sus problemas de salud. Es a partir de estos escasos datos (no sólo de carácter biográfico, sino también en lo respectivo a la obra, ya que, sin ir más lejos, Brandes desconocía los fragmentos póstumos, imprescindibles hoy para cualquier acercamiento al pensar nietzscheano) que Brandes estableció la íntima conexión entre la vida de Nietzsche y sus obras publicadas, lo cual no deja de resultar significativo.

1.2.-Lou Andreas-Salomé.

Quien sí conocía mucho más de Nietzsche y también llegó a las mismas conclusiones es Lou Andreas-Salomé³⁷, y las plasmó en su texto de 1894 titulado *Friedrich Nietzsche en sus obras*. La relación entre ambos fue mucho más intensa que la de Brandes, llegando al terreno personal y sentimental, pero también breve en el tiempo. Puestos en conocimiento por amigos comunes en abril de 1882, Nietzsche quedó prendado de su inteligencia y belleza, pidiéndola en matrimonio varias veces, resultando rechazado. Esto provocó en nuestro filósofo un estado de profunda amargura que le llevó a romper todo contacto con ella a finales del mismo año. Fruto de esta traumática experiencia surgió, según palabras del propio Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. A pesar de lo breve de esta amistad, durante el tiempo que duró, Lou y Nietzsche mantuvieron largas y profundas conversaciones y compartieron proyectos y pensamientos, hasta el punto de poder llegar a afirmar que Lou Andreas-Salomé fue una de las personas que conocieron al filósofo con mayor profundidad (no sólo en el trato personal, sino también en el plano intelectual) y que mayor complicidad sintió para con su pensamiento. Y pese a la traumática ruptura, ella siguió en la sombra la obra del filósofo, leyendo sus trabajos y preocupándose por su andadura vital. Fruto de este interés intelectual que ella nunca perdió y el conocimiento personal que ambos establecieron es *Friedrich Nietzsche en sus obras*, surgida por la necesidad de dar al mundo un nuevo punto de vista acerca del filósofo alemán.

En el momento de ser escrito y publicado, Nietzsche estaba adquiriendo cierta popularidad en Europa. En parte por el trabajo de Brandes y en parte por la trágica suerte del pensador -demente desde 1889, se hallaba internado en un manicomio-, sus obras se leían, se comentaban y empezaban a influir en otros pensadores. Por ello, el interés hacia la figura de Nietzsche iba en aumento, y Lou sintió la necesidad de aportar

³⁷ Lou Andreas-Salomé (San Petersburgo 1861-Gotinga 1937) fue una importante e inquieta intelectual del período de entresiglos, que, aunque es más conocida por su relación con algunos hombres importantes del momento (Nietzsche sobre todo, pero también Schnitzler, Rilke y Freud), publicó numerosos ensayos y novelas. Entre sus intereses principales estaba la psicología, lo cual le llevó a establecer contacto con Sigmund Freud y el psicoanálisis, ejerciendo cierta influencia en sus planteamientos.

su punto de vista en torno a la obra y la vida del hombre a quién tanto llegó a conocer. Y lo hizo tomando, igual que Brandes, un claro partido por la singularidad que representó Nietzsche tanto en su vivir como en su pensar, y cómo lo uno se reflejó en lo otro.

La expresión de dicho reflejo se pone de manifiesto en la obra de Lou Andreas-Salomé desde la misma portada. El título resulta significativo, ya que *Friedrich Nietzsche en sus obras* no es más que el preludio de lo que el lector puede encontrar en el desarrollo del texto: a Friedrich Nietzsche *en* sus obras. No se trata, por lo tanto, de glosar la biografía de Nietzsche. Tampoco de comentar e interpretar sus textos. Lo que Lou Salomé pretendió con su trabajo fue mostrarnos al personaje Nietzsche a partir de sus obras, establecer una semblanza de la persona a partir de sus trabajos y los recuerdos que de él tenía.

El primer apartado del texto, titulado *Su naturaleza*, viene encabezado con una cita de *Humano, demasiado humano* que deja a las claras la intencionalidad de la autora:

Por mucho que el hombre se extienda con su conocimiento, por muy objetivo que le parezca que es él mismo, al final, lo único que obtiene de ello es su propia biografía. (*Humano, demasiado humano*, I, §513)³⁸

Lou Salomé explicita con este fragmento la intención que anima su trabajo: mostrar cómo, a pesar de la mayor o menor objetividad y universalidad del pensamiento del pensador Nietzsche, en el fondo lo que hay ahí no es más que la biografía, toda una amalgama de aconteceres y circunstancias que le marcaron en mayor o menor grado y que cristalizaron en las ideas que lanzó a la humanidad. En realidad, aunque se trate del caso particular de Friedrich Nietzsche, de sus palabras se deduce que son aplicables a todo ser humano, por lo que estaríamos ante un panorama en el que cualquier sistema de pensamiento no sería otra cosa que un reflejo de su autor.

Y en seguida (en el segundo párrafo) deja claro Lou Salomé que esta íntima conexión entre biografía y pensamiento se manifiesta de una forma muy clara y evidente en la vida y pensamiento nietzschanos:

Si la tarea del biógrafo consiste principalmente en interpretar al pensador a través del hombre, ello es aplicable en enorme e inusual proporción a Nietzsche, pues en ningún otro caso coinciden tan completamente en uno solo el espíritu externo de la obra y el

38 ANDREAS-SALOMÉ, Lou. *Friedrich Nietzsche en sus obras* (trad. esp. Luis Fernando Moreno Claros). Minúscula. Barcelona, 2005. Pág. 51.

retrato interior de la vida. A él se aplica en especial lo que dice de los filósofos en la carta precedente: que deben examinarse sus sistemas sobre la base de las «actas personales de sus creadores».³⁹

Aunque toda escritura tenga una vocación de apertura a un otro (a un hipotético lector), Nietzsche estaba convencido de que escribía para sí mismo, y así lo expresaba a menudo (en sus cartas, sobre todo cuando terminaba alguna de sus obras). Pero Lou Salomé señala que esto no es más que una expresión del carácter íntimo y personal de su escritura, en la cual el contacto entre el texto, el escritor y lo escrito es máximo, y la distancia mínima, con lo cual resulta que los tres términos pueden llegar a confundirse e intercambiarse, quedando, como resultado, un texto que en realidad es el escritor mismo. En opinión de Lou, esto es lo que ocurre con Nietzsche en grado máximo, o al menos de un modo mucho más claro que en otros autores.

Antes de *Friedrich Nietzsche en sus obras*, Lou Salomé ya había tanteado la personalidad del filósofo en un esbozo que le serviría de esquema central para el desarrollo del texto que nos ocupa. Se trata de un artículo publicado en tres partes en enero de 1891, bajo el título *Friedrich Nietzsche* en el suplemento dominical *Vossischen Zeitung*. Además, algunas explicaciones adicionales y aclaraciones de algunos puntos de estos artículos aparecieron en los meses siguientes en otras publicaciones. El espíritu que animó a Lou Salomé a realizar estos trabajos fue el de, en un momento en que el interés por el filósofo alemán era creciente y sus obras se publicaban y se leían con cierto éxito, exponer una semblanza del espíritu que animaba esas obras que tanto se empezaban a comentar. Así nos lo explica la autora en *Friedrich Nietzsche en sus obras*:

Para mí, se trataba en definitiva de exponer los rasgos principales de la singularidad espiritual de Nietzsche, aquellos a partir de los cuales solo se podrá comprender su filosofía y la evolución de esta. Con este propósito y de manera voluntaria me impuse unos límites tanto en lo que concierne a la forma de reflexionar puramente teórica como en lo que respecta a la descripción de la vida puramente personal. No era lícito conducir demasiado lejos uno u otro aspecto si es que debían destacarse con claridad los trazos fundamentales de la naturaleza nietzscheana. Quien quisiera examinar a Nietzsche desde su importancia como teórico del pensamiento, desde eso que quizá la filosofía futura pudiera aprender de él, se apartaría desilusionado sin haber penetrado en el núcleo de su significado. Porque el valor de sus pensamientos no radica en su originalidad teórica, no en eso que puede fundamentarse o refutarse de forma

39 *Ídem*. Pág. 53.

dialéctica, sino absolutamente en la violencia íntima con la que, en sus obras, una personalidad habla en cuanto personalidad; en eso que, según su propia expresión, bien podrá refutarse, pero que será «imposible de matar». Quien, por lo demás, quisiera partir de las vivencias exteriores de Nietzsche a fin de comprender su interior, tan solo retendría en su mano una cáscara vacía de la que se ha esfumado el espíritu. Porque de Nietzsche puede decirse que, en lo referente a lo externo, no vivió nada: todo su vivir consistió en algo tan profundo e interiorizado que solo se revela en el diálogo, de persona a persona, y en los pensamientos de sus obras. La suma de monólogos en que en esencia consisten sus numerosos tomos de colecciones de aforismos configura una única y gran obra de memorias basada en el retrato de su espíritu. Este retrato es lo que aquí trato de plasmar: la *experiencia del pensamiento* en su significado para el espíritu de Nietzsche, la confesión de sí mismo en su filosofía.⁴⁰

En este fragmento programático se pone de manifiesto la intención de Lou: exponer la íntima relación que hay entre el pensamiento y la biografía de Nietzsche, y en cómo el uno no puede entenderse sin la otra y viceversa. Sin embargo, y este es un rasgo que también otros autores y el mismo Nietzsche han sabido ver, tomar una de las dos instancias resulta insuficiente. Porque es cierto que algunos de los temas de la filosofía nietzscheana no son novedosos (algunos de ellos provienen de las más antiguas tradiciones del pensamiento), hasta el punto de que se ha utilizado esta supuesta falta de originalidad como una crítica a sus planteamientos, llegándole algunos a retirar el título de filósofo (a lo sumo se le otorga el mérito de haber escrito con estilo y calidad). La clave estaría en acercarse a la biografía como un complemento y extensión de su filosofía, y, al mismo tiempo, a su pensamiento como una manifestación, tal vez la más auténtica y genuina, de su vida. Ambas instancias están en Nietzsche en una conexión tan íntima, según el punto de vista de Lou Salomé, que no se puede abordar una sin tener un conocimiento de la otra. Es más, hace hincapié en el hecho de que su biografía es más bien pobre, en el sentido de que no está plagada de datos interesantes ni grandes peripecias. No tuvo demasiados amigos, y los pocos que tuvo los fue perdiendo o se alejó de ellos (como ocurrió con Wagner). Poco a poco se fue retrayendo a su obra y al proyecto de una filosofía propia y que él preveía trascendental para el futuro.

Lo más destacable en la vida de Nietzsche, además de la relación con Wagner, es la presencia casi constante desde temprano de la enfermedad. Las crisis de cefalea, vómitos y fotofobia lo postraban en cama durante días, e impedían toda actividad prolongada en el tiempo, obligándole a un continuo peregrinar en busca de lugares

40 *Ídem.*, págs. 55-56.

climatológicamente soportables (ya que creía que determinadas condiciones climáticas eran más beneficiosos para su salud). Además, sus problemas de vista (Nietzsche padecía una miopía importante, hasta el punto de llegar al borde de la ceguera y precisar alguien que le escribiera al dictado y que revisara sus textos) no le permitían estar mucho tiempo escribiendo, lo que en buena parte determinó su estilo aforístico, aunque no sólo haya que acudir a su visión como única causa⁴¹. Todo conspiró en la vida de Nietzsche para un progresivo aislamiento (la escasez de amigos, la enfermedad, la necesidad de estar siempre trasladándose...) del que pretendía salvarse volcándose en la escritura, dejando así testimonio de sí y viviendo cada vez más en sus escritos lo que no podía (o no quería) vivir en su vida efectiva. En cualquier caso, queda remarcada esta copertenencia y la insuficiencia del acercamiento a una sola de las dos vertientes en la figura de Nietzsche (la vida y el pensamiento). Así, todo aquel que quiera acercarse a Nietzsche, deberá no sólo leer sus escritos, sino también acercarse a su biografía si quiere comprender de la forma más completa posible lo que representa Nietzsche.

No debemos confundir este impulso hacia la soledad con un deseo de aislamiento respecto al mundo, sino que se trataba más bien de, en la soledad, recoger el mundo y hacerlo propio, pensarlo y manifestarlo en su vida y en su obra. Para ello resultó imprescindible el papel de la enfermedad, que fue la que le llevó a un aislamiento más profundo y la que le puso ante él mismo y le facilitó el pensar. De esta forma lo expuso Lou Salomé:

Se vio *obligado* por su estado de salud a tomarse a *sí mismo* como la materia de sus pensamientos, a poner su propio yo como fundamento de su imagen del mundo y a tejer esta desde su propia interioridad.⁴²

Y esto es lo que motiva el carácter de su filosofía:

De ahí podemos prever que, apenas Nietzsche transformó libremente el contenido de su alma en contenido del mundo, apenas extrajo las leyes de este de sus experiencias más íntimas, su filosofía tuvo que trazar una visión trágica de la existencia: tuvo que concebir a la Humanidad como una especie híbrida, doliente en sí misma, enferma sin esperanza en su propia evolución, y que de ninguna manera halla en sí su justificación

41 Considerándolo desde un punto de vista externo, sus padecimientos de ojos y de la cabeza lo obligaron a tener que trabajar de manera puramente aforística; pero también a su propia singularidad espiritual le correspondía cada vez más no tener que ver sus pensamientos en una cadena continua delante de sí.

Ídem., pág. 185.

42 *Ídem.*, pág. 147.

existencial [...]⁴³

¿No es esta Humanidad doliente de la que nos habla Lou un reflejo exacto del mismo Nietzsche? ¿Y no será, por lo tanto, toda la filosofía nietzscheana un compendio de sí mismo y de su vida? Esta es la idea fundamental que expresa Lou Salomé en *Friedrich Nietzsche en sus obras*, y que se inicia con la exposición de lo aquí esbozado acerca de la peculiaridad de Nietzsche como filósofo, consistente en esta íntima copertenencia de vida y filosofía. Tanto en una como en otra, nos topamos con la decadencia y el espíritu de superación, con la amarga constatación de que todo está hundido, pero la necesidad fuerte de remontar el vuelo, de convertir la propia debilidad en la fuerza necesaria para salir del pozo.

A la luz de todo lo expuesto, podríamos caracterizar la filosofía de Nietzsche como el medio con que contaba para sobrevivir en medio de los sufrimientos físicos que lo acosaban día y noche. Gracias al pensamiento encontraba las fuerzas para darle un sentido a sus dolores y molestias, y al mismo tiempo hallaba el impulso para seguir adelante y superarse a sí mismo. Así supo recibir con euforia los períodos de salud y los vivió con intensidad. Pero para ello necesitaba de la enfermedad, y así aprendió a querer sus dolencias, a afirmar su enfermedad, hasta el punto de que ésta es absolutamente necesaria dentro del quehacer nietzscheano. En el flujo y reflujo de salud y enfermedad que constituye la vida de Nietzsche (y también, en cierto modo, de su pensar, lleno de figuras de decadencia y de plenitud) está el motor de sus ideas, y por lo tanto, la enfermedad constituye un elemento fundamental, necesario e incluso querido y adorado por el pensador, sin el cual no podría haber alcanzado su pensamiento:

Y es que Nietzsche necesitaba en todo momento tal imbricación de dolor y dicha, de exaltación y sufrimiento, para enfrentarse a un nuevo renacimiento espiritual. Su felicidad tenía primero que transformarse en «ultrafelicidad» y, en este exceso, convertirse en su propia enemiga y su contraria; la paz y la familiaridad conquistadas fatigosamente dentro de un ámbito del conocimiento tenían primero que incitarlo a herirse a sí mismo y a alejarse de sí, a fin de que su espíritu pudiera disiparse y descargarse en nuevas creaciones.⁴⁴

Esta es, en resumidas cuentas, la caracterización que de Nietzsche hizo Lou Andreas-Salomé. Lo más destacable de ella es que, a pesar de señalar con claridad la

43 *Ídem.*, pág. 203.

44 *Ídem.*, págs. 204-205.

copertenencia de la vida y el pensamiento de Nietzsche, también se apunta a una clara escisión entre los dos ámbitos. Es decir, los pone en contacto, pero al mismo tiempo los mantiene a cada uno en su lugar, sin permitir que se mezclen. Ello se debe a la naturaleza ya comentada del pensamiento, que apela a un lugar común en el cual establecer una comunicación y un diálogo. Lo que ocurre es que en Nietzsche, parece que ese diálogo no es con otro que consigo mismo o con gentes que compartan su naturaleza (de ahí las numerosas afirmaciones sobre su intempestividad), por lo que su pensamiento se mantiene muy cercano a él mismo, pudiendo llegar a confundirse si no se tiene en cuenta esta distancia apuntada por Lou Salomé, merced a la cual ni la vida puede reducirse del todo al pensamiento nietzscheano, ni el pensamiento a su vida. En cualquier caso, se trata más bien de una precaución a tener en cuenta para no caer en reduccionismos que lo único que harían sería empobrecer el pensamiento de Nietzsche, reduciéndolo a una mera expresión vital sin ninguna trascendencia más allá, aunque en último término haya que buscar sus raíces en ese desarrollo biográfico.

1.3.-Karl Jaspers.

En 1936, Karl Jaspers⁴⁵ publicó *Nietzsche: Einführung in das Verständnis seines Philosophierens*⁴⁶, donde emprendió la tarea de interpretar a Nietzsche bajo una perspectiva diferente a la que los nazis le estaban dando en aquellos momentos. Se trataba de arrebatarles en cierto modo a Nietzsche, que estaba siendo acaparado por las élites intelectuales nazis como un pensador que se encontraba en la misma línea que ellos. Para ello, Jaspers intentó hacer una reflexión acerca de sus ideas principales, pero en seguida se encontró con la dificultad que el pensamiento nietzscheano ofrece a todo aquel que lo quiera interpretar: su complejidad e imbricación con el personaje Nietzsche. Esto hace que no se pueda extraer una obra o un fragmento como algo característico e intentar presentarlo en sí mismo sin introducirlo en un contexto:

Frente a los ensayistas, Nietzsche se ofrece como un todo: es una vida filosófica que se comunica por ideas, mediante la actividad propia de una tarea. Trátase de una

45 Karl Jaspers (Oldenburg, 1883-Basilea, 1969). Inició su labor como psiquiatra, pero en seguida su interés viró hacia la filosofía, influyendo a mediados del siglo XX de manera notable en diversos ámbitos: epistemología, filosofía de la religión y teoría política. A pesar de esa influencia, tras su muerte fue sobrepasado por otras figuras que lo colocaron en un segundo plano. Sus principales influencias fueron Weber, Kant y Heidegger (alumno suyo, mantuvo una dura controversia con él a raíz de la proximidad a los nazis). Algunas de sus principales obras son *Filosofía* (1932, 3 volúmenes), *Filosofía de la existencia* (1938) o *Los grandes filósofos* (1957).

46 Existe traducción al castellano, hecha por Emilio Espriu y publicada bajo el título *Nietzsche* en 1963 por Editorial Sudamericana, en Buenos Aires.

Esta es la afirmación que nos encontramos en el inicio de la introducción de la obra de Jaspers, y en ella se pone de manifiesto la dificultad que Nietzsche supone para todo aquel que quiera acercarse a su pensamiento. Nietzsche es mucho más que un conjunto de escritos e ideas, porque éstas no son más que el fruto de una tarea que él sentía como el motor de su vida⁴⁸. Todo en él se dirigía al cumplimiento de dicha tarea. Sentía que toda su existencia era un médium para alcanzar unos objetivos, y por lo tanto, sus movimientos estaban encaminados a que dichos objetivos fueran alcanzados, buscando los ambientes y las experiencias necesarias para pensar de acorde con la tarea. Pero no se trata sólo de pensamiento en sentido estricto (no al menos como se venía entendiendo el pensamiento hasta entonces), sino que Jaspers utiliza la expresión “vida filosófica” para referirse a Nietzsche, buscando así manifestar con mayor claridad esa totalidad a la que se refiere. Totalidad interior a la obra, que nos obliga a revisar todos y cada uno de sus escritos y a encontrar en ellos el hilo que nos ha de llevar de unos a otros y a descubrir un desarrollo interno, un despliegue de ideas que recorre su producción entera. Por eso se puede decir que el pensamiento nietzscheano tiene una vitalidad, una vida. Pero también hay una vida externa, ya que esas ideas no surgen de un aislamiento dentro de la región de la lógica y el pensamiento puro, sino que encuentran sus motivos e impulsos más allá. Cualquier vivencia o acontecimiento al que el hombre Nietzsche asistiera podía servirle de estímulo en sus ideas, y por eso no hay que desdeñar el conocimiento de sus avatares biográficos a la hora de acercarse a él. Además, hay en el pensamiento nietzscheano una voluntad de trascenderse a sí mismo y desplegarse en la vida cotidiana, pretendiendo transformar la forma de relacionarse los seres humanos y la civilización al completo, y puede rastrearse este impulso en la biografía de Nietzsche, viendo en algunas actitudes que desarrolló a lo largo de su vida una manifestación más de su filosofía, algo así como si pudiera accederse a la vida de Friedrich Nietzsche como si se tratara de una obra suya más. Este impulso de totalidad adolece de un problema, consistente en que, dentro de esa multirreferencialidad total que hay entre sus obras y su vida (un continuo estar en contacto con escritos anteriores y posteriores, y con acontecimiento vitales también), resulta muy difícil seguir una línea de desarrollo fija y continua. En realidad, se trataría de no perder nunca de vista dicha

47 JASPERS, Karl. *Nietzsche* (trad. esp. Emilio Espriu). Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1963. Pág. 37.

48 En efecto, Nietzsche en varias ocasiones expresó esta intuición de ser llamado para cumplir una tarea, la de ser un destino para la humanidad (el último capítulo de su autobiografía *Ecce homo* es, precisamente, “*por qué soy yo un destino*”).

unidad y totalidad en detrimento del desarrollo paso por paso, aunque es importante tener en cuenta que esos pasos se dieron (como es lógico, hay en Nietzsche una evolución, no dio a luz a todo su pensamiento de una vez):

Las ideas deben recogerse en un gran proceso unitario, que, al mismo tiempo, es sistemático y biográfico: a la realidad del hombre pertenece el hecho de que el sistema más profundo y más verdadero de su pensar tenga que aparecer en forma temporal. Esta puede ser natural, corresponder a la cosa misma y, al mismo tiempo, puede estar, desde el punto de vista biográfico, empañada o arruinada por nexos causales extraobjetivos, que deforman la realidad empírica de un determinado hombre en particular. Ambas cosas acontecen de manera conmovedora en Nietzsche.

Por tanto, la ocupación con el pensar de Nietzsche exige -más que en la mayor parte de los grandes filósofos- simultáneamente, y en primer lugar, el trato con la realidad de la vida de Nietzsche. Para ver el contenido filosófico, que es inseparable de su vida y de su pensamiento, debemos tener en cuenta sus vivencias y su conducta, dentro de determinadas situaciones. Tal referencia se puede perseguir en su obra: aparece hasta en la exterioridad de ciertos pensamientos o imágenes determinados. Nos ocupamos, pues, del curso de la vida de Nietzsche para ver y para conocer el movimiento en el que cada escrito tiene lugar.⁴⁹

Volvemos a encontrarnos con el hincapié en esta conexión entre vida y obra en el particular caso de Nietzsche. Conexión tal vez superior a la de cualquier otro filósofo. Sin embargo, esto no debe confundirnos y hacernos pensar en una derivación directa. Jaspers señala que ése ha sido un error típico en el acercamiento a Nietzsche, merced al cual, a partir de la épica de su existencia (la relación con la enfermedad, la soledad, el tema de la locura...) se intentó deducir toda su obra, cuando si se lee con atención la obra completa (tal y como nos obliga el comentado espíritu de totalidad presente en ella), nos damos cuenta de que muchos de sus temas centrales ya se hallan preconfigurados desde bien temprano, cuando aún no habían aparecido en su vida ni la soledad ni la enfermedad:

En efecto: hay en Nietzsche ideas fundamentales siempre semejantes -aunque dentro de extraordinarias modificaciones-; ellas surgen, como un carácter dominante desde su temprana juventud -son la mayor parte de las mismas, y asombra ver cómo se mantienen a través de toda su vida. Hay otras que, por un salto en el desarrollo, emergen, en cambio, bruscamente. Y aún hay otras que sólo aparecen durante un

49 *Ídem.*, pág. 51.

cierto tiempo, para luego ser aparentemente olvidadas.⁵⁰

Quedan claras así las precauciones que hay que tomar al acercarse a la figura de Nietzsche: no dejarse deslumbrar por una vida repleta de circunstancias adversas que le dan un tono épico e intentar reducir todo el pensamiento a esa vida. Esta precaución es necesaria precisamente por el alto grado de conexión existente entre dicho pensamiento y vida. Es cuando más cerca están cuando más alerta hay que estar para saber ver dónde empieza uno y dónde termina la otra, aunque esa misma proximidad sea la que nos impida realizar una distinción tajante y estricta, puesto que los puentes en ambas direcciones son continuos y no poco frecuentes.

En el inicio del texto sobre Nietzsche, Jaspers enumera los distintos enfoques posibles que se habían desarrollado hasta el momento para acercarse a su trabajo, y señala el de la reducción de la filosofía a la biografía (la derivación, cabría decir en términos más exactos), criticándola con dureza:

En cambio, se falsea el sentido del tratamiento de tal vida cuando se yuxtaponen, sin referirlos entre sí, la realidad de la vida y el mundo del pensamiento. En esta disociación, la curiosidad psicológica, por una parte, se satisface, reuniendo los hechos de *Humano, demasiado humano* y gozando con el carácter épico de su vida; o, por otra parte -si se atiende el desprendimiento de la personalidad- las ideas se tildan de verdades válidas intemporalmente e incluso de extravagancias.⁵¹

El peligro es, pues, la mera yuxtaposición, el hacer de ambas instancias una misma cosa, o derivar directamente el uno de la otra. Ahora bien, en un caso como el de Nietzsche resulta imposible no acercarse a su biografía si se quiere tener una idea global de su pensamiento. Y ahí está la gran dificultad para Jaspers, el motivo de que se haya podido malinterpretar e incluso manipular su filosofía con tanta facilidad, residente en la fácil pérdida de perspectiva que una complejidad tan grande acarrea. En ello se halla uno de los atractivos de la obra nietzscheana, que ha impulsado a lo largo de los años a numerosos pensadores a volver una y otra vez sobre él:

Durante el estudio es inevitable aplicarse sin reservas, tanto a la realidad empírica de la vida como tal y en su facticidad, como también seguir los pensamientos por largos trechos con prescindencia de la época en que fueron pensados. Justamente, la

50 *Ídem.*, pág. 51.

51 *Ídem.*, pág. 52.

dificultad que de continuo renace -porque ninguno de los dos caminos, por sí mismos, pueden tramitarse con éxito y porque ninguno de ambos pueden llegar, sin violencia a armonizarse- tiene por resultado esa inquietud que incesantemente impulsa al estudio de Nietzsche.⁵²

Jaspers observa en Nietzsche una cierta ejemplaridad, una particularidad en ningún caso significativa (puesto que no es modelo de nada ni representa ninguna posibilidad común) pero en la cual se muestra un significado trascendente y existencial para el ser humano⁵³. De ahí esa exigencia hacia el todo de su vida y su producción, ya que todo en él contribuye a este ser ejemplo de Nietzsche. Por eso Jaspers empieza su tratado con un relato biográfico. Y aunque lo habitual sea realizar un pequeño apunte sobre la vida del autor del que se quiera tratar con el fin de contextualizar su producción, a menudo a modo de introducción, Jaspers le dedica toda la primera sección de su obra, algo más de la quinta parte del total. Con ello se pone de manifiesto la importancia que le dió a la vida de Nietzsche en el conjunto de su pensamiento y en el total del personaje Nietzsche⁵⁴. Esta biografía planteada por Jaspers no es una recopilación de fechas y acontecimientos al uso, sino que se teje en torno a algunos ejes fundamentales en el mundo nietzscheano. En concreto, destaca dos, el de la soledad y los amigos, y el de la enfermedad. De ésta última, empieza su apartado diciendo:

La obra de Nietzsche está llena de cuestiones acerca del sentido y la significación de la enfermedad. El mismo Nietzsche, con pocas interrupciones, durante los dos últimos decenios de su vida creadora, ha estado afectado por enfermedades diversas. Terminó en una enfermedad mental. Es indispensable, para la comprensión de Nietzsche, conocer el detalle de sus enfermedades, distinguir claramente las significaciones posibles de los hechos y tener presente su propia conducta con respecto a la enfermedad.⁵⁵

52 *Ídem.*, pág. 52.

53 El mismo Nietzsche así lo creía, según testimonia en un fragmento póstumo de finales de 1880: “¡Curioso! En todo momento me veo dominado por la idea de que mi historia no es sólo una historia personal, de que, al vivir y al ir formándome y definiéndome así, estoy haciendo algo que es para muchos: siempre es como si yo fuera una pluralidad, a la que hablara de manera íntima-sería-consoladora” (Fragmentos póstumos, vol. II, 7[105], pág. 695.)

54 Ya ha quedado dicho cómo Nietzsche representa una singularidad filosófica para Jaspers, lo cual motiva que no baste sólo con un acercamiento al pensamiento reflejado en sus escritos, sino que haya que ir más allá para captar esa singularidad. Por eso, en lugar de hablar del hombre Nietzsche (el ser humano que fue) o del pensamiento de Nietzsche, sea más omnicomprendivo hablar del personaje Nietzsche. De esta forma quedaría englobada esa totalidad y complejidad a la que nos referimos.

55 *Ídem.*, pág 148.

Con este breve fragmento, que podría servir de texto programático para el presente trabajo, queda manifiesta la importancia que el papel de la enfermedad juega dentro de la producción nietzscheana. A partir de este punto se inicia una enumeración de los males que Nietzsche padeció y cómo existe un correlato a sus estados de salud en las obras que iba escribiendo en cada fase de su vida (a nivel de estilo, de lenguaje y de tono vital). Así, puede establecer diversos momentos en los que la enfermedad influye en la obra por la vía directa (si se acepta que algunos de los estados de ánimo elevados que manifestaba en ocasiones son fruto de la enfermedad, y en los que era capaz de escribir libros enteros en apenas unos días⁵⁶) o bien por la indirecta (dejando períodos de calma en los que se pudo dedicar con mayor ahínco a la redacción de sus textos y a la reflexión).

Llegados a este punto es preciso recordar que la cuestión de la enfermedad concreta que padeció no es relevante en este análisis. Tal vez lo sea si lo que se pretende es establecer ese reduccionismo del que se hablaba más arriba y que parece del todo insuficiente a la hora de abarcar a Nietzsche. Es cierto que, según el tipo de patología que sufrió, la relación queda mucho más explícita, puesto que alguna clase de expresiones y tendencias de pensamiento la manifestarían (la grandilocuencia y megalomanía que manifestó en los escritos de los últimos meses son perfectamente explicables desde algunos trastornos psiquiátricos), pero su conocimiento resulta innecesario si el acceso que pretendemos es el de entender la enfermedad como estímulo para la reflexión y tema central de su pensamiento. En este caso, es del todo indiferente cuál sea la patología padecida o si ésta influye más o menos directamente en lo escrito (en el sentido de que lo escrito pueda representar un síntoma más de la enfermedad). Por eso no es necesario entrar a fondo en la discusión acerca del nombre de la enfermedad de Nietzsche y si ésta estuvo presente a lo largo de más o menos tiempo. Lo que de verdad interesa es el impacto que causó dentro de su vida consciente, cómo vivía él sus trastornos y cómo afectaban a su desarrollo intelectual en primera persona, y también cómo todo lo vivido encuentra su reflejo en forma de ideas dentro de sus trabajos. Puesto que el propio Nietzsche nunca supo qué patología era la que le estaba provocando sus problemas (anduvo de médico en médico y de tratamiento en tratamiento con escaso éxito), resulta irrelevante para este acceso “en primera persona”.

Además de dedicar un apartado al asunto de la enfermedad como aspecto importante dentro de la vida de Nietzsche, hay un subapartado dedicado a la cuestión de

56 Cabe recordar, a este respecto, el mes de enero de 1882, al que él mismo denominó *Sanctus Januarius*, debido al especial estado de gracia en el que se sintió, y bajo el cual redactó el cuarto libro de *La Gaya Ciencia*. O los diez días que tardó en escribir cada una de las tres primeras partes de *Así habló Zaratustra*, que siguieron a fases de decaimiento y profundo malestar.

la enfermedad y la obra. Allí, Jaspers apunta a la desvalorización que puede acarrear el investigar la dimensión patológica de Nietzsche y hace una reivindicación del pensamiento a pesar de su posible carácter patológico o sintomático:

El cómodo entendimiento cree un deber exigir esta simple alternativa: o Nietzsche estaba enfermo, o pertenece, por su grandiosidad, a la historia mundial. Se niega la circunstancia de que pueda ser ambas cosas al mismo tiempo. Hay que oponerse a estas negaciones definitivas y a estas falsas soluciones. Con ellas no se muestra ninguna comprensión de las ideas de Nietzsche y ninguna captación de la realidad de su vida, sino, que, bajo el escudo de afirmaciones dogmáticas, se torna imposible toda cuestión y toda investigación.

En primer lugar, el hecho de que el valor de una creación se deba ver y juzgar, únicamente, a partir del contenido de lo producido por el espíritu, tiene vigencia abstracta. La causalidad, por cuyo influjo nace algo, nada afirma sobre el valor de lo nacido. [...] La causalidad, interiormente no comprensible, del acontecer natural, al que nosotros mismos pertenecemos, nada nos dice acerca de la comprensibilidad y del sentido y del valor del acontecer espiritual que nace de ella, sino que, tratándose de lo incomprensible, ella sólo puede hacer que dicha incomprensibilidad sea de algún modo concebible dentro de un plano totalmente diverso [...]. Cuando un proceso patológico, o cierto factor biológico influye sobre el acontecer espiritual, subsiste la pregunta de saber si tal influjo es ventajoso, destructor o indiferente; o de si una posibilidad espiritual, en nuevas condiciones, tome o no una forma peculiar.⁵⁷

En este texto queda de manifiesto que, aunque haya una relación causal entre la enfermedad y los textos (en su forma y su contenido), eso no es motivo para despreciar esas ideas sugeridas desde el plano patológico. De este modo queda neutralizada todo acercamiento reductor a Nietzsche que pretenda hacer de su pensamiento un mero producto de la enfermedad, con lo cual quedaría descartado como pensamiento válido. Por otro lado, aunque se apunte a esta independencia del contenido respecto del producto, también se subraya el nexo causal merced al cual se ha generado dicho producto, por lo que también es necesario acudir a la circunstancia del autor en la cual se dan las premisas con las cuales ha tenido lugar su pensamiento, quedando así expuesta la obligación de no perderlas de vista si se quiere acceder a la realidad existencial peculiar que expresa (y más en el caso de Nietzsche).

Además, por mucha discusión que se haya generado en torno a la patología padecida por Nietzsche, nunca va a ser posible un acceso total a ella, en la medida en

57 *Ídem.*, pág. 162.

que no es posible realizar un examen con las técnicas modernas que tal vez permitirían un diagnóstico afinado. Es cierto que hay numerosos testimonios en primera persona (la correspondencia está plagada de alusiones a su estado de salud) y algunos personajes que le conocieron dejaron constancia de algunas de sus habituales crisis, y también los médicos a los que acudió en busca de ayuda dejaron escritas sus impresiones en sus notas. Pero ello no es suficiente desde el punto de vista médico actual, por lo que siempre habrá un espacio para la duda y un ámbito de desconocimiento que impedirá un diagnóstico definitivo que pueda aclararnos la dependencia directa del pensamiento y la enfermedad. Merced a ello, no es posible la actitud simplificadora que Jaspers denuncia de explicar toda la obra de Nietzsche como el producto de su demencia, obligándonos a un acercamiento más amplio, aunque tampoco podamos perder de vista ese enfoque:

Tratándose de Nietzsche, sólo son posibles pocos elementos para responder a la pregunta por la relación entre la enfermedad y la obra. En su totalidad, las cuestiones quedan abiertas. Ellas, sin embargo, en cuanto a tales cuestiones, han de ser tenidas en cuenta, como condiciones de un recto estudio de Nietzsche. El método de planteamientos empíricos acerca de la relación entre la enfermedad mental y la obra, sólo puede ser indirecto.⁵⁸

En resumen, la idea central de Jaspers respecto a la relación entre el pensamiento y la vida de Nietzsche es la de la necesidad de acercarse a ambas instancias para mejor dar cuenta de la singularidad existencial que la filosofía nietzscheana representa. Ambos elementos son parte de su enseñanza, y a los dos hay que acudir, debido a la complejidad tanto de la obra como de la biografía, si se quiere comprender algo de ellas. Además de ello, Jaspers hace hincapié en la necesidad de tomarlos a cada uno en su justa medida, sin caer en el error, a su juicio frecuente, de reduccionismos que lo único que harían es desvirtuar a Nietzsche y su pensamiento, alejándonos de la tarea de la comprensión de su pensar.

1.4.-Rüdiger Safranski

Una vez comentadas algunas de las reflexiones en torno a las relaciones entre vida y obra en el caso de Nietzsche hechas por quienes le conocieron y por los que han intentado aproximarse al pensamiento del filósofo alemán⁵⁹, es el momento de

58 *Ídem.*, págs. 163-164.

59 Evidentemente, hay muchos más autores que se han acercado a la obra nietzscheana, y de un modo mucho más profundo e influyente. Sin embargo, aquí se han reseñado los que mayor hincapié han hecho en esa relación que venimos comentando entre vida y obra en Nietzsche, y más en concreto

acercarnos también a los que han accedido a Nietzsche desde el lado biográfico. Uno de los más destacados es Rüdiger Safranski⁶⁰, que en 2000 publicó *Nietzsche. Biographie seines Denkens* (Nietzsche. Biografía de su pensamiento). En este trabajo aborda la tarea de establecer el enraizamiento de las obras de Nietzsche en su periplo vital. Así, el relato del desarrollo de su pensamiento va dando pie a ir exponiendo los momentos más destacados de su vida y las opiniones que sobre ellos expresó el mismo Nietzsche. De este modo, este texto de Safranski puede ser considerado como un ejercicio de lo que se viene exponiendo hasta el momento, de conectar el pensamiento con la biografía (si bien, y no está de más recordarlo de nuevo, luego puede funcionar por sí mismo sin perder validez o profundidad). Ya el mismo título nos pone sobre la pista de lo que Safranski realiza, estamos ante una biografía del pensamiento. Pero por biografía podemos entender el mero relato de las publicaciones e ideas que a lo largo del tiempo Nietzsche fue dando a luz, estableciendo así una historia intelectual. Sin embargo, lo que hace Safranski es acudir al sentido profundo del término vida, merced al cual puede hablarse de biografía. De este modo, lo que hace es narrar el pulso vital que hay en el pensamiento de Nietzsche, la génesis y desarrollo de las ideas que lo constituyen. Acudir a la génesis implica bucear en los motivos, en los acontecimientos, lecturas, charlas... que pudieron ponerlas en marcha. Y esto sólo podemos encontrarlo si se va a la biografía del pensador que piensa esas ideas. Así, no hay más remedio que referir las ideas a la vida del autor si queremos una comprensión lo más completa posible.

En esta labor que se propone Safranski, bien temprano se encuentra ante la particularidad de que en Nietzsche, vida y filosofía están en una conexión necesaria:

El joven Nietzsche emprende sus primeros esbozos autobiográficos como un intento de dominio de la propia vida a través de una historia de la formación. Le fascina ver cómo la vida vivida puede transformarse en un libro.

[...]Más tarde Nietzsche se atenderá también a este método de dar una forma a la vida. No se conformará con producir frases dignas de citarse, sino que erigirá su vida de tal manera que sea un documento digno de citarse para su pensamiento. Todos pensamos sobre nuestra vida, pero Nietzsche quiere conducir la suya de tal manera que obtenga motivos para pensar. Se trata de un pensamiento que encuentra en la vida un orden de experimentación, se trata de un ensayismo como forma de vida.⁶¹

con la cuestión de la enfermedad.

60 Rüdiger Safranski (Rottweil/Württemberg, 1945), estudió filosofía, historia e historia del arte, y ha destacado por sus elaboradas biografías de personajes importantes en el mundo del pensamiento, entre las que destacan las realizadas sobre Schopenhauer, Nietzsche y Heidegger.

61 SAFRANSKI, Rüdiger. *Nietzsche. Biografía de su pensamiento* (trad. Raúl Gabás). Tusquets. Barcelona, 2004. Pág. 27.

En este fragmento se hace referencia a la tendencia nietzscheana a revisar su trayectoria con cierta periodicidad. Merced a ella, desde muy joven sintió la necesidad de escribir sus memorias y hacer autobiografías en los momentos que él consideraba importantes, a modo de recapitulación del camino recorrido. En 1858, con tan sólo catorce años redactó su primera autobiografía, y Safranski también relata como, en la infancia, tendía a apuntar en una libreta el desarrollo de los juegos en los que tomaba parte, y luego lo hacía leer a los compañeros. Se observa en ello una tendencia al autoexamen y a la mirada retrospectiva que pudiera, de un único vistazo, captar una totalidad. Así, Nietzsche, cada vez que sentía que su vida estaba cambiando a una nueva etapa, se lanzó a la autobiografía y a la revisión de lo pasado (lo mismo ocurre con sus obras, que vieron introducciones posteriores a su publicación en los que se realiza una severa autocrítica, como es el caso de *El nacimiento de la tragedia*) con el fin de dejar claro, ante los demás y sobre todo ante sí, lo más importante acontecido en cada momento⁶². Al final, el relato acaba imponiéndose a la realidad, y esa voluntad de relato se extiende a toda su vida, de modo que ésta quedaría modelada según la guía de su pensamiento, como una cita perfecta de las ideas que iba poniendo en circulación.

Safranski subraya la negación que Nietzsche hace del sujeto, que queda reducido a un producto del pensamiento. Así, el yo no es más que una excrecencia, una secreción de todo un complejo de ideas y fuerzas surgidas en un cuerpo, a partir de las cuales se conforma la idea de la subjetividad. No obstante, recuerda, Nietzsche es uno de los autores que más ha utilizado el pronombre Yo en su obra, dando a entender que habla en primera persona, que no es una pura abstracción, sino un fruto de *su* pensar. Este *su* pensar no puede ser sino fruto de su vida, de aquello que lo hace Yo, que lo particulariza y le otorga la atalaya desde la cual acceder a dichos pensamientos, que, aunque sean singulares y únicos, poseen una cierta aspiración general y ejemplar, de sentido profundo, tanto para lo pasado como para el futuro:

Ya ahora, en el instante vivido, quiere experimentar un reflejo de la comprensión futura. Por sutil que sea este procedimiento, se trata en principio de técnicas para abordarse y describirse a sí mismo, de aquellas técnicas que dominan casi todos los autores de diarios con cierto dominio del género. Pero en Nietzsche se añadirá la persuasión de que su vida, su sufrimiento y pensamiento ostentan un carácter

62 En concreto, de la etapa de juventud se conocen la citada autobiografía de 1858, titulada *De mi vida*, otra de 1863 que tituló *Mi vida*, y finalmente, *Mirada retrospectiva a mis dos años en Leipzig*, de 1868. Además, existen apuntes autobiográficos en algunos prólogos de sus obras, sin olvidar su gran autobiografía, *Ecce Homo*, escrita justo al final de su vida lúcida, en 1888.

ejemplar, y de que vale la pena hacer que participen en ella «todos y nadie» (4, 9; ZA). Tendrá la impresión de ser alguien que, en representación de otros, soporta sobre sus espaldas como un Atlas los problemas del mundo o, mejor dicho, el ser-en-el-mundo, y además llevará a cabo la obra de arte de jugar y danzar con esta pesada carga.⁶³

Estamos otra vez ante la cuestión de la característica de Nietzsche que ya Jaspers planteó, de ser al mismo tiempo una singularidad única pero que al mismo tiempo es ejemplar y tiene una proyección más allá de los límites de su existencia. Se trata, en resumen, de una vida con pretensión filosófica más allá del puro pensamiento abstracto. De este modo, podemos entender la obra filosófica de Nietzsche como una tarjeta de presentación de sí mismo, como un ponerse sobre la mesa más que como un juego de reflexión en el espacio de la lógica racional más pura y aséptica. Es la obra de alguien que se sabe único, pero que, en su modo de autocomprenderse, intuye que en él se dan algunas cuestiones clave para la humanidad.

No sólo se trata de que en su biografía se dé este carácter único y ejemplar desde el punto de vista filosófico, sino también, y en gran medida, de que busca con el pensamiento una cierta configuración de su personalidad con miras a esa vida. Así, ha de pensar de acorde a su vivir, y vivir de acorde a su pensar, estableciendo un círculo y una conexión continuas entre las dos instancias. Safranski lo deja muy claro en el siguiente fragmento:

Lo mismo que el lenguaje singular, también los pensamientos tienen que colaborar en la configuración de sí mismo, en la producción de una segunda naturaleza. Por primera vez esto les da el «condimento secreto» (5, 239). Veremos luego a Nietzsche en el escenario de sus escritos, lo veremos comprobando inmediatamente en sus pensamientos cómo actúan en él. Su obra ofrece siempre las dos cosas, el pensamiento y el pensante. Nietzsche no se limitará a desarrollar pensamientos, sino que mostrará cómo los pensamientos brotan de la vida, repercuten en la vida y la cambian. Comprobará su fuerza, examinará si resisten frente a los dolores corporales que sufre. Exige que los pensamientos puedan encarnarse; sólo entonces tienen valor y significación para él. El que, de acuerdo con la manera constante de preguntar de Nietzsche, se plantea: cómo hago yo mis pensamientos y qué hacen de mí mis pensamientos tiene que convertirse irremisiblemente en dramaturgo de su pensamiento.⁶⁴

63 SAFRANSKI, *Óp. cit.*, pags. 28-29.

64 *Ídem.*, pág. 57

Se muestra con claridad en este fragmento la circularidad entre vida y pensamiento, y cómo ambos se retroalimentan y se sirven recíprocamente. Pero Safranski introduce aquí un elemento de gran importancia para nuestro interés, como es el del sufrimiento. Y es que Safranski relaciona las ideas con el dolor, más en concreto como una medida de su aguante. Tal parece que hay cierta voluntad utilitaria en el pensar nietzscheano, y no es otra que la de hacer más llevadero el dolor que padeció, buscando la verdad en ese estar atento y como al servicio de lo corporal que el mandato schopenhaueriano sugiere. Haciendo alusión al aforismo 2, 386 de *Humano, demasiado humano* en el que reivindica todo lo bueno como estimulante de la vida afirma Safranski:

Esta observación contiene una importante referencia a lo que Nietzsche espera del pensamiento; lo cierto es que no espera de él meras verdades expresadas en proposiciones. Hay otro criterio de verdad en el escenario interior de la lucha contra los dolores corporales. Podría decirse que se trata de un criterio existencial-pragmático de la verdad. Lo cual significa que un pensamiento tiene valor de verdad en tanto es suficientemente rico en representaciones y vivificante para poder oponer algo a la tiranía del dolor, que de otro modo reivindica para sí toda la atención.⁶⁵

Para él, los pensamientos no eran una mera copia o reproducción, sino también una formación de la propia realidad interior. Desde este escenario interior un pensamiento era «verdadero» para él cuando, en la unidad de significación y estilo, se convertía en algo que gozaba de suficiente fuerza y viveza para aguantar los sufrimientos, con frecuencia insoportables, y crearles un contrapeso vital.⁶⁶

Queda claro que, al menos en la óptica de Safranski, la enfermedad ocupa el puesto de auténtico motor de la filosofía de Nietzsche. De no haber padecido los sufrimientos que tuvo que aguantar, su pensamiento hubiera sido muy diferente o incluso ni se hubiera puesto en marcha. Porque, no conviene olvidarlo, en Nietzsche las ideas y el pensamiento no están en prístinas regiones celestiales, sino que brotan mucho más cerca de lo que la filosofía hasta el momento había creído:

Nunca entenderemos a Nietzsche si no queda claro en todo momento que para él los pensamientos eran de hecho una realidad espiritual-corporal.⁶⁷

65 *Ídem.*, pág. 190.

66 *Ídem.*, pág. 259.

67 *Ídem.*, pág. 259.

Así, aunque no hablara de la enfermedad (que lo hace, y mucho, si bien desde un punto de vista más abstracto y sin referirse a sus padecimientos físicos), ella estaría, continuando con el símil teatral del texto más arriba citado, entre bambalinas, o incluso como apuntadora, no en un papel protagonista, pero sí como una parte esencial e imprescindible en todo el complejo que es Nietzsche. Safranski va más allá y plantea la posibilidad de que lo que en Nietzsche se muestra no es más que la conciencia del mundo de alguien sufriente:

Y puesto que, según sabemos, asumió el propio sufrimiento como incitación a filosofar, también encontramos en él descripciones especialmente impresionantes de la experiencia del mundo bajo condiciones dolorosas. Hablando en términos fenomenológicos, todas esas modalidades son muestras de análisis de una constitución intencional del mundo. Pues Nietzsche no busca simplemente una expresión de sí mismo, sino que toma la propia experiencia como ejemplo para perseguir esta pregunta: ¿de qué tipo es el mundo que se crea una conciencia que sufre?⁶⁸

No sólo es una conciencia que sufre en abstracto, sino que sufre por la enfermedad, por lo que podemos ampliar y extender la pregunta: ¿de qué tipo es el mundo que se crea una conciencia que padece la enfermedad? Desde el perspectivismo nietzscheano, es fácil responder, puesto que esa conciencia adquiriría una sensibilidad refinada hacia lo patológico y se volvería hipersensible a cualquier síntoma de enfermedad que viera a su alrededor. Y si, como sugiere Safranski, esa conciencia posee la suficiente fuerza como para probar pensamientos-verdad que contrapesaran a esa patología, buscaría la forma de denunciar y superar la enfermedad circundante.

1.5.-Werner Ross

Si el trabajo de Rüdiger Safranski se hallaba a medio camino entre la biografía al uso y la descripción de su pensamiento, otros han abordado la tarea de la biografía más tradicional, aportando conclusiones similares. Es el caso de Werner Ross, que en 1989 publicó una de las biografías más completas de Nietzsche, bajo el título *Der ängstliche Adler. Friedrich Nietzsches Leben* (traducida como *Friedrich Nietzsche. El águila angustiada. Una biografía*). En el breve prólogo del extenso volumen, Ross expone las intenciones que mueven su trabajo, y reprocha a algunos de los que antes se han dedicado a su misma labor que separaran la vida y la obra de Nietzsche:

68 *Ídem.*, pág. 223.

En general imperaba la fórmula «vida y obra» con el acento en la «obra» como lo específico, sin que de ello se pudiera eliminar la vida. Así ocurre con las dos exposiciones más ambiciosas y completas: la obra en tres volúmenes de Charles Andler *Nietzsche, sa vie et sa pensée* [*Nietzsche, su vida y su pensamiento*] (1920-1931) y la obra de Karl Jaspers *Nietzsche, Einführung in das Verständnis seines Philosophierens* [*Nietzsche, introducción en la comprensión de su filosofía*] (1936).⁶⁹

A pesar de separar los dos ámbitos y centrar la atención en el segundo, siempre queda ahí la vida como algo que, en última instancia no se puede ignorar. Ross concede que hay en ello cierto mérito, pero acude a las palabras de Nietzsche para profundizar en el reproche:

Una y otra vez, la vida de Nietzsche es interpretada como «trasfondo» de su obra, como aclaración que hay que añadir, cuando lo que procede es tomar en serio la sentencia de Nietzsche: «El producto del filósofo es su *Vida* (en primer lugar, antes que sus *Obras*)». [...] En él se fue imponiendo cada vez con más claridad el principio «sé lo que eres», el destino que se despliega y realiza, la obra que modela toda una vida, frente al carácter fragmentario de los pensamientos contenidos en las obras. La meta es el descubrimiento de uno mismo.⁷⁰

Así pues, tenemos otra vez el esquema de una obra influida e inspirada por lo vivido, pero que al mismo tiempo sirve de modelo e inspiración para el desarrollo vital. Conviene precisar que al usar el término Vida, Nietzsche está haciendo referencia a algo más que a la mera sucesión de acontecimientos que pueden ser ordenados en un cuadro cronológico. En efecto, Nietzsche parece estar refiriéndose a algo más profundo, a la vida íntima, a toda la constelación de pensamientos, pulsiones y sensaciones que nos conforman en tanto que seres vivientes. Se trata de un criterio más interior que exterior (que sería lo que se destaca en el criterio biográfico habitual), y es mucho más difícil de ser captado y expuesto, pero es lo que en realidad podemos llamar nuestra vida. Como es lógico, las circunstancias externas influyen en todo este mar de impulsos que es la vida, y en virtud de ellas se pueden dar unos u otros acontecimientos. En cualquier caso, lo que Ross pretende reivindicar es un enfoque del personaje y del pensamiento de Nietzsche a partir de esta Vida, desde su misma plenitud, como el propio Nietzsche

69 ROSS, Werner. *Friedrich Nietzsche. El águila angustiada. Una biografía* (trad. Ramón Hervás). Paidós. Barcelona, 1994. Pág. 14.

70 *Ídem.*, pág. 15.

sugiere en sus textos, y no como una mera cuestión colateral al pensamiento, que sería lo que les reprocha haber hecho a los otros autores citados. Al final del prólogo, en el último párrafo, deja muy clara su intención a la hora de plantear su trabajo:

Si él mismo describió la vida como producto del filósofo, yo no he intentado otra cosa que acentuar esas líneas. Pero simultáneamente he eludido todos los intentos de añadir al relato de su vida una nueva dimensión, ya sea para ampliar el aspecto sociológico o para ahondar en los problemas psicoanalíticos.⁷¹

Con ello se ve con claridad la voluntad del autor de enfocar su biografía desde este punto de vista más interno, en la medida de lo posible, y también bajo una perspectiva que podríamos calificar de nietzscheana, es decir, siguiendo lo que Nietzsche dijo sobre estos asuntos. Además, queda también expuesta la prevención acerca de los métodos sociológicos o psicoanalíticos, que, si bien son aplicables al caso Nietzsche, no dejan de ser un reduccionismo que, como ya hemos comentado, no hace ningún bien si lo que se quiere es un acceso omniabarcador y comprehensivo del filósofo alemán. Esto es lo que motiva que se tenga que hacer un examen exhaustivo a todas las circunstancias de Nietzsche si se quiere hacer este acceso tan amplio (que el mismo personaje pide). Nada cae en saco roto, todos los acontecimientos son, en mayor o menor medida, de vital importancia. Por eso es preciso acudir a cualquier documento en el que se nos pueda ofrecer un dato acerca de él y no desdeñarlo como algo accesorio o secundario, puesto que puede contener alguna clave o la manifestación de algún rasgo interesante de cara a esa comprensión de la figura y el pensamiento (ahora vemos cómo ambos van muy ligados entre sí) de Nietzsche. En este sentido, llama la atención que, una vida relativamente monótona como es la de Nietzsche, en la que no hay grandes sucesos, sino que sigue unas pocas líneas muy definidas (el período de educación, la fase como profesor en Basilea, la movilidad geográfica en busca de alivio para sus males, las amistades, sus trabajos...) genere biografías tan voluminosas como la de Ross (que cuenta, en su edición española, con 859 páginas) o la de Curt Paul Janz, en cuatro volúmenes. Pero la sorpresa queda amortiguada si se tiene en cuenta lo dicho en torno a la cuestión de la necesidad de abarcar al personaje en la máxima totalidad posible.

1.6.-Curt Paul Janz.

Para terminar con este capítulo de testimonios acerca de la especial conexión que existe entre la vida de Nietzsche y su pensamiento, no podemos obviar la biografía

⁷¹ *Ídem.*, pág. 15.

más extensa y la que la academia ha aceptado como “oficial”, y en la que también se hacen consideraciones al respecto del asunto que nos ocupa. Se trata de la monumental obra de Curt Paul Janz⁷². En el prólogo al primer volumen de los cuatro que forman esta biografía en la edición española, nos encontramos con varios testimonios⁷³. El primero de ellos lo hallamos nada más empezar, donde, tras exponer la tendencia tradicional a separar tajantemente pensamiento y vida, y las dificultades que eso plantea para el investigador moderno (puesto que la relación entre una cosa y la otra ha sido planteada y aceptada desde distintas vertientes del conocimiento), así como algún caso en el que esa separación es más fácil de realizar (el autor cita a Kant como paradigma de separación radical entre biografía y pensamiento), pasa a considerar el caso de Nietzsche:

Muy otra es la cosa a propósito de Nietzsche. Su pensamiento no busca desvincularse de la vida ni un solo momento, ni menos evadirse de los impulsos de su personalidad. Todo lo contrario: nace y surge una y otra vez, renovadamente, de las profundidades de ambos y es su expresión.⁷⁴

No se trata de una arbitrariedad del autor del texto, sino que lo refiere al propio Nietzsche y da a entender que esto forma parte de su pensamiento, y por lo tanto no es casual que se diga:

Para él, todo conocimiento, todo pensamiento y toda obra no pueden ni deben ser otra cosa que expresión de la personalidad entera, y han de servir para enriquecerla y potenciarla, en lugar de para debilitarla y disolverla en el reino de las ideas. En esta proximidad, llena de carne y de sangre, a la vida y a su subjetividad, que hace, ciertamente, mayor justicia a nuestra existencia y a una veracidad proveniente del sentido entero de la misma que toda posible objetividad vocada a abstraer de todo y siempre sólo para sí misma, pero raras veces veraz ante la vida, hay que buscar las

72 Curt Paul Janz es músico experto en Wagner, a través del cual llegó a Nietzsche. Parte de su trabajo lo ha dedicado a rescatar las obras musicales de Nietzsche, y a continuar la tarea biográfica iniciada por Richard Blunck, conformando la biografía más extensa y documentada hasta el momento (y que ha servido de base para otras muchas biografías posteriores).

73 Aunque la autoría general de la obra es de Curt Paul Janz, el inicio de la misma y el impulso inicial corresponden a Richard Blunck, que murió de forma repentina en 1962 dejando inconclusa su obra, que fue tomada por Janz. A pesar de esta autoría distinta del primer volumen, el último modificó algunas partes y mantuvo otras intactas (entre las que se cuenta el prólogo que aquí se comenta), por lo que se le aplicó la autoría al conjunto total de la obra (tres volúmenes, que en la edición española se convirtieron en cuatro). Por eso se mantiene aquí el nombre del autor general, con la precisión hecha de que el auténtico redactor de los textos que aquí se van a citar es otro.

74 JANZ, Curt Paul. *Friedrich Nietzsche* (4 vols.) (trad. Jacobo Muñoz). Alianza. Madrid, 1981. Vol I. *Infancia y juventud*. Pág. 19.

raíces del poder y de la novedad, la magia, en fin, de la obra de Nietzsche.⁷⁵

Nuevamente estamos ante la circularidad entre las dos instancias, que nos previene de cualquier reduccionismo. Si hemos de reducir el pensamiento a la vida, el camino es de un único sentido, quedando la otra dirección, la que va del pensamiento a la vida, eliminada, cuando, como se ve en este fragmento y en otros anteriores, es tan importante o más que la primera. De este modo queda otra vez patente la gran dificultad que plantea Nietzsche y la serie de precauciones que cabe tomar en la labor de acercarse a él. Igualmente, queda también de manifiesto la necesidad de abrazar al personaje Nietzsche como un todo, no pudiendo dejar nada de lado o centrándonos en uno u otro aspecto de su personalidad (y si se hace, lo cual es necesario para profundizar en determinadas cuestiones, que sea sin perder de vista el conjunto).

Acto seguido, pasa el autor a señalar cómo en la obra de Nietzsche se muestra toda la fuerza de su personalidad y cómo no se la puede leer como un mero ejercicio de entendimiento y de encadenamiento de ideas:

Quien por primera vez penetra en un libro de Nietzsche -como nosotros mismos hace cuarenta años- percibe de inmediato que las exigencias que impone no van dirigidas a la inteligencia. Que lo que aquí está en juego es algo más que seguir los pensamientos de otro, de premisas a conclusiones y de concepto a concepto, de cara a acceder a unas «verdades». Se siente inmerso más bien en un inconmensurable campo de fuerza del que parten conmociones de naturaleza mucho más profunda que las que pueden sobrevenir cuando se busca con la sola red del entendimiento.⁷⁶

Bajo este punto de vista, al no tratarse de cuestiones de entendimiento lo que Nietzsche pone en juego, sino toda la profundidad de su vida (entendida ahora no como la sucesión cronológica de acontecimientos, sino como el cúmulo móvil de pulsiones, sentimientos, ideas y acontecimientos varios), se está apelando a la lectura desde alguna instancia distinta al entendimiento. A la vida tal vez, a ese mismo coágulo de impulsos varios en continuo flujo y en diversa configuración que somos nosotros mismos. Así pues, a Nietzsche no habría que leerlo del mismo modo que a otros filósofos (y por lo tanto, tal vez habría que dudar de su carácter filosófico) que sí apelan al entendimiento en sus escritos (si bien, por todo lo comentado hasta el momento, siempre haya un poso del autor en ellos, por muy destilado que esté). Así nos lo confirma la obra de Janz:

75 *Ídem.*, pág. 20.

76 *Ídem.*, pág. 20.

Una veracidad de este tipo no es, ciertamente, una propiedad del conocimiento acumulativo y del entendimiento ordenador. Ni puede venir de ellos. [...] Para adquirir en el pensamiento el ímpetu que muestra la obra de Nietzsche, esta veracidad tiene que ser vivida y padecida.⁷⁷

Además también está apelando a una clase muy distinta de veracidad a la que se viene manejando en la tradición filosófica, pero eso es algo que excede los objetivos del presente trabajo. Por el momento, han quedado señalados los principales pasajes en los que, de forma esquemática, queda planteada la unión que se produce en Nietzsche entre su vida y su pensamiento.

Con todos estos autores citados (son sólo unas muestras, puesto que no son los únicos en tratar del asunto, pero sí que, por su proximidad al personaje o por la profundidad y exhaustividad de sus textos, son significativos) queda más que clara la relación entre vida y obra de la que venimos hablando desde el inicio. Y no sólo eso, sino que también se ha planteado el tema de la enfermedad y el importantísimo papel que juega dentro de la filosofía nietzscheana. Con esta base, podemos dar el salto al propio Nietzsche y a algunos textos en los que se plantea esta cuestión.

2.- En primera persona.

Si tantos autores han estado de acuerdo en ver en Nietzsche tal coincidencia entre vida y obra hasta el punto de hacer de su vida una prolongación de su filosofía y viceversa, es porque el propio Nietzsche les dio pie a ello. Y no sólo merced a una aproximación a sus obras y a su biografía, sino que algunos de sus textos dejan entrever la posibilidad de una conexión profunda entre las dos instancias, no sólo en su persona, sino también en la de cualquier otro pensador. Además, ha hecho explícita esta relación en sus trabajos autobiográficos. Como ya se ha comentado más arriba, uno de los hechos que llama la atención de Nietzsche al acercarnos a él es su afán autobiográfico, que le llevó a hacer varias retrospectivas en distintos momentos de su vida. Se trata de intentos de recoger de un vistazo la trayectoria vital hechas en puntos decisivos en los que le resultaba conveniente no perder de vista lo que había hecho hasta entonces, o en los que pretendía presentarse ante el futuro y ante los demás. Este afán nos pone sobre la pista del deseo de exponerse a sí mismo como objeto de su reflexión, en una voluntad de hacer de su vida algo más que una mera sucesión de acontecimientos. Parece que quiere

⁷⁷ *Ídem.*, pág. 21.

que su vida tenga algún sentido para él, y por ello emprende la labor de mirar hacia atrás y recorrer el camino trazado.

Los trabajos autobiográficos tempranos de Nietzsche son básicamente tres. El primero de ellos lo tituló *De mi vida* y data de 1858. En él hace un resumen de sus primeros catorce años de vida, y cuenta algunos detalles de su vida familiar. Cinco años después escribió *Mi vida*, donde, con mayor solemnidad, hace un breve resumen de toda su existencia en unas pocas líneas. Hay que esperar otros cinco años, hasta 1868, para encontrar de nuevo otro escrito autobiográfico, *Mirada retrospectiva a mis dos años en Leipzig*, en el cual nos narra su vida de estudiante en Leipzig y su progresivo acercamiento al campo de la filología. Hay otros trabajos menores de carácter autobiográfico en esta época, como son el inicio de un diario y unas memorias en 1856, otro *Mi vida* de 1859, un relato de las vacaciones de 1860 y algunos esbozos de 1864 y 1869. En apariencia, tras estos escritos de la época estudiantil⁷⁸, dejó de lado los intentos autobiográficos⁷⁹ y no es hasta el final de su vida lúcida, en 1888, cuando decide emprender un nuevo intento de relatar su biografía. El resultado fue *Ecce Homo*, un ejercicio de autoexamen con respecto a las obras escritas hasta el momento, en el que trata de relatarnos cómo las había escrito y la voluntad que hay tras ellas. Así, sin ser una biografía típica (con una fecha de nacimiento y un relato lineal de hechos), nos aporta no pocos detalles sobre las circunstancias y avatares que le llevaron a escribir lo que escribió, configurando un ejercicio autobiográfico brillante y novedoso. Su redacción se produce en un momento de euforia, en el cual Nietzsche se estaba preparando para lo que consideraba su gran obra, la que iba a llevar a cabo la “transvaloración de todos los valores”⁸⁰, y en el que, por lo tanto, era necesario volver la vista a todo lo hecho y al mismo tiempo presentar al personaje que iba a transformar la Historia ante el mundo. Este detalle (el de servir de carta de presentación) nos da una pista de lo importante que resulta para él el personaje a la hora de dar a conocer una filosofía (con lo cual aparece ésta como una prolongación de aquél, y viceversa). Además de estos motivos, también está el hecho de que empezaba a suscitarse un cierto interés acerca de su trabajo, por lo que él creyó necesario elaborar esta carta de

78 Existe una recopilación traducida al castellano de estos escritos autobiográficos, bajo el título *De mi vida: escritos autobiográficos de juventud*, publicado por Valdemar en 1996.

79 No obstante, en algunos prólogos de sus obras, y en algunas de ellas, sobre todo las referidas a Wagner (*Richard Wagner en Bayreuth*, *El caso Wagner* y *Nietzsche contra Wagner*) se pueden encontrar referencias biográficas interesantes, así como en algunos aforismos.

80 Este trabajo nunca vio la luz, si bien, a partir de los planes que dejó escritos para tal obra, y los fragmentos póstumos que dejó y que tenían que ver con dicho proyecto, sus familiares llegaron a configurar *La voluntad de poder*, que se suponía que cumplía con lo proyectado por Nietzsche (posteriormente se supo que algunas partes habían sido manipuladas y organizadas de un modo distinto al inicialmente pensado por su autor, quedando este texto en un segundo plano, desplazado por la edición crítica de los fragmentos póstumos hecha por Colli y Montinari).

presentación, con la que hace acto de presencia y al mismo tiempo revisa todos sus escritos hasta el momento.

En este sentido, relacionado con ese incipiente interés, hay que señalar otro intento autobiográfico que se produjo en el ya comentado intercambio epistolar con Georg Brandes. Entre reflexiones y comentarios, Brandes, ante el desconocimiento sobre el personaje, solicita a Nietzsche un retrato y una breve reseña biográfica en la que figuren algunos datos sobre su persona, dado que no ha podido encontrar ninguna referencia al respecto. A esta petición, Nietzsche responde con una breve autobiografía que titula *Mi biografía*, en la que entremezcla datos ciertos y otros inventados o exagerados⁸¹. Lejos de consistir una manipulación intolerable, lo que pone de manifiesto este esbozo biográfico, y también *Ecce homo*, es la voluntad de que la persona que ha desarrollado determinadas ideas aparezca de acorde con ellas, que sea su plasmación y no pueda distinguirse de ellas. En lo referente a su enfermedad, en estos dos últimos intentos tiene una presencia notable (en los escritos de juventud aun no había aparecido en su vida, si bien hay menciones a las muertes de su padre y de su hermano menor), sobre todo en la reseña que remitió a Brandes, donde las cuestiones en torno a sus dolencias ocupan la mitad del breve documento, lo cual evidencia la importancia que Nietzsche les daba dentro de su desarrollo como filósofo.

Más allá de las intenciones que podamos suponer tras la redacción de algunos textos, se encuentran testimonios explícitos dentro de la obra de Nietzsche al respecto de la relación entre la vida de cualquier autor y de su obra. Estos testimonios se hallan diseminados a lo largo de todos sus trabajos, lo cual, debido a la naturaleza fragmentaria y aforística que los caracteriza, hace difícil su localización. No obstante, hay algunos fragmentos, que otros autores han destacado, en los que esta cuestión aparece muy nítida. A continuación, y sin ánimo de ser exhaustivo, vamos a destacar algunos:

La vida como rédito de la vida. Por lejos que se proyecte el hombre con su conocimiento, por objetivo que se antoje a sí mismo, al final no se lleva más que su propia biografía⁸²

En este fragmento lo destacable no es el hecho en sí de apuntar al tema del conocimiento, sino el derribar de un plumazo la objetividad que éste pretende, porque, en última instancia, tras el conocimiento está la biografía, ya que los anhelos e impulsos

81 A este respecto destaca la referencia a sus antepasados nobles polacos (Nietzsky) y a la relación de su abuela materna con el círculo Goethe-Schiller.

82 *Humano, demasiado humano*, I, § 513.

que nos mueven a conocer (a buscar en disciplinas varias o a profundizar en un tema concreto) hay que buscarlos en el desarrollo de la vida de cada uno. Así, podemos trazar una biografía de cualquiera a partir de su vida intelectual y los motivos que hay tras ella (por muy objetivos que sean los resultados a los que se llegue). Pero Nietzsche hila más fino aún, y nos sitúa ante la labor del filósofo:

Poco a poco se me ha ido revelando lo que hasta ahora fue toda gran filosofía: a saber, la confesión de su autor y una especie de *mémoires* involuntarias e inadvertidas.⁸³

Lejos de entrar en las regiones etéreas del pensamiento puro, Nietzsche apunta a que esas ideas que se pretenden universalmente válidas tienen un enraizamiento personal, que no van más allá de impulsos propios y muy a menudo de carácter moral, mediante los cuales buscan perpetuarse e imponerse a otros impulsos, dejando así en los textos una huella que apuntaría más allá de sí mismos. De este modo, el escrito, al que acudimos como algo cerrado en sí mismo y que posee en él sus claves de entendimiento e interpretación, no sería más que un coágulo de una realidad que lo trasciende, siendo necesario, a la hora de interpretar el texto, un acercamiento a ese más allá, el cual no sería otra cosa que la personalidad de su autor (personalidad entendida no como rasgos de carácter, sino como un todo complejo en el que se muestra el juego de los impulsos que lo conforman como individuo único y con una visión particular del mundo).

Como ocurre con muchas de las ideas de Nietzsche, esta cuestión ya estaba presente en sus primeros trabajos, y se va mostrando a lo largo de los años con distinto rostro⁸⁴. El tema del carácter del filósofo reflejado en su obra nos lo podemos encontrar en su época de profesor en Basilea (1869-1879), en los cursos que impartió acerca de los filósofos preplatónicos y en el texto, parcialmente basado en ellos acerca de la filosofía en la época trágica. Así, en el texto para el curso acerca de los filósofos preplatónicos (que tuvo lugar en los seminarios de invierno de 1869-1870 y 1875-1876, y en los de verano de 1872 y 1876) nos encontramos, referido a aquellos filósofos, la siguiente afirmación:

Esos hombres están todos tallados de una sola piedra; existe un estrecho vínculo entre

83 *Más allá del Bien y del Mal*, § 6.

84 En efecto, algunas de las principales ideas de Nietzsche son fáciles de rastrear en el tiempo, y es sorprendente cómo, a lo largo de toda su vida intelectual, aparecen bajo distintas máscaras las mismas temáticas, hasta el punto de que algunas de ellas le acompañaron siempre, siendo sometidas a sucesivos refinamientos (por ejemplo, el tema del nihilismo y de la crítica a la moral imperante se encuentran ya en su primera obra, *El nacimiento de la tragedia*).

su pensamiento y su carácter.[...] Todos ellos son hijos directos de su filosofía.⁸⁵

El texto cobra mayor significación si tenemos en cuenta que esta característica es propia del momento en el cual se crea la figura del filósofo tipo, el que se supone que es el filósofo completo y en el que todos los que vengan detrás habrán de mirarse. Y lo más característico de ellos es precisamente el hecho de que hay una unidad íntima y total entre sus pensamientos y su carácter, mostrándose como una única pieza en la que no es posible distinguir entre unos y otro, porque ambos se interrelacionan y se apelan continuamente⁸⁶. Es por ello que a Nietzsche no le interesa tanto un desarrollo sistemático de las ideas de estos o de cualquier filósofo, sino un pequeño esbozo que baste para mostrar ese carácter, los puntales sobre los que construir un puente hacia ellos, y así alcanzar una comprensión de sus puntos de vista (difíciles de comprender si nos aproximamos a ellos bajo un prisma de racionalidad y objetividad). Comprensión que será parcial, ya que sólo el pensador, en la medida en que es el que piensa sus pensamientos (y por lo tanto los vive), puede aprehenderlos en toda su significación:

Los sistemas filosóficos sólo son enteramente verdaderos para sus fundadores; para los filósofos posteriores son, por lo general, un gran error, y para las mentes un tanto más débiles, únicamente un conjunto de yerros y verdades⁸⁷

Lo que hay en los sistemas filosóficos de inapelable es el sello que cada autor ha puesto en ellos, la inefable pero irrefutable huella de su carácter, forjado a lo largo de años y experiencia:

En cambio, a quien goza frecuentando a los grandes hombres, también le regocijará el contacto con aquellos sistemas, por muy erróneos que sean: y es que éstos poseen un punto en sí absolutamente irrefutable, un tono personal, un color, merced al cual podemos reconstruir la figura del filósofo, del mismo modo que observando determinadas plantas y el entorno en que crecen podemos inferir las características del suelo que las produce.⁸⁸

85 NIETZSCHE, Friedrich. *Los filósofos preplatónicos* (trad. Francesc Ballesteros). Trotta. Madrid, 2003. Págs. 18-19.

86 En *La filosofía en la época trágica de los griegos* (Valdemar, 2003, pág. 37), texto paralelo y en algunos tramos calcado a los cursos sobre los filósofos preplatónicos, en el que aparece también el mismo fragmento que comentamos, precisa que “Entre su pensamiento y su carácter domina una estricta necesidad”, dejando más claro si cabe la fuerza de esta relación.

87 NIETZSCHE, Friedrich. *La filosofía en la época trágica de los griegos*. Pág. 29.

88 *Ídem.*, pág. 30.

Es comprensible que, más que un exhaustivo examen a la filosofía de los autores objeto de su interés, se centrara más en que quedara reflejado su carácter, su peculiar modo de ser, siendo para él lo fundamental y digno de ser transmitido⁸⁹. Por eso advierte acto seguido en el prólogo esbozado en 1874:

Narraré de forma muy sencilla la historia de aquellos filósofos: sólo quiero extraer de cada sistema ese punto que constituye un fragmento de *personalidad* y que como tal pertenece a esa parte irrefutable e indiscutible que la historia tiene el deber de preservar.^{90 91}

Aunque no haya muchos más testimonios de esta clase a partir de este punto, si tenemos en cuenta la voluntad presente en *Ecce Homo* de darse a conocer a través de sus obras y del suelo a partir del cual crecieron, no parece descabellado pensar que nunca abandonara esta visión acerca de los filósofos, sobre todo si consideramos también el hecho de que él pretendía aparecer como filósofo emparentado con aquellos a quienes más conocía, es decir, los presocráticos. El conocimiento sobre ellos lo adquirió, en buena parte, gracias a los trabajos que siendo estudiante realizó en torno a las fuentes de Diógenes Laercio⁹², un tema muy controvertido en aquel momento, ya que apenas se le prestaba atención. Como es sabido, en los textos de Diógenes Laercio, conocidos bajo el esclarecedor título de *Vidas, sentencias y opiniones de los filósofos más ilustres*, aparecen descritas las doctrinas y vidas de algunos filósofos de la

89 Es importante tener en cuenta que los conocimientos filosóficos de Nietzsche eran más bien discretos. Apenas había leído a autores contemporáneos, y los que más conocía eran Schopenhauer y los presocráticos, con los que tuvo contacto desde su vertiente más filológica, lo cual le abrió el camino a la filosofía. No obstante, siempre sintió un fuerte interés por los problemas filosóficos, y, dada la educación que recibió, es fácil suponer que tenía algunos conocimientos al respecto, si bien no iban mucho más allá de un nivel medio. Tal vez este sea el motivo de esta preferencia por captar una generalidad particular en cada autor más que en el estudio pormenorizado de sus ideas.

90 *Ídem.*, pág. 30.

91 En un breve esbozo de 1879 para este prólogo, en el cual se demuestra el interés de Nietzsche por esta obra y por esta idea concreta, aparece descrita con mucha mayor claridad la intención de mostrar al pensador a partir de unas pocas pinceladas. He aquí el esbozo completo:

“Esta tentativa de narrar la historia de los filósofos más antiguos de Grecia se distingue de otros intentos análogos por su brevedad. Ésta se logra al recordar de cada filósofo sólo una pequeña parte de sus enseñanzas, es decir, mediante una cierta falta de exhaustividad. Pero las teorías que hemos seleccionado son aquéllas en las que con más fuerza resuena la personalidad del hombre que las ideó; sin embargo, una relación completa de todas las posibles tesis que se atribuyen a cada filósofo, como acostumbra a hacerse en los manuales, conduce, de todos modos, a una cosa segura, al oscurecimiento de lo personal. He aquí la razón por la que tales exposiciones resultan tan aburridas; y es que lo único que puede interesarnos de sistemas que ya fueron refutados es, precisamente, lo personal, pues esto es lo único eternamente irrefutable. Con tres anécdotas es posible configurar el retrato de un hombre; intento tomar, por lo tanto, tres anécdotas de cada sistema, y dejo a un lado el resto.”(*Ídem.*, pág. 31).

92 La investigación dio comienzo en octubre de 1866, culminando con la publicación en 1869 y 1870 de varios artículos en la revista filológica *Rheinisches Museum*.

antigüedad de una forma a menudo confusa y caótica, hasta el punto de que resulta difícil saber donde empieza el documento real y donde lo legendario. Además, abundan las anécdotas, intercalando entre ellas fragmentos atribuidos a los filósofos sobre los que se habla, de tal modo que la clásica distinción entre vida y obra no es reconocible, quedando las vidas y anécdotas como testimonio filosófico de sus protagonistas, a menudo de forma más explícita que sus doctrinas. No es descabellado pensar que Nietzsche, influido por sus investigaciones al respecto, emprendiera sus trabajos acerca de la filosofía antigua inspirado por este modo de acercarse a la filosofía y a los filósofos.

A pesar de la señalada ausencia de más referencias a partir de este punto inicial de su andadura intelectual, sí que nos encontramos con fragmentos en los que reconocemos el mismo *pathos*. Por ejemplo, lo encontramos de nuevo, remitiéndose a sus años de Basilea, pero recreándolo, en este fragmento de una carta dirigida a Lou Salomé:

Su idea de una reducción de los sistemas filosóficos a las actas personales de sus creadores es precisamente una idea que procede de un «cerebro hermano»; yo mismo en Basilea explicaba historia de la filosofía antigua en este sentido, y con gusto decía a mis oyentes: «Este sistema está refutado y muerto, pero la *persona* que se halla detrás es irrefutable, a la persona es imposible matarla...».⁹³

Estamos ante una explicitación de las palabras que venimos comentando de la época de profesor en Basilea, y aclarando que han de ser entendidas precisamente en el sentido de que la filosofía de cualquier autor no es más que un producto de su persona, que hay que leer cualquier escrito filosófico como un acta de quien así lo ha pensado. Imposible expresarlo con mayor claridad. Pero ahora ya no está en sus incios, sino que la epístola data de 1882⁹⁴, casi veinte años después de los fragmentos citados de la época de Basilea, y a menos de siete del derrumbe total, por lo que podemos concluir sin demasiado riesgo que esta idea se mantuvo a lo largo de toda su vida de pensador. Es más, hay que considerar el hecho de que Lou Salomé, a quien, como vemos, tenía por un “cerebro hermano”, coincidiera con él punto por punto, lo que no puede ser tomado sino como un refuerzo a esta opinión.

Pero veamos qué es lo que tiene Nietzsche que decir sobre sí mismo y la forma

93 ANDREAS-SALOMÉ, Lou. *Friedrich Nietzsche en sus obras*. Pág. 47.

94 Con toda probabilidad del 16 de septiembre. El texto completo de la misiva fue publicado a modo de prólogo para el libro de Lou Salomé acerca de Nietzsche, que ha sido comentado más arriba.

que tiene su persona de manifestarse en su filosofía. Las claves las encontramos en su autobiografía definitiva, en *Ecce homo*. Lo primero que llama la atención del lector al acercarse a este texto es que no es una autobiografía al uso. No relata sus avatares desde el momento en que nació, sino que lo que nos cuenta es el significado de sus obras, lo que las originó y el sentido exacto que hay que atribuirles. El subtítulo escogido habla por sí solo: *Cómo se llega a ser lo que se es*. Lo que relata, pues, es el camino seguido, las etapas recorridas hasta el momento, cómo ha llegado a convertirse en ese destino que él se cree para la humanidad, en esa dinamita capaz de partir la historia humana en dos⁹⁵. Y estas etapas no son otra cosa más que sus obras, en las que juegan un papel importante las vivencias que experimentó. Así, pone en marcha un nuevo método de filosofar, el de la autobiografía, que hasta entonces era un género menor e incluso despreciado dentro del ámbito filosófico⁹⁶. Nada más empezar la obra ya nos pone sobre aviso:

Como preveo que dentro de poco tendré que dirigirme a la humanidad presentándole la más grave exigencia que jamás se le ha hecho, me parece indispensable decir *quién soy yo*. En el fondo sería lícito saberlo ya: no he dejado de «dar testimonio» de mí.⁹⁷

Otra vez estamos ante la idea de la obra como testimonio íntimo, como confesión de quien la escribe. Y Nietzsche reprocha que no le haría falta hacerse explícito, puesto que se le puede rastrear en todos sus trabajos. Pero por si acaso hubiera dudas, prefiere dejarlo negro sobre blanco con esta autobiografía, en la que, no nos confundamos, y aunque habla de sus escritos, lo que pretende es presentarse a sí mismo, dejar claro quien es él. Así queda de manifiesto en los títulos de las distintas partes que componen este trabajo, todos referidos a él: *por qué soy yo tan sabio, por qué soy yo tan inteligente, por qué escribo yo libros tan buenos, por qué soy yo un destino*. Él es el que, a través de sus obras, se hace presente. Lo importante es *él*, no sus obras, que adquirirían un papel mediador, de altavoz de sí mismo.

95 En *Ecce homo* utiliza la imagen de la dinamita (muy acorde con su pasado, puesto que hizo el servicio militar en el cuerpo de artillería), inspirado por un comentario de Joseph Victor Widmann (1842-1911), en el que comparaba a Nietzsche con el coche que iba cargado de dinamita en la construcción del túnel de San Gotardo.

96 En la introducción a la edición española de *Ecce homo* (Edimat libros), Enrique López Castellón, titulada *La autobiografía como nueva forma de filosofar*, defiende esta idea de la autobiografía como método filosófico, e intenta presentar esta obra de Nietzsche no como un desvarío que anuncia la próxima locura, sino como algo que entra en total coherencia con el resto de la obra nietzscheana y que es fruto de los mismos impulsos y valores que han generado todos sus otros textos. Además, postula que sólo leyéndola bajo esta óptica se le puede sacar todo el jugo filosófico que en él hay.

97 NIETZSCHE, Friedrich. *Ecce homo*. Alianza editorial. Pág. 17.

Esta idea aparece trazada con mayor claridad en el prefacio a la segunda parte de *Humano, demasiado humano* (que data de 1879, varios años, por tanto, anterior a *Ecce Homo*), en el que afirma:

Mis escritos no hablan más que de mis victorias: «yo» estoy en ellos con todo lo que me ha sido hostil, *ego ipsissimus*⁹⁸, y aun, si se me permite una expresión más orgullosa, *ego ipsissimum*⁹⁹. Se adivina: tengo ya mucho *por debajo de mí*... Pero siempre fue menester tiempo, convalecencia, lejanía, distancia, hasta que surgieron en mí las ganas de escorchar, explotar, destapar, «exponer» (o como se le quiera llamar) *a posteriori* para el conocimiento algo vivido y sobrevivido, un hecho o *fatum* propio cualquiera. En tal medida todos mis escritos, con una única, por cierto esencial, excepción, han de ser *fechados con antelación* -siempre hablan de un «tras de mí»-¹⁰⁰

Pero no nos confundamos, porque a pesar de ello, no es posible una reducción de las obras a la persona, por más que surjan de ella y sean expresión suya. Ellas poseen una vida propia una vez se las ha escrito, y al ser publicadas entran en el espacio público, y por tanto, en otra dimensión. Por eso se ve Nietzsche obligado a advertir, de forma paradójica respecto a lo que apenas unas páginas antes afirmaba:

Una cosa soy yo, y otra cosa son mis escritos.¹⁰¹

Esta sentencia nos pone sobre aviso de la relativa inconmensurabilidad entre el autor y su vida, y sus escritos. Porque, si bien hay una relación clara (ya lo hemos visto), ésta no es de dependencia, y del mismo modo en que un árbol crece en un terreno muy concreto que lo nutre y le da sustento para crecer, el árbol en sí es algo diferente a la tierra en la que crece (por mucha relación que tenga con ella y por mucho que la necesite):

Sin duda lo mejor que puede hacerse es separar hasta tal punto al artista de su obra que no se le tome a aquél con igual seriedad que a ésta. En última instancia él es tan sólo la condición preliminar de su obra, el seno materno, el terreno, a veces el abono y el estiércol sobre el cual y del cual crece aquélla.¹⁰²

98 “Mi propio yo”

99 “Mi yo más íntimo”

100 NIETZSCHE, Friedrich. *Humano, demasiado humano II*. Pág. 7.

101 *Ecce Homo*, pág. 63.

102 NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Pág. 171.

Así pues, que Nietzsche haga explícito el sello personal que toda filosofía tiene, no quiere decir que baste con acudir al autor para comprenderlas en todo su alcance. No hay reducción posible, sino que ambas instancias se necesitan y se retroalimentan, sin que una de ellas baste para adquirir la plena comprensión que sólo en tándem es posible.

A pesar de esta advertencia, Nietzsche pone sobre la mesa algunos aspectos que él considera importantes de su vida, haciendo hincapié en las circunstancias que él cree decisivas en su andadura filosófica. De ellas llama la atención el hecho de señale aspectos que tradicionalmente no han sido considerados para nada en la tradición filosófica, tales como la alimentación y el clima. Así, se desprende la idea de que hace falta un ambiente adecuado para que crezcan según que ideas, mostrando una vez más la relación de lo puramente racional con agentes irracionales mas relacionados con los movimientos vitales que con las regiones etéreas de las ideas¹⁰³. Tomado así, el ejercicio de *Ecce homo* puede ser considerado como una celebración, como un acto de agradecimiento al azar que colocó a Nietzsche en las situaciones adecuadas en las que pudo germinar una filosofía tan grande (tal y como el la consideraba) como la suya. Es, pues, *Ecce homo* un magnífico ejemplo de la doctrina nietzscheana del *amor fati*.

De todas estas circunstancias, la que es expuesta como más decisiva dentro de la filosofía de Nietzsche es la enfermedad. Hasta tal punto la consideró imoportante que la definió como aquello que lo hizo filósofo. Y lo hizo desde distintos caminos. En primer lugar, desde un punto de vista más superficial, la enfermedad le brindó la oportunidad de desprenderse de la docencia en Basilea, dándole tiempo para sí mismo, lo cual le abrió la senda del pensamiento filosófico, que ya venía practicando de un modo mucho más simple hasta el momento. Así nos lo cuenta el propio Nietzsche:

Cualquier modo de vida, las condiciones más desfavorables, la enfermedad, la pobreza -todo me parecía preferible a aquel indigno desinterés en que yo había caído, primero por ignorancia, por *juventud*, pero al que más tarde había permanecido aferrado por pereza, por lo que se llama «sentimiento del deber».- Aquí vino en mi ayuda de una manera que no puedo admirar bastante, y justo en el momento preciso, aquella *mala* herencia de mi padre, -en el fondo, una predestinación a una muerte temprana. La enfermedad *me sacó con lentitud de todo aquello*: me ahorró toda ruptura, todo paso violento y escandaloso. No perdí entonces ninguna benevolencia y conquisté varias

103 Se me preguntará cuál es la auténtica razón de que yo haya contado todas estas cosas pequeñas y, según el juicio tradicional, indiferentes; al hacerlo me perjudico a mí mismo, tanto más si estoy destinado a representar grandes tareas. Respuesta: estas cosas pequeñas -alimentación, lugar, clima, recreación, toda la casuística del egoísmo- son inconcebiblemente más importantes que todo lo que hasta ahora se ha considerado importante.
Ecce Homo., pág. 59.

más. La enfermedad me proporcionó asimismo un derecho a dar completamente la vuelta a todos mis hábitos: me permitió olvidar, me ordenó olvidar; me hizo el regalo de *obligarme* a la quietud, al ocio, a aguardar, a ser paciente... ¡Pero esto es lo que quiere decir pensar!...¹⁰⁴

La labor docente, ya desde su lección inaugural (que bajo el título *Homero y la filología clásica* ya expresaba un tímido acercamiento a las cuestiones filosóficas y constituía una primera línea de fractura con las corrientes principales de la filología) y sobre todo tras la polémica en torno a *El nacimiento de la tragedia* (que le valió el ostracismo por parte de las élites filológicas), se había convertido en una carga muy difícil de llevar, y cualquier excusa era buena para apartarse y dedicarse a lo que de verdad le interesaba, es decir, a pensar. La aparición de la enfermedad fue determinante en el progresivo abandono de la docencia universitaria, ya que le permitió solicitar permisos para desplazarse a balnearios en los que buscar algún remedio a sus males, así como reducciones de carga lectiva. Al final, debido al agravamiento de sus síntomas, pudo pedir que se le eximiera de la docencia, lo cual le fue concedido con una pensión vitalicia, facilitando así que en adelante pudiera ir recorriendo centroeuropa en busca de las condiciones adecuadas para su estado de salud y también que se dedicara en exclusiva a sus escritos filosóficos. La enfermedad sirvió para promover la compasión (esa que tanto criticó en sus escritos) que le facilitó la vida que él tanto agradeció después, evitándole las rupturas bruscas y desagradables, haciendo que todo fuera rodado. Pero además, el estilo de vida al que sus patologías le abocaron son, a la luz del fragmento citado, las idóneas para el pensamiento. La quietud de evitar todo lo desagradable y que pudiera desencadenar las crisis, la paciencia necesaria para no desesperarse ante la persistencia de los síntomas y las crisis, y sobre todo el ocio que le daba el no tener que preparar lecciones, todo conspiró para que surgiera en él el temple vital adecuado para pensar lo que pensó.

Pero no es esta la única vía por la que la enfermedad le ayudó en su carácter filosófico, a la que podríamos denominar externa. Hay otra interna, determinada por la vivencia de la enfermedad y el modo en el que ésta moduló sus actitudes y pensamientos en torno a ella misma y a todo lo demás. Así, cuando habla de las cuestiones dietéticas y climáticas, llega a afirmar que todo lo alemán es fruto de la dieta y el clima habituales en Alemania, que hace de todo lo alemán algo “*fruto de una indigestión*”¹⁰⁵ y por lo tanto pesado e incómodo. La consecuencia lógica de ello es que

104 *Ecce homo*, pág. 93.

105 *Ídem.*, pág. 43.

él, en tanto que alemán, debería de compartir el mismo espíritu. Pero la enfermedad vino a salvarlo de este destino, abriéndole las puertas a nuevos caminos:

Y yo mismo habría acabado por poder convertirme en ese caso si la enfermedad no me hubiera forzado a razonar, a reflexionar sobre la razón que hay en la realidad.¹⁰⁶

La enfermedad lo pone en una nueva tesitura. Y en medio de los sufrimientos surge el acto de voluntad, el impulso que moverá buena parte de su filosofía:

Me puse a mí mismo en mis manos, me sané yo a mí mismo: la condición de ello -cualquier fisiólogo lo concederá- es *estar sano en el fondo*. Un ser típicamente enfermizo no puede sanar, aun menos sanarse él a sí mismo; para un ser típicamente sano, en cambio, el estar enfermo puede constituir un enérgico *estimulante* para vivir, para más-vivir. Así es como de hecho se me presenta *ahora* aquel largo período de enfermedad: por así decirlo, descubrí de nuevo la vida, y a mí mismo incluido, saboreé todas las cosas buenas e incluso las cosas pequeñas como no es fácil que otros puedan saborearlas, -convertí mi voluntad de salud, de *vida*, en mi filosofía... Pues préstese atención a esto: los años de mi vitalidad más baja fueron los años en que *dejé de ser* pesimista: el instinto de autorrestablecimiento me *prohibió* una filosofía de la pobreza y el desaliento...¹⁰⁷

Resulta que la salud y la enfermedad, a los ojos nietzscheanos, son algo más que una cuestión de patologías médicas, pudiéndose dar el caso de que alguien enfermo muestre una salud envidiable (y su recíproca, que alguien médicamente sano esté enfermo). Esta salud que va más allá de lo médico residiría, en resumidas cuentas, en el modo de afrontar la existencia. Así, si uno se deja llevar por los sentimientos decadentes y pesimistas, otorgándole valores negativos a todo, se abandonaría a lo patológico, mientras que, para que alguien sea considerado sano, debe transformar todo lo negativo en un estímulo, lo debilitante en fuerza para seguir adelante y seguir valorando el mundo y todo lo que hay en él. Esta parece ser la determinación que Nietzsche tomó cuando estuvo enfermo, lo cual tuvo, además de darle fuerzas para seguir viviendo, la consecuencia de que le proporcionó una sensibilidad especial hacia cualquier fenómeno patológico (de decadencia) y de salud, otorgándole a su filosofía el impulso de buscar lo patológico y lo sano en sus reflexiones. Así nos lo afirma en otro pasaje:

106 *Ídem.*, pág. 46.

107 *Ídem.*, pág. 28.

Después de todo esto, ¿necesito decir que soy yo *experto* en cuestiones de *décadence*? La he deletreado hacia delante y hacia atrás. Incluso aquel afiligranado arte del captar y comprender en general, aquel tacto para percibir *nuances* [matices], aquella psicología del «mirar por detrás de la esquina» y todas las demás cosas que me son propias no las aprendí hasta entonces, son el auténtico regalo de aquella época, en la cual se refinó todo dentro de mí, la observación misma y todos los órganos de ella. Desde la óptica del enfermo elevar la vista hacia conceptos y valores *más sanos*, y luego, a la inversa, desde la plenitud y autoseguridad de la vida *rica* bajar los ojos hasta el secreto trabajo del instinto de *décadence* -éste fue mi más largo ejercicio, mi auténtica experiencia, si en algo, en esto fue en lo que yo llegué a ser maestro. Ahora lo tengo en la mano, poseo mano para *dar la vuelta a las perspectivas*: primera razón por la cual acaso únicamente a mí me sea posible en absoluto una «transvaloración de los valores».¹⁰⁸

El entrenamiento que le aportó las distintas crisis de salud en las que se vio sumergido le otorgó, siempre según su autocomprensión, el olfato para rastrear dónde estaba lo decadente y dónde lo sano, facilitándole así la posibilidad del diagnóstico de la situación de la cultura en su momento, y también el proyecto de la transvaloración que, como ya se ha insinuado, constituía, en aquel entonces, aquello en lo que Nietzsche tenía todas sus fuerzas e ilusiones puestas. Así, no es descabellado que en otro fragmento de *Ecce homo*, concediéndole a la enfermedad una importancia fundamental dentro de su vida y también en el desarrollo de sus planteamientos filosóficos, afirme:

La enfermedad fue lo que me condujo a la razón.¹⁰⁹

Más allá de lo puramente autobiográfico, también nos podemos encontrar con fragmentos en los que nos deja bien a las claras su voluntad de plasmarse a sí mismo en toda su totalidad vital. Así nos lo atestigua este póstumo:

Lo que he escrito en todo momento lo he escrito con todo mi cuerpo y toda mi vida: lo que sean cuestiones «puramente espirituales» es algo que yo no conozco¹¹⁰

De este modo, queda explícito, mediante la pluma del propio Nietzsche, que su vida y su filosofía poseen un especial imbricamiento, y también el fundamental papel

108 *Ídem.*, pág. 27.

109 *Ídem.*, pág. 47.

110 NIETZSCHE, Friedrich. *Fragmentos póstumos*, vol. II. 4[285], pág. 591.

que la enfermedad jugó para que así fuera.

3.-Conclusiones.

A lo largo de las páginas precedentes se han ido exponiendo, primero a través de un marco teórico, y luego concretando en la figura de Nietzsche, las conexiones que existen entre el pensador y su pensamiento (en realidad, es aplicable a cualquier producción humana, pero es la filosofía lo que nos ocupa). Del análisis de Nietzsche, hemos visto cómo uno de sus rasgos más llamativos es precisamente esta conexión, que en él es muy significativa. Tanto que, muchos de los que se han acercado a su figura desde distintas perspectivas lo han destacado y subrayado con cierto énfasis. Además, este enfoque es sugerido por el propio Nietzsche, que en sus escritos lo afirma explícitamente o de forma indirecta.

Esta característica hace necesario el acercamiento a la biografía de Nietzsche si se quiere tener una comprensión lo más completa posible de lo que significan sus textos, ya que sin él no se capta el aspecto vivencial profundo que hay en ellos, y que por tanto marca la pura expresión del personaje Nietzsche, cegándonos a la hora de percibir el hombre que hay tras los escritos, que no serían otra cosa que una expresión de su personalidad.

De toda la trayectoria vital nietzscheana, muchos son los analistas que coinciden en otorgarle a la enfermedad un papel fundamental, ya que ella fue la que puso en marcha muchos de los temas e impulsos presentes en el pensamiento de Nietzsche. No sólo son los estudiosos los que lo señalan, puesto que, como hemos visto el propio filósofo lo expresa con una gran claridad. Así, el estudio de la enfermedad de Nietzsche se hace especialmente necesario para comprender buena parte de su filosofar, máxime si lo que se pretende es estudiar su concepción en torno a la salud y a la enfermedad. En este caso, acercarnos a la vivencia nietzscheana de la enfermedad puede ser útil y aportarnos algunas claves interpretativas que nos ayuden a una comprensión más amplia y completa de lo que Nietzsche pensaba en torno a estos asuntos. Y como ya ha quedado claro a través de los comentarios de otros autores, hay que señalar una vez más que no nos interesa hacer una reducción de carácter psicologista según la cual los pensamientos de Nietzsche sean un producto directo de su personalidad o de sus vivencias, sino más bien mostrar como en ellas se da el *humus*, el substrato que alimenta sus ideas. Al mismo tiempo, este estudio nos puede ayudar a comprender direcciones de su pensamiento que de otro modo nos quedarían vedadas.

Otra salvedad que hay que hacer antes de emprender la labor central de este

trabajo, es la ya apuntada de que no se intenta realizar ninguna orientación acerca del diagnóstico de la patología que padeció, ya que lo que aquí importa es el modo en que el propio Nietzsche vivió su enfermedad y cómo la manifestó en sus escritos y sus cartas, por lo que no nos es necesario entrar a discutir si padeció tal o cual enfermedad (sí que nos interesa en la medida en que un diagnóstico u otro le afectaba a él, para lo que no es necesario que dicho diagnóstico fuera acertado).

Hechas estas precisiones y justificada la pertinencia de acudir a las expresiones de enfermedad de Nietzsche, es llegado el momento de acudir sin más a los testimonios nietzscheanos de su enfermedad, para lo cual hay que consultar, además de los escritos autobiográficos, la correspondencia y en menor medida sus publicaciones, lugares en los que vuelca reflexiones en torno a sus padecimientos, así como vívidas descripciones.

PARTE SEGUNDA

LA VIVENCIA NIETZSCHEANA DE LA ENFERMEDAD

1.-Infancia y juventud.

El contacto de Friedrich Nietzsche con la enfermedad fue bien temprano. Vino por parte de su padre, Karl Ludwig Nietzsche, párroco en la pequeña localidad de Röcken. En el verano de 1848, cuando el pequeño Friedrich contaba con tres años, enfermó, muriendo el 30 de julio del año siguiente. El motivo de la muerte no es claro, pero los testimonios de la madre y la hermana, así como de algunos allegados, han hecho a los estudiosos barajar varias posibilidades: epilepsia (relatan episodios de desconexión y ensimismamiento con pérdida de memoria previos al derrumbre de 1848), reblandecimiento cerebral (una vaga categoría diagnóstica decimonónica que incluye toda clase de trastornos: desde infecciones como la sífilis o la tuberculosis a accidentes vasculares como hemorragias o trombosis), o un tumor cerebral (se le realizó autopsia que mostró lesiones cerebrales). La familia mostró un especial interés en señalar que se había tratado de una caída de una escalera que se complicó hasta la muerte, con el objetivo de evitar que se pensara en la tan temida y por entonces estigmatizante locura. Además, conviene señalar que no sólo era el padre el único enfermo de la familia: su tía paterna Rosalie también ha sido caracterizada como alguien que padecía de los nervios y de una excitabilidad extrema, hecho que también se intentó minimizar.

Sea como fuere, el pequeño Nietzsche vivió la muerte de su padre y la tristeza familiar desde la inocencia de sus casi cinco años, hecho que marcó la visión que de él tuvo a lo largo de su vida, así como la vivencia de su propia patología. Así, como ya veremos, al acercarse a la edad en que su padre falleció se acrecentó su temor a la enfermedad y se agudizaron sus males, puesto que pensó que correría la misma suerte que su progenitor. Este miedo no carecía de fundamento, ya que su sintomatología era muy parecida a la de su padre.

Al poco de morir el padre, el pequeño Nietzsche tuvo que afrontar otra muerte en su familia. Esta vez se trató de su hermano menor Joseph, que contaba con dos años recién cumplidos. Los testimonios de la madre hablan de espasmos debidos a la dentición, aunque, al igual que en el caso del fallecimiento del padre, estamos ante la limitación de la medicina del siglo XIX, cuyas categorías resultan a veces vagas e insuficientes desde el punto de vista de la ciencia médica actual. En cualquier caso, el hecho es que el hermano menor de Nietzsche murió en febrero de 1850, apenas medio

año después que su padre, sumiendo a la familia en la desgracia. Sin embargo, debemos recordar que las tasas de mortalidad a mediados del siglo XIX eran más elevadas, y el desconocimiento de los antibióticos (e incluso de los gérmenes patógenos, no olvidemos que aún quedaban unos años para que Pasteur iniciara sus trabajos de microbiología) hacían que en la práctica no hubiera defensa alguna ante las enfermedades infecciosas, que campaban a sus anchas dejando enormes cantidades de muertes, sobre todo en edades tempranas. Por ello no es de extrañar que todas las familias tuvieran historias similares, con enfermedades y muertes a destiempo, y que la familia Nietzsche no fuera una excepción al respecto.

Esta casi omnipresencia de la enfermedad en la vida de la época motivó el interés de la familia por los temas médicos. Aunque la familia vivía dedicada desde generaciones a la religión (en el árbol genealógico de Nietzsche podemos encontrar varios pastores protestantes, tanto en la rama materna como en la paterna), el padre mostró su inclinación hacia las recientes teorías homeopáticas, que abrazó con cierto fanatismo poco después de su matrimonio. Así nos lo muestra la joven esposa en sus diarios:

Mi Ludwig se ha encargado toda una farmacia homeopática con la que quiere curar cuanto huele a enfermedad; por mi parte me he excluido de sus curas. Cuando algo me duele sé aliviarme muy bien con el agua.¹¹¹

Nos hallamos ante un rasgo que luego veremos en el Nietzsche enfermo, el de buscar los remedios para sus dolencias y el probar con distintas terapias en busca de alivio. Como vemos, tanto en su padre como en su madre latía esta pulsión que podríamos denominar “autoterapéutica”, pulsión que intentará satisfacer él mismo y que jugará un papel importante en sus consideraciones en torno a la salud y la enfermedad. A este interés se añade la tradición familiar materna, que recelaba de la medicina tradicional y buscaba la salud en el ejercicio, el contacto con la naturaleza y el fomento de conductas saludables¹¹², actividades que veremos luego cómo Nietzsche desarrolló con fruición.

En los trabajos autobiográficos del joven Nietzsche aparecen algunas referencias tanto a la muerte del padre como a la del hermano, y en ambas, sobre todo en la paterna, destaca una idealización y simbolismo importantes. Respecto al padre, no tiene ningún

111 JANZ, Curt Paul. Friedrich Nietzsche (I.- Infancia y juventud). Alianza editorial. Madrid, 1981. Pág. 39.

112 *Idem.* , pág. 37.

reparo en establecer un paralelismo entre su dolencia y la del rey Federico Guillermo IV de Prusia (1795-1861), que en 1858 le obligó a ceder el trono a su hermano Guillermo¹¹³. De la muerte de su hermano, relata un sueño premonitorio que supuestamente tuvo unos días antes de su enfermedad, otorgándole así una atmósfera más trágica al suceso. Pero no dejaban de ser, todavía, fantasías de juventud de alguien a quien la enfermedad aún no había tocado de lleno, puesto que los hechos que relata los recuerda con la vaguedad propia de las memorias de la primera infancia, y son narrados más desde el relato de los familiares (en especial su tía Rosalie) que desde la propia memoria.

Nietzsche fue un niño y un joven sano y robusto, tendente a la introversión y la melancolía, con los tropiezos de salud habituales para su edad y su época. La madre, en carta a Franz Overbeck fechada el 16 de diciembre de 1889 (cuando el desplome psicológico ya había tenido lugar y Nietzsche se hallaba internado en Jena), da noticia de una enfermedad a los nueve años, sin que quede claro qué patología padeció (algunas fuentes hablan de escarlatina). Más tarde, en 1856, Elisabeth, la hermana, habla en la biografía que escribió de los primeros problemas de vista, que le provocaron cefaleas y le impidieron asistir a clase en el último semestre del curso. Parece ser que estas jaquecas se originaron por la carga de trabajo de los últimos años en la escuela elemental y por la miopía que ya padecía, a la cual todavía no había puesto ningún remedio óptico. Sin embargo, ello no impidió que pudiera acceder a la prestigiosa Escuela Provincial Real de Pforta, en la que estudió el bachillerato.

De la época de Pforta nos quedan numerosas referencias a su salud, volcadas en la correspondencia, principalmente dirigida a la madre. En ella, además de las vicisitudes académicas y demás asuntos, aparecen apreciaciones sobre su estado de salud y las distintas afecciones padecidas. Así, los informes de cefaleas, dolores varios, resfriados e incluso las estancias en la enfermería del centro educativo pueblan las cartas de estos años. En ellas no se aprecia todavía una excesiva preocupación, tan sólo se limita a enumerar sus dolencias e informar a su familia de su estado, relatando sus entradas y salidas de la enfermería, así como los tratamientos a los que se somete y demás incidencias. Además de los referidos a su salud, también cuenta las afecciones de sus compañeros, así como la situación de la enfermería cuando él está en ella. La mayoría de problemas de salud de esta época son dolores reumáticos y resfriados sin

113 Cabe señalar en este punto la insistencia con la que, a lo largo de su vida, Nietzsche intentó ponerse en relación con la nobleza, bien haciéndose descendiente de unos supuestos nobles polacos apellidados Nietzsche, o bien estableciendo estos paralelismos que le convierten en una figura similar o paralela a la alta nobleza del momento.

importancia, que no pasaban de meros contratiempos y que no incidían de forma excesiva en la existencia del joven Nietzsche. A pesar de ello, llama la atención la cantidad de incidencias médicas reflejadas en el registro médico oficial de la escuela de Pforta, resumida a continuación¹¹⁴:

1859. Reumatismo, 15-20 de marzo; Catarro, 2-9 de noviembre.

1860. Catarro (30-XII-1859), 5-16 de enero; Reumatismo 12-26 de junio.

1861. Jaqueca enfriamiento 19-27 de enero; Dolor reumático de cuello y de cabeza, a partir del 30 de enero (se fue a casa el 17 de febrero a pasar la convalecencia a la casa familiar de Naumburg); Catarro, 28-30 de octubre; Jaqueca reumática, 4-16 de noviembre.

1862. Congestion de cabeza, 7-11 de enero; Dolor de cabeza, 4-13 de marzo; Catarro, 17-24 de junio; Congestion de cabeza, 16-25 de agosto; Reumatismo, 24-28 de noviembre.

1863. Catarro, 2-5 de febrero; Catarro, 24 de abril a 5 de mayo; Inflamación del oído, 7-20 de mayo; Diarrea, 12-16 de diciembre.

1864. Catarro, 11-13 de febrero; Congestion de cabeza, 3-5 de mayo.

Estos datos hacen referencia a los internamientos en la enfermería y a los procesos que requirieron de atención médica. Cabe señalar que la disciplina pfortense era dura, espartana, incidiendo en la fortaleza de espíritu, lo cual hacía que no todas las molestias fueran dignas de ser atendidas por el médico del centro. Era necesario que los síntomas fueran lo suficientemente persistentes e intensos para que el médico les prestara atención. De ahí que pueda asegurarse con certeza que hubo muchas otras incidencias en la salud de Nietzsche de las que no tenemos demasiada constancia y a las que no se les dio importancia, por no hablar de las ocurridas en los períodos vacacionales, que pasaba en su casa. Además, conviene no olvidar la aguda miopía que padecía, lo cual era una molestia añadida, y que a buen seguro estuvo en el origen de algunos de los dolores de cabeza registrados.

De la lista expuesta, destacan las cefaleas y reumatismos, que, como veremos, serán habituales en los momentos más duros y trascendentes de la vida y la obra de Nietzsche. Sin embargo, como ya se ha dicho, en esta etapa de su vida aún no representaban un excesivo problema ni, *a priori*, nada trascendente. De la época de la locura, de 1889 en concreto, recoge el biógrafo Janz un testimonio de su médico de Jena

114 Datos tomados de Janz, *op. cit.*, pág. 113

según el cual Nietzsche “afirma haber padecido hasta los diecisiete años ataques epilépticos sin pérdida de consciencia”¹¹⁵. No hay ninguna constancia de estos ataques en ningún registro (ni en la escuela, ni en sus cartas o escritos, ni en los testimonios de sus allegados), y teniendo en cuenta el contexto de clara desorganización del pensamiento, no es conveniente otorgarle credibilidad. Sin embargo, nos da una pista sobre el relato biográfico que Nietzsche se fue construyendo y el lugar central que la enfermedad ocupaba en él.

Otro dato de interés que empieza a aparecer en este período, y con el cual nos vamos a encontrar en más de una ocasión desempeñando un importante papel es la tendencia a tratarse a sí mismo, a buscar el remedio adecuado para sus dolencias y a dejar que la enfermedad siga su curso. Nos encontramos con ello en una carta escrita a su madre a mediados de enero de 1861:

Estos días no me encuentro del todo bien, pero no sé qué me pasa. Tengo continuos dolores de cabeza; toda la cabeza está dolorida; luego me duele el cuello con cualquier movimiento, lo mismo la garganta cuando respiro. Llevo dos noches sin dormir nada, con frío una veces y sudando otras. Me cuesta coordinar mis ideas, y todo en torno a mí lo veo como en un sueño. Pero creo que si no tomo medidas contra eso muy pronto irá todo mejor. En todo caso, no iré a la enfermería. Si el domingo estuviese peor, entonces vamos juntos a Naumburg y me quedé allí. No tengo ningún apetito, pero como según mi costumbre; pues si continúo mi modo de vida habitual, mejorarán pronto las cosas.¹¹⁶

Lo llamativo de este fragmento es el interés por tener las riendas de su dolencia, de no abandonarla en manos de los médicos. Para ello, a partir de este momento, no dudará en ir probando distintos regímenes alimenticios y de conductas, con el fin de controlar mejor sus padecimientos. De este modo creía que conseguiría poner a raya la enfermedad, encontrando el remedio por sus propios medios, otorgándole así mayor valor a la curación o atenuación de sus males. Es algo que venía de familia, como ya hemos visto, puesto que su madre ya mostraba esta tendencia a refugiarse en lo que podríamos llamar “medicina instintiva”, según la cual se seguirían las intuiciones que en cada momento se tuvieran acerca de la enfermedad. Tras esta forma de entender la medicina y la terapéutica hay una concepción de la enfermedad como algo propio, como algo que concierne a cada individuo y sólo desde él podrá llegarse a la curación. Se trata

115 *Ídem*, pág. 112.

116 NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia, volumen I (junio 1850-abril 1869)* (trad. Luis Enrique de Santiago Guervós). Trotta. Madrid, 2005. Carta 205.

de un modelo según el cual cada enfermedad, cada caso, es algo único y como tal hay que tratarlo, dejando al médico en un segundo lugar respecto al enfermo mismo, que es quien debe extraer de sí mismo el mal. Este es, *grosso modo*, el esquema con el que va a funcionar Nietzsche en su relación con la enfermedad, y que plasmará en gran cantidad de sus reflexiones. Pero en el punto en el que estamos esta inclinación tan sólo se apunta, sin que todavía podamos hablar con claridad de ella, en paralelo a su vivencia de la enfermedad, que todavía no es tan central en él como llegará a serlo.

La crisis que provocó la carta comentada fue de las más intensas que padeció en Pforta, y no tuvo más remedio que acudir a la enfermería, donde se le diagnosticó un resfriado mal curado. A pesar de ello, él manifestó en otras cartas la intención de ir a dar paseos y su fastidio respecto a las estancias en la enfermería, puesto que creía que paseando se iba a curar mejor que encerrado en la enfermería (otra vez la voluntad de actuar por su propia cuenta ante la enfermedad). Pero los dolores y molestias se repetían, y en carta a su madre de finales de febrero de 1861 expresó las primeras muestras de resignación:

Esta mañana con el trabajo no va todo como debiera ir, los dolores de cabeza han comenzado. Me debo acostumbrar poco a poco a ellos.¹¹⁷

Aquí estamos ante lo que podría ser un lema de la relación entre Nietzsche y la enfermedad. Porque podríamos resumirla en un acostumbrarse a la enfermedad, un habituarse a ella y no dejar que le venciera, intentando, ya que estaba ahí y poco se podía hacer, extraer todas las enseñanzas posibles.

El joven Nietzsche empezaba a familiarizarse con la enfermedad y el dolor¹¹⁸, si bien todavía de un modo superficial, aunque ya mostrando algunos rasgos que nos encontraremos más adelante, cuando sus dolencias se conviertan en el centro de su existencia. Pero no adelantemos acontecimientos, puesto que aún nos hallamos en una etapa muy temprana de sus males. El año 1862 fue especialmente duro en lo que respecta a la salud, en él se presentaron numerosas crisis de cefaleas, hasta el punto de que el médico de Pforta, el doctor Zimmermann, insinuó la posibilidad de algún mal cerebral, sobretodo teniendo en cuenta el antecedente de su padre¹¹⁹. Nietzsche, por su

117 NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia, volumen I (junio 1850-abril 1869)*. Carta 215.

118 Una de las composiciones de este período recibió el significativo título de *Dolor es el tono fundamental de la naturaleza*.

119 Nietzsche fue enviado a casa para acabar de curarse. Es una persona sana, de complexión recia, con una mirada sorprendentemente fija, miope y aquejado de jaquecas pasajeras. Su padre murió joven de un reblandecimiento cerebral, y fue engendrado tardíamente; el hijo, en la época en que su padre estaba ya enfermo. Todavía no resultan perceptibles signos preocupantes, pero la referencia a

parte, continuó probando con su método de paseos y vida relajada. Fue en el verano cuando se dio cuenta de la necesidad de evitar cualquier estado de excitación, dado que eran ellos los que le alteraban y le provocaban las crisis. Por eso debía entregarse a una vida regular, sin eventos extraordinarios que le descentrasen, como muestra la carta escrita a su madre el 25 de agosto:

Hoy el señor doctor me ha aconsejado y me ha permitido ir a Naumburg para que siga allí mi curación a base de baños y paseos. Hoy lunes voy a Naumburg, a mediodía, y me alojaré en nuestra casa para hacer allí una vida absolutamente tranquila, sin música y sin otras cosas que puedan excitarme. [...] Quizás lo mejor de todo para mí es precisamente vivir completamente solo. [...] Si evito todo lo que pueda alterarme, entonces los dolores de cabeza desaparecerán [...] Lo más desagradable para mí es el estado de agitación en que caigo a menudo.¹²⁰

Estamos aquí ante una nueva característica que nos encontraremos en repetidas ocasiones: la extrema excitabilidad. Parece que Nietzsche se sentía alterado por los más pequeños acontecimientos. Cualquier emoción más o menos intensa le sumía en un estado de agitación que no le hacía ningún bien. Por eso expresó en esta carta que quería tranquilidad y que con toda probabilidad la vida solitaria es lo que mejor le vendría para eliminar las cefaleas que le afligían en aquel momento. Ya veremos como con el tiempo esta tendencia a la soledad se irá agudizando hasta el extremo de reducir el número de amistades y de contactos con ellas.

Dentro de este austero régimen terapéutico, aparece en esta carta una novedad interesante: el papel estimulante de la música. Nietzsche tenía una fuerte inclinación hacia la música, hasta el punto de que era una de sus principales aficiones y compuso e intentó publicar algún trabajo musical, barajando la posibilidad de dedicarse a la música. Por eso destaca el interés en apartarse de la música, que, aunque le proporcionaba momentos de deleite, también le sumía en ese estado de agitación que tanto mal le hacía. Así pues, las cefaleas le obligaban a sacrificar algunas de las cosas que más valoraba, como eran la amistad (Nietzsche tenía en muy alta estima la amistad, y disfrutaba de cultivarla) y la música.

Coincidiendo con este período algo más crítico en lo que a salud respecta, se estaban produciendo en el Nietzsche adolescente algunos cambios importantes. Por un

los antecedentes parece necesaria.

Tomado de JANZ, *Op. cit.* Pág. 113.

120 NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia, volumen I* (junio 1850-abril 1869). Carta 331.

lado, su pensamiento empezaba a dar muestras de independencia y de altura de miras (en este mismo año escribió los pequeños ensayos *Fatum e historia* y *Libertad de la Voluntad y Fatum*). Por otro, su carácter cambió y se convirtió en alguien irónico, crítico y burlón, hasta el punto de juntarse con los elementos más indisciplinados de la escuela y cometer algunas travesuras que tuvieron su castigo. De entre ellas es preciso destacar el enfrentamiento que mantuvo con el doctor Zimmermann, al que llamó “viejo charlatán” en medio del auditorio, en la línea hostil hacia la medicina que a buen seguro había conocido en su madre. No parece descabellado conjuntar estos cambios con los padecimientos de 1862, enlazando su nuevo comportamiento y carácter con sus ideas y las agitaciones que provocaban las cefaleas.

Janz, en su extensa biografía, apunta la posibilidad de que estas fases de agitación tengan alguna relación con los ataques de epilepsia que el Nietzsche de 1889 relató a su médico en el sanatorio de Jena¹²¹. Aunque en realidad no hay nada que pueda hacer pensar en ello, si el testimonio de 1889 no fue fruto de la locura, estos desasosiegos son lo único que, si bien de forma remota, pueden hacernos pensar en la posterior narración de la epilepsia.

Sea como fuere el año 1862 fue agitado para la salud de Nietzsche. Aunque en ningún momento le supuso un excesivo problema más allá de las molestias que le impedían seguir con su actividad normal, como hemos visto. Por todo ello podemos concluir que los estudios en Pforta fueron una etapa bastante tranquila en lo que a enfermedades respecta, en el que se empezaron a forjar algunos de los rasgos fundamentales que luego observaremos cuando la enfermedad empezase a hacer mella en su vida de forma más acentuada. Tras este año de moderada agitación, Nietzsche se centró en sus estudios y alcanzó la ansiada tranquilidad, lo cual le reportó los beneficios de una fase más serena en lo que a salud respecta, pudiendo terminar sus estudios de bachillerato sin más sobresaltos.

2.-Los años de universidad.

Tras Pforta, llegó el momento de ir a la universidad. Su destino fue Bonn, donde inició los estudios de teología, con el fin de seguir los pasos de su padre y de muchos de sus antepasados como pastor, a pesar de que ya había empezado a mostrar algunas reticencias hacia el cristianismo. Éstas, y el descubrimiento de la filología de mano del profesor Ritschl (además del descontento respecto a la vida social y académica de la ciudad) acabaron llevándole a trasladarse a Leipzig para estudiar filología, lo cual

121 Janz. *Op. Cit.* pág. 115.

provocó el disgusto de su madre. Era el curso 1864-65, y en él se pusieron en marcha algunos de los fenómenos que vamos a encontrarnos a lo largo de su vida. Por un lado, su tendencia a la soledad se acentuó. Aunque disfrutaba de la compañía de sus amigos, éstos eran pocos, y no dudó en criticar las asociaciones estudiantiles y las costumbres de los estudiantes, mostrando que no se encontraba a gusto con sus compañeros universitarios y tendiendo, cada vez más, a aislarse de ellos relacionándose con su círculo más íntimo.

Por otra parte, estaba la cuestión navideña. Para alguien educado en una religiosidad profunda y que aspiraba él mismo a perpetuarla mediante el servicio religioso, la Navidad era una fecha destacada del año. Así lo muestra Nietzsche en sus cartas, en las que expresa una inusual excitación al acercarse a las fechas navideñas. Al leer la correspondencia de juventud, no caben dudas sobre la intensidad y la ilusión con que vivía esos días. En parte por la cuestión religiosa y en parte porque era el momento de pasar unos días junto a su familia, de la que no podía disfrutar debido al régimen de internamiento de la escuela de Pforta (sólo algunos días podía concertar citas con su familia, y tan sólo por unas horas, dependiendo de las actividades escolares). En estas cartas se hacen referencias a la Navidad desde el final del verano, bien sea expresando las ganas de que lleguen o bien enumerando los regalos que desea para las fiestas (llama la atención la cantidad de veces que cambia dichos deseos).

Esto fue así hasta el momento que nos ocupa, en el que la Navidad se convirtió en algo problemático. En parte porque se trata de las primeras navidades que pasó alejado de los suyos sin poder reunirse con ellos, pero también porque las navidades empezaron a ir acompañadas de fuertes ataques, como veremos. Esta primera Navidad, en la que ya empezaban a forjarse sus dudas religiosas y respecto a su formación como pastor (el anuncio de su intención de cambiarse a la filología lo hizo en enero), Nietzsche la pasó con algunos compañeros en locales sociales y en la habitación que tenía alquilada, y, curiosamente, con unos *“diabólicos dolores de muelas que me atormentan y me han quitado todo entusiasmo”*¹²². Se trata del primer testimonio de incomodidad navideña, que se agudizará con el tiempo, pero que aún no cursa con los habituales síntomas de cefaleas, debilidad o trastornos gástricos que le acompañaron más adelante. Los meses siguientes leyó la *Vida de Jesús*, de David Friedrich Strauss, lectura que le terminó de decidir a abandonar la teología y todo contacto con la religión cristiana, hecho que se puso de manifiesto en la Pascua de 1865 con su negativa a comulgar, lo que provocó el consiguiente disgusto en la piadosa familia y las reticencias

122 NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia, volumen I* (junio 1850-abril 1869). Carta 458 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, finales de diciembre de 1864).

veladas hacia todo lo que hizo a partir de ese momento.

Si hemos de hacer caso a la hipótesis según la cual los males que Nietzsche padeció fueron debidos a la sífilis, estamos ante uno de los momentos más decisivos, puesto que los estudiosos han situado en este curso de 1864-65, más en concreto en el mes de febrero, el contagio de la enfermedad. Aunque no está nada claro que así fuera, sí que parece, por los testimonios de algunos compañeros de la universidad, que pudo visitar algún burdel, en el que se contagiara de la enfermedad.

La etapa de Bonn fue convulsa. A todo lo dicho, hay que añadir el creciente descontento respecto a la vida estudiantil. Detestaba el tono chabacano y pendenciero de las correrías de la mayoría de sus compañeros. Al llegar a la ciudad ingresó en la corporación estudiantil *Franconia*, donde esperaba encontrar un ambiente adecuado para sus pretensiones de rigurosidad en el estudio. Pero lo que halló fue una organización en la que lo que primaba era la cerveza, las correrías nocturnas y la rivalidad autocomplaciente respecto a las otras corporaciones. Aunque participó en algunas de sus actividades, cada vez despreció más la vida universitaria de Bonn, profundizando así en sus impulsos hacia la soledad. Esto, junto al cambio de estudios, le llevó a tomar la decisión de trasladarse a Leipzig para el curso siguiente, donde existía una potente facultad de filología a la que se iba a trasladar su admirado profesor Ritschl (al que había conocido en un curso de filología y que fue el que acabó de decidirle por dicha disciplina).

Si tenemos en cuenta lo dicho sobre la excitabilidad que padecía, es fácil comprender que todos estos sucesos se acumularon y provocaron, en el verano de 1865, uno de los peores momentos de salud que Nietzsche había vivido hasta el momento. Así, en los últimos tiempos que pasó en Bonn abundan los testimonios referidos a las molestias que le aquejaban, que en esta ocasión fueron dolores reumáticos que se extendían a la cabeza y le provocaban cefaleas. De forma significativa, el cuadro se inició en Pascua, justo después de la crisis con su madre, y desde entonces no hizo otra cosa que ir en aumento. He aquí los testimonios más destacados de la correspondencia:

Durante las últimas semanas he estado siempre enfermo y no me he levantado casi de la cama, incluso durante los días de intenso calor; mi padecimiento es un fuerte reuma, que va desde los brazos hasta el cuello, de ahí a las mandíbulas y a los dientes, y ahora me causa diariamente insoportables dolores de cabeza. Estoy muy cansado por estos dolores de cabeza y tengo gran apatía frente a las cosas del mundo exterior. Algunos días, cuando me sentía mejor, los pasé en Ems. No te puedes imaginar el bienestar que me produjo esa vida tranquila, apartada, de dietas, esa naturaleza

siempre fresca y estimulante, y esas personas de espíritu alegre y de aspecto cuidado.¹²³

[...]preveo que no voy a poder participar en la fiesta de Jena, simplemente a causa de mi salud. Tengo en estos momentos tantos y tan frecuentes dolores, que a pesar de mi severa dieta y de lo mucho que me cuido creo poder decir que estoy peor que nunca. Una fiesta como esta me excita demasiado y me obliga, en mayor o menor medida, a saltarme la dieta. Esto es para mí doloroso [...]¹²⁴

Nuevamente, las referencias al régimen dietético y de hábitos aparecen como remedio y método para evitar que vayan a más las molestias. Nietzsche nunca abandonó esta idea, si bien, al ir comprobando que los hábitos que iba adoptando no acababan de funcionar, iba probando nuevas costumbres. A esto se añade la constatación de que un ambiente natural, aislado en buena medida y en relación con gentes agradables le era muy favorable, más para crearle un estado de ánimo sereno que por el beneficio directo sobre los mecanismo que provocaran sus males. En el futuro veremos cómo esta búsqueda de un lugar idóneo para su salud se convertirá en una constante que va a marcar su pensamiento.

También aparece en estos fragmentos un hecho que más adelante aparecerá con mayor claridad y jugará un papel importante: el de la enfermedad como válvula de escape. Al igual que en 1862 estaba el joven Nietzsche sometido a la presión de los cambios en su vida y la enfermedad le daba excusa para pedir a su entorno tranquilidad y alivio. Pero ahora que los problemas eran más agudos (crisis religiosa y por consiguiente familiar, crisis en sus estudios con el cambio a la filología y a Lepizig, el descontento con sus compañeros...), los males aparecieron con mayor intensidad, y, en aras de conseguir la ansiada tranquilidad, evitó cualquier clase de visita o actividad que pudiera causarle problemas, encomendando a los demás que hicieran lo necesario para que así fuera:

Arregladlo por favor de tal modo que me encuentre instalado durante todo el tiempo lo mejor posible, sin verme atormentado por compañías que no deseo.¹²⁵

123 NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia, volumen I (junio 1850-abril 1869)*. Carta 476 (a Carl von Gersdorff, 4 de agosto de 1865).

124 NIETZSCHE, Friedrich. *Op. cit.*, carta 477 (a Franzisca y Elisabeth Nietzsche, 5 de agosto de 1865).

125 Ídem.

En resumen, la enfermedad le servía como pretexto para la reflexión y el trabajo en las cosas que más le atraían, como una vía para aislarse de todo lo demás y dedicarse a lo que más le interesaba y que no le provocaba ninguna molestia: la labor intelectual. Labor que a partir del curso siguiente se pondría en marcha de forma intensa.

Bien pronto mostró sus aptitudes filológicas, ganándose la confianza del profesor Ritschl, que lo apadrinó y le encomendó varias publicaciones en los años siguientes. Por ello y por haberse encontrado con un ambiente totalmente distinto al de Bonn, más erudito y volcado en los estudios, se puede decir que la época de Leipzig fue más bien tranquila en lo que a salud se refiere. A esto ayudó uno de los hechos más fundamentales de la vida de Nietzsche: el descubrimiento de la filosofía de Schopenhauer en 1865. Así recuerda el impacto que tuvo en algunos aspectos vitales en una de sus notas retrospectivas:

Ahí, en cada línea, clamaba la renuncia, la negación, la resignación; allí veía yo un espejo en el que, con terrible magnificencia, contemplaba a la vez el mundo, la vida y mi propia intimidad. Desde aquellas páginas me miraba el ojo solar del arte, con su completo desinterés; allí veía yo la enfermedad y la salud, el exilio y el refugio, el infierno y el paraíso. Me asaltó un violento deseo de conocerme, de socavarme a mí mismo. Testigos de aquella revolución interior son hoy todavía, para mí, las páginas del diario que yo escribía en aquella época, tan inquietas y melancólicas, llenas de autoacusaciones banales y de la desesperada idea de redimir y transformar la naturaleza entera del ser humano. Habiendo puesto todas mis cualidades y aspiraciones ante el tribunal de un sórdido autodesprecio, era malvado, injusto y desenfrenado en el odio que vertía contra mí. Tampoco faltaron torturas físicas. Así, durante catorce días seguidos, me esforcé por no acostarme antes de las dos de la madrugada y levantarme sin dilación alguna a las seis en punto. Una constante excitación nerviosa me dominaba a todas horas, y quien sabe qué grado de locura habría alcanzado de no ser porque las exigencias de la vida, la ambición y la imposición de unos estudios regulares obraron en sentido contrario.¹²⁶

El impacto de la lectura de *El mundo como voluntad y representación* fue brutal. Aunque en realidad, por este breve fragmento, nos damos cuenta de que no hizo otra cosa que sacar a la luz y agudizar cosas que ya estaban ahí. Aparece la tendencia a un estricto régimen de vida que él consideraba beneficioso para su salud tanto física como intelectual, llevado al paroxismo gracias a Schopenhauer. Y también está la resignación,

126 NIETZSCHE, Friedrich. *De mi vida. Escritos autobiográficos de juventud* (trad. Luis Fernando Moreno). Valdemar. Madrid, 1996.

la voluntad de aguantar todos los males que la vida le presentara. Ya había dado muestras de ella cuando había afirmado que tendría que acostumbrarse a sus dolores de cabeza, que no quería abandonarse a un pesimismo derrotista que le impidiera seguir adelante, pero Schopenhauer le hizo profundizar en esa voluntad, que, a la larga, a pesar de que ya había rechazado al maestro, iba a desembocar en el *amor fati*. Varios serán los testimonios de Nietzsche a partir de entonces en los que, citando al maestro, manifiesta la necesidad de mantenerse firme y resignarse ante lo que el destino le deparaba (por ejemplo, cuando tuvo que cumplir con el servicio militar, que le obligaba a dejar de lado temporalmente los estudios). Esta resignación no era un mero dejarse llevar por los acontecimientos, sino que se trataba más bien de no abandonarse a la pura negatividad frente a las adversidades y saber sacarles provecho. La rigidez protestante de la familia y el rigor de la educación recibida en Pforta allanaron el camino para la aceptación entusiasta de la filosofía schopenhaueriana, en la que vio un reflejo de sí mismo, así como un estímulo para seguir en el camino de autoconocimiento que estaba empezando. A partir de entonces, todo fue vivido como una afrenta ante la que había que responder y no flaquear, como una oportunidad de mostrar la fortaleza. Todo, incluso la enfermedad.

Embebido de este entusiasmo por Schopenhauer¹²⁷ y por sus estudios filológicos pasó Nietzsche sus primeros meses en Leipzig. De este período no tenemos ninguna referencia significativa sobre la salud, aunque hay indicios de que estuvo en tratamiento por una infección sifilítica. Teniendo en cuenta la posibilidad ya apuntada de que el contagio se produjera en el curso anterior, se han interpretado los síntomas enumerados en la carta a Carl von Gersdorff del 4 de agosto de 1865 (fragmento correspondiente a la nota 127) como las señales de una meningitis de origen sifilítico, infección de la que se trató en Leipzig. Existen varios testimonios al respecto. En primer lugar, el historial médico de Nietzsche en el sanatorio de Jena, que en 1890 recoge una infección sifilítica en 1866. También hay varias confirmaciones hechas a través de terceros por parte de los médicos que supuestamente le trataron. Lo extraño es que entre estos testimonios de 1866 y el historial de 1890 no existe ninguna referencia más a la posible sífilis de Nietzsche, la cual es una de las hipótesis más plausibles y aceptadas respecto a los males que padeció a lo largo de su vida. Sabiendo la tendencia de la hermana Elisabeth a manipular y ocultar datos durante el período de locura, y que lo hizo respecto a ciertos aspectos de la enfermedad, no es descabellado pensar que tal vez algunas de estas lagunas informativas sean debidas a su acción más que a la omisión de su hermano, tal y

127 Como señala Janz, este entusiasmo no fue tanto por el sistema filosófico de Schopenhauer como por el personaje y su magnitud ética como figura a seguir.

como Janz señala.

Sea como fuere, no hay testimonios en primera persona de que este posible tratamiento causara algún impacto en la vida de Nietzsche, ya que no hay en la correspondencia ninguna referencia a él o a las molestias que lo provocaron (salvo lo referido en la carta comentada). De hecho, estos dos primeros años en Leipzig son uno de los períodos más tranquilos de la vida de Nietzsche en lo que a salud se refiere, tal vez la última ocasión en que pudo disfrutar de una salud más o menos estable y plena, interrumpida por afecciones leves: algún catarro o una afonía. Su salud fue tan óptima que incluso esquivó una epidemia de cólera que golpeó a finales de verano de 1866 la región de Naumburg, donde tenía su residencia la familia Nietzsche. Es significativo de este hecho el testimonio de la hermana (que no estuvo con su madre y su hermano, puesto que fue enviada con unos parientes para estar alejada del foco epidémico), en el que relata, orgullosa, la fortaleza de su hermano Friedrich:

Mi hermano ha conservado un recuerdo terrible del cólera; solía incluso afirmar que había sido víctima por dos veces de esa epidemia, llegando sólo a dominar los ataques y salvarse a fuerza de beber constantemente agua caliente y sudar.¹²⁸

Aunque no consta en ningún sitio que Nietzsche sucumbiera al cólera, de estos recuerdos de su hermana se desprende que sí que se vio afectado. En cualquier caso, otra vez aparece la tendencia al remedio personalizado y por uno mismo elaborado, a la autocuración. En esta búsqueda incansable, lo que trasluce es la voluntad de extraer de sí mismo la solución a los problemas de salud, como una muestra de la pujanza de la vitalidad que sabe cuidarse a sí misma, que bucea en los profundos pozos de la persona y llega a conocer, a base de ensayo y error, lo que la mantiene firme frente a la decadencia de la enfermedad.

A pesar de no padecer ninguna afección significativa, en una de sus cartas, refiriéndose a cuestiones académicas (a la necesidad de hacer su propio camino en la filología con la suficiente independencia, sin seguir demasiado los rígidos cánones académicos), llama la atención el uso de términos más bien médicos para referirse a la forma de afrontar la tarea del filólogo:

En medio de tales conflictos el alma y el cuerpo se conservan sanos, y no se producen aquellas inevitables formas de enfermedad, causadas ya sea por el exceso de trabajo intelectual, ya sea por el predominio exagerado de lo corporal, las primeras son

128 Tomado de JANZ, *Op. cit.* pág. 192.

propiamente las del erudito, las segundas, las del villano, con la única diferencia de que en el uno estas enfermedades se manifiestan de un modo distinto que en el otro.¹²⁹

Los conflictos a los que se refiere son de orden académico y vital (la forma de estudiar, las dudas acerca del camino a seguir...), pero lo que destaca es la necesidad de tensión vital, de conflictos que nos mantengan en guardia y que nos sirvan para no desviarnos y dejarnos caer en el terreno de la enfermedad. Aunque no queda claro a qué tipo de enfermedad se refiere (a la puramente física tal y como se entiende de forma habitual o más bien a otra clase de fenómenos más genéricos a los que así denomina por ir contra las fuerzas de lo que él entendería por vida), la cuestión es que está empezando a ver el mundo y sus relaciones, que por ahora se reducían al ámbito académico, en términos de salud y enfermedad, perspectiva que se va a agudizar a medida que su experiencia de la enfermedad pase a ser más central en su existencia.

De esta significativa carta, también hay que destacar otro fragmento, más sintomático aún, puesto que nos señala una de las características que la enfermedad y su tratamiento tenían para él:

No hay una panacea universal sobre la manera de ayudar a cada hombre. Uno debe ser médico para sí mismo, pero al mismo tiempo acumular experiencias médicas de uno mismo.¹³⁰

A estas alturas no debe sorprendernos esta afirmación, puesto que ya hemos visto cómo desde siempre Nietzsche, influido por su familia, contemplaba la necesidad de que cada uno, en tanto que ser único que por tanto padecía la enfermedad de un modo distinto a los demás, busque los remedios que mejor se adecuan a sus males. Porque al fin y al cabo nadie los conoce mejor que el que los vive en primera persona (con una experiencia plena, que ningún relato podrá trasladar). Por eso es necesario experimentar y acumular experiencias médicas en uno mismo, con el fin de conocer qué nos debilita y qué nos fortalece. De este modo, la vida se convierte en un continuo juego en el filo del abismo en el cual ir probando y conociendo mejor lo que nos puede hacer tropezar y lo que nos ayuda a mantener el equilibrio. Así, la acumulación de experiencias nos otorgaría la sabiduría necesaria para seguir adelante con fuerza, siendo más sano quien más experiencias médicas haya conocido y superado. En resumen, este breve fragmento supone toda una declaración de intenciones respecto a la actitud de

129 NIETZSCHE, *Op. cit.* Carta 540 (a Carl von Gersdorff, 6 de abril de 1867).

130 *Ídem.*

Nietzsche ante la enfermedad y ante la vida, y podemos tomarlo como un auténtico *leitmotiv*, como una constante para el futuro.

En medio de este período de relativa tranquilidad le llegó el turno de cumplir con el servicio militar, en cuyo transcurso iba a tener un grave accidente tras el cual tuvo que estar varias semanas postrado. Después ser pospuesto en varias ocasiones (por los estudios y por no ser el momento idóneo), Nietzsche se incorporó a filas el 9 de octubre de 1867 en la segunda batería de la sección a caballo del Regimiento de Artillería número 4, en Naumburg (intentó alistarse en Berlín, pero hubo dificultades burocráticas). Su labor filológica estaba despegando gracias a la mediación del profesor Ritschl, que ya le había encargado varios trabajos y publicaciones, y el joven Nietzsche se tomó el parón militar como una forma de ejercitarse en la schopenhaueriana resignación y así reforzarse en su voluntad de soportar todo lo que el destino le quisiera brindar. A ello contribuía no sólo este temporal desplazamiento de la actividad que más le gustaba, sino también la naturaleza del servicio militar, que le obligaba a soportar esfuerzos a los que no estaba acostumbrado, así como a asumir el rigor y la disciplina de las cadenas de mando¹³¹. Los testimonios en esta dirección, y en la de celebrar su condición de schopenhaueriano que tanto le ayudaba en esos momentos son profusos en las cartas que escribió durante el servicio militar, sobre todo en las dirigidas a sus amigos, algunos de los cuales compartían la adhesión a Schopenhauer. Además, le sirvió para tomar distancia respecto a la actividad académica, ante la que empezó a mostrar alguna crítica.

Una de las tareas que más le gustaron fue la de cuidar caballos. Ya había hecho algún curso de equitación con anterioridad junto a algunos amigos, y de sus cartas se desprende que era una actividad que le gustaba especialmente. No es de extrañar que acabara adquiriendo bastante destreza con las riendas, tanta que incluso le reportó alguna felicitación por parte de sus superiores. Esta habilidad no le libró, sin embargo, de sufrir un accidente a principios de marzo de 1868, en el que se golpeó el pecho al realizar un salto sobre un caballo. El golpe provocó un desgarró muscular, que se complicó con una infección y supuración que obligó a los médicos a mantener la herida abierta. Debido a ello, Nietzsche quedó muy debilitado y tuvo que permanecer en cama durante los siguientes meses. A las molestias propias de su accidente e infección (malestar, dolor, fiebre, debilidad...), se añadió “una gastritis pertinaz”¹³², que terminó de postrarle (al parecer, arrastraba esta gastritis desde el mes de febrero). Esta es la

131 Llegó incluso a afirmar que se trataba de una oportunidad de darle una aplicación práctica a su filosofía (carta a Erwin Rohde, 3 de noviembre de 1867).

132 NIETZSCHE, F. *Op. cit.*, carta 565 (a Erwin Rohde, 3 de abril de 1868).

primera vez en la que aparece una referencia a problemas gastrointestinales, que, como veremos, llegaron a ser habituales más adelante.

De este contratiempo y las referencias que Nietzsche dejó de él destacan, a parte de las numerosas disculpas por los retrasos en la respuesta a misivas de familiares y amigos, la insinuación de un “más allá” de la medicina tradicional. Como ya hemos visto, había en Nietzsche un fuerte impulso de soledad que le hacía huir del excesivo contacto humano (además de por el tema de la excitabilidad, por el aristocraticismo que ya por esta época cultivaba, que le impedía mezclarse con determinadas gentes y comportamientos). Sin embargo, era una persona que disfrutaba enormemente de la amistad, hasta el punto de considerarla uno de los valores supremos de la vida. Por ello, siempre supo rodearse de un selecto y reducido grupo de amigos, con quienes mantuvo una fecunda correspondencia. Es en ella donde nos encontramos con los testimonios más valiosos respecto a su estado de salud, en la medida en que son relatos contemporáneos a sus padecimientos, y por lo tanto, menos revestidos del relato que Nietzsche pudiera añadir con el tiempo.

Como prueba del valor que otorgaba a la amistad son algunas de las cartas escritas durante la postración por el accidente a caballo, en las que expresa su creencia en el papel benefactor de los buenos sentimientos y de las cartas amistosas que de tanto en tanto recibía. He aquí algunos ejemplos:

Ahora, querido amigo, quiero contarte que entre tantas medicinas horribles había una que me era muy agradable y que me ha hecho más bien que las otras. Fue tu carta y lo que me has enviado. [...] Tendrían que recibir todos los enfermos cartas como ésta, en las que se encuentran fuerza vital, amistad, esperanza, recuerdo, en resumen, todos los buenos *demonios*.¹³³

Que tus deseos solidarios, comparables al incubus, puedan reposar por la noche sobre la herida: en todo caso, me harán más que el ungüento de zinc y los emplastos, pues contienen para mí, como todas tus confidencias epistolares, una magia fortificante y que sana, son una «purificación de las pasiones» verdaderamente medicinal.¹³⁴

La mejor medicina es una buena carta llena de simpatía: ¿qué son los emplastes y los ungüentos frente al sentimiento reconfortante de bienestar como el que han suscitado por ejemplo sus afectuosas líneas? Le doy especialmente las gracias por ello, esta vez

133 *Ídem*.

134 NIETZSCHE, F. *Op. cit.*, carta 569 (a Erwin Rohde, 3-4 de mayo de 1868).

Más allá de las corteses formas decimonónicas, se deduce de estos fragmentos y de lo ya dicho, que es muy probable que el recibir cartas de sus escasos contactos, gentes a las que valoraba mucho, ejerciera en él un efecto salúífero. Si, como ya se ha comentado, lo que le disgustaba y los estímulos fuertes le sobreexcitaban y le llevaban a sus ya habituales cefaleas, es muy posible que el contacto con las amistades le ayudara a distraerse de sus males y le proporcionara cierto bienestar. No obstante, este efecto benefactor parece reducido a las epístolas (que son un contacto atenuado, no directo), puesto que, como veremos, en no pocas ocasiones las visitas de los amigos culminaban en ataques.

Junto a la alegría que expresa en las cartas, también expresa sus reticencias respecto a los tratamientos que se le aplican, diciendo que son mejor medicina que la que sus médicos le aplicaban. Esto, que podría no ser más que una mera fórmula de cortesía, adquiere un aspecto distinto a la luz de la ya comentada reticencia a la medicina que él y los suyos expresaron. De este modo, a través de los formalismos trasluce el deseo de buscarse sus propios remedios y de hacer partícipes a los demás de la propia salud. Porque, para alguien que tenía en tan alta consideración a la amistad, es lógico que el contacto con los amigos le produjera una elevación de espíritu merced a la cual sobrellevar mejor sus males.

No obstante, este accidente le puso a prueba en varios aspectos. Porque además de tratarse de una lesión dolorosa y molesta, fue prolongada y por momentos supuso una seria amenaza para su vida. El desgarró muscular le produjo un hematoma que, por lo que afirma, debió de infectarse, provocando las supuraciones que obligaron a abrir la herida para drenar el material infectado. En un principio pareció funcionar, pero la infección fue progresando y afectó al esternón, haciendo que, poco a poco, se fuera desintegrando y expulsando pequeñas esquiras que hicieron a los médicos plantearse la posibilidad de una intervención quirúrgica. En este punto fue cuando Nietzsche empezó a preocuparse en serio:

Y ahora, para terminar, por hablarte también un poco de mí, es decir, ante todo de mi salud, me he llegado a dar cuenta con claridad, y de una manera triste, de lo malo que es vivir tanto tiempo sumido en la ilusión. No te puedo informar de que mi enfermedad ya pasó, sino que el golpe peor está por llegar. La supuración continúa, ha atacado al esternón, y hoy el médico me ha pronosticado casi seguro una operación en

135 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 571 (A Friedrich Ritschl, 12 de mayo de 1868).

fecha próxima. Se trata de la extracción de un trozo entero de hueso; para eso se tendrían que cortar las partes blandas y luego «reducir», como decía el médico, *scilicet*, «cortar con una sierra», el hueso atacado, o sea, el esternón. Pero cuando uno está bajo el cuchillo o la sierra del cirujano, entonces te das cuenta de que esa cosa que se llama vida pende de un fino hilo. Entonces sobreviene una fiebre infecciosa – y la pequeña luz se apaga. Mi sensación fue de verdadero estupor cuando el primer huesecito de mi esternón salió de repente por el drenaje de la herida, y me di cuenta poco a poco de que los planes de viaje a París y de la habitación probablemente eran ya algo imposible. Nunca la caducidad de la vida se pone de manifiesto tan *ad oculos* como cuando ves salir un pedacito de tu esqueleto.¹³⁶

Por primera vez vemos a un Nietzsche que teme por su vida, dándose cuenta de la fragilidad de la existencia. Hasta el momento había vivido sus problemas de salud como meros contratiempos que se superaban con relativa facilidad. Pero la perspectiva quirúrgica le hizo plantearse la vida (algo que, dada la situación de la cirugía de la época, con técnicas anestésicas y quirúrgicas muy rudimentarias y agresivas, no es de extrañar). Y si unos días antes había manifestado que para mantener sus fuerzas y esperanzas se dedicaba a la filología y la filosofía, así como se recreaba en los planes que tenía de trasladarse a París con Rohde, ahora todas estas perspectivas se diluían ante la posibilidad de que la cirugía no fuera todo lo bien que era deseable y surgieran complicaciones.

Empezó entonces a visitar al doctor Volkmann, un cirujano conocido en la zona, que le prescribió unas curas con baños de agua caliente (en el balneario de Wittekind¹³⁷), manzanilla, nitrato de plata, tintura de yodo y un vendaje húmedo, que tuvieron un resultado óptimo pudiendo evitarse el paso por el quirófano. El alta definitiva le fue dada a principios de agosto de 1868, tal y como comunicaba al profesor Ritschl en su carta del 6 de agosto:

Volkmann me ha dado el alta como completamente curado y, en resumidas cuentas, no me ha recomendado precaución, excepto que no debo practicar el boxeo.¹³⁸

En total la curación de la herida se prolongó por cinco meses (el accidente tuvo lugar a principios de marzo) en los que tuvo que interrumpir el servicio militar y todas

136 NIETZSCHE, F. *Op. cit.*, carta 574 (a Erwin Rohde, 6 de junio de 1868).

137 Entre los textos que se hizo mandar para su estancia en el balneario y las lecturas recomendadas que anotó, llama la atención uno titulado *Vier Reden über Leben und Kranksein* (cuatro conversaciones sobre la vida y la enfermedad) de Virchow.

138 NIETZSCHE, F. *Op. cit.*, carta 582 (a Friedrich Ritschl, 2 de agosto de 1868).

las actividades habituales, sobre todo en las primeras semanas, cuando la infección fue más fuerte y le sumió en una debilidad profunda. Por eso es fácil comprender que cualquier acontecimiento que le sacara de la rutina de la enfermedad (especialmente las cartas que recibía) y la recreación en torno a los planes de futuro fueran el asidero al que se agarró para mejor sobrellevar la carga de todas las molestias que su situación le provocaba. No es de extrañar que llegara a manifestar su disgusto y el fin de su paciencia.

En resumen, la herida provocada por el accidente hípico le permitió ahondar en esa resignación schopenhaueriana que tanto había alabado y que se había propuesto desarrollar al empezar su servicio militar. Además, merced a ella pudo constatar el bien que los amigos y allegados le aportaban, así como continuar con algunas tendencias que venían ya de antiguo en lo que a actitudes frente a la medicina tenía que ver. También le otorgó interminables horas de soledad en las que bucear en sus ideas y profundizar en el conocimiento de sí mismo, lo cual constituyó una de las constantes de su vida y de su relación con la enfermedad. En definitiva, este episodio le sirvió para ejercitar las ideas que ya tenía en mente y establecer una pauta para el futuro: reposo, balnearios, refugio en las amistades (por vía epistolar) y el trabajo (cada vez menos filológico y más filosófico), elaboración de planes de futuro, y soledad (en la que reflexionar y hacerse fuerte frente a las adversidades).

Gracias a este contratiempo, pudo librarse de lo que le quedaba de servicio militar, quedando en la reserva en octubre de 1868. Ahora podía volver con todas sus fuerzas a sus estudios, a su doctorado, tal y como tenía proyectado. Pero algo se había movido en él durante sus obligaciones militares y la convalecencia. Empezaron a aflorar reticencias respecto al mundo filológico, así como un intenso interés, espoleado por la lectura de Schopenhauer, por los temas filosóficos. Al mismo tiempo, deseaba conocer un poco mejor el mundo extraacadémico, mezclarse un poco en su tiempo y escapar del ambiente en el que hasta el momento se había movido.

Sin embargo, tenía ya varios compromisos adquiridos para publicar algunos trabajos, y esto le impidió cumplir con todos los proyectos que tenía en mente. Los meses siguientes los pasó Nietzsche imbuido en estos trabajos, en su entusiasmo schopenhaueriano y bajo la impresión del primer encuentro con Wagner, ocurrido el 8 de noviembre. Si hasta el momento Nietzsche no había manifestado un gran entusiasmo por la música wagneriana y sus seguidores, el influjo de la personalidad de compositor le convirtió en un adepto incondicional y, con el tiempo, en uno de sus propagandistas más conocidos. Pero para eso hay que esperar a los próximos años, en los cuales la

relación entre Wagner y Nietzsche pasará de la adoración (casi mutua, si bien la fuerte personalidad de Wagner tendía más a ser adorado que a adorar) al más puro desprecio (también en mayor grado por parte de Nietzsche), hecho que marcará algunas de las crisis de salud de Nietzsche en los próximos años.

De esta época data un extraño texto escrito, por la forma de la escritura, en un estado de gran excitación, según cita el biógrafo Werner Ross:

Tengo miedo no a la horrible figura que está detrás de mi silla, sino a su voz: no a sus palabras, sino al tono escalofriante, inarticulado e inhumano de esa figura. ¡Sí, ay si hablara como hablan los seres humanos!¹³⁹

¿A qué se está refiriendo Nietzsche con estas palabras? ¿Está alucinando? Hay quien así lo ha querido ver, aunque no podemos aclararlo, ya que no hay ningún dato que pueda verificar cualquier hipótesis. Sólo tenemos este texto, que parece no casar con ninguno otro de la época, ni siquiera con ninguna circunstancia del momento. Sea lo que sea, parece que esa presencia le inquietaba, ayudando a ese estado de excitabilidad del que tanto había hablado ya y que le había provocado ya algunos problemas.

3.-El joven profesor. Empiezan los problemas.

En medio de toda esta actividad, le llegó la oferta, ya en 1869, para ocupar una cátedra de lengua y literatura griegas vacante en la universidad de Basilea. Si bien al principio se sintió muy contento (por la recomendación que su maestro Ritschl había hecho de él, y por el hecho de que se le ofrecía esa cátedra sin haber presentado aún su tesis doctoral), pronto manifestó cierto pesar por todos los planes que no iba a poder cumplir y por verse atado con fuerza a la filología y a la labor docente (sobre las que ya empezaba a albergar algunas dudas). El único consuelo que tenía era el de poder estar más cerca de Wagner y su círculo.

Estos primeros semestres como profesor universitario transcurrieron con relativa tranquilidad, en medio de la febril actividad de su labor docente (completada con cursos a los bachilleres) y a las continuas visitas de fin de semana a Tribschen, donde vivía Wagner. Debido a su influjo, movido por su impulso de búsqueda de un estilo de vida lo más saludable posible, probó brevemente con el vegetarianismo, lo cual no le convenció, puesto que según él, “*las naturalezas intelectualmente productivas y*

139 ROSS, Werner. *Friedrich Nietzsche. El águila angustiada. Una biografía* (trad. Ramón Hervás). Pág. 205.

afectivamente intensas deben comer carne”¹⁴⁰. Este breve episodio de ensayo dietético no es más que un eslabón más en la larga cadena de pruebas que Nietzsche emprendió a lo largo de su vida, en busca de un régimen alimentario que le sentara bien y que mantuviera su capacidad física y mental en plenitud de facultades. Huelga decir que nunca llegó a alcanzar esa dieta ideal, convirtiendo su vida en un continuo banco de pruebas.

En medio de toda esta frenética actividad en la que estaba sumido, en julio de 1870 se declaró la guerra entre Francia y Alemania, hecho que iba a marcar un nuevo hito en la relación entre Nietzsche y la enfermedad. El inicio de la guerra fue una sorpresa para él¹⁴¹ y su círculo, que vivían al margen de la actualidad de su momento (además de por la actividad febril que desarrollaba, por el hecho de estar en Suiza y no conocer los pormenores de la situación), por lo que de entrada, no tuvo un gran impacto más allá de la sorpresa y la natural inquietud de ver a su patria en guerra. Sin embargo, en agosto Nietzsche cambió de actitud y mostró su interés por ir a la guerra como soldado o como enfermero. Tras la correspondiente y breve instrucción en el lazareto de Erlangen, fue enviado a finales de agosto al frente como diácono castrense (el diaconado castrense era una organización paramilitar que se dedicaba al cuidado de los heridos en el campo de batalla y a darles consuelo espiritual). De este servicio quedan numerosas cartas en las que informa de su situación, aunque se han perdido todas las que envió a Cosima Wagner, en las que presumiblemente entraba más en detalles, dada la relación que mantenía con los Wagner en general y con Cosima en particular. De estas cartas destaca el relato que hace de su labor al cuidado de los heridos. Su primera misión consistió en ir con un tren-hospital recogiendo heridos en la zona de Metz y llevarlos hasta el lazareto de Karlsruhe. En el trayecto, que duró dos días, Nietzsche hizo todo lo que estuvo en su mano: alimentar a los heridos, poner vendajes, curar heridas... Pero el ambiente no era el más higiénico (vagones repletos de heridos, oscuros, con el suelo cubierto de paja) y a los traumatismos de la guerra se sumaban las enfermedades infecciosas, que eran muy frecuentes. Así, en el vagón en el que trabajó iban seis heridos (algunos con miembros gangrenados), dos de los cuales padecían disentería.

Al llegar al destino y tener que presentar el informe de lo realizado, se sintió mal, por lo que tuvo que abandonar el servicio y permanecer en cama, afectado de

140 NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia, volumen II (abril 1869-diciembre 1874)*. Carta 32 (a Carl von Gersdorff, 28 de septiembre de 1869).

141 Que se encontraba en cama, debido a una torcedura de pie que le tuvo postrado dos semanas, y que en las semanas siguientes le provocó algunas molestias.

disentería y difteria, que le dejaron notablemente debilitado. Así lo narró en carta escrita el 11 de septiembre de 1870:

Yo tenía un pequeño y estrecho vagón de ganado cubierto de paja, sobre la cual iban tendidos 6 heridos graves, y yo en medio. Aquí hubo mucho que hacer: vendar, dar de comer, etc. La atmósfera en este infierno fue terrible. En Karlsruhe entregué a nuestros heridos: el día después retornamos a Erlangen, para presentar ahí nuestro informe. Ya en ese viaje fui preso de un fuerte malestar: el médico que hice venir aquí en Erlangen constató en primer lugar disentería y en segundo difteria. Por lo tanto, tuve que conocer al mismo tiempo estas dos enfermedades infecciosas. Lo peor y más peligroso ya ha pasado: el médico está muy satisfecho con la progresiva mejora. Pero estoy totalmente débil y agotado. Hemos luchado contra ambos males de la manera más enérgica. Mosengel es mi fiel enfermero.

Hasta aquí mi informe, que tengo que hacer en la cama.¹⁴²

Destaca la ausencia de críticas hacia la medicina, algo a lo que ya nos tenía acostumbrados a lo largo de sus experiencias previas, en las que no dudaba en expresar sus dudas y recelos. A pesar de ello, Ross señala que se autoadministró lavativas de opio, tanino y mixturas de plata, en su afán por tratarse a sí mismo. Por otro lado, está la intención, expresada en varias misivas, de luchar contra la enfermedad “*de la manera más enérgica*”, no dejando que ella le supere y doblegue su voluntad. Finalmente, está el hecho de que su labor en la guerra fuera la de enfermero, lo cual le permitió conocer de primera mano la situación de los heridos y enfermos, no tanto en los pormenores fisiológicos de las patologías como en el fenómeno de la enfermedad en sí. Casi se puede llegar a afirmar que nunca abandonó esta labor de vigilancia y apoyo, trasladándola a los fenómenos morbosos que, según su entrenada mirada para la enfermedad, descubría en la civilización occidental.

La disentería y difteria, así como el horror que sintió al ver el campo de batalla, le dejaron bastante debilitado, y tardó semanas en recuperar el tono vital. Esto lo deja manifiesto en las cartas de otoño de 1870, en las que acusa una debilidad acentuada acompañada de la exacerbación de la ya conocida excitabilidad:

Mi deseo de volver al escenario bélico no se ha cumplido; estaba demasiado fatigado y sufro frecuentemente todavía ahora de excitación nerviosa y debilidad repentina, estados que me prohíben toda ocupación extraordinaria y me obligan a un cierto

142 NIETZSCHE, F. *Op. cit.*, carta 99 (a Wilhelm Vischer, 11 de septiembre de 1870).

equilibrio y a una gran tranquilidad. Ambos los encontraré en la actividad del invierno.¹⁴³

Este fragmento pertenece a una carta del 19 de octubre, casi dos meses posterior a la enfermedad, y vemos como todavía arrastraba el malestar de la guerra. Sin embargo, la forma de afrontarlo es la misma de siempre: rutina y trabajo, nada de actividades extraordinarias y excitantes. Sin embargo, aquí está el punto de arranque de sus verdaderos problemas de salud, por los cuales ya no volvería a disfrutar más de la tranquilidad de un estado de ánimo sereno y de un cuerpo sano. El trabajo no conseguiría acallar la angustia que se había instalado en él, y que iba a atacarle en diversos momentos. Por eso no tardó en empezar a buscar otros caminos más allá de la ciencia filológica, que hasta entonces le había servido de refugio ante cualquier clase de trastorno. Tampoco Schopenhauer o Wagner le sirvieron de alivio ya, por lo cual acabó tomando distancia, en un movimiento que se acabaría convirtiendo en habitual tras cada intento de buscar alivio a su situación¹⁴⁴.

Los testimonios sobre el mal estado de salud se prolongaron a lo largo de los siguientes meses, a pesar de que mantuvo una intensa actividad. Según informa, parece que era habitual que la difteria dejara el cuerpo debilitado y con sus funciones alteradas. Pero la cuestión va más allá de la difteria y la disentería, porque Nietzsche había conocido la realidad de la guerra y del mundo externo a la academia. En poco más de un año había cumplido con el servicio militar y había ido a la guerra, y las dos experiencias habían acabado mal para su salud. Nada que ver con la tranquilidad del mundo académico, en el que se movía como pez en el agua. Y aunque el retorno a su actividad habitual debería haber sido balsámico para él, ya nada volvió a ser como antes. Las dudas y la insatisfacción con la realidad, que ya se insinuaban antes, habían germinado con fuerza y ya no era posible detenerlas. Las pocas opiniones políticas que había manifestado fueron cuestionadas y dejadas de lado, y la filosofía empezó a ganar terreno respecto a la filología, empezando un camino que a la larga acabaría por llevarle a abandonar la docencia.

Había visto la cara de la realidad, y ya nada podía ser igual. A pesar de ello, Nietzsche no se resignó, puesto que él poseía conocimientos para afrontar dicha realidad

143 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 102 (a Wilhelm Vischer, 19 de octubre de 1870).

144 Aunque ya ha sido dicho, no conviene olvidar que el enfoque del presente trabajo no es tanto el mal físico que aquejó a Nietzsche como la vivencia que de él tuvo y las consecuencias en su existencia, por lo que el hecho de que su angustia o excitabilidad tenga o no que ver con unas causas físicas es secundario. Lo importante aquí es que él vivió esa excitabilidad como algo espiritual e intelectual, y como tal intentó afrontarla.

y transitar por ella. Gracias a Schopenhauer, él era un iniciado:

Espero que también esta carta te encuentre con coraje, buena salud y humor aceptable. Pero de dónde podría venir este humor es para mí algo casi inconcebible -a no ser que se supiera qué es la existencia y qué significa. Cuando como ahora se abre el terrible fondo del ser, se derrama la infinita opulencia del dolor, entonces tenemos el derecho de marchar con solemnidad por en medio como los *iniciados*. Esto da un humor valiente y resignado, con ello se resiste y uno no se convierte en estatua de sal. Con verdadera ansia me he precipitado en las ciencias; ahora ha comenzado de nuevo la actividad profesional regular. Sólo querría estar mejor de salud. Pero mi organismo ha sufrido mucho por el asalto de la disentería y todavía no ha recuperado lo que le ha sido robado.¹⁴⁵

Así pues, tenemos a un Nietzsche que sabía que había conocido algo que no estaba al alcance de todos, tanto a nivel biográfico como a nivel de sabiduría. Y la receta no es otra que la resignación activa, propia de aquellos que intuyen que no hay esperanza, pero que no se quedan de brazos cruzados y se dejan llevar por la desesperación del “terrible fondo del ser”. El tono se vuelve pesimista en las cartas, sobre todo en lo que respecta a Alemania y su futuro (a pesar de haber ganado la guerra a Francia, Nietzsche no se dejó llevar por la euforia y percibió la victoria como una tragedia nacional). Por todas partes, en su interior y en su exterior, veía signos de debilidad y deterioro (en una carta de finales de noviembre habla de una nueva Edad Media en el horizonte), y tomó la determinación de, aunque no pudiera hacer nada por cambiar la situación, sí al menos señalar los síntomas y plantear algunas alternativas posibles.

Tal vez debido a ello, en conjunción con la gran actividad que la labor docente le exigía, la salud del profesor Nietzsche no acababa de mejorar a un ritmo aceptable, llegando incluso a empeorar notablemente en el recién estrenado año de 1871. Empeoramiento que él mismo achacó a la sobrecarga de trabajo, como explicó al rector de la universidad de Basilea Wilhelm Vischer en enero:

Mis médicos le habrán comunicado en qué medida estoy de nuevo enfermo y que la causa de este estado insoportable es el excesivo trabajo. Ahora me he repetido la pregunta de cómo explicar este estado de sobreagotamiento que aparece a mitad de cada semestre; y tuve incluso que considerar la posibilidad de interrumpir

145 NIETZSCHE, F., *Op. cit.* Carta 107 (a Carl von Gersdorff, 7 de noviembre de 1870).

completamente mi actividad universitaria en tanto que forma de vida inadecuada a mi naturaleza. Finalmente he llegado a otra opinión sobre esto que quisiera exponerle ahora.

Vivo aquí en un conflicto singular, y es éste el que me agota y me consume incluso físicamente. Yo, que por naturaleza me siento fuertemente impulsado a examinar filosóficamente las cosas como un todo unitario y a perseverar en un problema, con continuidad y sin ser molestado, con largas cadenas de pensamientos, me siento siempre traído de acá para allá y desviado de mi camino por las múltiples tareas profesionales. A la larga no puedo soportar esta coexistencia de instituto y universidad, porque siento que mi verdadera tarea, a la cual si fuera necesario *debería sacrificar toda profesión*, mi tarea *filosófica*, sufre con el hecho de que es rebajada a ocupación marginal. Creo que esta descripción indica de la manera más clara lo que aquí me consume y lo que no me deja un cumplimiento sereno y equilibrado de mi trabajo, lo que, por otro lado, me agota físicamente y acaba generando males como los actuales: los cuales, si retornan con frecuencia, me obligarían por razones puramente físicas a abandonar la profesión filológica.¹⁴⁶

Nietzsche expone en esta carta con total claridad lo que le ocurría, algo que estaba latente desde hacía tiempo, pero que ahora, por fin estalla. Había descubierto que la filosofía era su auténtica vocación, y empezaba a vivir sus obligaciones de filólogo como una carga entorpecedora, lo cual provocaba el conflicto del que habla, traducido en sus malestares físicos. Porque, conviene recordar que uno de los lemas personales de Nietzsche fue el “llega a ser lo que eres” de Píndaro¹⁴⁷, que encabezó uno de sus primeros trabajos, dedicado a las fuentes de Diógenes Laercio, publicado en la revista filológica *Rheinisches Museum* en 1868-69. Por lo tanto, Nietzsche había interiorizado ya que su destino era el de dedicarse a la filosofía, y la tarea de profesor la empezaba a vivir como un impedimento para llegar a serlo, contraviniendo así uno de sus principios. Nos encontramos con quejas similares respecto al trabajo y el deseo de tranquilidad para lo que él consideraba su verdadera tarea en cartas a su madre y su hermana de las mismas fechas.

Además de ello, esta carta nos pone sobre aviso de otro detalle: que estos decaimientos no eran nuevos. Ya hemos visto como a lo largo de los años ya había tenido ciertos tropiezos de salud, algunos de los cuales cursaban con síntomas parecidos. Pero habla de que “*aparecen a mitad de cada semestre*”, lo cual nos pone sobre la pista de algo no nuevo, aunque tal vez agravado por las secuelas de la disentería

146 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 118.

147 *Motto* que aparece en su obra *Píticas*, II, 73.

que padeció en la guerra.

Durante las siguientes semanas el estado de agotamiento no mejoró, por lo que tuvo que acudir a los médicos, que le aconsejaron retirarse al sur, hacia Italia, donde podría beneficiarse del clima, consejo que remitió a su familia con el fin de que su madre o su hermana pudieran acompañarle:

Mi estado de salud ha empeorado mucho, un insomnio terrible, dolores hemorroidales, gran cansancio, etc. - Me tratan Liebermeister y Hoffmann, al parecer una inflamación del estómago y del intestino, provocada por una fatiga excesiva. Estoy hastiado de la cátedra de Basilea. Tuve que hacer una cura con aguas termiales de Karlsbad, pero no me han traído mejora. Los médicos exigen ahora que abandone Basilea hasta Pascua y que recupere fuerzas en el aire del sur sin hacer nada. ¿Quién de vosotras tiene ganas de acompañarme?.¹⁴⁸

Ante la familia es menos moderado a la hora de explicar lo que siente respecto a su trabajo en Basilea. No se trataba sólo de agotamiento y cierto disgusto, sino que realmente estaba hastiado. Pero lo interesante de este fragmento es la recomendación que le dieron los médicos, la de ir al sur. En concreto, le hablaron de los lagos del sur de Suiza, de Lugano. Y allí se fue con su hermana, que no tuvo ningún problema en acudir con él. Se hospedaron en el Hôtel Du Parc durante seis semanas, hasta Pascua, siguiendo la recomendación de los doctores, tras obtener la baja por parte de las autoridades de la universidad. Este viaje supone la primera etapa en el continuo peregrinar en busca de un lugar óptimo para su salud en que Nietzsche verá convertida su vida. Peregrinaje que le iría llevando cada vez más al sur, en una migración continua en busca de un clima suave, ni demasiado caluroso ni demasiado frío que le obligó a irse trasladando cada verano y cada invierno de Suiza a Italia y el sur de Francia. Pero para que esta migración se consolide aún le quedaban unos años, puesto que en el momento que nos ocupa, se encontraba atado a sus obligaciones como profesor y no tenía la libertad necesaria para moverse a placer.

Conviene citar que en ese mismo momento, Nietzsche estaba esperando la respuesta acerca de una solicitud que había cursado al rector para ocupar una plaza como profesor de filosofía que había quedado vacante. De hecho, realiza dicha petición en la carta en la que le relata el conflicto que le debilita y le postra (nota 149). La cuestión no quedó decidida hasta el mes de abril, cuando Nietzsche ya había regresado de Lugano, y fue en contra de sus intenciones. A partir de este rechazo, como apunta

148 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 122 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 6 de febrero de 1871).

Janz en su biografía¹⁴⁹, la enfermedad iba a tomar un protagonismo mayor, justo en los instantes en los que había algo en juego, apuntando a la posibilidad de que jugara el papel de librarle de las situaciones delicadas o de los momentos en los que se sentía incómodo (como la relación con Wagner, su situación como profesor, la empresa de una obra filosófica definitiva...).

De la época de Lugano hay algunos testimonios interesantes, como la carta remitida a Franz Overbeck, en la que vuelve a poner sobre la mesa el asunto de la importancia que para él tuvo la amistad:

Créame al menos si le digo cuán fielmente he pensado en usted y con qué agradecimiento he recordado sus compasivos cuidados durante mi convalecencia. Gracias a usted, merced al abrigo que me prestó, he logrado esta vez salir adelante aceptablemente – en todos los sentidos de la palabra. Ciertamente era ya el momento de que ocurriese algo así; pues me parece ahora, recordando el enero pasado en Basilea, como si hubiera deambulado de un lado a otro en sueños en un continuo estado de sobreexcitación nerviosa y sé que en este estado le tuve que resultar muy incómodo. Y usted me soportó entonces y fue a pasear conmigo, etc. , etc.¹⁵⁰

De nuevo el valor terapéutico de la amistad y su capacidad para otorgar fuerzas en los momentos bajos. Y nuevamente la sobreexcitación, si bien sabemos que cursó con un exceso de agotamiento, insomnio y molestias gástricas. Estos síntomas no desaparecieron del todo con esta estancia en el balneario, pero aprendió a convivir con ellos y a aserenarse un poco. Junto a estos estados de depresión se instalaron otros de exaltación vital y entusiasmo, que se irían repitiendo en el futuro, y bajo cuyo influjo escribiría algunas de sus más famosas obras. No obstante, la sombra de la locura empezaba a hacerse presente, al menos en el vocabulario que usaba para referirse a alguno de sus estados:

Mi estado de salud por desgracia no es aún el mejor; todavía sufro de insomnio una de cada dos noches. A pesar de que estoy mucho más sereno y tranquilo y me siento bien en general no debo pensar todavía en planes de viaje; [...]

Entre muchos estados de un ánimo oprimido y mediocre he tenido también algunos realmente exaltados. [...] me voy habituando a ser filósofo y ya he tomado confianza en mí como tal; y si tuviera que volverme poeta, estoy también preparado para ello.

149 JANZ, Curt Paul. *Friedrich Nietzsche*, vol. II. Pág. 114.

150 NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia*, vol. II. Carta 128 (a Franz Overbeck, 22 de marzo de 1871).

[...] Orgullo y locura son realmente palabras demasiado suaves para referir mi «insomnio» espiritual. Este estado me hace posible considerar la posición de la universidad como algo secundario y frecuentemente penoso [...]¹⁵¹

Esta selección de fragmentos está extraída de una carta escrita a Erwin Rohde desde Lugano el 29 de marzo de 1871, al final de su estancia en la ciudad suiza. En ellos relata su satisfacción a pesar de que aún persistían algunos de los problemas que le habían llevado allí. También relata esos momentos de exaltación y goce espiritual, si bien lo hace siempre en un tono quejumbroso y con palabras de marcado valor negativo. También destaca el fortalecimiento de su carácter de filósofo por encima del de filólogo, hecho que hay que comprender a la luz de la petición de cubrir una plaza vacante como profesor de filosofía en la universidad, solicitud que todavía no había sido estudiada. Nietzsche tenía ya pocas dudas del camino que debía seguir (es más, en esta misma carta afirma que le parece que toda su existencia ha sido dirigida por algún demon en la dirección filosófica). Y también, aunque sea para referirse a su estado “espiritual”, empieza a hablar de locura para citar alguna de sus circunstancias, algo que ya veremos cómo no será inhabitual en el futuro. Sin embargo, el fragmento más significativo es el siguiente:

¡Ah, cuánto anhelo estar sano! Si se tiene en previsión algo que dure más que uno mismo - ¡entonces se agradece cada buena noche, cada cálido rayo de sol, una digestión regulada! Pero algunos de mis órganos internos del bajo vientre están en desorden. De ahí los nervios y el insomnio, las hemorroides y el sabor a sangre, etc. ¡Sé sólo lo bastante amistoso como para no atribuir a mis ganglios el estado espiritual que te acabo de describir! De otro modo temería por mi inmortalidad. Pues no he oído todavía que las flatulencias provoquen estados filosóficos.¹⁵²

En él, Nietzsche expresa la posibilidad de que sus pensamientos sean sugeridos por su estado de salud, que sean sus molestias las que dirijan sus cavilaciones. Si bien en un tono algo jocoso, está expresando el temor de que se pueda tomar todo lo que pudiera escribir como un fruto sin más de la enfermedad. También trasluce en estas palabras el temor a que las molestias que ya llevaban tiempo aquejándole se prolonguen por un tiempo indefinido, impidiéndole llevar a cabo su tarea filosófica de hacer “*algo que dure más que uno mismo*”.

151 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 130 (a Erwin Rohde, 29 de marzo de 1871).

152 *Idem.*

A pesar de no estar del todo repuesto, las semanas en Lugano llegaron a su fin, y hubo que volver a Basilea y sus obligaciones. Allí le esperaba una mala noticia: la plaza que solicitó como profesor de filosofía le había sido concedida a otro. Con la ilusión que había puesto en ella, es fácil comprender que el rechazo provocara en él un hastío profundo hacia todo lo que había estado deseando dejar atrás. Por no hablar de la conciencia de haberse escapado y no haber jugado todas las posibilidades, confiado como estaba en que la plaza era para él. Por ello, no es de extrañar que su malestar se acrecentara:

¡Qué tontería he hecho! ¡Y qué seguro estaba con mis combinaciones! Apenas me puedo esconder detrás de mi condición de enfermo; claro que fue un pensamiento nacido de la fiebre de una noche de insomnio y creí haber encontrado ahí un remedio contra la enfermedad y los nervios. [...] ¡En mí domina la náusea filológica! [...] Dos noches de insomnio desde mi retorno, ¡y creía estar sano! [...] También me siento realmente mal.¹⁵³

Había puesto demasiadas esperanzas en la posibilidad de cambiar la filología por la filosofía. Tantas que veía en ese cambio el remedio para sus males, los cuales creía radicados en el conflicto entre su impulso filosófico y lo encerrado que se sentía en el mundo de la filología y la universidad. Por eso tuvo una primavera algo agitada en lo que a salud se refiere, relatando en su correspondencia su malestar, por el cual, en el mes de junio, le recomendaron trasladarse a las alturas de los Alpes, donde el aire podía reportarle algún beneficio, consejo que no siguió, puesto que el verano trajo consigo una mejoría notable de las molestias, que sólo le afectaron de forma leve y pasajera. Tanto que al final del año, rememorando el año que terminaba, pudo llegar a decir que “*ha sido un buen año, a pesar de su comienzo dificultoso*”¹⁵⁴. A pesar de ello, no tuvo ningún reparo en afirmar que el aire de Basilea no le sentaba bien, y era, en buena parte, el causante de sus males¹⁵⁵.

Tal vez esta mejoría fuera debida a las numerosas visitas que recibió por parte de sus amistades, con el consabido efecto benéfico sobre su salud que éstas parecían tener, así como por la perspectiva de la próxima publicación de su primera gran obra, *El nacimiento de la Tragedia*, pensada como habilitación para su cargo como profesor en la universidad de Basilea¹⁵⁶. Todo ello produjo una pequeña reconciliación con la

153 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 132 (a Erwin Rohde, 10 de abril de 1871).

154 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, Carta 181 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 27 de diciembre de 1871).

155 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 150 (a Franziska Nietzsche, 2 de septiembre de 1871).

156 Dicho nombramiento se había producido sin que Nietzsche cumpliera el requisito de ser doctor, ya

profesión filológica y docente, a la que se aplicó con entusiasmo¹⁵⁷. Al mismo tiempo, pese al disgusto de ver vetado su acceso a la cátedra de filosofía, cabe pensar en un nuevo ejercicio de resignación activa, merced al cual emprendió sus obligaciones para con la filología con nuevos bríos.

Sea como fuere, las perspectivas sobre el nuevo año de 1872 eran bastante esperanzadoras, y en buena parte así ocurrió, aunque algunas nubes ensombrecieron el horizonte, provocadas por *El nacimiento de la Tragedia*. La vida de Nietzsche transcurrió entre el reconocimiento académico y los buenos momentos que la amistad de Wagner le otorgaba. Ésta iba a empezar a cambiar a partir de la primavera, cuando los Wagner se trasladaron de Tribschen a Bayreuth para emprender el proyecto de la construcción del teatro wagneriano en la ciudad alemana, lo cual supuso el distanciamiento (al menos físico, a la postre intelectual) entre los dos genios.

En el verano llegó la polémica en torno a *El nacimiento de la Tragedia*, por la cual el mundo filológico mostró su rechazo hacia la extraña obra que Nietzsche había escrito (sin notas a pie de página, ni aparato crítico, con cierta profundidad filosófica y, sobre todo, frontalmente contraria a los dogmas filológicos del momento en torno a la tragedia griega). Toda la profesión le volvió la espalda, incluso el admirado profesor Ritschl, que hasta entonces había sido su principal mentor. Se quedó solo, y sólo algunos amigos (Erwin Rohde desde la filología y Wagner desde fuera de ella) dieron la cara por él. Pero ya hemos visto como la soledad, en principio, no era un problema para él. Es más, parece que la polémica le sentaba bien, como un modo de desvincularse de todo el ambiente en el que se había movido, y como una confirmación explícita de lo que él ya sabía y había expresado en sus cartas, a saber, que él no pertenecía a la filología y que sus miras estaban puestas en otro lugar. Debido a ello, en un primer momento la polémica le sentó muy bien y emprendió algunos proyectos en los cuales daba rienda suelta a su afán por darle un tinte filosófico a la filología. También recibió la visita de su amigo Heinrich Romundt, que le proporcionó momentos de gran felicidad, y retomó la senda de la composición musical, que estaba semiolvidada. Asimismo, se apoderó de él un espíritu polémico que no le iba abandonar jamás, tiñendo todas y cada una de sus obras futuras (empezando por las *Consideraciones Intempestivas*, que empezaron a gestarse en esta época).

que la recomendación de Ritschl y la brillante trayectoria académica del joven profesor fueron suficientes para que se le diera la cátedra. No obstante, fue necesario que editara una obra a modo de tesis doctoral para acallar las críticas que este nombramiento poco regular generaba.

157 Si bien es cierto que los temas sobre los que versaban sus cursos eran cada vez más escorados hacia la filosofía, como por ejemplo, el estudio de los diálogos platónicos o los filósofos preplatónicos.

Desde el punto de vista de la salud, estamos ante un período de tranquilidad, que se vio interrumpido por algunas dolencias menores que le atacaron con cierta frecuencia (catarros, gripe, cansancio, un herpes, insomnio...), aunque al principio pareció que iba a repetirse la dinámica del año anterior:

[...] estuve durante las primeras semanas del año tremendamente agotado y tuve miedo de un retorno al estado del año anterior. Estuve enfermo y tuve que medicarme. Mi médico fue Immermann. Pero ya está todo superado.¹⁵⁸

De nuevo se trata de enero, a modo de resaca navideña. Por suerte, el estado de agotamiento no fue a más y le permitió emprender el año sin demasiados problemas. De todos modos, el fragmento denota que el miedo a caer de nuevo en un estado como el que en 1871 le obligó a abandonar la universidad estaba más que presente, contribuyendo a que la experiencia de la enfermedad fuera más intensa y angustiosa, notas que a partir de entonces iba a adquirir cualquier malestar en la vida de Nietzsche, por pequeño que fuese, convirtiendo a la enfermedad en una presencia casi permanente, en el escenario en el que iba a desarrollarse casi toda su existencia posterior, lo cual no le impidió, en ningún caso, hacer afirmaciones como esta del 19 de marzo de 1872:

De mi vida sabed solamente que últimamente no he estado bien varias veces, pero en general he superado el invierno con valentía.¹⁵⁹

De ella destaca el matiz activo que le da la valentía a la actitud frente a la enfermedad. No se trata de esperar que el mal se pase, o de dejarse en manos de los médicos y sus medicinas, sino que, en tanto que peligro, la enfermedad exige un afrontamiento especial, valiente. Y parece que creyó que fue por esa valentía mostrada que las molestias no pasaron a mayores, en el invierno y en todo el resto del año.

Sea como fuere, la esperanza no estaba perdida, a pesar de las múltiples pequeñas dolencias, de las cuales apenas deja constancia en sus cartas (y si lo hace, es reduciéndolas a un par de líneas), demostrando así el escaso impacto que tuvieron en su existencia:

En cuanto a mí, he estado con muy mal cuerpo, y he tenido que permanecer de nuevo en cama, y hoy por primera vez me siento verdaderamente curado. Me aflige enfermar

158 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 191(a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 24 de enero de 1872).

159 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 203 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche).

con tanta facilidad y tan a menudo, pero espero que de ahora en adelante estaré cada vez mejor de salud: mi médico también está convencido de ello.¹⁶⁰

Aunque Nietzsche y su médico estuvieran convencidos de que iba a recuperar una salud fuerte, él seguía buscando sus propios remedios. Y éstos, en alguien que conocía bien la antigüedad griega y que disfrutaba de la música como pocos, no podía hacer otra cosa que buscarlos en ella, en la de su admirado Wagner en concreto. De este modo, el impacto del *Tristan e Isolda* wagneriano dirigido por Hans von Bülow el verano de 1872 fue algo extraordinario en la vida de Nietzsche:

Pero mientras tanto querría experimentar una vez más la fuerza sanadora del *Tristán*: después, renovado y purificado, volveré a los griegos. Pero por el hecho de que dispone de este mágico bálsamo, usted es mi médico: y si le parece que su paciente escribe una música horrible, usted conoce el secreto pitagórico de curarlo con música «buena».¹⁶¹

Cortesías aparte, no podemos negar el fondo de verdad que Nietzsche expresaba en estas palabras. Para él la música, con su fuerza elevadora, poseía una cualidad sanadora importante. Ya conocemos la tendencia que tenía Nietzsche a dejarse llevar en arrebatos de excitación, en los cuales era capaz de sentirse capaz de todo, y que le dejaban literalmente sin fuerzas, teniendo que pagar esos excesos con fases de agotamiento. La música le sumía en estos estados elevados de ánimo, en los que se sentía en plenitud de fuerzas, presto a afrontar lo que el destino tuviera preparado para él. Por eso consideraba sanadora a la buena música, por este poder de afirmación frente a toda vacilación que contenía, por la capacidad de hacer creer que se era capaz de afrontarlo todo. Y también, porque para alguien que admiraba a los antiguos como él, la idea de resucitar la terapéutica pitagórica (aunque sólo fuera en beneficio propio), debía resultar enormemente atractiva. Por eso no tiene ningún reparo en afirmar en otra carta de las mismas fechas:

¡Pienso con auténtica delicia en paladear por tercera vez el *Tristán*! Es la bebida más sana que conozco – volví a Basilea feliz y sereno como un esposo.¹⁶²

160 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 233 (a Richard Wagner, 24 de junio de 1872).

161 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 240 (a Hans von Bülow, 20 de julio de 1872).

162 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 241 (a Carl von Gersdorff, 20/21 de julio de 1872).

Y, más adelante, en un esbozo para una carta a Hans von Bülow:

¿Cómo se describe un estado en el que el placer, desprecio, arrogancia y sublimidad se mezclan juntos? -De vez en cuando caigo en estados de malhumor peligrosos como ése. -Y sin embargo estoy infinitamente lejos -debe creerlo- de juzgar y valorar la música de Wagner sobre la base de esta excitación musical semipatológica. [...] Pero le ruego sólo una cosa, no le cargue al *Tristán* con la responsabilidad de mi culpa. Después de haber escuchado el *Tristán* no habría sin duda concebido una música de esa especie – él consigue curarme por mucho tiempo de mi música. [...] Entonces quiero hacer aún un intento de someterme a una cura musical.¹⁶³

En otoño, poco antes de escribir estas líneas, durante uno de sus viajes padeció un ataque de cefalea y debilidad que le obligó a permanecer en cama en un hotel durante horas. A partir de ahora, muchos serán los traslados que se verán acompañados por la incomodidad de las cefaleas y los problemas estomacales. Tal vez estos episodios puedan ser explicados por la conocida hiperexcitabilidad, estimulada por el trasiego de estaciones y hoteles al que acostumbraba a someterse en busca de lugares óptimos para su estado de ánimo y creatividad, así como las constantes visitas que hacía a algunos amigos y familiares.

En esta época, en sus cartas, empieza a entrecomillar el término “sanos” para referirse a los guardianes de las ortodoxias, a los que, dentro de cada disciplina administraban quiénes eran aptos y quiénes no para ser reconocidos, condenando al ostracismo a los que no bailaban al son de sus sonidos. Él mismo había sido y era víctima de estas gentes, que promovían la polémica contra su *El nacimiento de la tragedia*. El uso de “sanos”, venía en parte promovido por el hecho de que estos grupos y corrientes dominantes, para descalificar a los que se salían del camino de la mayoría, recurrían a trastornos mentales. En seguida se les calificaba de “locos”. Y no es casual que Nietzsche fuera sensible a tal calificativo, puesto que, por el antecedente paterno y algunos de sus problemas de salud, albergaba cierto temor a caer en la locura, como ya había empezado a insinuar en algunas cartas. Además, estaba el hecho de que era muy fácil que, conocidos sus problemas de salud, alguien quisiera dar un paso más allá y trasladar los males a la esfera psiquiátrica, como por aquel entonces estaban haciendo con Wagner y Schopenhauer¹⁶⁴.

163 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 268 (a Hans von Bülow, esbozo, 29 de octubre de 1872).

164 En la carta a Erwin Rohde de noviembre de 1872, manifiesta sus quejas sobre el tratamiento que los “sanos” estaban dando a sus admirados Wagner y Schopenhauer, al promover investigaciones psiquiátricas sobre su estado mental.

Por todo ello, Nietzsche contaba en esta parte final de 1872, tal y como informa en varias cartas, con una salud y resolución goethiano-mazzinianas. Esta clase de salud aparece siempre relacionada con el nombre de Wagner, siempre para decir que se alegraba mucho de este estado en Nietzsche o para anunciárselo directamente a él. También habla de coraza, de la necesidad que de ella tenía por todo lo que le estaba ocurriendo (la polémica, el conflicto entre vocación filosófica y carrera filológica, la salud...), dado que no podía dejar que todos los focos de incertidumbre que había en aquel momento de su vida le hicieran perder firmeza. En este sentido cabe entender la alusión a la resolución goethiano-mazziniana, que hace alusión a unos versos de Goethe que el político italiano Mazzini le recitó en febrero de 1871 durante un viaje en el que coincidieron. En estos versos se apela a “vivir resueltamente”, lo cual, en vista del número de veces en que, directa o indirectamente se refería a ellos por esta época, le impresionaron enormemente¹⁶⁵.

Sea como fuere, esa coraza y esa resolución no perduraron mucho, puesto que 1873 empezó, como los últimos años, con problemas físicos. Esta vez se trató de un pertinaz resfriado que le obligó, al principio, a permanecer en cama, pero que luego no le impidió desempeñar sus obligaciones, si bien acompañadas de tos, ronquera y cierto malestar. De esto hallamos informes en casi todas las cartas del primer trimestre del año, junto a quejas respecto al mal clima de Basilea y el deseo y la necesidad de encontrar un clima más adecuado. Todo ello porque estaba enfrascado en la elaboración de una nueva obra, que concebía como un apéndice a *El nacimiento de la tragedia* y a la cual pensaba ponerle el significativo título de *El filósofo como médico de la cultura*. La mente de Nietzsche ya estaba aquí pensando en términos de salud y enfermedad, atribuyendo a los filósofos la labor de reconocer y neutralizar los fenómenos patológicos (en resumidas cuentas, aquellos que impiden el desarrollo adecuado) de la cultura. El olfato del joven profesor, debido a la experiencia de la enfermedad, ya estaba sensibilizado ante todo lo enfermo y analizaba el entorno apoyándose en lo que ya tan bien conocía, en la capacidad de aguantar y sobrellevar las embestidas de la enfermedad y de todo lo que amenazaba la seguridad y el despliegue de fuerzas, hechos propios de una cultura y personalidad sanas. No debemos olvidar que, por esta misma época, se estaba gestando otro proyecto, el de las *Consideraciones intempestivas*, una de las

165 Los versos en cuestión están en la poesía titulada *Confesión general*, perteneciente a la obra *Canciones de sociedad*, y son los siguientes:

“Para desabituarnos de lo mediano,
y en lo entero, bueno, bello,
vivir resueltamente.”

(Tomado de *El nacimiento de la tragedia*, nota 14).

cuales iba a versar sobre “la enfermedad histórica”.

La primavera de 1873 transcurrió entre la recuperación del resfriado contraído en enero y la aparición de problemas en la vista que a partir de entonces le iban a dar más de un quebradero de cabeza. Ya sabemos que Nietzsche sufría un miopía importante, pero en abril empezó a manifestar una debilidad visual preocupante. Los ojos le dolían si pasaba un rato leyendo, obligándole a tener que descansar a menudo. Los médicos le prescribieron una cura de atropina, y le recomendaron que abandonara toda lectura. Esto, para alguien que necesitaba leer para preparar sus clases y para satisfacer ese “insomnio espiritual” que sentía, era una limitación muy importante, por la cual se vio obligado a dar sus clases de memoria y a recurrir a las amistades (en concreto a Carl von Gersdorff) para que le hicieran de escriba y le leyeran. Asimismo, los médicos le recomendaron no usar la luz artificial, lo cual le dificultaba dar sus clases y a la larga terminó por hacer que las abandonara.

El efecto de los problemas es evidente si atendemos a la correspondencia de esta época. Si normalmente escribía varias cartas a la semana, nos encontramos con que en el período que va de mayo a septiembre de 1873 apenas fueron enviadas unas pocas misivas, a pesar de contar con la ayuda de Gersdorff. En septiembre se retoma el flujo epistolar, aunque con cartas más breves y menos frecuentes, debido en gran parte a la partida de Gersdorff, acompañada de cierta mejoría en la vista (que le permitía escribir algunas cosas, aunque al rato empezaban los dolores y tenía que descansar). No obstante, las quejas e informes acerca del fluctuante estado de sus ojos son frecuentes en estas cartas, en las que asume el papel de enfermo firmando a veces como “el convaleciente de Basilea”.

Por si fuera poco, a los problemas visuales se añadieron la debilidad y los trastornos digestivos, que le obligaron a pasar algunos días en cama durante el otoño (en carta del 18 de octubre a Rohde afirma que cada tres días ha de pasar uno en cama). La cadencia de estos trastornos, que le atacaban en oleadas, hacen que las cartas de este final de 1873 estén llenas de informes contradictorios (en unas cartas afirma cierta mejoría, para al día siguiente hablar de empeoramiento). De todo este período, cabe destacar algunos testimonios significativos:

La salud ha sido variable, pero ahora pongo mis esperanzas en el próximo periodo, tranquilo y productivo, de vacaciones. Porque estoy verdaderamente sano y me siento bien cuando expreso algo. Todo lo demás es un mal interludio.¹⁶⁶

166 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 316 (a Carl von Gersdorff, 27 de septiembre de 1873).

Nietzsche era un espíritu creativo, y sólo parecía sentirse bien cuando lograba canalizar en sus obras toda la excitabilidad y los conflictos que en él bullían. Al menos así lo desprenden estas palabras, en las que ve el próximo período vacacional tras el semestre de verano como un clavo ardiendo al que agrarrarse para olvidarse de las obligaciones que le atenazan y, a tenor de lo comentado hasta este punto, le estaban provocando (o, cuando menos, favoreciendo) los trastornos que padecía.

En medio de estos padecimientos, el habitual optimismo de Nietzsche respecto a las perspectivas de su salud empezó a tambalearse, mostrando abiertamente que temía al futuro:

[...] y de este año podría cantar alabanzas, pero no del futuro, del que no se puede saber en modo alguno qué traerá consigo y que me inspira más temor que confianza.¹⁶⁷

Dichos temores no eran infundados, puesto que la situación no mejoró en los siguientes meses y se mantuvo en la misma tónica de altibajos que le obligaban a pasar algunos días en cama. Así, las navidades las pasó en cama, siendo esta la primera vez en la que pasó unas navidades conviviendo con la enfermedad, aunque desde hacía ya algunos años estas fechas terminaban reportándole algunos trastornos (no olvidemos que casi todos los últimos eneros, a modo de resaca navideña, habían sido complicados por unos trastornos u otros). El enfrentamiento con el cristianismo crecía dentro de él, y los estudiosos han querido ver en esta tendencia a enfermar en Navidad que se manifiesta aquí por primera vez de forma clara una somatización de dicho enfrentamiento. No hemos de perder de vista que en este mismo año de 1873 había publicado la primera consideración intempestiva a partir de la lectura de la obra de David Strauss *Vida de Jesús*.

Tras las fiestas navideñas, la salud de Nietzsche pareció mejorar, en buena parte debido a un cambio de actitud manifestado por un nuevo ensayo respecto a los hábitos y al estado de ánimo, que ahora se revuelve contra la enfermedad y se propone conquistar la salud:

La salud va oscilando y está regular: con el año debe mejorar de verdad. Porque cuando falta la salud, hay que conseguirla.¹⁶⁸

167 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 321 (a Franziska Nietzsche, 20 de octubre de 1873).

168 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 338 (a Erwin Rohde, 31 de diciembre de 1873).

No basta con recuperarla, o luchar contra la enfermedad para volver a un estado basal de salud. Lo que transmite Nietzsche con estas palabras es un deseo activo de salud, la voluntad de conquistar la salud, de hacerla, en positivo. En resumen, luchar *por* la salud más que *contra* la enfermedad. La forma de conquistarla, ya no debería de sorprendernos, es a través de un adecuado régimen de vida, adaptando las costumbres corporales y espirituales a las exigencias de salud que se pretendan. De este modo, emprendió el enésimo régimen para afrontar sus obligaciones y sus enfermedades:

Me encuentro bastante bien, desde luego he cambiado un poco mi dieta; ya no voy al Kopf y en cambio tomo un almuerzo a las 11 y media (una sopa y dos bocadillos de jamón). La mayoría de las veces esto me es suficiente hasta la noche, porque además de ello hago una comida vegetariana en la habitación. Pero algunas veces, por la tarde, como además un poco de carne. Hasta ahora me ha ido bien y estoy muy satisfecho.¹⁶⁹

Junto a estas nuevas costumbres, se propuso no trabajar en ninguna nueva obra hasta la semana santa, para descansar y no sobreexcitarse en demasía. Asimismo, según confesó a Carl von Gersdorff, tampoco quería pensar en Bayreuth, puesto que ello le sumía en un estado de nerviosismo insoportable¹⁷⁰. Ello nos pone sobre la pista del rechazo que Nietzsche ya sentía por Wagner. La empresa de construir el teatro de Bayreuth, que había de convertirse en la meca del wagnerianismo puso fin a los felices días de Tribschen, en los que Nietzsche encontraba un bálsamo a todas sus tensiones internas. Pero ahora Wagner se había ido lejos y se estaba abandonando a una labor mesiánica cada vez más teñida de cristianismo, lo cual enervaba a Nietzsche, que se sentía decepcionado por el rumbo que estaban tomando las cosas en el mundo wagneriano. Por eso, a partir de ahora, cada vez que hacía planes de acercarse a visitar al maestro en Bayreuth, alguna oportuna dolencia daba al traste con dichos planes, convirtiendo las visitas en un acontecimiento cada vez más raro. Por eso, Wagner también empezó a sentir algunas reticencias respecto al profesor de filología, lo que motivó que Nietzsche no quisiera ni pensar en la situación respecto a los Wagner.

Aunque al principio pareció que estas precauciones funcionaban y se sentía mejor, los altibajos no dejaban de sucederse, aunque ciertamente en una tónica de mejoría general. El único problema que le molestaba era el de la vista, que a menudo le impedía desarrollar sus actividades del modo más adecuado (lo que más le molestaba era tener que dictar las cartas, no pudiendo extenderse todo lo que a él le hubiera

169 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 340 (a Franziska Nietzsche, 14 de enero de 1874).

170 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 341 (18 de enero de 1874).

gustado). Por eso, y a pesar de los comentarios positivos respecto a su estado de salud, Nietzsche manifestó la necesidad de buscar alguna clase de cura que le restableciera de forma definitiva:

[...] quizás conseguirías algo curándome de nuevo con sopitas, paseos y a lo mejor con un caballito. Piensa en ello, ¿o crees que sería más razonable ir a tomar una buena cura con aguas frías, aquí en las cercanías? De todos modos tengo que hacer algo, la debilidad está tomando demasiado la delantera. También una excursión a pie podría ser algo muy bueno.¹⁷¹

Porque su situación no era muy halagüeña, y ya eran más los días malos que los óptimos:

[...] no imites el ejemplo absurdo de tu señor hijo, que ha comenzado demasiado pronto a padecer, y que ya se contenta, como un viejecito, con cada día que no se ve obligado a pensar en los dolores y en la mala digestión.¹⁷²

Y aunque no quería pensar en ello, el peso de Bayreuth era demasiado grande como para obviarlo fácilmente, y su mente terminó volviendo a los problemas que atravesaba la empresa de la construcción del teatro de la ópera. Porque aunque Nietzsche se estaba separando cada vez más de todo lo que tuviera que ver con Wagner, aún se sentía apegado a él, y sufría por los problemas financieros que estaba atravesando el magno proyecto de Wagner, así como se devanaba los sesos para poder aportar su ayuda, aunque fuera desde una segura distancia (que, a la vez que le protegía, también le impedía romper del todo las ligaduras que aún le unían al músico y su entorno).

En las cartas del primer trimestre de 1874 aparece el horizonte del parón de Semana santa, que pensaba pasar con su familia en el hogar de Naumburg. En esas vacaciones depositó Nietzsche todas sus esperanzas de salud, tanto a la hora de posponer proyectos hasta esas fechas como para descansar, puesto que es lo que más necesitaba, si hemos de atender a sus testimonios epistolares. A pesar de ello, el nuevo régimen de vida le reportó una notable mejoría antes de la llegada de la Pascua, lo cual no le impedía pensar en las vacaciones como el auténtico punto de inflexión, el lugar en el que la buena tendencia se iba a reforzar y consolidar:

171 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 343 (a Franziska Nietzsche, 1 de febrero de 1874).

172 *Idem.*

Mi salud va bien. No hay duda de que ahora he encontrado la manera adecuada de vivir. Si alguna vez me encuentro mal, hay siempre unas causas bien identificables. Creo que en Semana Santa me hallaréis mejor que en Navidad.

Desde luego, los ojos siguen como ya he dicho. ¡Tengo que seguir cuidándome! Pero desde Navidad ya no me he curado para nada con medicinas, y de ello se podrá alegrar nuestra querida madre.¹⁷³

Parece que, por fin, Nietzsche halló las causas y los remedios para sus problemas. Y, lo que más le enorgullece, es que no necesita médicos para sobrellevarlos, puesto que nadie le conoce mejor que él, por mucha ciencia que se haya estudiado. Ahora se siente libre de toda atadura médica, y también se siente fuerte, ya que tiene en su mano las herramientas para dominar la enfermedad. Puede afirmar, con todas las letras, que está sano, que puede resistir las embestidas de la enfermedad. Y ello se nota en el tono de las cartas que escribe, en las que proclama a los cuatro vientos que por fin parece haber encontrado el camino que le conduce a una mejor salud. Incluso la vista mejoró, y no duda en anunciarlo con cierta euforia a todos sus interlocutores. Por eso, ahora que siente que domina los resortes de su salud y su enfermedad y que las conoce bien a ambas, puede hacer algunas reflexiones en torno a ellas:

Pero usted sabe que existe una condición de sufrimiento físico que algunas veces nos parece un bien, porque a causa de ella se olvida lo que se sufre *en otros casos*, o más bien uno cree poder ser ayudado como se puede ayudar con un sufrimiento físico. Ésta es mi filosofía de la enfermedad: la enfermedad da esperanzas al alma. ¿Y acaso no es un arte conseguir esperar todavía?.¹⁷⁴

A la luz de todo lo que hasta el momento se ha comentado, este fragmento supone una confirmación de las sospechas en torno a los males de Nietzsche como una vía de escape a las situaciones en las que se veía encerrado. De este modo, transformando sus tribulaciones y malestares en dolencias físicas, se crea la ficción de que todo tiene una solución similar a la de los problemas corporales. Y así, el alma puede tener una esperanza para sí misma. No es, pues, la enfermedad algo que desdeñar o eliminar, sino una fuente de esperanza para el alma. Asimismo, no hay que perder de vista el carácter desviatorio de la enfermedad, la capacidad que tiene para hacer olvidar

173 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 347 (a Elisabeth Nietzsche, 18 de febrero de 1874).

174 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 357 (a Malwida von Meysenbug, 4 de abril de 1874).

otros problemas tal vez más graves, permitiendo así cierto alivio y pudiendo seguir adelante con más fuerzas. Ya hemos visto como Nietzsche tenía varios conflictos internos no resueltos que iban resurgiendo y ganando fuerza en distintos momentos de su vida, sobre todo en el período que nos ocupa, en el cual la tensión entre vocación y profesión, y la amistad (tortuosa, al menos desde el lado nietzschano) con Wagner estaban en pleno apogeo.

La esperanza que la enfermedad genera para el alma es la que le permite seguir adelante con la lucha contra el sufrimiento. Una lucha que no debe cesar, en la que no hay que mostrar ninguna debilidad:

Porque en el fondo todos nosotros sufrimos intensamente y sólo soportamos el dolor precisamente en el combate más asiduo, espada en mano.¹⁷⁵

En el fondo, todos sufrimos, la vida posee un fondo de sufrimiento inevitable. Por eso necesitamos de la enfermedad, que nos aporta la esperanza de que algún día ese sufrimiento se podrá ver aliviado como se ve aliviado nuestro cuerpo cuando está enfermo. Pero en seguida surge el lamento sobre la incapacidad de su época para sufrir como es debido, como sólo él parece haber aprendido a sufrir:

A veces ya no sé de verdad si tengo derecho a hablar de todos los sufrimientos de nuestros contemporáneos, porque no veo sufrir a nadie, a parte de mí mismo, y abro los ojos en vano. Sobre todo viviendo entre personas eruditas, es fácil tener la sensación de que ya no hay nadie capaz de sufrir.¹⁷⁶

Hay que tener en cuenta que, dado el carácter de Nietzsche, enérgico y vitalista, el sufrimiento no era un freno lo suficientemente fuerte como para detenerle en sus ímpetus, lo cual motivaba que no se resignara a abandonarse al dolor y a las lamentaciones en torno a él, en una letanía lastimera. Había que aprovecharse del sufrimiento, integrarlo en uno mismo, sacarle provecho, afrontarlo alegremente. De este modo se podía lograr la aparente paradoja de ser feliz en el sufrimiento:

[...] hay que tener la valentía de ser felices aun sufriendo de ese modo: felices al menos como lo es el guerrero en medio del combate. Debemos liquidar decididamente

175 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 360 (a Carl Fuchs, 28 de abril de 1874).

176 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 362 (a Emma Guerreri-Gonzaga, 10 de mayo de 1874).

en nosotros todo «gemir y graznar», como dice Goethe.¹⁷⁷

Esto lo pudo escribir en el momento en que la enfermedad se había retirado lo suficiente como para poder reflexionar sobre ella y sus consecuencias. Sin embargo, estos pensamientos intranquilizaron a sus amistades y allegados, que dudaban de la veracidad de los testimonios acerca del relativo buen estado de salud que atravesaba. Tan es así que en las cartas tuvo que asegurar reiteradamente que se encontraba bien. Tanto, que planeó una visita a los Wagner en Bayreuth, a pesar de las precauciones que había expresado en los meses anteriores. Precauciones que se demostraron bien fundadas, puesto que llegó a la localidad enfermo del estómago y tuvo que meterse en la cama durante unas horas al llegar al hotel¹⁷⁸.

4.-La enfermedad cobra protagonismo.

La visita a Bayreuth se prolongó por unos diez días, en los cuales Nietzsche mostró a los Wagner las partituras de Brahms, músico que le había cautivado en los últimos tiempos. La reacción de Wagner fue airada, puesto que no quería oír nada que no fuera suyo o de su círculo. De este modo, a pesar de la intercesión de Cosima, las relaciones, que ya no eran muy fluidas, se tensaron un poco más, provocando en Nietzsche una nueva etapa de nerviosismo y malestares. A ello no sólo contribuyó la experiencia de Bayreuth, puesto que también tuvo que afrontar problemas con la publicación de la tercera *Intempestiva*, a lo que hay que sumar el habitual cansancio acumulado del final de cada semestre. Por ello, tuvo que hacer una cura en un balneario de montaña que se prolongó entre finales de septiembre e inicios de octubre.

Si en los últimos meses Nietzsche había mostrado bastante seguridad en sí mismo y en su capacidad para afrontar la enfermedad y sus consecuencias, tras la experiencia de Bayreuth las fuerzas empiezan a fallarle, y comienza, otra vez, a expresar dudas y temores acerca de su estado:

[...] Pues entonces habrán terminado una serie de baños a los que me he abonado, porque algo tengo que hacer por mi salud – o, al menos, creer que lo hago.¹⁷⁹

Ya no parece tan claro que haya encontrado la vía hacia la salud, sino que le

177 *Idem.*

178 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 385 (a Franz Overbeck, 7-8 de agosto de 1874).

179 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 392 (a Franz Overbeck y Heinrich Romundt, 2 de octubre de 1874).

basta con creer que está haciendo algo, porque ya duda de si es posible hacer algo, o si en realidad está en su mano poner en marcha algún remedio. Una razón para ello, además de las recientes decepciones, parecía estar en su próximo cumpleaños, en el que iba a cumplir tres décadas, con la exigencia de hacer algo con su vida, la sensación de que el tiempo se le estaba echando encima y le urgía tomar alguna clase de determinación respecto a los conflictos que le atenazaban desde hacía años:

Demasiado egoísmo, a causa del incesante meditar sobre uno mismo y compadecerse de sí mismo. Al final uno se siente continuamente como si tuviese cien cicatrices, y como si cada movimiento hiciese daño. Pero, de verdad, ahora cumpliré pronto treinta años y hace falta que mi vida se haga un poco distinta, es decir, más viril y equilibrada, y ya no con estos malditos altos y bajos. Proseguir con el propio trabajo y entretanto pensar en sí mismo lo menos posible – debe de ser precisamente todo eso lo que hace falta.¹⁸⁰

La presión interna se iba acrecentando, y la posibilidad de mantener el equilibrio en la disyuntiva entre profesión y vocación era cada vez más precaria. Se acercaba el momento de tomar una decisión valiente. O al menos así lo sentía él. El gran problema es que no se sentía con fuerzas para hacerlo, porque no ve en sí mismo, a pesar de haber perdido el tiempo en el “*incesante meditar sobre uno mismo y compadecerse de sí mismo*”, las fuerzas suficientes para hacerlo:

Vivo en realidad gracias a vosotros, sigo adelante apoyándome en vosotros; pues la conciencia que tengo de mí es débil y precaria, y *vosotros* tenéis que darme siempre nuevas garantías de mí a mí mismo.¹⁸¹

Pero no nos engañemos con estas declaraciones, ya que aunque se refiere a sus amigos, éstos eran cada vez menos. Los problemas en su vista y los diversos trastornos que periódicamente le aquejaban le iban aislando cada vez más. Porque además de obligarle a permanecer en cama o encerrado sin poder salir, su búsqueda de un remedio le llevó a un continuo peregrinar por distintos balnearios y ciudades. Así, le resultaba difícil mantener relaciones fluidas con sus amistades, las cuales se mantenían cada vez más a base de cartas. Ya hemos visto como Nietzsche tenía la amistad en muy alta estima, y los testimonios al respecto, las palabras amables y de reconocimiento hacia

180 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 393 (a Erwin Rohde, 7 de octubre de 1874).

181 *Ídem*.

sus amigos son muy abundantes en su correspondencia e incluso entre sus obras. Pero no podemos pasar por alto que a los amigos los veía más bien poco, quedando la relación reducida a algunas visitas y un intenso tráfico epistolar. Y a medida que pasaba el tiempo, el carácter cada vez más solitario de Nietzsche le fue distanciando de algunas de sus grandes amistades (el caso de Wagner es paradigmático, una fase de deslumbramiento y exaltación de la amistad, para luego irse apagando hasta el final, que a menudo era más bien brusco y conflictivo, al menos para Nietzsche). No obstante, él vivía estas amistades con intensidad y poniendo en ellas demasiadas esperanzas. Por eso, cada vez que recibía una visita o la hacía él, entraba en uno de sus estados de excitabilidad que acababan con una estancia de al menos un día en cama, lo cual fue uno de los motivos para mantener únicamente la relación epistolar y reducir cada vez más las visitas, en un camino hacia la soledad que se iría acentuando con el paso de los años.

A pesar de las dudas y titubeos, la vuelta a la actividad docente en el semestre de invierno de 1874-75 fue intensa y en ningún modo traumática. Es más, parecía dispuesto a seguir con diligencia las convenciones sociales del momento (asistir a las invitaciones que se le hicieran, tener vida social...) y combinarlas con la enseñanza en la universidad y el *Pädagogium*. Además, se publicó la tercera *Intempestiva*, en la que, como en las otras dos, había puesto algunas de sus esperanzas filosóficas. Por todo ello, las informaciones en las cartas de esta época son bastante positivas. Incluso la vista pareció experimentar una notable mejoría. Incluso el estómago dejó de provocarle molestias, lo que le permitió afirmar que estaba atravesando “[...] *el mejor de los inviernos que paso desde hace años [...]*”¹⁸². Esto fue así hasta la llegada de la Navidad, con su habitual síndrome navideño en torno al año nuevo y al viaje de regreso a Basilea desde la casa familiar de Naumburg (algo transitorio, en parte debido al viaje, que no le impidió seguir con sus actividades).

El nuevo año comenzó con malas noticias respecto de sus amistades: la tensión con los Wagner seguía. La tercera de las *Consideraciones Intempestivas* incomodó a alguna de sus amistades, y uno de sus principales amigos y apoyos en Basilea, Heinrich Romundt, abandonó la universidad en abril para entrar al servicio de la iglesia católica. Ya conocemos la tendencia anticristiana que desde años atrás manifestaba Nietzsche, por lo que es fácil imaginar que esta pérdida no le satisfizo, lo cual motivó que las últimas jornadas que pasaron juntos fueran tumultuosas y llenas de dudas y discusiones que hicieron que Romundt acabara no estando seguro de la decisión que había tomado.

182 *Op. cit.* Carta 405 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 3 de diciembre de 1874).

Tras la despedida, la salud de Nietzsche se resintió:

Todavía el último instante me habría de traer un peculiar espanto; el revisor cerró los vagones, y para decirnos algo Romundt quería bajar la ventana, ésta se resistía, él se esforzó aún más y mientras se atormentaba de esta forma para hacerse entender -sin éxito- se marchó el tren lentamente y no nos pudimos hacer ninguna señal. El horrible simbolismo de toda la escena nos conmovió tanto a Overbeck (como más tarde reconoció) como a mí, en lo más profundo, a duras penas pudimos soportarlo. Al día siguiente estuve en cama con un dolor de cabeza de treinta horas y numerosos vómitos de bilis.¹⁸³

Tenemos aquí un ejemplo perfecto de los ataques reactivos que padecía Nietzsche, los cuales a menudo eran resultado de situaciones de tensión, conflicto o de su hipersensibilidad al nerviosismo. Pero este ataque es el primero de los violentos, de los que a la larga iban a interrumpir el período docente y que cada vez se iban a hacer más frecuentes. Porque hasta el momento había podido desempeñar su labor con cierta tranquilidad, con unas pocas interrupciones debidas a la guerra y alguna afección menor. Es cierto que a medida que transcurría cada semestre iba acumulando tensión y algunas veces precisaba curas en algún balneario, pero estos viajes se producían en los períodos vacacionales y no repercutían en el desarrollo de sus cursos. Sin embargo, a partir de ahora la tendencia iba a ser la de ir recortando sus obligaciones hasta su completa eliminación, en una senda que le conduciría hacia sus obras más importantes y en la que la filología perdería fuerza en favor de la filosofía de forma cada vez más decidida.

La despedida de Romundt, además de la cefalea, le dejó en un estado de agitación espiritual que le provocaba toda clase de achaques y molestias, las cuales le obligaron incluso a pasar algunos ratos en cama. Por eso, al acabar los exámenes, se fue a Berna para descansar, tal y como relató a su familiares:

Como no me ha ido muy bien y me he sentido mal y agotado, por dos veces tuve que permanecer en cama, decidí finalmente marcharme una semana a Berna para pasear por allí. Regresé ayer en bastante buen estado y hoy he comenzado el semestre de verano con una hora de clase. En Berna me hospedé en el hotel Victoria, al pie del Schänzli, era el único huésped y tuve la mejor habitación, con el balcón en el primer piso. Además estuve muy bien atendido, me salió muy económico y pude dar rienda suelta a mi pasión por estar y caminar solo; esto último lo hacía por espacio de ocho

183 NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia*, vol. III. Carta 439 (a Carl von Gersdorff, 17 de abril de 1875).

horas todos los días por los magníficos alrededores de Berna, al mismo tiempo que reflexionaba.¹⁸⁴

La necesidad de alejarse de la presión se iba acrecentando, y la solución cada vez más era la del aislamiento. En él encontraba Nietzsche una fuente de placer, así como en los largos paseos, en los que dejaba volar su pensamiento. Si además dichos paseos se producían en medio de bellos paisajes, tanto mejor. Porque Nietzsche fue un gran caminante y practicó el senderismo durante toda su vida lúcida. En numerosas cartas aparecen relatos de sus excursiones, junto a la descripción de las sensaciones vividas en ellas. Parece que encontraba cierta serenidad en los caminos solitarios y en los paisajes de montaña. Serenidad que le ayudaba a pensar con más agudeza y profundidad, algo que le satisfacía sobremanera. Este gusto por el paseo se verá reflejado a lo largo de sus futuras obras, en los títulos (*El caminante y su sombra*) y en algunos de sus temas y personajes (Zaratustra, quien dedica buena parte de su tiempo en movimiento), además de reportarle algunas de sus principales ideas (el mismo Zaratustra se le ocurrió en pleno paseo por la montaña). Sus problemas de salud parecían atenuarse cuando salía a pasear, y su mente pensaba con mayor claridad en movimiento. Por eso no es de extrañar que, a la larga, su vida se convirtiera en un enorme paseo.

El efecto beneficioso de la estancia en Berna, sin embargo, duró muy poco, puesto que ya el 21 de mayo informó a Gersdorff de “*¡dolores muy frecuentes de estómago, de ojos y de cabeza!*”¹⁸⁵, a pesar de que su hermana se había trasladado a vivir con él y le ayudaba a sobrellevar algunas cargas de trabajo, además de proporcionarle unos cuidados más afectuosos que los habitualmente recibidos en Basilea. No obstante, las molestias le obligaron a aislarse aún más, renunciando a las visitas vespertinas y haciendo más estricto el régimen alimentario y de vida¹⁸⁶, con el objetivo de poder centrarse más y mejor en los cursos que estaba dando. Pero los ataques no cedieron, y se vio obligado a acudir a los médicos, con los cuales, ya lo hemos visto, mantenía una relación de desconfianza, a pesar de la cual intentaba seguir sus consejos, al menos inicialmente:

Desde hace algunos días padezco un severo ataque de mi dolencia de estómago; la cabeza y los ojos no quieren ser menos. Poco a poco esta dolencia crónica, ya son

184 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 442 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 5 de mayo de 1875).

185 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 447 (a Carl von Gersdorff, 21 de mayo de 1875).

186 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 450 (a Franz Overbeck, 30 de mayo de 1875).

cuatro años de catarro de estómago, se está convirtiendo en algo tan grave, peligroso y me roba tanto tiempo (pues pierdo dos días casi todas las semanas), que los médicos y yo sólo vemos ayuda en una dieta muy estricta como la que me ha sido prescrita, pero sólo la puedo cumplir en mi propia casa.

Nuestra decisión, de la que ya te ha dado noticias mi servicial Lisbeth, es una consecuencia *necesaria*, no hay otra posibilidad. En otras circunstancias me vería obligado a dejar temporalmente la docencia.¹⁸⁷

Nietzsche empezaba a vislumbrar la posibilidad de tener que abandonar la docencia por culpa de su mala salud, era una salida a la crisis interna que vivía desde hacía años, la cual le permitiría dejar de lado el trabajo filológico y dedicarse al cien por cien a la filosofía, a la que sentía como su verdadera tarea. Aún le quedaban cuatro años para que tal paso se produjera, pero la idea había empezado a tomar forma en su mente, aunque, en este caso, se tratara más de una amenaza a su madre para que su hermana pudiera quedarse allí con él, que de una posibilidad seria. Porque lo que en ese momento más le preocupaba a Nietzsche era no poder acudir a Bayreuth para los ensayos del *Anillo de los Nibelungos*, obra que se había gestado en su presencia durante el tiempo que había pasado junto a los Wagner en Tribschen y Bayreuth, y que ahora empezaba a estar casi acabada:

Tengo tras de mí una *muy mala* temporada y quizá una peor por delante. Ya no puedo domar el estómago, incluso con la dieta más ridículamente estricta, dolores de cabeza de varios días de lo más violento, que reaparecen al poco tiempo, vómitos durante horas sin haber comido nada, en suma, la máquina parece querer hacerse pedazos y no quiero negarlo, en alguna ocasión he deseado que así fuera. Gran fatiga, dificultades para andar por la calle, fuerte susceptibilidad a la luz; Immermann diagnosticó algo parecido a una úlcera de estómago, y yo estoy siempre a punto de vomitar sangre. Tuve que tomar durante catorce días solución de nitrato de plata, no sirvió de nada. Ahora me administra dosis extraordinariamente grandes de quinina dos veces al día. Quiere que *no* vaya a Bayreuth en vacaciones, no digo nada al respecto. Puedes imaginarte cuál es mi estado de ánimo. Sin embargo me gustaría vivir aún el próximo año y por eso quiero hacer este año lo que tengo que hacer.¹⁸⁸

Las reticencias hacia los médicos no carecían de fundamento, puesto que como vemos no acertaban de lleno con la dolencia a tratar, y, por consiguiente, tampoco le

187 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 454 (a Franziska Nietzsche, 10 de junio de 1875).

188 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 457 (a Carl von Gersdorff, 26 de junio de 1875).

prescribían el tratamiento más adecuado. Sea como fuere, y a pesar de las tirantezas con los Wagner, seguía manteniendo algunos compromisos con ellos, y el de acudir a los ensayos del *Anillo* en Bayreuth parecía que había sido planeado y esperado por Nietzsche con ilusión. Pero la enfermedad, siempre tan oportuna, le impidió acudir junto al venerado amigo (no por voluntad propia, sino por orden de los médicos), lo cual le ahorró nuevos disgustos, porque la dinámica de las visitas a Wagner había adquirido desde hacía algún tiempo tintes oscuros, al no ser posibles algunas de ellas, y las que efectivamente se realizaron no terminaron de la mejor forma. No obstante, siempre quedaba la posibilidad de reeditar los días idílicos de Tribschen, cuando la amistad con Wagner fue más intensa, productiva y feliz, y esa era la voluntad de Nietzsche cada vez que acudía o quería acudir a Bayreuth (si bien en su fuero interno sabía que la relación iba de mal en peor y no tenía demasiado futuro). La siguiente oportunidad iba a ser la inauguración de la ópera de Bayreuth, en la que se estrenaría el *Anillo*, y a la que Nietzsche esperaba acudir pletórico de fuerzas, como se desprende de la intención expresada en el fragmento superior de seguir vivo al año siguiente.

Pero para el año siguiente aún quedaban unos meses. Meses que no serían fáciles, como intuía el propio Nietzsche. Los médicos no daban con el remedio adecuado a sus males, y la desesperación se apoderaba de él, haciéndole pensar cada vez más seriamente en el abandono de la cátedra:

Atraveso desde hace un par de meses una infame crisis de una dolencia crónica de estómago, que comienza a sacudir los cimientos de mi existencia. Vivo con esfuerzo de un día para otro. Los médicos ensayan cada dos semanas con algo nuevo, administrar nitrato de plata, luego otra vez grandes dosis de quinina. Qué dolores de cabeza -no, no quiero contarle, sólo créame que vivo a duras penas y no sin reparos, y que en tal estado la carga de mi profesión, bastante grande de por sí, agobia el doble. [...] Naturalmente he abandonado mi actividad literaria, no estoy en condiciones de escribir una sola línea. Requiere no sólo salud, sino un excedente de salud.¹⁸⁹

A pesar de ello, todavía no se resignaba, y pretendía combinar en su persona “*el perfeccionamiento de mis habilidades, esa existencia y mi determinación personal, de tal manera que no se perjudiquen, sino que incluso se ayuden*”¹⁹⁰, mostrando una poderosa determinación que no tardaría en verse defraudada. Porque los médicos ya habían empezado a olvidar la posibilidad de que sus males fueran de origen estomacal,

189 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 458 (a Carl Fuchs, finales de junio de 1875).

190 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 466 (a Marie Baumgartner, 14 de julio de 1875).

buscando remedios para otra clase de problemas más complejos y preocupantes:

¿Quién puede haberte dicho tan categóricamente que mi dolencia es una migraña? Esa certeza no la comparte Immermann, pues a mí mismo me dijo que ahora está *probando* con los nervios, ya que el remedio anterior no traía mejoría alguna; si esto no ayuda, intentará algo nuevo. Como me encuentro cada vez peor y además la acidez me atormenta horriblemente, y todo, con excepción de la carne más tierna, se transforma en ácido, estoy *casi* convencido de que la hipótesis nerviosa es falsa; por lo demás el dolor de cabeza es moderado en el caso de las migrañas, el mío no lo es, como sabes. El tormento en y sobre ambos ojos es grande.-

Ayude Dios a Immermann, para que pueda ayudarme a mí. Entretanto – *dubito*.¹⁹¹

No deja de llamar la atención esta especie de diálogo de tú a tú que mantiene con las opiniones médicas, poniendo la suya en contraste como si fuera él también un médico. Y, obviamente, su opinión era contraria a la de su médico. Sea como fuere, se hacía necesaria una nueva cura de verano en un balneario de los que tan de moda estaban por la época. El lugar escogido para dicha cura fue el balneario de Steinabad, en la selva negra junto a la frontera suiza. Allí trabajaba el doctor Weil, quien había sido recomendado a Nietzsche, que a pesar de todas sus suspicacias no dudó en ponerse bajo sus cuidados. Llegó el 16 de julio, y en seguida el doctor Weil le hizo un exhaustivo reconocimiento, tras el cual emitió su veredicto: gastritis catarral con dilatación estomacal. El tratamiento fue muy del gusto de Nietzsche, ya que consistía en una estricta dieta en la que todo, desde los alimentos permitidos y sus cantidades, a los horarios de las comidas, estaban severamente marcados. Además, estaba completamente solo en aquel lugar, no había nadie con quien se sintiera a gusto para relacionarse, lo cual también le era beneficioso.

La impresión diagnóstica inicial se mantuvo durante los primeros días, pero el médico en seguida comprendió que los problemas gástricos de Nietzsche eran consecuencia de los vómitos más que su causa originaria. La mirada del doctor Wiel se dirigía ahora a los nervios, por lo que cambió el régimen de vida del paciente (al parecer, bajo sugerencia del propio Nietzsche) y le sometió a nuevos tratamientos, que en principio parecieron funcionar, como atestiguan las cartas:

[...] entretanto hemos cambiado mucho la dieta (a petición propia como mucho menos – por cierto, una de las más raras posibilidades del lenguaje – estoy harto de comer

191 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 461 (a Carl von Gersdorff, 7 de julio de 1875).

tanta carne). Una hermosa piscina es desde ayer mi placer; está en el mismo jardín del hotel, la utilizo yo únicamente, para el resto de los mortales está demasiado fría. Por la mañana temprano a las 6 ya estoy allí y poco después doy un paseo de dos horas, todo antes del desayuno. Ayer hacia la noche vagué por los increíblemente bellos montes y ocultos valles y a lo largo de las tres horas de paseo se fue extendiendo todo lo prometedor del futuro, fue una visión de la felicidad que hacía tiempo que no había atrapado.¹⁹²

En medio de la soledad, el paisaje de montaña, y los paseos prolongados, circunstancias que ya hemos visto que agradaban en especial a Nietzsche, la ilusión por el futuro parecía recobrase, lo cual era una señal de que los sufrimientos del presente no eran lo suficiente gravosos como para ahogar las esperanzas. Pero había una carga que le provocaba una tensión de la que no podía acabar de deshacerse: Bayreuth. El hecho de no poder acudir a los ensayos veraniegos le suponía una fuente de conflictos, puesto que, aunque la relación con el mundo wagneriano ya no era todo lo buena que había sido, tenía la esperanza de que en alguna de esas visitas pudieran arreglarse las cosas y retomar el idilio. Al final, sabedor de que ver a los Wagner le reportaría más nerviosismo y excitación (tanto si el desarrollo de la visita era favorable como si no, y también por los efectos que la música tenía sobre él), aplazó el viaje para otra ocasión mejor (en este caso, la ineludible inauguración del año siguiente), posponiendo los conflictos, escudado en sus enfermedades, sin afrontar lo que de algún modo sabía que terminaría ocurriendo: la ruptura total. De este modo, si bien eludía el enfrentamiento directo, lo que estaba haciendo era alimentar el fuego que llevaba dentro de sí mismo, echándole leña a una fuente de padecimientos que, en sentido estricto, nunca dejó de arder (solo que se buscó excusas distintas para hacerlo). De hecho, en estos días empezó a preparar su cuarta *Intempestiva*, que tuvo el significativo título de *Richard Wagner en Bayreuth*.

Los días serenos y gozosos en general se vieron pronto interrumpidos, puesto que a primeros de agosto volvieron los problemas, justo en el momento en que se estaban produciendo los acontecimientos de Bayreuth, aunque no parecían, en este momento, importunarle demasiado, ya que había alcanzado un cierto equilibrio:

Mi enfermedad ya no me inquieta, sino que en adelante sólo precisa de un determinado modo de vida, que no supone ninguna limitación considerable. Ciertamente volví a guardar cama un día a la vil manera de Basilea, el día en que mis

192 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 471 (a Carl von Gersdorff, 21 de julio de 1875).

amigos se apresuraban juntos hacia Bayreuth – una señal muy clara para mí de que no debía interrumpir la cura. Así que permaneceré aquí dos semanas más. Está confirmada una significativa reducción de la dilatación de estómago. Pero también el doctor Wiel, como Immermann, se decanta por una afección nerviosa del estómago, lo cual siempre es una cosa lenta.¹⁹³

Una semana más tarde, el panorama no es muy distinto:

[...] la dilatación del estómago no es nada de consideración, a este respecto la cura ha tenido éxito también. Pero en relación a la gran hiperacidez del estómago apenas veo progresos. Nuevamente estuve en cama un día con fuertes dolores de cabeza y violentos vómitos. Al final el doctor Wiel opina también, como Immermann, que la razón descansa en una afección nerviosa del estómago, es decir, relacionada en consecuencia con la cabeza.¹⁹⁴

Así pues, el resultado de esta cura en Steinabad, que culminó de forma abrupta el 12 de agosto (tres días antes de lo previsto, por propia decisión de Nietzsche), no fue muy positivo en lo que a salud física se refiere (le aportó unos días de tranquilidad y soledad, y una leve mejoría, pero no la cura del problema de base). Sin embargo, a nivel espiritual, se había obrado un cambio importante en él. La esperanza en el futuro y los proyectos empezaron a tomar forma de nuevo en él, tras unos meses difíciles en los que parecía haber perdido su interés en la dimensión intelectual. Pero también, gracias a los paseos y a la soledad adquirió la conciencia clara de que crecía en él algo importante. La conciencia de una tarea es una de las constantes en la vida de Nietzsche, que se sentía llamado a cumplir un papel muy determinado. Desde bien pronto hemos visto que esta llamada (en forma de vocación filosófica) le creaba algunos conflictos interiores que se trasladaban a la esfera de la salud. Pero es en este verano de 1875 cuando Nietzsche adquiere plena conciencia de su destino y lo recoge en sus manos. Es más, empieza a expresarlo sin tapujos a sus amigos:

Ahora crece en mí de diversas formas y de un mes para otro veo con más nitidez mi cometido en la vida, sin haber tenido aún el coraje suficiente como para decírselo a alguien. Un paso tranquilo, pero decidido, de un escalón a otro – esto es lo que me garantiza llegar bastante lejos. Tengo la impresión de ser como un escalador nato. - Ya

193 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 475 (a Marie Baumgartner, 2 de agosto de 1875).

194 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 477 (a Franziska Nietzsche, 10 de agosto de 1875).

Nietzsche se ve ahora como alguien llamado a salvar dificultades, a escalar las más altas cumbres, alguien a quien las adversidades no le intimidan, es más, le son un estímulo para seguir subiendo escalones. Esta intuición la adquirió tras la enfermedad, tras el momento más duro que ella le había reportado hasta el momento (la época de la herida en el esternón le hizo tomar conciencia de un peligro para la vida de forma puntual, pero ahora estaba ante el sufrimiento más o menos continuado y con perspectiva de prolongarse). Aquí es donde cobran sentido las palabras de *Ecce Homo* con las que afirma que la enfermedad le hizo filósofo¹⁹⁶. Porque en estos momentos parecía dispuesto a seguir por la vía filosófica, o al menos, a darle una mayor presencia en su vida. También pareció dispuesto a protegerse mejor de todo lo ajeno a esa tarea que crecía en su interior y para la que afirmaba estar preparado, a pesar de los malos tiempos vividos, en los que había llegado a renunciar al futuro:

Me encontraba tan desanimado a causa de mi salud, que creí que debía sumergirme y, como en un día de calor asfixiante, desaparecer bajo la carga y el bochorno. Todos mis planes cambiaron después y me conmovía dolorosamente ante el pensamiento: tus amigos esperaban algo más de ti, ahora tienen que olvidarse de sus esperanzas sin recibir recompensa por su confianza. - ¿conoce este estado? Ahora ya lo he superado, pero no sé por cuánto tiempo – sin embargo vuelvo a hacer proyectos y más proyectos y busco poner mi vida en contexto – no hago nada con más placer, ni más pormenorizadamente, tan pronto como vuelvo a estar solo. En ello tengo un auténtico barómetro para mi salud. Nosotros, me refiero a usted y a mí, *nunca* sufrimos de *forma puramente corporal*, sino que todo está entreverado con crisis espirituales, de manera que no puedo concebir cómo podré volver a estar sano recurriendo sólo a farmacias y dietas. Creo que usted sabe y cree en eso tan firmemente como yo, ¡y que le estoy diciendo algo que está de sobra!

El secreto de toda curación para nosotros es conseguir una cierta dureza de piel, dada nuestra gran vulnerabilidad y capacidad de sufrimiento interior. *Desde el exterior* al menos, ya nada nos puede sacudir ni golpear tan fácilmente; por lo menos ya no se sufre como cuando uno recibe disparos desde *ambos* lados, desde el interior y desde el exterior. - Mi vida doméstica reglamentada por la buena hermana, que conoceré en los próximos días, tendrá que convertirse en una fuerte y dura piel para mí, me hace feliz imaginarme en mi concha de caracol.¹⁹⁷

195 Ídem. nota 192.

196 Ver nota 109.

197 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 480 (a Malwida von Meysenbug, 11 de agosto de 1875).

Destaca en este fragmento el reconocimiento de que los sufrimientos que alguien como él padecía no eran sólo de carácter corporal, sino que el aspecto espiritual era muy importante en el advenimiento de sus males. Ya conocemos la pugna interior que se desarrollaba en él, y él sabía muy bien que ella jugaba un papel muy destacado en su enfermedad. Por eso los médicos y sus tratamientos tenían poco que decir al respecto, ya que ninguno de ellos iba a la raíz del problema, a la continua lucha interna que tenía a su cuerpo como principal víctima de la batalla. Pero el remedio no residía en la eliminación de la lucha, que en realidad era también el motor de todas sus ideas, sino en forjarse un caparazón que le aislara de lo exterior, de todo lo que pudiera enrarecer el desarrollo de la pugna y también, claro está, en extraer de la lucha los mayores resultados posibles.

La concha de la que habla la necesitaba no sólo respecto al ambiente de Basilea, sino, sobre todo, a Bayreuth, que emitía sus cantos de sirena en forma de cartas y relatos, pero ante los que Nietzsche deseaba resistir, con la excusa de recuperar su salud. Y parecía que la nueva situación en Basilea con su hermana en una nueva casa funcionaba, puesto que tras la salida de Steinabad tuvo un mes de un esperanzador buen estado general, gracias al cual pudo avanzar en alguno de sus trabajos. Pero a mediados de septiembre los ataques regresaron, obligándole a pasar dos días enteros en la cama. Y el panorama no mejoró en los meses siguientes, llevándole al extremo de querer renunciar a todo, según informó a Rohde:

Con la salud no exactamente como había supuesto cuando me impuse un cambio total de mi modo de vida aquí. Permanezco en cama 36 horas cada 14 días o cada 3 semanas de la forma que ya conoces. Quizá vaya poco a poco a mejor, pero no deo de pensar que no he pasado nunca un invierno tan malo. El día transcurre tan ajetreado, con nuevas clases y demás, que por la noche no tengo ganas de nada más y me maravilla lo duro que se hace vivir. Parece que no compensa todo este tormento, ¡uno no obtiene ni de sí ni de los otros, en comparación con lo que necesita, lo que uno deposita en sí y en los otros! Ésta es la opinión de un hombre, que no ha sido precisamente torturado por las pasiones – ciertamente tampoco agraciado por ellas. En las horas de descanso para los ojos, mi hermana me lee casi siempre a Walter Scott [...]¹⁹⁸

La Navidad se acercaba, y como ya hemos visto, se trataba de un período en el

198 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 494 (a Erwin Rohde, 8 de diciembre de 1875).

que de una u otra manera, su salud se resentía. Este año, que había sido especialmente crítico, las navidades lo agudizaron aún más:

¡Queridísimo amigo, he dejado la peor, más dolorosa y más lúgubre Navidad que he vivido tras de mí! El primer día de Navidad se produjo, tras algunos avisos cada vez más frecuentes, un verdadero colapso, ya no puedo dudar de que me ha estado atormentando una seria dolencia cerebral y de que estómago y ojos han sufrido tanto por causa de este efecto principal. Mi padre murió a los 36 años de encefalitis, es posible que en mi caso vaya aún más rápido. Fueron aplicados, por consejo de Immermann, hielo, chorros de agua fría en la cabeza por las mañanas temprano, y tras una semana de completa debilidad y dolorosas molestias me encuentro de nuevo algo mejor. Pero no es tampoco una convalecencia, el inquietante estado no está superado, todos los momentos me lo recuerdan. Se me ha eximido hasta Pascua del *Pädagogium*, he vuelto a dar clase en la Universidad- Soy paciente, pero tengo muchas dudas acerca de lo que pasará. Vivo alimentándome casi exclusivamente de leche, que me sienta bien, también duermo como es debido, leche y sueño son las mejores cosas que ahora tengo. ¡Si al menos no tuviera los terribles ataques de un día de duración! Sin ellos uno puede arrastrarse al menos de un día a otro.¹⁹⁹

La sombra de la enfermedad de su padre empezaba a proyectarse amenazadora. En estos instantes Nietzsche tenía 31 años, cinco menos que su padre al morir, pero con problemas relativamente parecidos, si no más graves. No es de extrañar, pues, que pensara que a él le esperara el mismo destino que a su progenitor, intuición que con el tiempo, a medida que la fatídica edad se fuera acercando, iría adquiriendo más cuerpo. Por ahora, lo que le preocupaba más era la frecuencia y duración de los ataques, que no le permitían llevar una vida normal. Debido a ello, tuvo que renunciar (la solicitud fue cursada el 2 de enero²⁰⁰), en principio temporalmente, a sus clases en el *Pädagogium* de Basilea, donde daba cursos a los bachilleres desde que empezó su trabajo en la universidad. De este modo, se suponía que iba a estar algo más descargado de tareas, pudiendo descansar más y así evitar las tensiones que la carga laboral le provocaba. La exención del *Pädagogium* no fue suficiente, puesto que a partir del 7 de febrero tuvo que suspender las clases en la universidad. Su situación era tan grave que su madre se trasladó en el mismo mes a Basilea, para estar más cerca de él. No obstante, la naturaleza cíclica de sus males facilitaba que en las fases de bonanza los planes de trabajos y viajes se agolparan en su mente. Planes que se venían abajo en cuanto un

199 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 498 (a Carl von Gersdorff, 18 de enero de 1876).

200 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 496 (a Carl Burckhardt).

nuevo ataque imponía su tiranía. Así, tuvo que renunciar a ir a Viena al estreno de *Lohengrin* a finales de febrero. Los informes epistolares de esta época son significativos y muestran los recelos que tenía acerca de las leves mejorías que sentía, en las que ya no confiaba, puesto que sabía que acabarían desembocando en nuevos ataques. A pesar de ello y de estar en un casi continuo estado de sufrimiento, el pesimismo activo y la voluntad de adaptarse y extraer algo de lo que el destino le deparara seguían intactos, y por eso se permitió afirmar, no sin cierta ironía, que su situación era “¡Una bella tortura!”²⁰¹

En este estado, las visitas de los amigos le servían de momentáneo bálsamo. Importante fue la que Carl von Gersdorff realizó en marzo de 1876, en el transcurso de la cual los dos se trasladaron al lago Lemán, donde se dedicaron a realizar esos largos paseos de hasta 5 y 6 horas que tan bien parecían sentar a Nietzsche. A finales de marzo, Gersdorff le dejó solo y partió hacia Viena, quedando él a merced de su soledad, en la que de ningún modo, al menos de cara a la galería, se sentía incómodo²⁰²:

Aquí estoy parado, yo hombre *solitario* por siempre: entiendo *parado* de forma metafórica ciertamente, pues estoy para arriba y para abajo desde la mañana hasta la noche y vivo momentos de verdadera felicidad en medio de tanto malestar – tú ya sabes que mis padecimientos físicos a menudo parecen confundirse con los «morales»; y aquel sentimiento de felicidad es por ello también *más* que ausencia de dolor de cabeza. Me parece como si con respecto a muchas cosas estuviera metido en *líos* – salud significa para mí *salir de ellos*. En ocasiones, anticipo esta felicidad cuando vago por las montañas, no conozco nada mejor («¡ya es triste!», dirás, ¡y con razón!).²⁰³

En este fragmento llama la atención la separación que establece entre el bienestar anímico y corporal. En la situación en la que se encontraba, asediado por dolores y molestias varias casi a diario, parece casi lógico que tuviera que buscar un lugar alejado de la plenitud física y mental para encontrar su felicidad, cifrándola en algo más allá de la mera ausencia de dolores, puesto que de lo contrario no habría en esos momentos lugar para ella en la vida de Nietzsche. En este contexto se comprende

201 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 501 (a Erwin Rohde, 18 de febrero de 1876).

202 Su amigo Franz Overbeck, en sus recuerdos sobre Nietzsche publicados en 1906 (*La vida arrebatada de Friedrich Nietzsche*. Errata naturae, 2009) manifestó sus dudas acerca de la tendencia a la soledad del filósofo, considerándola poco más que una pose: “Nietzsche no estaba en absoluto tan solo como pensaba. Nunca fue un auténtico solitario: o bien fingía la soledad o se complacía en ella y deseaba ser un solitario.” (pág. 43)

203 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 515 (a Franz Overbeck, 5 de abril de 1876).

mejor que calificara a su gran amiga Malwida von Meysenbug como un “médico del alma”²⁰⁴ y que además, en la misma carta, hable de que “*a través de la enfermedad del cuerpo le ha sido mostrado el camino hacia una salud muy superior*”²⁰⁵.

Además, está la cuestión, ya esbozada en otras cartas anteriores, de la conexión no corporal de sus problemas de salud. Ya hemos mencionado la tendencia de sus problemas de salud a surgir en momentos más o menos críticos, como las navidades, ciertas visitas o las perspectivas de acercarse a Bayreuth. Algunos autores han destacado esta característica de la enfermedad nietzscheana para considerarla como una reacción física a las situaciones incómodas para él, como una forma de huida. A favor de esta hipótesis están algunas de las palabras del propio Nietzsche, como las referidas a los “*lios*” en los que dice estar metido. En este sentido, la salud para él estaba en salir de ellos o, al menos en evitar que se liaran más. Por eso creía que los ambientes solitarios en los que dedicarse a caminar durante horas y perderse en sus pensamientos eran los más propicios para la evasión. De este modo podía anticipar la felicidad de no tener que enfrentarse a sus problemas, de que no existieran, de llevar una vida sin las tensiones que le atenazaban y, si bien a modo de parche temporal y ficticio, sentir cierto alivio en sus males (aunque sólo fuera por la superposición de la intuición de la felicidad a los dolores y molestias).

Sea como fuere, los ataques se iban sucediendo con periodicidad exacta, y lo único que estaba en su mano hacer era intentar proseguir con su vida habitual, con sus viajes y sus proyectos para escribir obras. Tras la estancia junto al lago Lemán, se trasladó durante una semana a la ciudad de Ginebra, donde parece que su salud mejoró bastante, a juzgar por los comentarios vertidos en la correspondencia. Estos viajes de la primavera de 1876 le reportaron beneficiosas conclusiones, ya que tomó más conciencia de su tarea vital y decidió seguir adelante con ella, tras haber estado tentado de abandonarlo todo. En resumen, el terrible invierno, con sus jaquecas y trastornos le había reforzado, y esto le ayudaba a no dejarse llevar tanto por la enfermedad, a soportarla con un talante más esperanzado:

Las olas rompieron contra mi cabeza y el invierno tomó un carácter terrible y lúgubre para mí. Pero ahora acabo de pasar cuatro semanas en el lago de Ginebra, en las proximidades del castillo de Chillon, he paseado con tormentas de lluvia y nieve y con sol, y así me he reencontrado a mí mismo. Es decir, la confianza en mis objetivos, el compromiso con mis tareas y el aliento de la salud. Así que seguimos nadando contra

204 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 517a (a Albert Brenner, 14 de abril de 1876)

205 Idem.

la corriente; a veces el ánimo cede y la ola se cierne y le estalla a uno contra el cuerpo. Cuando estoy enfermo, nunca sé dónde estoy más enfermo realmente, si como máquina o como maquinista. [...] Tan pronto como me he repuesto, valoro ya sólo una cosa cada hora y cada día, la liberación e insubordinación moral, y odio lo que se debilita y se hace escéptico.²⁰⁶

Las fuerzas habían retornado, y la voluntad de no doblegarse a la enfermedad y el desaliento que conlleva habían vuelto con ellas. Destaca la mención al nadar contra corriente, lo cual muestra que Nietzsche era bien consciente de lo titánico de su afán de combinar en su persona la vocación filosófica con la obligación filológica, conjunción que amenazaba con ahogarle. También es significativa la aparición de lo debilitador, de todo lo que va contra la fuerza y el empuje del crecimiento, algo que se convertirá en una constante a lo largo de los escritos nietzscheanos. Finalmente, están de nuevo las dudas en torno al verdadero origen de sus males, si en su cuerpo (en la máquina) o en su psique (el maquinista). Ya hemos visto cómo él mismo se daba cuenta de la curiosa naturaleza de sus problemas, y cómo ningún remedio que se planteaba parecía funcionar, lo cual bastaba para que se planteara la posibilidad de una génesis no enteramente fisiológica de sus enfermedades.

5.-Año sabático.

Fruto de este nuevo ímpetu y de la recuperación del compromiso con sus tareas (cada vez más nítidamente filosóficas), elevó una petición al rector de la universidad el 19 de mayo para que se le concediera un año sabático. Los motivos que argumentó fueron el deseo que siempre había manifestado de realizar un gran viaje por el sur de Europa con fines científicos, y, por supuesto, la frágil salud que había ido mostrando a lo largo de los últimos años. Él mismo ya se había encargado de aligerarse el trabajo, puesto que impartía cursos recurrentes en torno a temas sobre los que había trabajado mucho y exigían un esfuerzo más bien escaso para alguien experto en los temas que trataba. Por ello no tuvo excesivos problemas en seguir con sus clases en el semestre de verano, una vez retomada la actividad.

Las miras de Nietzsche estaban ahora puestas en Bayreuth por partida doble. Por un lado estaba la elaboración y publicación de la cuarta consideración intempestiva, titulada *Richard Wagner en Bayreuth*. Se trata del último escrito “positivo” (aunque deja traslucir alguno de sus conflictos al respecto) sobre Wagner, en una época en la que los

206 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 521 (a Heinrich Romundt, 15 de abril de 1876).

vínculos entre ambos ya no eran tan intensos e incluso podría decirse que se trataba de una amistad en franca descomposición. Pero a Nietzsche le costaba desvincularse de las cosas, y a pesar de las reticencias y dudas que mostró, terminó publicando el texto, que salió muy oportunamente el 10 de julio de las imprentas, un mes antes de los fastos en los que la ópera de Bayreuth iba a ser inaugurada. Por el otro estaba la inauguración, a la que tenía intención de acudir, siempre que su salud se lo permitiera. La favorable recepción que mostraron los Wagner de la intempestiva espoleó a Nietzsche, que estaba temeroso de su reacción, dado el carácter a veces ambiguo de su escrito. La tensión de Nietzsche era tal, que en junio volvió a sentirse muy mal, lo cual no fue suficiente como para que renunciara. Es más, manifestaba su deseo de aguantar como fuera hasta los días de Bayreuth, a pesar de que a medida que se acercaba la fecha, la salud era peor.

Al final, el hecho de tener a su círculo de amistades en Bayreuth hizo que se desplazara antes de lo proyectado, y el día 23 de julio ya estaba en la ciudad alemana para asistir a los ensayos de las representaciones inaugurales. El traslado lo hizo en medio de un terrible malestar, y las primeras horas en Bayreuth no fueron nada halagüeñas:

¡Estoy casi arrepentido! Pues hasta ahora mi estado ha sido lamentable. Dolores de cabeza desde el domingo al mediodía hasta la noche del lunes, hoy agotado, no puedo sujetar la pluma.

El lunes estuve en el ensayo, no me gustó nada y tuve que marcharme.²⁰⁷

Tras ellas, su estado mejoró, lo cual le permitió asistir a los ensayos completos de *El crepúsculo de los dioses* y de la *Valquiria*, que tuvo lugar en los días siguientes, aunque tuvo que hacerlo desde un rincón oscuro del auditorio, debido a las molestias oculares. Le costaba un esfuerzo enorme aguantar estos ensayos, ya que las cefaleas eran habituales:

¡No se puede conmigo, lo reconozco! Constantes dolores de cabeza, aunque todavía no de los peores, y agotamiento. Ayer sólo pude escuchar la *Valquiria* en un cuarto oscuro; ¡toda visión imposible! Suspiro por marcharme, no tiene sentido que me quede. Me horrorizan todas estas largas veladas artísticas; y sin embargo permanezco aquí.

[...] Estoy harto.

No quiero estar ni en el estreno. Sino en cualquier otro lugar excepto aquí, donde no

207 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 544 (a Elisabeth Nietzsche, 25 de julio de 1876).

El efecto que la música provocaba en Nietzsche, así como la tensa situación en la que se encontraba (con un recibimiento más bien frío por parte de los Wagner), pesaban como una losa sobre su susceptible espíritu. Por eso tenía tentaciones de marcharse, de irse sin más, algo que no terminaba de hacer, como bien expresa en el fragmento anterior. Sin embargo, reunió fuerzas para marcharse el 3 de agosto a Klingenbrunn, una población situada en los montes de Baviera. Allí encontró el silencio y la solitaria tranquilidad que Bayreuth le negaba. Su intención era no volver, con la excusa de sus problemas de salud. Pero la atracción del evento y de los Wagner eran más fuertes que su determinación, y terminó regresando al akelarre wagneriano el día 12, permaneciendo en él durante las dos semanas siguientes.

La experiencia de Bayreuth fue del todo decepcionante, no sólo a nivel musical y artístico, también en lo personal representó una debacle. La hipocresía de las altas instancias (algunos reyes y príncipes, nobleza, alta burguesía...) allí presentes le asqueó profundamente, así como la actitud servil y acomodaticia del matrimonio Wagner. Todo aquello por lo que había estado trabajando desde hacía algunos años en la creencia de que Wagner era el restaurador del gran arte y de la tragedia clásica, se venían abajo de un plumazo. No es de extrañar que algunos testimonios de los asistentes nos muestren a un Nietzsche enfermo, abatido y al borde del colapso, acompañado siempre por su hermana, quien velaba en todo momento para que no se fatigara demasiado. A pesar de ello, permaneció en Bayreuth hasta el 27 de agosto, y sólo porque sus obligaciones docentes le llamaban, ya que el semestre de invierno en el *Pädagogium* estaba a la vuelta de la esquina (sería el último curso que allí impartiría). Así pues, Nietzsche abandonó Bayreuth antes de que el festival culminara y por la puerta de atrás, sin despedirse, en un gesto que dejaba bien a las claras que la relación con Wagner ya no tenía ningún futuro.

El regreso a Basilea lo hizo con un nuevo amigo, Paul Rée, y con las habituales cefaleas, vómitos y molestias oculares, que desde Bayreuth se habían agudizado, obligándole a someterse a una nueva cura con atropina en los ojos, que se prolongaría durante los siguientes meses. Pero ya no estaba resignado a sufrir sin más, sino que entendía sus males como necesarios para poder realizar su tarea vital, la labor filosófica que sentía que debía cumplir:

208 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 546 (a Elisabeth Nietzsche, 1 de agosto de 1876).

Todos debemos sufrir antes de aprender a morder como es debido, física y moralmente. - Morder para alimentarnos, se entiende, ¡no morder por morder!.²⁰⁹

Así pues, dado que tendía a interpretar sus problemas de salud como la manifestación de algunos conflictos anímicos y vitales, y en vista de que ansiaba y proyectaba otorgar al mundo una filosofía propia, era fácil pensar que dichos malestares estuvieran relacionados con el crecimiento de sus ideas y de su personalidad como pensador, a modo de dientes con los que morder, o de contracciones del parto (en imagen que más tarde adoptará cuando se refiera al Zaratustra). Y como sentía que el alumbramiento estaba muy cercano y ya no había marcha atrás, tenía proyectado pasar su año sabático en el sur de Italia, en Sorrento, junto a sus amigos Malwida von Meysenbug y Paul Rée, en una especie de comunidad filosófica en cuyo seno dar a luz los más altos pensamientos que pudieran iluminar su época y el futuro. Al menos esto es lo que anunció en las cartas de finales de septiembre. De entre estas, destaca la escrita a Richard Wagner, en la que le anuncia uno de los motivos principales de su viaje:

Quizá sepa usted que también yo voy a Italia el mes próximo, pero espero que no como a una tierra donde comiencen, sino donde terminen mis sufrimientos. Estos están de nuevo en su punto álgido; realmente no hay tiempo que perder: mis superiores saben lo que hacen cuando me dan un año sabático entero, aun cuando este sacrificio es desmesuradamente grande para una comunidad tan pequeña; de hecho me perderían igualmente de uno u otro modo si no me ofrecieran esta salida; en los últimos años, gracias al aguante de mi temperamento, me he tragado un padecimiento tras otro, como si no hubiera nacido para otra cosa. A la filosofía que enseña más o menos esto, le he pagado en la práctica mi tributo con generosidad. Esta neuralgia actúa tan a fondo, tan científicamente, que sondea de forma ceremonial hasta qué límite puedo soportar el dolor, y se toma para esa investigación treinta horas cada vez. Tras cuatro, a lo sumo ocho, días debo contar con una reedición de este estudio: ya ve que se trata de la enfermedad de un estudioso; - pero ya estoy harto, y quiero vivir sano o no vivir más. Tranquilidad absoluta, clima suave, paseos, estancias umbrías – es cuanto espero de Italia.²¹⁰

Parece que en este momento, al menos él, tenía claro que su problema era de carácter nervioso, y también que era una especie de prueba a la que era sometido, puesto que lo describe en términos de ensayo sobre su capacidad de soportar el dolor. Y,

209 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 552 (a Louise Ott, 22 de septiembre de 1876).

210 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 556 (a Richard Wagner, 27 de septiembre de 1876).

aunque hasta el momento dice haber aguantado, ya estaba harto y deseaba la recuperación. De ahí su viaje a Italia, en busca de las tan ansiadas condiciones óptimas para su estado de ánimo, que básicamente consistían en un clima suave, la posibilidad de dar largos paseos, y la relativa soledad en compañía de un pequeño círculo de amigos. Además, estaba la cuestión del alejamiento físico de todo lo que hasta el momento le asfixiaba: la filología, Alemania, Basilea, y Wagner (si bien éste también iba a estar por un tiempo en Italia, muy cerca de Nietzsche, tanto, que hubo algún intercambio de visitas, sobre las que significativamente ni él ni Wagner ofrecieron apenas ningún testimonio, todo lo contrario a lo que ocurría en la época de Tribschen).

El viaje se inició el 1 de octubre, con una parada de unas semanas en Bex junto a Rée, en las que experimentó una mejoría en su salud (después de un acceso de cefalea de treinta horas tras el viaje), con la que recuperó el ímpetu creador (del cual acabaría surgiendo *Humano, demasiado humano*) y se prometió un otoño feliz. Tras este interludio, se trasladó a Sorrento haciendo varias paradas intermedias para cambiar de tren, visitar alguna población o subirse al barco que le llevaría desde Génova a Nápoles. Durante el traslado, Nietzsche informó de algunos ataques de cefalea y vómitos, pero en general los califica de más leves que en otras ocasiones, sin duda debido al mejor clima en el que se movía.

La llegada a Sorrento se produjo el día 28 de octubre, y allí se encontró con un ambiente plácido, bello y sereno. La comunidad formada por Nietzsche y sus amigos se entregó a una vida de creación, lecturas, diálogos, paseos..., todo en una armonía idílica. Esta calma vital fue muy beneficiosa para la salud de Nietzsche en los primeros meses, que se mostraba alegre y entusiasta, según muestran los testimonios de sus compañeros²¹¹, lo cual no evitaba que padeciera algunos dolores de cabeza, en general mucho menos intensos y duraderos que los de los meses previos. Contribuía a esta mejoría el clima suave y húmedo de la orilla del Mediterráneo, así como el régimen de vida, consistente en caminatas por la montaña, baños de mar, comidas regulares y la protección y vigilancia de sus amigos, que procuraban evitarle toda excitación. En este estado de cosas, según relata Malwida von Meysenbug en sus memorias tituladas *Atardecer vital de una idealista*, Nietzsche llegó a afirmar, en línea con su modo de pensar respecto a la enfermedad, que bendecía el último año de su vida, transcurrido en medio de los peores ataques que había sufrido hasta el momento, puesto que gracias a ellos había podido solicitar el año sabático y acabar en aquel bello lugar. Y también porque gracias a sus males había acrecentado su sabiduría en torno a la salud y la

211 JANZ, vol. II, pág. 385.

enfermedad, a la vida en general, lo cual era en última lo más elevado a lo que podía aspirarse según el peculiar círculo sorrentino que habían formado²¹². Incluso afirmó que se había reconciliado con la filología y albergada nuevos proyectos filológicos para su regreso a Basilea²¹³

La bonanza de los primeros tiempos en Sorrento duró hasta enero, momento en el cual, como era habitual en él, se recrudecieron sus males. En un primer instante parecía que estaba todo controlado, en parte debido a las pruebas con un nuevo tratamiento, o al menos así informaba a casa:

Ahora estoy mejor, he encontrado alivio en una cura de inhalaciones que he llevado a cabo durante cinco semanas de forma continuada; quizá en toda la afección haya jugado un papel un catarro de cabeza. Inspirar mucho es ahora mi remedio.²¹⁴

Pero el nuevo ensayo terapéutico no surtió efecto, como era de esperar, y en seguida los ataques aumentaron en intensidad, obligándole a acudir a los médicos de Nápoles:

Me encuentro de nuevo muy mal, casi desesperado. Ha habido días como los de la Navidad del año pasado. En el plazo de una semana he guardado cama en dos ocasiones con fuertes dolores. - «Palpitar» no expresa suficientemente el estado de mis ojos. Soy *incapaz* de leer, las palabras se me convierten en grumos.

Consultado sobre el particular, el profesor Schiess lo encontró preocupante caso de que no remitiera pronto; me aconsejó buscar una segunda opinión en Nápoles. (La Universidad de Nápoles tiene una excelente facultad de medicina.) Estuve allí y visité al más famoso doctor, el profesor Schrön; y ahora recibo de nuevo un tratamiento como es debido. Si en tres meses no aparecen nuevos síntomas, tengo que volver. Todos los remedios actúan muy lentamente dado el avanzado estado de mi dolencia de cabeza. La explicación del catarro de cabeza no era buena, ahora es cuando sé exactamente cuál es la naturaleza de mi mal. ¡La primera consulta y el primer examen exhaustivo y escrupuloso!.

Sorrento es perfecto para la curación; con merecida fama de lugar especialmente indicado para la cura de *ojos*.²¹⁵

212 *Op. cit.* pág. 384.

213 NIETZSCHE, F., *Correspondencia*, vol. III, carta 581 (a Cosima Wagner, 19 de diciembre de 1876).

214 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 587 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 8 de enero de 1877).

215 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 597 (a Franziska Nietzsche, 18 de febrero de 1877).

Cada vez que descartaba un diagnóstico y un tratamiento creía que había dado con la verdadera dolencia, y se aferraba a la esperanza de curación que se le ofrecía siempre que tenía ante sí una nueva posibilidad (ahora estaba ante un nuevo tratamiento dietético y friegas de cabeza con narceína y bromuro de sodio). Y parecía que esta vez las esperanzas no eran descabelladas, puesto que el doctor Schrön había afirmado que esta clase de dolencias crónicas a veces desaparecían sin más y sin dejar secuelas²¹⁶, aunque bien pronto se vió que en el caso de Nietzsche no había ningún amago de curación por el momento. Lo que no contó a sus familiares y sólo confesó a Malwida es que la alternativa a la curación total según el doctor Schrön era la pérdida progresiva de las funciones cerebrales, hasta quedar reducida al estado vegetativo.

En abril la comunidad quedó reducida a Malwida y el propio Nietzsche, debido a la partida de Rée y Brenner, quedando sin nadie que le pudiera leer (hasta el momento lo había hecho Rée) y con menos conversaciones profundas posibles (era Rée el que mejores motivos para pensar le inspiraba, dada la afinidad de carácter y de temáticas de los dos). A partir de ahora, la estancia en Sorrento se convertiría en una búsqueda de esposa para Nietzsche por parte de Malwida, quien le persuadió para que buscara a alguien que cuidara de él y también de que tal vez la cura a sus males pasaba por el matrimonio (algo que también el doctor Schrön le había recomendado). En cualquier caso, la nueva situación agobió sobremanera a nuestro hombre, por lo que abandonó la estancia sorrentina cuatro semanas después que sus amigos, el 8 de mayo, para dirigirse a los Alpes y someterse a una cura en el balneario de Bad Ragaz, situado en un valle. El viaje, que durante una parte se realizó en barco bajo una tormenta, fue poco menos que una tortura para él, ya que a las molestias habituales se sumó el malestar provocado por el temporal²¹⁷. Además de la nueva situación tras la marcha de sus compañeros, la huida de Sorrento estaba motivada en buena parte por su situación de salud, empeorada por el aumento de la temperatura primaveral. Con ello, ponía en marcha el movimiento que será continuo a partir de ahora en busca de un clima óptimo para su salud, que parecía resentirse con los inviernos demasiado fríos y los veranos cálidos en exceso: en verano viajaba hacia los Alpes, y en invierno a regiones mediterráneas.

Sea como fuere, la experiencia sorrentina le había convencido, parece que definitivamente, de que debía abandonar su cátedra en Basilea:

La salud está cada vez peor, tanto que debo partir rápidamente, he estado en cama tres

216 Según informaba Paul Rée a la hermana de Nietzsche en una carta del 20 de febrero.

217 El relato pormenorizado del viaje se encuentra en *op. cit.*, carta 615 (a Malwida von Meysenbug, 13 de mayo de 1877),

días. Mañana salgo en barco, quiero intentar una cura en Pfäfers, cerca de Ragaz. Las cartas por favor a Ragaz, oficina de correos. Es *impensable* que en otoño retome mis lecciones: ¡así es! Ayúdame por favor y dime a quién (y con qué título) he de dirigir mi solicitud de *dimisión*. Que quede de momento como tu secreto, la decisión no me ha resultado fácil, pero la señorita v. M<eyesenbug> la tiene por absolutamente necesaria. Debo prepararme quizá para soportar mi dolencia todavía durante años.²¹⁸

Esta misiva fue recibida con preocupación en Basilea, tanto que Overbeck se decidió a visitarlo a finales de mayo en el balneario para comprobar el estado del joven profesor. Mientras tanto, Nietzsche se dedicaba a seguir una cura de baños durante cuatro semanas, sin demasiados buenos resultados, lo cual motivó que se trasladara por recomendación de los médicos de nuevo a Rosenlaubad, a mayor altura respecto a Bad Ragaz. Allí, en paralelo a una leve mejoría, reconsideró el asunto de la cátedra, e hizo planes de nuevos cursos para el semestre de invierno siguiente, con la condición de que se le dispensara de las clases en el *Pädagogium*, lo cual le fue concedido. La estancia en el balneario transcurrió entre los acostumbrados paseos por bosques y montañas, baños y soledad (había momentos en que era el único huésped del hotel). El estado de ánimo de Nietzsche mejoró, aunque acusaba algunos cambios de tiempo:

El lugar, el entorno y el servicio son muy buenos. Aire suave y agradable de la mañana a la noche. Pero he de tener cuidado con los grandes paseos, ya los he pagado en dos ocasiones (pasaron dos días antes de que me recuperara un poco: insomnio y gran agotamiento nervioso). Cada vez que amenaza tormenta tengo dolor de cabeza. ¿Tal vez no estoy todavía lo suficientemente alto? (algo más de 4000 pies). Estoy *muy* solo, aunque por aquí pasan algunos ingleses: a la larga la estancia ha de ser beneficiosa. Es *mi* tipo de naturaleza.²¹⁹

Poco a poco iba conociendo la rutina de sus transtornos, y aprendió lo que le beneficiaba y lo que le perjudicaba, al mismo tiempo que intuía ya que tendría que buscar un lugar más alto que le sentara mejor y en el cual refugiarse en verano. Por el momento, Rosenlaui le venía bien para sentir que su ánimo se elevaba de nuevo y afrontar el retorno a la docencia. La tranquilidad le ayudó a serenarse y a ordenar todo lo vivido durante aquel año sabático, que ya tocaba a su fin. Incluso a retomar el interés por la docencia, aunque creía saber bien que era ella la que le había enfermado y que no

218 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 612 (a Franz Overbeck, 7 de mayo de 1877).

219 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 628 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 25 de junio de 1877).

podría aguantarla por mucho tiempo, puesto que los ataques no cedían (más bien lo que cambiaba era su actitud respecto a ellos, la voluntad de no dejarse abatir frente a la más completa desesperación):

Está cada vez más claro para mí que el exceso de *energía* que he tenido que emplear en Basilea es por lo que realmente he enfermado; la resistencia se ha quebrado finalmente. Sé, siento, que hay para mí un destino superior al que representa mi tan respetable posición en Basilea; también que soy algo más que un filólogo, aun cuando pueda hacer también uso de la filología para *mi* superior tarea. «Estoy sediento de *mí*», este ha sido en realidad el tema constante de mis diez últimos años. Ahora, después de un año a solas conmigo mismo, todo se ha tornado absolutamente claro y evidente (-no puedo expresar cuán pleno, cuán creativo me siento, *a pesar* de todos los sufrimientos, tan pronto me dejan solo -), le digo ahora que también con conocimiento de causa que no regreso a Basilea para *quedarme*. Como se podrá imaginar no lo sé con seguridad; pero mi libertad (-aunque las condiciones externas sean tan precarias como quiera que sean -), esa libertad, la conquistaré.²²⁰

Antes de acabar el año de pausa todavía tuvo tiempo para realizar un viaje de unas semanas a Lucerna para celebrar el cumpleaños de su hermana (el 10 de julio), repleto de visitas y en el que casi coincidió con los Wagner (se alegró de no haberlos visto, puesto que “*La cercanía con los Wagner no está indicada para enfermos*”²²¹). Tras él, regresó a Rosenalubad, con el fin de aprovechar los últimos días del verano alpino antes del regreso a Basilea y a las obligaciones, programado para el primero de septiembre.

6.-Fin del período docente.

Ya en Basilea, antes del inicio de las clases (que era en octubre), tuvo tiempo de arreglar sus papeles y de hacer varias visitas, todo ello en medio de los ataques de rigor, que, como una señal de que allí estaba a disgusto, no le abandonaron durante los primeros días de regreso. También hubo tiempo para un nuevo examen médico, esta vez a cargo del doctor Otto Eiser en Frankfurt. Nietzsche había conocido al doctor Eiser en el verano, y rápidamente entablaron amistad, puesto que Eiser conocía algunas obras suyas y le manifestó su admiración por ellas. Nietzsche, a cambio, le confió sus males y se puso en sus manos. El diagnóstico de Eiser fue que el tratamiento emprendido en

220 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 661 (a Marie Baumgartner, 30 de agosto de 1877).

221 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 629 (a Elisabeth Nietzsche, 29 de junio de 1877).

Nápoles era insuficiente (en realidad, dadas las no muy buenas relaciones entre Nietzsche e Immermann, el médico de Basilea, nunca se le había hecho un examen exhaustivo y completo), y le hizo nuevos exámenes y prescripciones, emplazándole para que acudiera a su consulta en Frankfurt, donde le realizaría un examen más minucioso, el cual incluía la revisión de los ojos a cargo del oftalmólogo doctor Krüger. El estudio arrojó un nuevo diagnóstico: el problema principal ahora eran los ojos, las retinas en concreto, siendo los dolores de cabeza y demás molestias una consecuencia del trastorno ocular. El tratamiento no consistió en ninguna cura milagrosa, como en otras ocasiones, sino que hizo hincapié en cuestiones de hábitos de vida combinada con algunos fármacos (quinina y narcóticos), lo que a buen seguro agradó a Nietzsche. Así lo registró el doctor Eiser en sus informes:

[...]evitar absolutamente leer y escribir durante varios años... apartarse de todo estímulo luminoso fuerte... Evitar cualquier esfuerzo corporal y espiritual extremo. Intercambio metódico de trabajo y descanso. Cuidadosa vigilancia de las digestiones... para lo que han de evitarse las comidas picantes de difícil digestión, y, sobre todo, las bebidas excitantes (como café y té fuertes, vinos de mucho cuerpo, etc.) De lo dicho se sigue también que hay que evitar cuidadosamente todos esos llamados endurecimientos, sea por vestidos o por sombrero excesivamente ligeros, por una temperatura de la habitación excesivamente baja, por exagerados ejercicios de andar o incluso por experimentos hidroterapéuticos.²²²

Algunas de estas pautas ya habían sido probadas por Nietzsche, e intentaba seguirlas en la medida de lo posible. La más problemática de todas era la de estar varios años sin leer ni escribir, puesto que su tarea, tanto como docente como pensador, dependía enormemente de la lectura y la escritura. Ya hemos visto como en los momentos más agudos disponía de la ayuda de sus amigos, que le leían y escribían por él. En el futuro, Heinrich Köselitz (o Peter Gast, según el nombre que Nietzsche le puso) sería quien con mayor empeño se dedicaría a la tarea de secretario, lector y amanuense, aunque en ningún momento pudo evitar ser él mismo quien escribiera algunos de sus textos. En ello hemos de ver una de las causas principales del peculiar estilo aforístico del que hizo gala a lo largo de su quehacer filosófico.

Incluso Wagner, apercebido acerca del estado de salud de Nietzsche gracias a los amigos comunes, se interesó en una carta al doctor Eiser por el diagnóstico de su amigo.

222 Tomado de JANZ, Curt Paul. Friedrich Nietzsche, 2. *Los diez años de Basilea (1869-1879)*. págs. 412-413.

En el intercambio epistolar que siguió, el músico expresó sus temores acerca de un origen sexual del mal de Nietzsche, posibilidad que el médico no negó en ningún momento, estableciendo así el abono sobre el que crecerían las hipótesis de algunos estudiosos en torno a un origen sifilítico de la enfermedad de Nietzsche. Sea como fuere, el propio Nietzsche no tuvo conocimiento de este intercambio de cartas entre su médico y Wagner hasta 1882, y lo que llegó a su conocimiento no era del todo cierto. Debido a ello, las maltrechas relaciones entre él y Wagner (que ya estaban reducidas al protocolo y a las cartas de compromiso) se rompieron del todo, dejando en Nietzsche la semilla que germinaría en los últimos meses de cordura como *El caso Wagner*.

El retorno a las clases iba a ser, de entrada, una vuelta a la rutina de los años previos, con clases en la universidad y en el *pädagogium*. Pero en vista del diagnóstico y el tratamiento del doctor Eiser y de que su salud no mejoraba, tuvo que pedir una nueva dispensa de las clases en el *Pädagogium*, la cual le fue concedida, no sin ciertas reticencias. En la petición hizo un breve resumen de su situación, y advertía de que era probable que tuviera que acabar renunciando a dar clases también en la universidad:

Después de un año de haber tratado de recuperar mi salud por medio de todos los cuidados y remedios imaginables – gracias al favor que se me hizo concediéndoseme este permiso –, desgraciadamente debo confesarme a mí mismo al término de este periodo que no he logrado en absoluto este fin; así, un cuidadoso examen hecho recientemente por tres médicos, me ha deparado la triste certeza de que me amenaza un peligro muy grave, sobre todo en lo que respecta a mi vista y que debo decidirme a tomar medidas mucho más drásticas. Los médicos son unánimes en la exigencia de que tendría que mantenerme absolutamente alejado por varios años de la lectura y la escritura; remito al respecto al memorándum adjunto que redactó el doctor en medicina Eiser en Fráncfort d/M, tras consultar con los tres doctores mencionados. Si añadido a esto que los dolores de cabeza me roban uno o dos días por semana, me veo obligado, para poder cumplir únicamente en alguna medida con mis obligaciones académicas este invierno, a solicitar a la Autoridad Superior de Educación la prolongación de la dispensa de mis obligaciones docentes en el *Pädagogium*; con la reserva, para mí altamente probable, de tener que verme obligado a ulteriores decisiones con respecto al conjunto de mi labor docente aquí.²²³

Al final se le exoneró totalmente de las clases en el *Pädagogium* en febrero del año siguiente, tras nuevos informes de los médicos y el propio estado de Nietzsche, que

223 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 670 (a Carl Burckhardt, 17 de octubre de 1877).

no presentaba ninguna mejoría, a pesar de las esperanzas creadas por el doctor Eiser, quien tras su diagnóstico de un mal ocular había supuesto que en algún momento habría alguna remisión de sus males (estas esperanzas eran las que le impedían presentar la dimisión de todas las obligaciones docentes).

Además, tuvo que afrontar algunas pérdidas importantes en su entorno más cercano. En primer lugar, Heinrich Köselitz, el que había sido su fiel lector y escribano, se marchó a Venecia. También la hermana, con la que había estado conviviendo desde 1875, regresó a Naumburg para cuidar de la madre. Además, murió el compañero de la aventura sorrentina Albert Brenner en medio de grandes sufrimientos, hecho que afectó mucho a Nietzsche. De este modo, perdió tres grandes referentes a la hora de desempeñar una vida soportable en Basilea. La soledad, tan loada y a veces buscada, se iba acentuando poco a poco de forma opresiva. También se acentuaba la carrera hacia la filosofía, con la aparición en mayo de 1878 de *Humano, demasiado humano*, su primera gran obra con la que rompe con todo lo que hasta el momento había estado haciendo, con nuevos problemas, nuevas soluciones y, sobre todo, un alejamiento de lo filológico y lo wagneriano muy marcado (hasta el momento, las obras aparecidas seguían de un modo u otro la estela de sus intereses como filólogo y las doctrinas schopenhaueriana y wagneriana). La ruptura definitiva con la filología estaba más cerca, y ya no había lugar para más amagos ni avisos como los que hemos comentado hasta el momento. Ya hacía tiempo que el filólogo Nietzsche, la joven promesa, había muerto. Pero hacía falta la desvinculación total, el abandono de la docencia, que tardaría todavía unos meses en producirse, debido, cómo no, a un nuevo desplome de su salud.

Entre tanto, *Humano, demasiado humano*, que fue concebido con la esperanza de cosechar un gran éxito, sólo acumuló críticas, algunas de ellas venidas desde sus amigos, que recibieron con sorpresa aquel extraño texto escrito a base de aforismos y con concepciones que chocaban con muchos de los valores que defendían. Especialmente significativa fue la indignada recepción de los Wagner, certificando la ruptura entre ambos genios. Debido a ello, el libro cosechó un estrepitoso fracaso editorial, todo lo contrario a lo que Nietzsche esperaba, dado el creciente círculo de admiradores, y también de alumnos que acudían a sus cada vez más mediocres clases (reducidas a temas ya tratados en otras ocasiones y cada vez más colaterales respecto a la filología).

En lo referente a la salud, todo seguía igual que en los últimos meses, con frecuentes ataques y un “estado permanentemente convulso de salud”²²⁴. En cuanto

224 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 680 (a Carl Burckhardt, 11 de febrero de 1878).

pudo disfrutar de unas vacaciones, en marzo de 1878, huyó de Basilea en dirección a un balneario, como había hecho ya en otras ocasiones. Esta vez el lugar escogido fue Baden-Baden, donde intentó abandonarse a la soledad y a los paseos. Sin embargo, la excitación por la publicación de *Humano, demasiado humano* y el mal tiempo no jugaron a su favor, por lo que las quejas respecto a la salud salpican toda la correspondencia de este mes. No obstante, refería estar algo mejor que en Basilea, aunque no todo lo bien que él querría estar. Al final, el escaso resultado de la cura lo achacó a los tratamientos propuestos por los médicos (que no ahondaban en lo que él creía que era el camino correcto) y al poco tiempo que había podido estar allí:

La cura ha sido demasiado breve en total, por lo demás, el agua fría fue algo secundario, lo que resulta *eficaz* es estar solo y pasear, que es lo que me señala una y otra vez el instinto. Al menos – aquí voy *tirando*, mientras que el invierno de Basilea me oprime como una pesadilla – y su recuerdo me sigue agobiando.²²⁵

La situación era tan dramática que se obligaba a no mantener relaciones con otras personas, y, si eran imprescindibles, exigía que las conversaciones (amistosas) no duraran más de media hora, puesto que si se excedían acababa pagándolo en forma de uno de sus ataques de cefalea, vómitos y extrema fatiga²²⁶. El inicio del semestre de verano y la vuelta a la rutina le reportó una ligera mejoría, y con ella de nuevo las ganas de seguir adelante, la sensación de haber encontrado el camino a seguir (que se tambaleaban con cada exacerbación de sus males) y el tono optimista en las cartas. Esta situación se iba a prolongar hasta el verano, hasta las siguientes vacaciones, que pasó de nuevo en las alturas de los Alpes, en Grindenwald. Allí llegó huyendo de una ola de calor en Basilea. Esperaba encontrar un clima algo más suave, pero lo que encontró fue un tiempo fluctuante y ventoso que no le hacía ningún bien, lo cual motivó que se trasladara a Interlaken, donde permaneció hasta mediados de septiembre con un régimen de vida similar al que había desarrollado en la primavera en Baden-Baden (paseos, soledad, baños, dieta...), sin que ello se tradujera en ningún progreso hacia la salud. Incluso barajó la posibilidad de volverse a poner en manos de los médicos²²⁷, algo que Nietzsche sólo hacía, como hemos visto, en casos desesperados, cuando no veía ya ninguna salida.

La naturaleza fluctuante del mal que padecía Nietzsche le conducía a una

225 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 706 (a Franz Overbeck, 3 de abril de 1878).

226 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 709 (a Ernst Schmeitzner, 14 de abril de 1878).

227 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 746 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 25 de agosto de 1878).

montaña rusa de sensaciones, en la que se iban alternando momentos de depresión con otros de franca euforia. En cuanto notaba una leve mejoría, las esperanzas respecto a la idoneidad del nuevo ensayo terapéutico y la cura final le invadían, y aprovechaba para contarlo a todos sus amigos. Igualmente, cada nueva crisis era recibida con la decepción del que ve que las enormes esperanzas que albergaba eran falsas una vez más. Y también lo comunicaba a todos sus interlocutores en las cartas. Por eso la lectura de su correspondencia es un continuo vaivén de testimonios favorables y desfavorables, donde un día podemos encontrarnos la euforia y al día siguiente el pesimismo. Un claro ejemplo de ello lo encontramos en septiembre de 1878, mes en el cual experimentó cierta mejoría en los primeros días, pero que luego, a partir de la mitad, empezó a padecer de un modo extremo sus habituales achaques. Fueron tan fuertes que tuvo incluso que suspender algunos de sus frecuentes viajes (lo cual es sintomático de lo mal que estaban las cosas, ya que estaba acostumbrado a que sus traslados fueran acompañados de dolores y molestias).

La situación al inicio del semestre de invierno de 1878-79 era muy precaria para Nietzsche: más solo que nunca, más enfermo que nunca y menos dispuesto que nunca a proseguir con sus actividades habituales. Las clases se vieron interrumpidas en numerosas ocasiones, faltando a ellas muchos días. Los ataques se sucedían y se prolongaban más de lo acostumbrado (en una carta a su madre y su hermana el 21 de octubre²²⁸ habla de nueve días seguidos de dolor de cabeza), y ni siquiera le dejaron acabar el semestre, puesto que tuvo que abandonarlo una semana antes de que concluyera. Por ello sentía en él un ansia especial de libertad, unas ganas de liberarse de todo lo que le oprimía, que entonces era su trabajo y su enfermedad:

Ay, estimada señora, ocurrió como me imaginaba: un domingo de dolor infernal tras nuestra agradable tarde, que me regaló su bondad y me permitió mi salud. Con posterioridad quiero confesarle que pasó exactamente lo mismo tras mi vista en septiembre: tuve que aplazar mi llegada a Zúrich y permanecer en cama. ¡Ya ve qué desgraciado es su amigo, cuán esclavo de su cuerpo, y porqué está tan sediento de libertad espiritual!²²⁹

Las circunstancias le obligaban a endurecer su régimen de vida, a establecer una estricta rutina y aislamiento, y cada vez que se la saltaba o que introducía algún pequeño cambio (incluso las más nimias variaciones climáticas parecían afectarle), lo tenía que

228 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 763

229 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 765 (a Marie Baumgartner, 28 de octubre de 1878).

pagar con ataques cada vez más terribles. La correspondencia se espaciaba (y en muchas ocasiones las cartas tenían que ser dictadas) y se abreviaba, y en casi todas las misivas había alguna referencia a su estado de salud y a las molestias que la enfermedad le provocaba.

El inicio del año 1879 trajo consigo una infección en una uña que le obligaba a ir a la clínica todos los días para que se la curaran, lo cual se sumó a los ataques. Todo ello en el ambiente opresivo de Basilea, lleno de obligaciones, malos recuerdos, y una soledad cada vez más acentuada. Ni siquiera pudo contar con el alivio de la visita navideña al hogar naumburgués. Aunque ya hemos visto que las navidades no eran la mejor época del año para la salud de Nietzsche, al menos la pasaba en un ambiente familiar y bajo los cuidados de su madre y de su hermana, algo que este año echó mucho de menos, puesto que se hallaba ante el peor invierno que había vivido hasta el momento. Las cefaleas eran casi diarias, y si no le dolía la cabeza tenía alguna otra molestia. A pesar de ello, el estómago parecía no darle problemas, y ello, según su creencia, gracias al régimen que seguía:

[...] quiero contestar de inmediato en vista de que hoy es *posible*. En *tres* días no he podido escribir una sola línea, otra vez muy mal, la semana entera también mal, pese a la suspensión. Ahora debo volver a mejorar. Las clases, sin embargo, me obligan a pensar demasiado, no hago otra cosa; *jamás* he vivido un invierno tan *en función* de la tarea de recobrar la salud; por eso está siendo muy instructivo para mí. Con el estómago he tenido un éxito rotundo. Pero el dolor de cabeza va en aumento, los *calambres* (que me obligan a medio cerrar el ojo derecho durante *muchas* horas) se extienden en los peores días por todo el cuerpo. - No quiero escribir más, que todo lo pago caro.²³⁰

A pesar de lo desesperado de su situación, sorprende en este fragmento que diga que el invierno estaba siendo instructivo. Lo era porque ya hemos visto cómo la enfermedad tenía para él un carácter de reto, de algo que afrontar y que superar, que hacer propio y vencer (o vencer haciendo propio). Por eso cada nuevo día que podía seguir con sus tareas a pesar de los dolores y las molestias era una pequeña victoria, la ganancia de un margen para ir probando nuevas posibilidades de vencer a la enfermedad de forma definitiva. Pero ella iba ganando y ya no le dejaba mucho margen para la esperanza. Tanto que llegó a hacerle temer por un desenlace inmediato:

230 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 802 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 9 de febrero de 1879).

Hubo una noche en la que pensé que no iba a sobrevivir.²³¹

Así las cosas, se imponía tomar una decisión respecto a su futuro. Las alternativas que barajaba eran varias: traslado a Venecia junto a Köselitz (desechado dado el pésimo estado de salud), una cura en un balneario (algo que deshechó al ser persuadido de que su enfermedad no era susceptible de ser tratada en ningún balneario), un descanso de cinco años... Al final, de forma provisional, se trasladó a Ginebra en las vacaciones previas al semestre de verano, con la única compañía del dolor de cabeza y las molestias estomacales, que habían regresado. Allí permaneció durante unas semanas, en las que cambió de hotel en varias ocasiones, en busca de una tranquilidad que ya no podía hallar en ninguna parte, en Basilea menos que en ningún otro lugar:

Sí, querido amigo, tienes razón, y volvería de inmediato si no tuviera *basileofobia*, ¡un verdadero miedo y aversión al agua mala, al aire malo y a toda la atmósfera deprimente de ese insano foco de mis males! Por lo que creo que debo aguantar donde estoy: poco a poco he ido recreando todas las condiciones de mi estancia en Baden, pongo todo mi pensamiento en esa tarea, dedicar las vacaciones a la salud.²³²

Nietzsche sabía muy bien que el origen de buena parte de sus problemas estaba en Basilea, en el aire de la ciudad y la acumulación de obligaciones que allí tenía, o al menos así lo creía. Por tanto, cada vez que había alguna pausa en las clases (Navidad, Pascua, vacaciones), aprovechaba para irse. En los últimos años había dedicado estos recesos a diversas curas, ninguna de las cuales había surtido efecto. Y ahora la situación era dramática y no prometía nada bueno para el regreso a las clases, previsto para el 15 de abril. Aunque volvió a Basilea para el inicio del nuevo semestre, no llegó a empezarlo, puesto que los médicos y la salud hicieron que, finalmente, presentara su dimisión tras varios años de ganas de dejarlo y de titubeos y tentativas:

El estado de mi salud, por cuya causa he tenido que dirigirme a usted con una petición ya en más de una ocasión, me hace dar hoy el último paso y expresar el ruego de que se me permita retirarme de mi puesto de docente en la Universidad. Los dolores de cabeza, que han ido en aumento hasta hacerse extremos, las cada vez mayores pérdidas de tiempo que sufro por ataques de entre dos hasta seis días, la considerable disminución de mi facultad de visión, que ha sido constatada recientemente (por el

231 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 814 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 9 de marzo de 1879).

232 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 832 (a Franz Overbeck, 3 de abril de 1879).

señor profesor Schiess), y que apenas me permite leer y escribir sin dolor por espacio de veinte minutos – todo ello en conjunto me obliga a admitir que ya no puedo cumplir con mis obligaciones académicas y que a partir de ahora ya no puedo desempeñarlas en absoluto, después de haber tenido ya que permitirme en los últimos años diversas irregularidades en el cumplimiento de esos deberes, con gran pesar en cada ocasión. [...] tampoco puedo contar en breve con una mejoría del estado de mi dolencia de cabeza, dado que desde hace años he hecho intento tras intento para acabar con ella y he regulado mi vida de la forma más estricta, con renunciaciones de todo tipo – en vano, como hoy, cuando ya no tengo ninguna fe en poder soportar mi afección por más tiempo, debo confesarme a mí mismo.²³³

El 30 de junio las instituciones basilesas aceptaron la dimisión, concediéndole una pensión durante seis años (que fueron prorrogados) con la que pudo vivir sin demasiadas dificultades y satisfacer de forma definitiva el impulso de dedicarse más a la filosofía que a otras disciplinas. Nietzsche ya hacía unas semanas que se había marchado de la ciudad para no regresar, embarcado de nuevo en una gira por los Alpes en busca de un lugar que resultara beneficioso para su maltrecha salud, el cual creyó encontrar en St. Moritz en Graubünden, en la región suiza de la Engadina. Allí, si bien su salud no mejoró, encontró un ambiente en el cual sus males se le hacían más livianos, más fáciles de soportar, lo cual en su estado ya era un cambio importante:

No obstante, St. Moritz es el lugar *adecuado* para mí. Estoy muy enfermo, me he pasado cuatro días en cama, y cada día tiene su historia de miseria -¡y sin embargo! Aguanto mejor aquí que en *cualquier otro sitio*. Para mí es como si hubiera estado largo, largo tiempo buscando, y finalmente hubiera encontrado.

Ya no pienso en absoluto en ninguna mejoría, de curación ni hablamos. Pero *poder aguantar* ya es mucho, tú sabes a lo que me refiero.²³⁴

No le bastaba con albergar ideas importantes, sino que necesitaba de un lugar adecuado, una naturaleza propicia para engendrarlas, un ambiente que le colocara en un estado de ánimo adecuado para la creación del pensamiento, algo que será importante para el futuro, pero que también nos da una idea de lo que Nietzsche esperaba de la filosofía, de su filosofía: algo que fuera más allá de la mera razón, algo orgánico, entremezclado con la figura del pensador y sus estados íntimos. Por eso mismo también perseguía un estilo de vida, un modo de dirigirse en los asuntos cotidianos que le

233 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 846 (a Carl Burckhardt, 2 de mayo de 1879).

234 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 862 (a Elisabeth Nietzsche, 6 de julio de 1879).

concediera el temple filosófico, el que mejor adaptara su maltrecha vida a las necesidades del pensamiento (el régimen dietético, como ocurría desde hacía tiempo, era una de sus obsesiones, e incluso empezó a solicitar a su madre y hermana que le enviaran productos de Naumburg). No se trataba tanto de recuperar una salud perdida y volver a un estadio anterior de tranquilidad, sino de conseguir que la enfermedad no le venciera y le permitiera extraer las gemas del pensamiento que creía albergar en su interior. En resumen, su anhelo era que la enfermedad, presente o no, no le impidiera desempeñar su misión, que no le dejara llegar a ser quien era.

7.-Tocando fondo.

La aceptación de la dimisión y la concesión de una pensión desahogada facilitaron, a buen seguro, la sensación de alivio que no se cansó de expresar con euforia en las cartas del principio del verano de 1879, al mismo tiempo que empezó a pensar en planes para el invierno, momento en el que sabía que tendría que ir a buscar un clima más benigno que el de la alta montaña suiza. Las opciones eran varias: Italia (Venecia o Nápoles), Berlín..., pero siempre cerca de alguno de sus amigos, de aquellos a los que sentía más cerca (Köselitz en el caso italiano, Rée en el berlinés). También la soledad pudo contribuir, puesto que alquiló una habitación particular en la que contaba con todas las comodidades y la posibilidad de prepararse sus comidas. Los hoteles y residencias, en los que podía alternar con otras gentes, fueron quedando poco a poco atrás. Pero como ya hemos visto, la querencia nietzscheana por la soledad tenía más de pose que de realidad, y pronto se encomendaba a sus amigos para que le vinieran a hacer visitas (las cuales, dada su excitabilidad, culminaban en terribles ataques, como cuando Franz Overbeck le visitó a finales de julio de 1879). Porque aunque pocos, mantenía un núcleo de amigos a los que contaba sus desventuras con los editores y la salud, a los que confesaba sus planes y a los que pretendía hacer cómplice de sus aventuras médicas.

Aunque el inicio del verano aportó algunas esperanzas, reducidas más a una mayor capacidad de sobrellevar la enfermedad que a una mejoría real, a partir de agosto los testimonios epistolares volvieron a adoptar un tono sombrío. Informaba de ataques más frecuentes y duros de soportar, y también empezó a expresar cierta inquietud respecto al lugar en que se encontraba y la necesidad de trasladarse, a pesar de que los viajes conllevaban problemas de salud en casi todas las ocasiones. Asimismo, relataba sus nuevos ensayos con el tratamiento: baños, curas con agua, nuevas combinaciones dietéticas..., todo para nada, porque los relatos de los sucesivos ataques son frecuentes y

casi el monotema de esta época. Tanto, que la muerte se convirtió en una amenaza cada vez más tenida en cuenta:

Ahora yo, en la mitad de la vida, estoy tan «rodeado por la muerte» que puede atraparme en cualquier instante; dada la naturaleza de mi mal, debo pensar en una muerte *repentina*, por convulsiones (aunque yo preferiría cien veces una lenta y lúcida, durante la cual se pudiera aún hablar con los amigos). Ahora me siento al respecto como el más viejo de los hombres; pero también porque *he completado* la obra de mi vida. Una buena gota de *aceite* ha sido vertida a través de mí, eso lo sé, y no caerá en el olvido²³⁵

La mención a la mitad de la vida no es aquí un asunto menor, puesto que en esos instantes Nietzsche contaba con treinta y cinco años, y estaba a punto de cumplir los treinta y seis, que era la edad a la que murió su padre²³⁶. Dada la cercanía de dicha edad y la relativa similitud de los síntomas que padecía respecto a los del progenitor, no es de extrañar que la idea de la muerte estuviera más presente que nunca en sus pensamientos²³⁷. Además, Lord Byron murió a esa misma edad, y treinta y seis años eran los que tenía Hölderlin cuando acabó en el manicomio, y tanto Lord Byron como Hölderlin eran dos personajes a los que Nietzsche admiraba. Llegó a resignarse ante la idea de que le quedaba poco tiempo, a pesar de lo cual y de todos los sufrimientos que llevaba padeciendo desde hacía tanto tiempo, no se veían reflejados en su obra ni en su estado de ánimo, algo de lo que se sentía orgulloso:

Hasta el momento, mi ánimo todavía no está abatido por los sufrimientos incesantes y penosos, a veces me parece incluso como si me sintiera más alegre y benévolo que en toda mi vida anterior: ¿a *quién* tengo que atribuir este efecto fortificante y

235 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 880 (a Heinrich Köselitz, 11 de septiembre de 1879).

236 Franz Overbeck, en sus memorias en torno a Nietzsche (*La vida arrebatada de Friedrich Nietzsche*), afirma que los comentarios en torno a la relación de sus síntomas con los de su padre los hacía con cierta ligereza, con candor y “frivolidad indolente” como si no se los tomara muy en serio o fueran más bien una impostura dramática del propio Nietzsche. Es más, sostiene que, al menos hasta la irrupción de la locura, tuvo serias dudas acerca de la enfermedad de Nietzsche, la cual creía fingida (dada la naturaleza cambiante e irregular de sus ataques).

237 Así lo contó en *Ecce homo*:

“Mi padre murió a los treinta y seis años: era delicado, amable y enfermizo, como un ser destinado tan sólo a pasar de largo, - más una bondadosa evocación de la vida que la vida misma. En el mismo año en que su vida se hundió, se hundió también la mía: en el año trigésimo sexto de mi existencia llegué al punto más bajo de mi vitalidad, -aún vivía, pero no veía tres pasos delante de mí. Entonces – era el año 1879 – renuncié a mi cátedra de Basilea, sobreviví durante el verano, parecido a una sombra, en St. Moritz, y el invierno siguiente, el invierno más pobre de sol de toda mi vida, lo pasé, *siendo* una sombra, en Naumburgo. Aquello fue mi *minimum*.”

Ecce homo. Alianza editorial. Págs. 25-26.

perfeccionante? A los hombres *no*, dado que, con poquísimas excepciones, todos se han «escandalizado de mí» en los últimos años, y así me lo han hecho saber sin ambages. Lea usted, querido amigo, este último manuscrito y pregúntese en todo momento si, con todo, hay rastros de sufrimiento y angustia; *no lo creo*, y esta creencia es ya un signo de que en estas opiniones debe haber *fuerzas* ocultas y no devanecimientos y cansancio, que es lo que buscarán cuantos me tienen antipatía.²³⁸

A parte de las referencias a sus detractores y a las gentes que le habían ido dando la espalda a lo largo de los años, Nietzsche expresa la idea de que sus pensamientos poseen una fuerza que le permite a través de ellos sobrepasar la enfermedad y transmitir una vitalidad que no era posible hallar en su día a día. Lo que se insinúa es que la misma enfermedad es la que le llevaba a volcar cierto optimismo y luminosidad para contrarrestar la oscuridad de su vida cotidiana. La enfermedad le había exprimido, pero precisamente gracias a ello se había podido vertir una interesante gota de aceite que él legaba a la posteridad, con la cual aderezar la existencia futura del ser humano. El pensamiento se presentaba así como refugio para el doliente, como el lugar en el cual encontrar todo lo que la vida le negaba.

El invierno se presentaba difícil, lo cual motivó que se refugiara en Naumburg, en la casa familiar, en lugar de emprender la búsqueda de algún lugar propicio (a la orilla del Mediterráneo, como ya había intentado en otras ocasiones). Allí pudo disfrutar de los cuidados de su madre, y podía abandonarse a la tranquilidad que su estado precisaba. La intención, como tantas otras veces, era aislarse al máximo del trabajo intelectual y de los amigos (tuvo que renunciar a algunos reencuentros en el mes de septiembre, lo cual le provocó una gran satisfacción) a modo de terapia. De entrada, la estancia en Naumburg le fue beneficiosa y Nietzsche se encontró aceptablemente bien, tanto respecto a sus cefaleas como a sus ojos, lo cual favoreció los trabajos de revisión y publicación de *El caminante y su sombra* (el manuscrito al que se refería en el fragmento epistolar anteriormente citado), que siguieron adelante a pesar de su voluntad de reposar del trabajo intelectual. Incluso llegó a arrendar una parcela para dedicarse a la horticultura a modo de distracción, proyecto que se vio frustrado, como en tantas ocasiones ya había ocurrido y ocurriría en el futuro.

Pero la relativa bonanza no duró mucho, como era de esperar, y en noviembre los informes volvieron a adoptar el tono lúgubre de meses anteriores, relatando jornadas de dolor creciente y esperanzas menguantes. Todos los días estaban acompañados de cefaleas cada vez más insoportables, y sus ojos no iban mejor. Por ello a principios de

238 Ver nota 235.

diciembre planteó una nueva escapada hacia el sur (a Riva, junto al lago Garda), algo que no llegó a realizar hasta el año siguiente, dado el estado de suma debilidad en que se encontraba. Para colmo, el clima no era el que más le beneficiaba: el otoño estaba siendo muy frío y húmedo, tanto en Naumburg como en los sitios a los que podía irse (según le informaba Köselitz, Venecia también estaba padeciendo el rigor del frío). Entretanto, todos los conocidos (tanto los que aún mantenían contacto con él como los que no), estaban al corriente de la enfermedad de Nietzsche, en buena parte por los informes que poblaban todas sus cartas, y algunos de ellos mostraban una preocupación creciente. Incluso circuló el rumor a finales de octubre de que había muerto, lo cual nos da una idea de la desesperada situación en la que se encontraba, y de la que no siempre los relatos epistolares son una buena medida²³⁹.

El punto álgido lo alcanzó en el mes de diciembre, durante el cual los ataques fueron continuos y de una intensidad inusitada. Las navidades, como ya era habitual, fueron especialmente dramáticas, con ataques acompañados de períodos de inconsciencia:

Mi querida hermana, son tiempos tan duros y terribles para mí, como no ha habido otros. El último ataque con *tres* días de vómitos, ayer un desmayo. Nunca había observado un empeoramiento tan *regular* como en los tres últimos meses. El *frío* es muy nocivo para mí. Quiero reunirme con Köselitz en Riva tan pronto como pueda, sigo esperando noticias desde allí. Tu receta no ha surtido efecto desgraciadamente, tampoco la bolsa de hielo. Los baños de pies con mostaza los conozco de sobra de Sorrento, ¡inútil!²⁴⁰

La regularidad del empeoramiento no auguraba nada bueno (en una carta del mismo día a Ernst Schmeitzner calificó su estado de inquietante), a pesar de lo cual él siguió con sus planes de viajar al sur en busca de un clima más benévolo para su salud, algo que no logró hacer hasta el mes de febrero. Había pasado el peor año de su vida en lo tocante a la salud. El 29 de diciembre, en una nueva carta a su hermana, informa de que en 118 días de ese año había padecido ataques graves, lo cual representa una tercera parte del año, y no cuenta los días de ataques más leves. Por ello, no es difícil comprender el estado de ánimo con el que encaraba Nietzsche el año nuevo: esperando

239 Aunque Nietzsche expresa sus quejas con frecuencia, no debemos perder de vista la cuestión estilística ni el afán de no preocupar en exceso. Sólo con los más allegados podemos presumir una mayor sinceridad. Tampoco hemos de obviar el trabajo de la hermana, que hizo desaparecer cartas y fragmentos según la imagen que pretendió erigir de su hermano y su pensamiento.

240 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 918 (a Elisabeth Nietzsche, 28 de diciembre de 1879).

la muerte, que en cualquier momento haría acto de presencia.

8.-Leves esperanzas.

1880 trajo consigo cierta mejoría, y también una agradable visita: Paul Rée, que acudió a Naumburg a mediados de enero. El estado en que encontró a su amigo fue algo mejor de lo que esperaba, y el hecho de que no hubiera seguido empeorando lo interpretó como una señal positiva. Lo único que no le gustó era la dieta que Nietzsche seguía, algo que no logró cambiar, dado el carácter obstinado de él y de su madre, reacios a seguir consejos ajenos y muy dados a buscar los remedios por sí mismos.

La mejor salud le permitió partir hacia Riva en la región prealpina italiana el 10 de febrero de 1880 en busca de un clima mejor y de la compañía de Heinrich Köselitz. El viaje se acompañó del habitual ataque que seguía a cada uno de sus traslados, que esta vez duró dos días. Empezaba así el verdadero camino de la soledad que le permitiría desarrollar su pensamiento. Aunque siempre tuvo la necesidad de sentir a alguien cerca de él (Rée, Köselitz, su madre y su hermana...) procuró a partir de entonces no abusar del contacto humano, sabedor de que le desequilibraba en exceso. Además, el carácter de su mal y su susceptibilidad respecto a los cambios climáticos, que le obligaban a trasladarse con los cambios de estación, impidieron unas relaciones fluidas y continuadas con sus amistades. Como resultado de ello nos hallamos ante una reducción de las visitas y de las amistades, que a menudo quedaban reducidas al intercambio epistolar salpicado de algunos encuentros. Köselitz era una de las pocas excepciones con las que compartió su tiempo, casi el único amigo que mantendría un contacto continuado y una colaboración fructífera, a pesar de haber manifestado en algunas cartas sus reticencias respecto a Nietzsche, con quien mantuvo siempre una relación de maestro-discípulo.

Riva no pareció sentarle muy bien a Nietzsche, según los testimonios de las tres semanas que pasó allí (los ataques volvieron a acrecentarse tras la ligera tregua de enero). El clima lluvioso que encontró no era el óptimo para su estado, y por eso decidió trasladarse a Venecia a mediados de marzo, en busca de espacios abiertos y vistas al mar. Los primeros días invitaron al optimismo, puesto que se sintió muy bien y además el alojamiento y la ciudad le eran gratos. Sin embargo, en abril empezó a llover y a soplar el siroco, y con él las quejas de Nietzsche se acrecentaron. Pero de momento él no se amilanó por la húmeda, cálida y ventosa primavera que halló en Venecia, sino que se la tomó como un nuevo experimento para probar hasta dónde podía aguantar y si a la larga no iba a resultarle beneficioso:

Y aquí hago el experimento, muy necesario, de si un clima decididamente «*depresivo*» (hablando en términos médicos) no sienta mejor a mi cabeza que el excitante, el único probado hasta ahora. Venecia ejerce sobre muchos enfermos de la cabeza una influencia favorable. Tengo muy en cuenta la dieta y el cuidado de la piel y cumplo con ambas lo suficiente; mi estómago no sufre si yo mismo puedo cuidarlo, he hecho sobre mí más observaciones que las que hubiera hecho un médico tras meses de convivencia conmigo.²⁴¹

Toda la historia de la enfermedad de Nietzsche y sus pruebas con distintos remedios dietéticos, su búsqueda de un aislamiento que le proporcionara la tranquilidad necesaria, sus continuos movimientos geográficos para encontrar un clima óptimo, todo eso es una concatenación de experimentos con los que buscaba algún alivio para sus males, una forma de no estar tan sometido a ellos y poder crear como sentía que tenía que hacerlo. De este modo, recopilaba información sobre sí mismo y su enfermedad, hasta el punto de poder afirmar que ningún médico podría haber hecho tantas observaciones como él, redundando en la idea de que nadie mejor que el propio paciente era capaz de conocer sus males, quedando así en un lugar preferente a la hora de afrontar los remedios.

Pero de nuevo el experimento fracasó, y tuvo que abandonar Venecia en verano, buscando un clima menos húmedo y caluroso. A pesar de que su salud no terminaba de remontar y de las quejas continuas, la primavera veneciana no le sentó mal del todo, y en ella pudo escribir la mayor parte de los aforismos que conformarían *Aurora*, con un título que nos da una idea del momento vital que atravesaba, conformado por la nueva vida tras la renuncia a la docencia y el crítico otoño naumburgués que acababa de vivir, y que había dado paso a una leve pero esperanzadora mejoría.

El nuevo destino veraniego era la región del Tirol, donde esperaba encontrar bosques umbríos y frescos en los que pasear y dejar volar su pensamiento. Pero lo que encontró fue incomodidad y mal tiempo, así como gentes desagradables. Por eso acabó en Marienbad, en la región checa de Bohemia. Allí tampoco halló el sosiego que anhelaba, a pesar de lo cual se quedó dos meses, que transcurrieron en medio del hastío, el mal humor (por el clima, que resultó excesivamente lluvioso) y la incomodidad del alojamiento. Incluso manifestó su hartazgo respecto a sus habituales tratamientos con paseos, baños y aguas varias, que en aquel lugar le resultaban insufribles. La salud no encontraba el ambiente adecuado en el cual manifestar una mejoría convincente, por lo

241 NIETZSCHE, F. *Correspondencia*, vol. IV, carta 17 (a Elisabeth Nietzsche, 22 de marzo de 1880).

cual se mantuvo la tendencia de los últimos meses. Gracias a ello, a lo largo del verano hizo numerosos planes de abandonar su infructuoso refugio, hecho que tuvo lugar en septiembre en dirección al hogar naumburgués. Allí permaneció durante cinco semanas, en las que se mantuvo en la más total inactividad (no escribió nada, ni siquiera cartas, y tampoco las recibió), algo que pareció sentarle bien y otorgarle fuerzas para emprender nuevos viajes de búsqueda del lugar ideal.

En octubre su destino era Italia de nuevo, pero esta vez se dirigió a la localidad de Stresa (cerca de la frontera con Suiza), elección que pronto se mostró errónea, puesto que allí sentía demasiado el rigor del invierno, aunque permaneció allí por un mes antes de partir hacia Génova. El viaje, como ya no debe sorprendernos, le deparó incomodidades y ataques que le obligaron a detenerse para descansar en Heidelberg y Locarno (en esta localidad durante tres días). Pero el destino final genovés merecía la pena, puesto que allí creyó volver a encontrar el clima que mejor armonizaba con su maltrecha salud. Y junto a él, los paisajes, los paseos y el más estricto estilo de vida:

Cuando brilla el sol, me voy siempre a un risco solitario junto al mar y me tumbo allí al aire libre, en silencio bajo mi parasol, como un lagarto; varias veces esto ha ayudado a mi cabeza. ¡Mar y cielo puro! ¡Cómo me había atormentado antes! Diariamente me lavo el cuerpo entero y particularmente toda la cabeza, acompañado de un fuerte frotamiento.²⁴²

El régimen vital afectaba a casi todos los ámbitos de su vida, incluso a la música. Tras la experiencia con la música de Wagner, ante la cual su hiperexcitabilidad se resentía cada vez más, buscaba una música que armonizara bien con su carácter y su enfermedad. La música estimulante en exceso era cada vez más frecuente para el gusto de Nietzsche, y paralelamente a la reducción de sus contactos con otras gentes, sus gustos musicales se veían reducidos cada vez más. De este modo, creyó encontrar en las composiciones de su amigo Köselitz el mejor ejemplo de lo que debía de ser la música, ensalzándolas hasta la extenuación y recibiendo cada novedad con euforia.

Los vientos eran ahora favorables para su salud, de nuevo había encontrado un ambiente en el que poder desarrollar un estilo de vida saludable, la vida que su cuerpo le exigía y, sobre todo, había recuperado la fe (en realidad nunca perdida del todo) en su capacidad para ser su propio médico y buscar por sí mismo los remedios para su enfermedad:

242NIETZSCHE, F., *op. cit.*, carta 75 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 8 de enero de 1881).

Queridas mías, hago de nuevo el intento de encontrar un régimen de vida que armonice conmigo, y creo que éste es el camino hacia la salud; al menos, todos los demás caminos, hasta ahora, sólo me han costado la salud. Quiero ser mi propio médico y esto implica, en mi caso, que sea fiel a mí mismo de la manera más profunda, y que no preste ya oídos a ninguna voz ajena. ¡no sé decir *cuánto* bien me hace la *soledad*!²⁴³

En este estado el optimismo de Nietzsche se disparó, por lo que sus escritos adoptaron un carácter más positivo y eufórico (como era habitual, sus cartas se llenaron de comentarios acerca de su mejoría y de sus proyectos). Teniendo en cuenta que esta vez parecía que por fin había llegado al clima y al régimen de vida óptimos para su salud, en medio de un aislamiento benefactor, no es de extrañar que se lanzara con fruición a la exploración de sus profundidades, a conocerse a sí mismo (y por extensión, también al ser humano), a ser fiel a sí mismo. Además, sentía que vivía de prestado, lo cual, en buena medida, le daba carta blanca para experimentar con la vida y el pensamiento, con la enfermedad y con los demás, haciéndose así con un importante capital que volcaría en sus obras de forma audaz, tal y como hacen los que saben que ya no tienen nada que perder:

Mi existencia es una *carga terrible*: la habría arrojado hace tiempo de mí si no hubiera hecho precisamente en ese estado de sufrimiento y de renuncia casi absoluta las pruebas y los experimentos más instructivos en el campo ético-espiritual – la alegría de esta sed de conocimiento me eleva a alturas en las que venzo todo tormento y toda desesperación. En conjunto soy más feliz que nunca en mi vida: ¡y con todo! Un dolor permanente, una sensación de semiparálisis, muy cercana al mareo, varias horas al día, que me hace difícil hablar y, para variar, violentos ataques (el último me hizo vomitar durante tres días y tres noches, ansié la muerte). ¡Sin poder leer! ¡Escribir muy raramente! ¡ningún contacto humano! ¡No poder oír música! Estar solo y pasear, aire de montaña, dieta de leche y huevos. Todos los remedios se han demostrado inútiles, ya no necesito más. El frío me perjudica mucho.²⁴⁴

El resultado de todos estos meses fue *Aurora* y una tendencia cada vez más acusada a explorar la psicología humana. Parecía que había logrado superar el peor invierno de su vida, y en ello quiso ver un renacimiento, el amanecer a una nueva etapa

243 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 68 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 24 de noviembre de 1880).

244 NIETZSCHE, F., carta 1 (a Otto Eiser, inicios de enero de 1880).

en su vida, de ahí el título de la nueva obra. Sin embargo, siguió muy enfermo, aunque ahora su actitud había cambiado.

El verano se acercaba y la creciente temperatura hacía necesario subir al norte hacia un verano más suave que el mediterráneo. La opción esta vez fue Recoaro, en los Alpes tiroleses, una localidad que había sido recomendada por Köselitz, con quien se encontró en mayo con la intención de pasar una temporada juntos. La estancia duró un mes escaso, porque el clima volvió a jugar en contra de Nietzsche, cuyos males se agudizaron hasta alcanzar la intensidad de sus peores días. No cabía duda de que la compañía le sentaba mal, además de los viajes, porque otra vez el traslado se vio coronado con nuevos ataques. La pugna que se desarrollaba en su interior entre la tendencia a la soledad y la gran estima que tenía por la amistad (aunque sólo fuera respecto a unos pocos amigos) hacía que alternara períodos de aislamiento con otros en los que buscaba casi con desesperación la reunión con su pequeño círculo. Sin duda, el ideal que albergaba era el de establecer una escueta comunidad monacal en la que dedicarse a la escritura, al diálogo y al deleite con la lectura, la música y otras artes. Ya lo había intentado anteriormente (la experiencia sorrentina) y lo haría en el futuro. Junto a esto, estaba la hipersensibilidad a las emociones, que convertían cada encuentro o novedad, en realidad todo lo que se saliera de los cauces habituales, en sus trastornos de salud. En consecuencia, cada vez que planeaba una visita o un período de convivencia con sus allegados, su salud se resentía. De entrada esperaba que el desequilibrio durara unas horas o a lo sumo unos días. Pero pocas veces era así, y al final terminaba abandonando sus planes y volviendo a la soledad hasta que volvía a sentir el impulso de la amistad. El resultado con los años fue un aislamiento progresivo, salpicado de reuniones cada vez más estrambóticas que a menudo se quedaban en simples planes que nadie quería seguir.

9.-Sils-Maria

Al final, la pequeña sociedad Nietzsche-Köselitz se disolvió temporalmente, no sin alivio de ellos dos, que por unas cosas u otras, habían sentido el tiempo que habían permanecido juntos como una carga. A mediados de junio volvió a preparar las maletas, pero esta vez no había un lugar claro al que ir. Había probado muchas alternativas, y ninguna le convencía. El sur era demasiado caluroso y húmedo, y las regiones alpinas estaban ese año inmersas en un clima poco estable, por lo que parecía que no había ningún sitio al que ir. A pesar de ello, emprendió viaje hacia St. Moritz en lo que

calificó de “*otro nuevo último intento*”²⁴⁵. En el trayecto, una tormenta le impidió seguir hacia su destino, y la casualidad quiso que en un acompañante le hablara de la pequeña aldea de Sils-Maria, en la Engadina, a la que no dudó en dirigirse. Allí encontró el refugio que buscaba, y no tardó en expresar su entusiasmo:

St. Moritz me ha desagradado en seguida, apareciendo como la cristalización de los sufrimientos que padecí allí hace ya 2 años. ¡Me he marchado al cabo de 3 horas, y por la tarde hasta quería dejar la Engadina! Al final, gracias a un suizo serio y atento, junto al cual había viajado toda la noche, y que volvía a casa desde Nápoles, he sido instalado en el rincón más delicioso de la tierra: no había tenido nunca tanta paz, y todas las 50 condiciones que mi existencia feliz me impone parecen aquí satisfechas. Es un descubrimiento que acepto como un regalo tan inesperado como inmerecido [...] Me estoy recuperando de un ataque que ha durado tres días (tormenta).²⁴⁶

El lugar reunía todas las condiciones que Nietzsche requería: tranquilidad, paisajes de montaña, escasa población (soledad), bosques por los que pasear... Sólo el clima parecía no ser el adecuado. Aquel verano de 1881 se presentó excesivamente tormentoso y caluroso, lo cual se tradujo en numerosos ataques durante los meses que permaneció en Sils-Maria (julio, agosto y septiembre), de los cuales da buena cuenta, como era habitual, en sus cartas. No obstante, y puede que además del clima se trate de un factor importante en el surgimiento de los ataques, Nietzsche mostró una euforia desaforada en aquellos meses. En su mente se arremolinaban las ideas y no se veía capaz de volcarlas en sus libros con facilidad. Sentía que ese destino que era y que debía cumplir estaba manifestándose ya, y eso le causaba intensas emociones:

En mi horizonte se han asomado pensamientos completamente nuevos para mí – no quiero dejar entrever nada de ellos, y en cuanto a mí seré inamovible en mi silencio. ¡Tendré seguramente que vivir todavía *algunos* años más! ¡Ay, amigo, por mi cabeza pasa a veces la idea de que mirándolo bien, llevo una vida extremadamente arriesgada, porque soy una de esas máquinas que pueden *estallar*! La intensidad de mis sentimientos me espanta y me hace reír – algunas veces no he podido salir de mi habitación por la ridícula razón de que mis ojos estaban inflamados -¿y por qué? Porque el día precedente había llorado demasiado durante mi paseo, y no lágrimas sentimentales, sino de alegría, mientras cantaba y decía cosas sin sentido, dominado

245 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 116 (a Elisabeth Nietzsche, 19 de junio de 1881).

246 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 122 (a Heinrich Köselitz, 8 de julio de 1881).

por una visión insólita, en la que aventajo a todos los hombres.²⁴⁷

La misma hiperexcitabilidad que le sumía en los abismos del dolor y el malestar también le elevaba a las más altas cotas de entusiasmo al sentir que estaba en la tesitura de brindar a la humanidad nuevas e importantes ideas. Hay quien ha querido ver en ello un rasgo más de la hipotética enfermedad mental, pero en ese momento él lo vivía como un entusiasmo inaudito que le conducía a una emocionabilidad extrema. El precio que tenía que pagar por esos estados elevados eran los ataques que en ese verano padeció, y que él achacó al clima. Teniendo en cuenta la naturaleza sensible de Nietzsche a los cambios atmosféricos, no sería descabellado pensar que en esos momentos de euforia interviniera también el factor climático. El balance general del verano no fue muy positivo en lo tocante a la salud, a pesar de que el lugar reunía en buena parte las condiciones que él requería. Por eso, pudo escribir poco antes de partir:

El dolor vence a la vida y a la voluntad. ¡Qué meses, qué verano he tenido! Tantas experiencias de los sufrimientos del cuerpo, cuantos cambios vi en el cielo. En cada nube hay algo del rayo cuyas manos me apresan de repente e infelios me arrastran hasta el fondo. Cinco veces invoqué a la muerte como médico, y esperaba que cada día pasado fuese el último – esperé en vano. ¿En qué parte del mundo está aquel cielo de sempiterna serenidad, aquel cielo *mío*?²⁴⁸

No obstante, este estado le fue propicio para iniciar la redacción de *La Gaya Ciencia* y numerosos fragmentos póstumos, tarea en la que se volcó, rechazando incluso algunas visitas que pudo haber recibido (Paul Rée) y trazando alocados planes de viaje a América (desde estudiante había desarrollado planes que no llegó a cumplir para viajar a los lugares más variopintos, como París o Túnez). La febril actividad mental que algunos días manifestaba tuvo su principal fruto en la idea del eterno retorno y los primeros bosquejos de lo que con el tiempo sería el personaje de Zaratustra. Tal y como relata en *Ecce homo*, la idea del eterno retorno se le ocurrió en agosto de 1881, en uno de sus habituales paseos. Estamos pues en un momento clave para la biografía de Nietzsche, en el momento en que halló el lugar ideal (Sils-María) y el destino que desde hacía tiempo pregonaba que tenía que cumplir. No es de extrañar la euforia que sentía, ni tampoco que a partir de este momento la salud y sus problemas (que no habían desaparecido) vaya pasando progresivamente a un segundo plano, sepultadas por la

247 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 136 (a Heinrich Köselitz, 14 de agosto de 1881).

248 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 149 (a Franz Overbeck, 18 de septiembre de 1881).

carga de la tarea que ahora sí ya conocía en todo su esplendor. Carga que con el tiempo se haría imposible de llevar.

En este contexto le llegó a Nietzsche una mala noticia familiar: su querido tío materno Theobald Oehler había muerto. En la carta de condolencia para su madre, escribió una frase que llama la atención a la luz de todo lo que se está relatando:

¡Quién sabe si su enfermedad de los nervios era debida más al a charlatanería de su suegro que a la teología!. Ha preferido la muerte al manicomio y quizás en ello haya tenido buen juicio.²⁴⁹

Se apunta en ella a una posible dolencia mental del tío, que a la postre le llevó a la tumba. Más allá de la extraña alusión a las curanderías de su suegro (algo que tampoco nos extraña, dada la tendencia que él y su familia tenían a seguir sus propios remedios e intuiciones médicas), aparece la cuestión de la enfermedad mental, que chocó con la potente tendencia a maquillar cualquier suceso que pudiera arrojar alguna sombra sobre la familia, que motivó que en otra carta la versión que da es la de un ataque repentino. La posibilidad de que hubiera en la familia algunos casos de enfermedades mentales era negada con insistencia, a pesar de que, como ya hemos visto, hubo algunos casos sospechosos. La cuestión se agrava si tenemos en cuenta que los había tanto por la línea materna como por la paterna, algo que hace inevitable que pensemos en que sus males tenían alguna base hereditaria. En cualquier caso, Nietzsche tenía ya muy claro que su caso era complicado y quedaba más allá de los conocimientos de la medicina de su tiempo, y así lo expresó en la carta de condolencia comentada, en la que además reprocha a sus familiares la actitud que mantenían respecto a su enfermedad y su forma de manejarla:

Mi padecimiento cerebral es muy difícil de juzgar, y en cuanto a los conocimientos científicos necesarios para hacerlo, soy superior a cualquier médico. Más aún, me siento ofendido en mi orgullo de científico cuando vosotras, por vuestra parte, me proponéis nuevas curas y pensáis incluso que «no me ocupo de mi enfermedad». ¡También en estas cosas tened un poco más de confianza en mí! Hasta ahora llevo sólo 2 años curándome a mí mismo, y si cometí errores, siempre fue debido a que terminé por ceder a los solícitos consejos de los demás y he seguido haciendo pruebas. Entre estos ensayos está la estancia en Naumburg, luego la de Marienbad, etc. Todos los médicos concienzudos, además, me han sugerido que posiblemente sólo me curaría

249 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 125 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 9 de julio de 1881).

después de un *considerable* número de años, y sobre todo tengo que intentar eliminar las graves repercusiones derivadas de todos esos métodos de cura equivocados, a los que he estado sometido durante tanto tiempo. No os enfadéis, entonces, conmigo, si os parece que en este punto rechazo vuestro afecto e interés. El hecho es que, de ahora en adelante, pretendo ser absolutamente el médico de mí mismo, y quiero que se diga de mí que también he sido un *buen* médico – y no sólo para mí.

[...] Si alguien pudiese ver a escondidas cómo consigo atender a mi salud y al mismo tiempo llevar adelante mi pesada tarea, me elogiaría no poco.²⁵⁰

El corolario a este comentario está claro a la luz de lo ya dicho: como él sabe más que los médicos en lo que a su dolencia se refiere, nadie mejor que él para afrontarla y ponerle freno, puesto que al fin y al cabo los médicos no demuestran tener los conocimientos suficientes. Es algo que ya desde el principio tenía claro.

El primero de octubre de 1881 Nietzsche emprendió viaje hacia Génova para pasar el invierno junto al mar y en un clima no excesivamente frío, ya que en esas circunstancias le era más fácil soportar sus dolencias. Los primeros meses, sin embargo, le aportaron un progresivo empeoramiento que tuvo su punto culminante en otras navidades repletas de sufrimientos. A ello contribuía un invierno duro y el alojamiento, que carecía de estufa, algo que no le hizo ningún bien. Además, desde el mes de octubre tuvo que padecer dolor de muelas (en una carta a su madre habla de “*seis dientes con caries*”²⁵¹) y también tuvo que aguantar “*un dolor en la vejiga*”²⁵². El afán siempre insatisfecho de hallar las causas de sus problemas le llevaron en esta ocasión a culpar a la electricidad atmosférica de sus males. Intentó ponerse al día de las investigaciones al respecto, pero pronto comprendió que lo que se llamó “meteorología médica” estaba aún en pañales y no podía proporcionarle ningún alivio.

Estaba claro que no había ninguna solución posible a sus males, pero lejos de caer en la desesperación, Nietzsche aprendió a convivir con ellos y a sacarles el máximo provecho. Ahora que tenía ante sí la inmensa tarea de predicar la doctrina del eterno retorno, con todas sus consecuencias (entre ellas una fuerte voluntad afirmativa y el amor fati, del que ya había ofrecido algunas muestras), era bien consciente de que la enfermedad formaba parte de su destino y que como tal debía aceptarla, abrazarla y estarle agradecido, puesto que en buena medida gracias a ella había podido alumbrar aquella idea que tan fundamental creía. Por eso nos encontramos en esos días una curiosa combinación de queja y euforia, el relato de sus síntomas junto a la descripción

250 *Idem.*

251 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 194 (a Franziska Nietzsche, 30 de enero de 1882).

252 *Idem.*

de su febril actividad. Fruto de estos meses fue *La gaya ciencia*, donde sorprende el optimismo y la fuerza de un texto escrito por alguien que pasaba más tiempo doliente que en plenitud de facultades. Destaca el cuarto libro, encabezado por un poema titulado *Sanctus Januarius* (dedicado ambiguamente al dios Jano pero también al mes de enero), en el cual se vuelca la felicidad vivida durante el mes de enero de 1882, que fue muy apacible y sereno en Génova, aportándole a Nietzsche las condiciones que anhelaba para su salud, y que le sirvieron para empezar a perfilar la figura de Zaratustra.

Para que Zaratustra surgiera, Nietzsche nos dice en *Ecce homo* que hizo falta una condición a la que denominó la *gran salud*. Es el trasfondo en el cual se gestó y desarrolló la idea del eterno retorno, que será luego pregonada en *Así habló Zaratustra*. La gran salud consiste en un continuo tener que conquistarla, un tener que estar afirmándola continuamente. Así habla de ella al final de *La gaya ciencia*, en un extenso aforismo reproducido aquí al completo por resultar interesante para entender el instante biográfico que se está relatado:

La gran salud. Nosotros los hombres nuevos, anónimos y difíciles de comprender, precursores de un porvenir todavía no demostrado, necesitamos para nuestros nuevos fines medios nuevos, es decir, una especie nueva de salud, vigorosa, más penetrante, más resistente, más intrépida y más alegre que las demás clases de salud conocidas hasta ahora. Aquel cuya alma ansia dar la vuelta a todos los valores que están en circulación y a todos los deseos hasta el presente satisfechos; visitar todas las costas de ese Mediterráneo ideal; el que quiere conocer por las aventuras de su propia experiencia cuáles son los sentimientos de un conquistador y un explorador del ideal y apreciar del mismo modo cómo sienten un artista, un santo, un legislador, un sabio, un varón prudente, un hombre religioso, un adivino como los solitarios adivinos de antaño, necesita ante todo una cosa: gran salud, una salud que hay que conquistar a cada momento, puesto que de continuo tenemos que sacrificarla. ¡Y nosotros los Argonautas del Ideal, más animosos tal vez de lo que aconseja la prudencia, náufragos y doloridos, pero sanos, exclusivamente sanos, después de haber peregrinado mucho tiempo creemos ver delante de nosotros como recompensa un país desconocido. Cuyas fronteras no ha visto nadie todavía, un más allá de todos los países y de todos los rincones del ideal hasta ahora conocidos, un mundo tan rico en cosas extrañas, dudosas, terribles y divinas, que nuestra curiosidad y nuestro deseo de posesión se salen de quicio hasta el punto de que nada ¡ay! nos satisface ¿Cómo podríamos, después de haber vislumbrado cosas semejantes y teniendo tal hambre en la conciencia, satisfacernos con los hombres actuales? Es cosa grave, pero inevitable; nos cuesta trabajo mirar con seriedad las esperanzas de esos hombres y sus fines. Otro

ideal corre delante de nosotros, un ideal singular, tentador, lleno de peligros, un ideal que no recomendamos a nadie, porque a nadie otorgamos el derecho a aspirar a él; es el ideal de un espíritu que se burla cándidamente, sin malicia, porque su plenitud y su potencia se desbordan, de todo lo que hasta ahora se llamó sagrado, bueno, intangible, divino; un ideal para el cual las cosas que con razón sirven de norma al pueblo significan algo que se asemeja al peligro, a la descomposición, al rebajamiento, o por lo menos a la convalecencia, a la ceguera, al momentáneo olvido de sí mismo; es el ideal de un bienestar y de una benevolencia sobrehumanos; un ideal que parecerá muchas veces inhumano, por ejemplo, si le ponemos en parangón con lo que hasta aquí ha parecido serio en la tierra, con seriedad en la actitud, en la palabra, en la entonación, en la mirada, en la regla de conducta, en la misión, pues es como la viva parodia involuntaria de todo eso. Con ese ideal comienza lo verdaderamente serio, se plantea el verdadero problema, se tuerce el destino del alma, echa a andar la aguja, empieza la tragedia...²⁵³

La peculiaridad de esta gran salud no es la de ser ajena a los fenómenos morbosos, sino todo lo contrario, la de ser una auténtica conocedora de ellos, por haber triunfado sobre ellos. Aunque aquí no esté hablando de la salud en términos fisiológicos es obvio que en el trasfondo se encuentra su situación vital, marcada por la enfermedad, en cuyo seno había conseguido vislumbrar el ideal del eterno retorno, en el cual había puesto todos sus afanes de ahora en adelante. De este modo, surge la aparente paradoja de que alguien con una salud tan precaria se convierta, merced a esta capacidad de seguir adelante a pesar de todos los contratiempos, de extraer las más luminosas ideas de su oscuridad, en el portavoz de la gran salud. Es más, la enfermedad ha sido el camino para llegar a este punto, y por eso es por lo que Nietzsche puede estarle agradecido a su enfermedad y otorgarle un sí eterno, como exige el *amor fati*.

Hay en los meses que estamos comentando un cambio profundo en el pensamiento y la vida de Nietzsche, un cambio que se venía gestando desde el abandono de la docencia en 1879, pero que ahora eclosiona. La actitud quejosa ante la enfermedad pasa a un segundo plano. Ciertamente, seguirá relatando en sus cartas los días de crisis. Pero la actitud es diferente, puesto que ha pasado a convivir con la enfermedad, a necesitarla incluso. Ha aprendido a desligarse del malestar, a crear a pesar de las limitaciones que la enfermedad le impone. Los resultados son evidentes: *Aurora* y *La gaya ciencia*, y la promesa de Zarathustra, que daría sus frutos en los meses siguientes. Además, vivió en un permanente estado de inspiración, como nunca antes

253 NIETZSCHE, Friedrich. *La gaya ciencia*, 382 (pág. 300-302)

había vivido. En parte debido al buen clima que disfrutó aquel enero genovés, pero también gracias al impulso de la idea que le sobrevino durante el verano en Sils, a la tarea que sabía suya.

Tras enero vinieron dos meses cálidos, más de lo habitual, lo cual incomodó a Nietzsche, que se resentía en cuanto la temperatura abandonaba los registros invernales. En marzo recibió la visita de su gran amigo Paul Rée, lo cual trajo como consecuencia varios días en la cama, incluso con pérdida de consciencia. Al final tuvo que abandonar Génova a finales de marzo, agobiado por el calor, en medio de grandes vómitos de bilis, lo cual era una novedad, según escribió a Franz Overbeck:

Ya hemos dejado atrás la primavera: tenemos una temperatura templada y una luminosidad de verano. Es el tiempo de mi desesperación. ¿Adónde ir? ¿Adónde? ¿Adónde? Dejo el mar de muy mala gana. Las montañas me espantan, como todos los lugares del interior – pero tengo que irme. ¡Qué ataques he superado también en esta ocasión! Despierta mi interés la increíble cantidad de bilis que vomito ahora de manera continua.²⁵⁴

Nótese que el efecto que prodece en él estos vómitos no es preocupación o alarma, sino curiosidad. Se trata de una nueva manifestación, un nuevo peligro, otro reto que ha de poner a prueba su salud y su capacidad de seguir adelante. No hay ya lamentación alguna al respecto. Se ha presentado una variación, y él, impelido por el *amor fati*, la acoge con curiosidad. Aunque es sólo un detalle en una carta, es sintomático del cambio que estaba operando en él.

10.-Lou-Salomé.

Aunque al principio no tenía un destino claro, de forma improvisada²⁵⁵ dirigió sus pasos a Messina, en la isla de Sicilia. Allí encontró, como era habitual en casi todos sus movimientos, un nuevo lugar ideal en el que se encontraba a gusto, donde redactó un conjunto de poesías agrupadas bajo el esclarecedor título de *Idilios de Messina*. Pero su jovialidad venía dada más por los sentimientos que su nueva tarea le generaban que por un estado de salud excepcionalmente óptimo, puesto que el calor sofocante del final de la primavera siciliana y el siroco hicieron que en menos de un mes, a finales de abril, emprendiera de nuevo viaje en dirección a Suiza, país que en verano le brindaba

254 NIETZSCHE, F., *Correspondencia*, vol. IV, carta 210 (a Franz Overbeck, 17 de marzo de 1882).

255 Janz apunta a la posibilidad de que buscara un acercamiento a Wagner, puesto que el músico vivía en Palermo desde hacía unos meses y permaneció en Messina durante unos días en abril, en los que no hubo, que sepamos, ningún encuentro entre los dos antiguos amigos.

temperaturas más suaves. En el camino paró en Roma (lo cual le provocó una jornada de cefaleas), donde se encontraba su gran amigo por entonces Paul Rée junto a Malwida von Meysenbug. En la basílica de San Pedro Rée le presentó a la joven rusa Lou Salomé, quien le causó una honda impresión, hasta el punto de pedirla en matrimonio en más de una ocasión en los siguientes meses, peticiones que siempre fueron rechazadas porque Lou ya mantenía una relación con Rée desconocida por Nietzsche. A pesar de ello, consintieron en que se uniera a ellos para una convivencia que proyectaban para el verano. La idea inicial, sugerida por Lou, era que Rée y ella vivieran juntos en comunidad de trabajo y pensamiento, recibiendo la visita de algunos camaradas. Pero Nietzsche, con entusiasmo, se adhirió a la iniciativa casi sin que se le invitara. Con ello quiso revitalizar la idea de la comunidad erudita que, a modo de monasterio, se dedicara de forma intensiva al pensamiento y a la investigación, algo que ya había intentado con anterioridad en Sorrento y junto a Köselitz.

La experiencia empezó con muy mal pie, con un ataque de Nietzsche que duró varios días a finales de abril, el cual obligó a alterar los planes para la partida. Pero su estado general era bastante bueno, sin duda debido al impulso vital recibido por las expectativas en torno a Lou Salomé y a esta nueva convivencia. Al menos así lo hallaron los Overbeck en Basilea, a quienes visitó en su traslado hasta el lugar en el que dicha convivencia se pondría en marcha, cerca de Lucerna. Aunque Franz Overbeck señaló que Nietzsche seguía padeciendo ataques, confesó que hacía tiempo que no le veía tan bien y con un aspecto tan saludable, algo que muchos de los que pasaron algún tiempo con él en aquellas fechas también corroboran.

Nos encontramos ante uno de los mejores momentos en la biografía de Nietzsche, tal vez el momento cumbre. Si bien los ataques proseguían, no eran ya de la misma intensidad que en tiempos pasados, y en cierto modo estaba en paz con su enfermedad (la había asumido e integrado). Como consecuencia, su creatividad estaba en un momento óptimo (en realidad llevaba varios meses en ese estado, sólo que ahora el caso Lou Salomé le otorgaba nuevas alas) y los proyectos que tenía en marcha le hacían creer en un prometedor futuro. Su talante ya no era sombrío como antes, sino que desprendía fuerza y vitalidad. Sentía que albergaba en su seno ideas que al menos a él le eran salutíferas, que le servían a modo de medicina para calmar sus males (sin perder de vista el factor climático), y así se lo expresó a Lou en una carta:

¡Oh, qué años! ¡Qué padecimientos de todo tiempo, qué soledades y qué hastíos de vivir! Y contra todo esto, como contra la vida y la muerte, me he preparado este

antídoto mío, estos pensamientos míos con su pequeña, pequeña franja de *cielo sin nubes* sobre sí – oh querida amiga, cada vez que vuelvo a pensar en ello me siento sacudido y conmovido, y no sé cómo ha sido posible todo esto: la compasión hacia mí mismo me inunda junto al sentimiento de victoria. Pues *es* una victoria, y una completa victoria – pues mi cuerpo vuelve a estar sano a ojos vistas y no sé cómo, todos me dicen que nunca he tenido un aspecto tan juvenil. ¡Que el cielo me guarde de las locuras!²⁵⁶

Tras varios titubeos, planes frustrados y cambios de localización, el lugar para la convivencia de lo que Nietzsche llamó *Trinidad Pagana* (Rée, Salomé y él mismo, con la compañía de su hermana, a modo de carabina) se fijó en Tautenburg, muy cerca de Tribschen, donde había vivido los felices días de su amistad con Wagner²⁵⁷. Allí pasó Nietzsche el verano de 1882 hasta finales de agosto, en un ambiente cada vez más enrarecido por la progresión de la relación amorosa entre Rée y Lou y por la tensión creciente entre las dos mujeres, que acabó tensando también la relación familiar de Nietzsche, hasta el punto de pasar varios meses sin comunicarse con su hermana.

Lou se marchó de Tautenburg el día 29 de agosto, dejándole como regalo de despedida un poema titulado *Oración a la vida*, que parecía hecho por y para el propio Nietzsche, aunque había sido escrito por ella en 1880:

Como el amigo ama al amigo
yo te amo vida enigmática,
haya exultado en ti, o haya llorado,
Dolor o dicha me hayas dado.
Te amo a ti y a tus penas
y si debes destrozarme
Me desprenderé de tus brazos
Como del pecho del amigo se desprende el amigo
¡Con toda mi fuerza te abrazo!
Que tus llamas me prendan,
Que aún en las brasas de la lucha
Siga adentrándome en tu enigma.
¡Ser milenios! ¡Y pensar!

256 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 256 (a Lou Salomé, 3 de julio de 1882).

257 Ese mismo verano se celebró una nueva edición del festival de Bayreuth, durante el cual se estrenó *Parsifal*. Al parecer, Nietzsche mantuvo la esperanza de que se le invitara y así poder reemprender de algún modo la relación con los Wagner, pero ni siquiera la mediación de Malwida von Meysenbug, amiga común, logró hacer que le invitaran, aunque sí que fueron invitadas al evento Lou Salomé y la hermana de Nietzsche.

Cobíjame en tus brazos:
Si ya no puedes regalarme dicha
Sea -aún te queda el dolor.

En los versos de Salomé se muestra el mismo afán vital de Nietzsche, la misma voluntad afirmadora de la vida, incluso en los momentos bajos, cuando el dolor le asaltaba y parecía que la vida no tenía nada más que ofrecer que pesar y enfermedad²⁵⁸. El impacto que sobre él ejerció este poema fue tal que no dudó en hacerlo suyo y convertirlo en canción devolviéndole así a Salomé el regalo. Esta afinidad es muy importante, puesto que Nietzsche vio en ella a la persona que mejor podía entender su pensamiento, la confirmación de que su filosofía tenía algún futuro. Ella lo adoptó como un maestro y la fascinación fue mutua, pero el paso hacia la relación amorosa únicamente fue planteado por Nietzsche.

Poco a poco los malentendidos y las suspicacias en torno a la relación entre Rée y Lou Salomé fueron minando los proyectos que los tres tenían en marcha, llegando hasta la ruptura total de la trinidad, quedando Nietzsche solo y apartado. Su última reunión tuvo lugar en noviembre de 1882, en medio de una cordialidad que pronto se rompería. Nietzsche había vivido los últimos meses con esperanza y bastante buena salud, hasta el punto de reconocer que *“por una vez, es un año festivo para mí”*²⁵⁹. Al menos, había podido olvidar su enfermedad y dedicarse a otras actividades vitales. Pero las incertidumbres otoñales y el distanciamiento respecto de su familia empezaron a pasarle factura y su salud se resintió a partir sobre todo de noviembre, momento en el cual las quejas respecto a su estado de salud volvieron a su correspondencia. No obstante, no encontramos reproches a las circunstancias por las que estaba atravesando, sino, otra vez, quejas sobre el clima:

Este estúpido mal tiempo invernal me molesta hasta tal punto, que consigue que se me quiten las ganas de seguir soportando por más tiempo el Norte y su cielo nublado. La salud me dice: «Ve al Sur».²⁶⁰

Pero el sur le recibió con tiempo frío y lluvioso, lo cual le obligó a peregrinar durante unos días entre Génova, Portofino y Santa Margherita, donde una violenta

258 El poema fue compuesto mientras Lou era estudiante y padecía de tuberculosis. Por lo tanto, en un contexto de enfermedad que en apariencia no dejaba demasiadas opciones de futuro, un contexto que Nietzsche conocía en primera persona.

259 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 314 (a Franziska Nietzsche, 1 de Octubre de 1882).

260 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 329 (a August Sulger, 15 de noviembre de 1882).

cefalea y vómitos le postró en cama durante unos días. Cuando reunía valor escribía borradores de carta a Lou y a Rée, en tono suplicante. El estado de excitación en el que vivió estas semanas finales del año era tal, que recurrió a los tranquilizantes y somníferos (opio e hidrato de cloral, más concretamente), los cuales no consiguieron evitar que tuvieran lugar algunos ataques más (de hecho, el día de año nuevo de 1883 lo pasó en cama). Pero aunque la palabra “desesperación” aparece en numerosos apuntes y cartas de este período, un espíritu como el de Nietzsche no dejaba que aquellas vivencias cayeran en saco roto sin haber sido exprimidas. En medio de este clima de angustia, en diez días del mes de enero destiló a partir del dolor la primera parte de *Así habló Zaratustra*, que fue enviada a su editor el 14 de febrero. Un día antes había muerto Wagner, un detalle que no pudo interpretar sino como un guiño del destino con respecto al personaje de Zaratustra y a su obra. Pero aunque a posteriori fuera relatado como un momento liberador (al librarse de una de sus más pesadas cargas vitales), lo cierto es que los días siguientes al conocimiento de la triste noticia los pasó gravemente enfermo, según él mismo explicó en sus cartas.

Tras todos estos acontecimientos nos encontramos ante un Nietzsche solo y aislado en grado sumo, como nunca hasta entonces había estado. El distanciamiento respecto a su familia le privaba de la comodidad del refugio naumburgués, al cual había tenido que acudir en varias ocasiones en pos de los solícitos cuidados de su madre y de hermana, que le dejarían espacio suficiente para sus creaciones y sus ideas. Ahora estaba solo, y casi todo el mundo a quien podía acudir le traía reminiscencias desagradables de las que huía como del diablo (posibles encuentros con su hermana, recuerdos de los Wagner, alusiones a Lou, a los amigos que habían sido críticos con sus publicaciones anteriores...). Para colmo, en febrero de 1883 padeció una fuerte gripe fruto de las duras condiciones de aquel invierno, la cual le mantuvo cinco semanas en cama, dejándolo enormemente debilitado. En medio de este panorama tan desolador, lo único que consigue darle alas, y sólo de forma temporal, es la conciencia de su tarea:

Y este invierno no me he mantenido con vida más que gracias a una vuelta súbita a mi interés principal: *aquí* está mi deber, *ahí* donde tengo que hacerme a mí mismo la más grave exigencia, ahí está también el manantial de mi vida. Ser *profesor*: sin duda que esto tendría ahora en mí un efecto realmente beneficioso [...] Pero hay algo *más importante*, frente a lo cual la profesión de docente, por muy útil y eficaz que sea, serviría como mucho para aligerarme la existencia, como recuperación. Y sólo cuando haya *cumplido mi tarea* conseguiré vivir con la conciencia tranquila ese tipo

Si bien esta tendencia a centrarse en su tarea ya existía desde hacía tiempo, cada vez se va a ir acentuando más, de forma paralela al progresivo aislamiento en el que estaba embarcado. El camino para llegar a dicha tarea ya lo hemos visto: la enfermedad y su metabolización, la conversión de la debilidad en fuerza de pensamiento. Sólo así, y no ya con el recurso a los amigos que en su juventud tenía, fue posible que aguantara unos años más. De forma paradójica, esta conciencia de enviado y salvador recuerda enormemente a la actitud de Wagner. Zaratustra será a partir de ahora su portavoz, y la entusiasta acogida de la obra por parte de Köselitz (uno de los escasos amigos que le quedaban) no hizo sino reforzar las fantasías de Nietzsche.

La primavera de 1883 trajo consigo un acontecimiento tranquilizador: la reconciliación con su familia, que tuvo lugar en Roma, a donde se había trasladado para reunirse con su hermana y con Malwida von Meysenbug. Nietzsche reconoció que, a pesar del clima, las charlas mantenidas con sus parientes habían conseguido calmarle un poco, algo que siempre le resultaba beneficioso dada su hiperexcitabilidad. Con las temperaturas en ascenso, se hacía necesario un nuevo cambio de residencia, hacia el norte, hacia tierras más frescas que el abrasador sur de Italia. Los planes se sucedían de forma contradictoria, y basculaban entre la reedición de la ansiada comunidad espiritual entre amigos (esta vez en algún castillo en el bosque, aunque ninguno o casi ninguno de sus amigos hubiera estado dispuesto a ello) y la vida de eremita en total soledad. Incluso estuvo sopesando distintas localidades en las que pasar los meses de estío, pero al final se decantó por la ya conocida Sils-María, que a la sazón sería el lugar en el que pasaría el resto de veranos de vida lúcida y su auténtico refugio.

Pero la llegada a Sils no fue tranquila. Tuvo que soportar un temporal de frío y nieve en pleno junio, lo cual le provocó varios días de cefaleas. A pesar de ello, expresó a su familia y amigos el agrado que todo en aquel lugar le provocaba (excepto la temperatura de aquellos días). Incluso se planteó la posibilidad de adquirir una pequeña choza junto a un lago. Cuando el verano se hubo asentado, volvió la tranquilidad a la salud de Nietzsche, y con ella la posibilidad de dedicarse con mayor fruición a sus quehaceres intelectuales. De esta relativa bonanza surgió la segunda parte de *Así habló Zaratustra* en julio, en un nuevo arrebato de inspiración. A pesar de las dificultades editoriales por las que estaba atravesando la primera parte del texto, Nietzsche no dudó en sentirse a gusto con esta continuación, en ver en ella la señal de que no todo estaba

261 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 403 (a Franz Overbeck, 17 de abril de 1883).

acabado para él:

Tengo una *meta* que me obliga a vivir todavía, y en vista de la cual *tengo* que superar las cosas más dolorosas. Y no sólo este invierno, cuando cualquiera que hubiese visto de cerca y *comprendido* mi estado habría *podido* decirme: «¡No te compliques! ¡Muere!», sino ya en el pasado, durante los terribles años de padecimientos físicos, me hallaba en el mismo estado. Incluso mis años genoveses no han sido más que una larga, larga cadena de victorias sobre mí mismo en vista de esa meta, victorias que nadie que conozco habría encontrado de su gusto. Por tanto, querido amigo, el «tirano que hay en mí» *quiere*, inexorablemente, que yo *triunfe* también esta vez (en cuanto a las *torturas físicas* – puedo contarme, por su duración, intensidad y variedad, entre las personas más expertas y probadas: ¿es mi *destino* que tenga que serlo también con respecto a las torturas espirituales?). Y dado como son mi manera de pensar y mi filosofía reciente, necesito incluso que sea una victoria absoluta: esto es, la transformación de las vivencias en *oro* y en provecho supremo.²⁶²

El espíritu de mantenerse firme, de seguir adelante a pesar de todos los contratiempos, la capacidad de no dejarse llevar por la corriente debilitadora de la enfermedad y de la debilidad intelectual, la Gran Salud, exigían de él que a un peligro mortal se le contrarrestara mediante una “victoria absoluta” y, cual alquimista de la experiencia, en transformar todas las vivencias, fuera cual fuere su signo, en oro, siempre con las miras puestas en la gran meta. Y eso es lo que creía haber hecho con la segunda parte del Zarathustra, conjurar todos los demonios del invierno pasado (la enfermedad y los avatares con Lou Salomé y Paul Rée). Pero no de una forma definitiva, puesto que tras la redacción, se sumió en un estado depresivo en el que le asaltaban los fantasmas de todo lo sucedido y pretendió saldar deudas con todos los protagonistas de *affaire* Lou Salomé, lo cual tuvo como consecuencia la profundización en sus contradictorios, confusos y autodestructivamente profundos sentimientos, algo que, de forma premonitoria, Nietzsche sentía que a la larga acabaría dando al traste con su salud mental:

[...] he terminado sucumbiendo a una implacable sed de venganza, mientras que mi más íntima manera de pensar renunciaba precisamente a toda forma de venganza y de castigo: - *este* conflicto interior me acerca poco a poco a la *locura*, lo siento de la manera más terrible – y no sabría de qué modo un viaje a Naumburg podría disminuir

262 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 451 (a Franz Overbeck, 14 de agosto de 1883).

Así pues, Nietzsche era perfectamente consciente, al menos por momentos, de los conflictos que albergaba, y del camino que la acumulación de la tensión le brindaba: la locura. Pero a pesar de saber que lo más recomendable en aquel momento, dada la relación con su hermana (aunque se había producido la reconciliación, lo cierto es que había quedado reducida a los formalismos mínimos para no entrar en terrenos sensibles que pudieran hacer saltar chispas), era mantenerse alejado de Naumburg, allí fue al abandonar Sils el 5 de septiembre. Durante un mes permaneció en la casa materna, en un ambiente que rápidamente se enturbió debido a la relación de Elisabeth con el líder antisemita Bernhard Förster. Poco nos ha llegado de este tiempo, pero parece que empezó a maquinar la idea de la transvaloración de todos los valores, y la necesidad de sustituir la valoración “bueno-malo” por la de “fuerte-débil”, profundizando así en la idea del destino y la misión que debía desempeñar, y adquiriendo alas para poder seguir adelante tras el turbulento último año.

11.-Niza.

La siguiente estación fue Génova de nuevo, pero allí su salud se mostró rebelde y sus ataques fueron frecuentes. Ya en el viaje desde Naumburg había padecido sus cefaleas y vómitos, que le obligaron a parar en varias ocasiones durante algunos días para poder recuperarse. Aunque en Génova esperaba mejorar debido al benefactor efecto del mar y del sol, no experimentó ninguna mejoría. Intentó reencontrarse con Malwida von Meysenbug, que según le habían informado estaba en una localidad cercana, pero no logró hallarla. Su situación llegó a ser tan desesperada, que tuvo que acudir a la consulta de un médico, el doctor Breiting, el cual le prescribió el uso de fosfato potásico, algo que alegró a Nietzsche, puesto que es uno de los primeros remedios que utilizó, permitiéndole mantener la ilusión de que de un modo instintivo había dado con el remedio que sus males necesitaban, y que lo que el médico hacía no era otra cosa que refrendar su intuición primera. Pero no obtuvo ningún efecto positivo de este nuevo tratamiento, imponiéndose al final la solución a la que tantas veces había recurrido ya: marchar a otro lugar en el que creyera que el clima le iba a sentar mejor. Esta vez la ciudad elegida fue Niza, también en la orilla del Mediterráneo, a donde llegó a principios de diciembre de 1883. El motivo principal para la elección fue el mayor número de días de calor sin nubes al año, algo que Nietzsche creía que le sentaba bien a

263 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 458 (a Franz Overbeck, 26 de agosto de 1883).

su salud. Esto nos da una idea de hasta qué punto fue para él importante el aspecto vivencial en su esquema de pensamiento. Necesitaba un ambiente muy concreto, en el cual exprimir su filosofía, que le brindara las condiciones óptimas para desarrollar su misión. Hacía falta un perfecto acoplamiento con el entorno para que la inspiración acudiera a él, y así, vemos que sus obras surgen en momentos en los que se encontraba a gusto con el lugar en el que estaba, a pesar incluso de los contratiempos que la enfermedad le pudiera brindar (es más, en algunos casos, como hemos visto, la enfermedad misma parecía funcionar como estímulo).

En Niza conoció a Paul Lanzky, escritor, uno de sus primeros admiradores, que se convirtió en una figura de apoyo en la ciudad, en el amigo que le leyó y le hizo de escribano durante el tiempo que pasó en ella. También entabló relación con el fisiólogo Robert Paneth, con quien compartió innumerables conversaciones en torno a los más variados temas. No estuvo solo, pues, en Niza, pero ninguna de estas relaciones pasó más allá de la cortesía decimonónica a convertirse en una amistad profunda como la que había mantenido con Rée o como la que le unía a Heinrich Koselitz, por lo que en lo esencial, el aislamiento de Nietzsche no había cambiado ni un ápice. Respecto a su salud, tampoco hubo cambios: los ataques se sucedían y las horas de sufrimiento se hacían insoportables. Tal y como relata a su familia el día de Navidad de 1883, los últimos meses habían sido espantosos:

Es verdad que estoy y estaba en condiciones lastimosas (salvo los primeros días en Niza, en los que me sentía como electrizado); creo que mi salud en estos *últimos* tres meses ha estado tan mal como *nunca* en mis peores épocas; a menudo ya no sé qué hacer. He estado enfermo *en todos los aspectos*, sólo conseguía comer una vez cada 2-3 días; luego enfriamientos de todo tipo (sin contar un fuerte resfriado, que es el mar menor). Vómitos continuos, insomnio, melancolía al pensar en las viejas historias, una general sensación de malestar en la cabeza, punzadas dolorosas en los ojos, por tanto nada de lecturas, nada de compañías – ya que, al *poco* tiempo, mi estómago me obliga a dejar a mis amenos comensales. Además nunca he sufrido tanto el frío como aquí; por la noche hiela regularmente.²⁶⁴

En realidad, estos estados nunca le habían abandonado, lo que cambiaba, si acaso, era la frecuencia de los ataques y, sobre todo la forma de afrontarlos, lo cual hacía que en algunos períodos expresara un mayor grado de optimismo respecto a su salud. En este continuo vaivén pasó Nietzsche la mayor parte de su existencia, y tan

264 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 478 (a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 25 de diciembre de 1883).

sólo pudo disfrutar de algunas breves treguas en su salud.

En enero de 1884, en un nuevo arrebató de inspiración, escribió la tercera parte del Zarathustra, ante la que reaccionó con una euforia desmedida, creyendo haber alcanzado con él una de las máximas cotas posibles para la lengua alemana (en ello han querido ver algunos autores un síntoma precoz de la locura que le sobrevendría unos años más tarde). Impelido por esta euforia y por la aparición de algunos contados seguidores, volvió a tomar forma en su imaginación la idea de la comunidad de sabiduría y estudio. Incluso, reeditando lo vivido con Lou, apareció una nueva discípula, Resa von Schirnhöfer, quien le visitó unos días de abril de 1884. En el relato que ella hizo del transcurso de la visita, nos presenta a un Nietzsche vital y saludable, con un notable buen humor y cierto grado de histrionismo. No da ninguna señal de que en esos días padeciera ningún ataque. Así pues, podemos deducir que los primeros meses de 1884 trajeron la bonanza a su salud, aunque sabemos por lo dicho que hubo de padecer algunos malos días. En concreto, en una carta a Heinrich Köselitz del 1 de febrero²⁶⁵ le dice que ese enero había sido el mejor de su vida. Ya hemos visto como había habido varios eneros felices en la vida de Nietzsche, los cuales normalmente seguían a terribles navidades.

En medio de esta relativa calma, llegó la hora de cambiar de localización, porque el verano se acercaba y el ambiente empezaba a ser demasiado caluroso para Nietzsche. En esta ocasión no se dejó llevar por recomendaciones o rumores y se fue a su refugio en la Engadina, a Sils-Maria. Aprovechó que viajaba para visitar a su amigo Köselitz en Venecia. No hay informes de que estos viajes le produjeran nuevos ataques. Lo que sí refiere Nietzsche es que el clima de Venecia le afectó y le provocó mucho malestar, a pesar de lo cual aguantó siete semanas, tras las cuales se marchó catorce días a Basilea a visitar a Franz Overbeck. Esta estancia basileense y los recuerdos de su época como profesor universitario le agotaron demasiado, y también le produjo una profunda decepción, puesto que ninguno de los planes que había trazado (alguno referido a un cierto reencuentro con la docencia) salió como él quería. Así pues, decidió tomar el camino de su refugio alpino, a donde llegó a finales de julio y en el cual se reencontró con la tranquilidad que necesitaba.

12.-El gran proyecto.

En Sils aprovechó la relativa soledad (puesto que recibía algunas visitas de conocidos y admiradores) para profundizar en algunas de las ideas que iban tomando

265 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 484.

forma en su mente. De este modo surgió el nuevo proyecto de desarrollar su propia filosofía, de regalarle al mundo sus más genuinos puntos de vista. Así, según su programa de tener siempre algo en el punto de mira, un objetivo que cumplir que pudiera tirar de su maltrecho cuerpo, se puso por delante seis años en los que proyectaba escribir sus obras fundamentales:

Ha habido otra vez momentos en los que esta tarea se me ha hecho presente con una claridad absoluta, momentos en los que se ha abierto ante mis ojos, un inmenso todo filosófico acabado (¡y algo que supera cuanto hasta ahora se llamaba filosofía!). Esta vez, dados los enormes riesgos y la extrema dificultad de esta «gestación», tengo que combinar juntas las circunstancias que me sean favorables y hacer que me iluminen todos los soles que aún conozco. Y estaré también atento a no cometer estupideces con el clima como los saltos Niza-Venecia-Basilea. Más bien, tengo que quedarme en lo fundamental con Niza y Sils.²⁶⁶

Zaratustra, que hasta ahora había sido su gran descubrimiento, pasaba a ser un simple “pórtico” para su auténtica filosofía, la cual creía que podría alumbrar en los siguientes seis años:

[...] los próximos seis años pienso dedicarlos a desarrollar un esquema en el cual he esbozado mi «filosofía». Las cosas van bien y estoy esperanzado. El *Zaratustra* tiene por ahora sólo un significado completamente personal, en cuanto que es mi «libro de oraciones y exhortación» - en lo demás, incomprensible, secreto y ridículo para todo el mundo.²⁶⁷

La vida intelectual de Nietzsche fue un continuo hacer y deshacer planes, los cuales a menudo dejaba inconclusos. Desde el principio se lanzó a realizar obras con el mayor de los ímpetus, con las que pretendía sacudir cimientos y remover conciencias, pero nunca las llegaba a completar, debido a los más diversos avatares (por su salud o porque alumbraba un nuevo proyecto que ensombrecía al anterior). No obstante, este continuo tener un horizonte frente a sí era lo que le permitía no sucumbir y dejarse llevar por el pesimismo que su situación vital a menudo le sugería. Por eso, lejos de ser un problema, esta mutabilidad del proyecto nietzscheano (aunque la idea de fondo se mantuviera) es lo que le permitió desarrollar una labor filosófica propia y fundamental

266 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 526 (a Franz Overbeck, 18 de agosto de 1884).

267 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 529 (a Heinrich Köselitz, 2 de septiembre de 1884).

para los pensadores posteriores a él.

La nueva labor que Nietzsche tenía ante sí abarcaba seis años, y era la más ambiciosa que se propuso, puesto que la resumía bajo el epígrafe de “transvaloración de todos los valores”, algo de una profundidad y complejidad enormes. Para ello necesitaba de bonanza climática y de salud, por lo cual proyectó dejar de lado los experimentos con las localizaciones y el clima, e ir a los lugares que mejor resultado le habían reportado hasta el momento: Niza en invierno y Sils-Maria en verano. En estos sitios, si bien los ataques no desaparecían, sí que al menos eran mejor tolerados y parecían disminuir.

Durante el verano de 1884, a pesar de las expectativas sobre los proyectos futuros, la salud no dejó de atormentarle. En varias cartas refiere un cansancio extremo que no le dejaba desarrollar su trabajo como a él le hubiera gustado. Incluso habla de un dolor en la espalda que le impedía caminar correctamente²⁶⁸ (lo cual implicaba que no podía dar los largos paseos que tanto le gustaban, e incluso motivó que su postura empezara a encorvarse), así como de nuevos problemas de visión. En general, el tono es de preocupación, denotando que había algo que se salía de lo hasta el momento habitual en él, a pesar de que los ataques seguían su curso sin demasiados cambios respecto a otros períodos.

A este respecto, las personas que le visitaron durante ese verano dejaron algunos testimonios interesantes sobre su personalidad y su salud, los cuales resultan muy útiles a la hora de tener una visión diferente de los padecimientos que Nietzsche tuvo que soportar y sobre los que, a parte de lo que él contó y lo que su hermana no manipuló, tenemos poca información. En estos relatos nos encontramos con un Nietzsche más bien ciclotímico, que se dejaba llevar por el entusiasmo o por la tristeza hasta un grado grotesco según el momento. Si bien ninguno de estos testimonios habla a las claras de locura, no es menos cierto que algunos de ellos fueron elaborados al ser requeridos por los médicos que trataron al Nietzsche demente, y también en ellos aparece el propio Nietzsche atemorizado por la posibilidad de estar volviéndose loco. De todos ellos, el más significativo es el de la joven estudiante Resa von Schirnhöfer, quien le visitó el mes de agosto. Aunque es extenso, nos interesa porque pone en boca de Nietzsche palabras que no aparecen en sus escritos, otorgándonos un ángulo nuevo a la hora de estudiar cómo vivió él sus trastornos:

Si en Niza había conocido a un Nietzsche aparentemente saludable – si exceptuamos sus ojos enfermos-, esa imagen cambió durante mi corta estancia en la Engadina,

268 NIETZSCHE, F., *Op. cit.*, carta 525 (a Franziska Nietzsche, 10 de agosto de 1884).

donde él habló mucho sobre sí mismo y sobre su dolencia, padeciendo además un fuerte ataque de la misma... Después de que Nietzsche hubiera estado invisible por enfermedad durante un día y medio, la Srta. Willdenow y yo fuimos por la mañana a informarnos sobre su estado. Se nos dijo que se sentía mejor y que le gustaría hablarme. Mientras mi acompañante esperaba a la entrada de la pequeña casita construida en la roca, fui conducida por una estrecha escalera arriba, a un pequeño y modesto comedor. Estaba allí, al lado de la mesa, esperando, y apareció Nietzsche. Se apoyaba, cansado, en la jamba de la puerta medio abierta, tenía una expresión descompuesta en la cara pálida, y comenzó inmediatamente a hablar de lo insoportable de su dolencia. Me describió cómo, en cuanto cerraba los ojos, veía sobreabundancia de flores fantásticas que, entrelazándose y trepando, se abrazaban en incesante crecimiento y, cambiando de formas y colores, brotaban unas de otras, hacia arriba, en exótica frondosidad. 'Nunca tengo tranquilidad', se lamentó; palabras que me impresionaron. Después, me preguntó, de repente, mirándome, temeroso, con sus ojos grandes, oscuros, con su voz suave e insistencia inquietante: '¿No cree Usted que esta situación es síntoma de locura incipiente? Mi padre murió por un padecimiento de cerebro.' Profundamente desconcertada por aquella pregunta que no esperaba en absoluto, me pasaron por la cabeza toda suerte de ideas... No contesté de inmediato, y Nietzsche repitió por segunda vez esta pregunta estremecedora, que me pareció delatar un sentimiento de miedo grande, apenas controlable. [...] Esta escena me dejó una profunda impresión, sobre todo a causa del miedo expectante que se había expresado más todavía en su actitud y mirada que en sus palabras. Aún totalmente impresionada di cuenta de la conversación a Clara Willdenow... Necesitamos mucho tiempo para tranquilizarnos sobre esos oscuros temores y manifestaciones de Nietzsche, que delataban profundos sentimientos de miedo.²⁶⁹

Por este testimonio deducimos el temor que tuvo que padecer Nietzsche ante las consecuencias que su enfermedad le podía reportar. Parecía que la sombra del padre y de la locura fueron algo que siempre tuvo muy presente más allá de los 36 años, generándole inquietud y en buena medida retroalimentando los estados nerviosos en los que se desarrollaban sus ataques, estableciendo un círculo vicioso de difícil resolución. Resulta significativa la reacción de la hermana de Nietzsche cuando Resa le contó el episodio en 1897 en el transcurso de una visita a Weimar: lo negó todo y pretendió convencerla de que había malentendido las palabras de su hermano debido a la impresión por su estado, ya que su padre no había muerto de una dolencia cerebral, sino a causa de un accidente (la familia siempre intentó borrar cualquier clase de inidicio que

269 Tomado de JANZ, *op. cit.* pág. 251-252.

pudiera hacer pensar en problemas mentales).

Además de este episodio, Resa von Schirnhöfer relató cómo Nietzsche intentaba prescribirse sus propios tratamientos y seguir sus pautas, ya que creía que el enfermo debía conocer la propia enfermedad mejor que cualquier médico. El grado al que se aferraba a esta creencia le llevó al extremo de falsificar recetas y de firmarlas como Dr. Nietzsche.

Casi todas las visitas que recibió durante el verano de 1884 hablaron de un Nietzsche doliente y frágil pero al mismo tiempo pletórico y enérgico, que movía a la compasión pero también a la admiración, en la dinámica de altibajos que desde hacía años se había convertido en su cotidianeidad. De todos los testimonios que dejaron sus visitantes, uno de los más esclarecedores en este sentido es el de Heinrich von Stein, quien le visitó a finales de agosto. En una carta a Daniela von Bülow, describe a Nietzsche de esta manera:

En la estrecha estancia campesina en Sils encontré a un hombre que, a primera vista, inspira compasión. Ya me había advertido Usted de antemano, con su comparación con Humperdinck, de lo pálido, lánguido, de su apariencia. ¿Me cree si le digo que hubo momentos en estos días en los que llegué a admirar total y cordialmente a ese hombre? Es verdad que él no debe hablar de sí. Si no lo hace, entonces uno piensa por sí mismo lo que este hombre sufre, y cómo de ello ha salvado un fuerte gozo de vivir. Yo fui testigo de uno de estos días de dolor. La noche siguiente no durmió: pero por la mañana nos saludó un día espléndido de sol.²⁷⁰

Así pues, fragilidad y fuerza combinados en una misma persona, y la sensación de que con esa extraña y paradójica combinación escondía un destino muy particular y especial. Esta es la imagen que se llevaron quienes fueron a verle aquel verano en Sils, y más en general muchos de los que le conocieron, confirmando la intuición que el propio Nietzsche tenía de sí mismo y de su destino, así como de la singularidad que él representaba.

Al final del verano, a pesar de su intención de que a partir de entonces sus movimientos se limitaran a los traslados entre Sils y Niza, la incómoda situación familiar (tal y como confesó a Franz Overbeck por carta, cada vez que recibía una carta de Naumburg, pasaba dos días enfermo) le obligó a realizar un viaje de reconciliación con su hermana. El lugar escogido fue Zurich, a medio camino entre Sils y Naumburg. Bajo un clima suave y radiante, sellaron sus conflictos (en buena parte porque ella iba a

270 Tomado de JANZ, *op. cit.*, págs. 261-262.

marcharse a América con su futuro marido, alejándose por una buena temporada de la vida de Nietzsche). A pesar del buen clima entre ambos, Elisabeth informó a la madre con cierta preocupación, ya que percibía en su hermano una fragilidad extrema, y sentía que en cualquier momento podía sobrevenirle una parálisis cerebral o algún problema grave. Aunque ella nunca reconoció la naturaleza cerebral del mal que aquejó a su padre, y fue la que con mayores esfuerzos intentó acallar cualquier insinuación al respecto, es fácil pensar que, en esta intuición, dirigida a su madre, resonaba el espíritu paterno.

Tras la marcha de la hermana, Nietzsche se quedó hasta finales de octubre en Zurich, atareado en la promoción de la música de Köselitz, así como con problemas con su editor (cada vez más implicado en la causa antisemita, algo que le irritaba profundamente). En general, el mes que pasó en Zurich transcurrió sin ataques, algo a lo que contribuyó la distensión con su hermana y el buen clima de que disfrutaron. En noviembre se trasladó hacia Niza, haciendo una parada de un mes en Menton, a unos pocos kilómetros. Allí volvieron los achaques, y aunque el paisaje allí le agradaba más, la pequeña diferencia de humedad le afectó, obligándole a desplazarse hacia Niza en diciembre de 1884 y abandonar algunos proyectos que puso en marcha (como viajar a Córcega y seguir los pasos de su admirado Napoleón), pero decidido a seguir la estela de la misión que se creía llamado a cumplir, que en esta ocasión era ya la de la elaboración de una gran filosofía para el futuro.

En Niza, aunque tenía algunos admiradores y amigos, su aislamiento en el plano intelectual y filosófico se agudizó. Ya no aspiraba a tener un grupo de seguidores que entendieran su pensamiento. Ni siquiera creía ya en la vieja utopía de crear una comunidad intelectual. Ahora todo lo ocupaba su proyectada gran obra. A ello contribuía su malestar respecto a Niza, de la cual únicamente soportaba su aire y su cielo (según escribió a Franz Overbeck el 22 de diciembre de 1884). Y también contribuía su salud, que no fue buena en absoluto, debido en buena parte al mal tiempo que hizo durante aquel invierno²⁷¹:

Estoy siempre enfermo. Esta noche me he sentido desesperado y no sabía qué hacer o no hacer. Tenemos aquí también un tiempo invernal. Hoy nieva, como ayer. Pero, ¿qué

271 Hasta el momento se ha utilizado la traducción castellana de la correspondencia de Nietzsche a cargo de la editorial Trotta, que hasta el momento sólo ha llegado hasta las cartas de diciembre de 1884. Las cartas citadas a partir de este punto corresponden a los fragmentos publicados en la biografía en cuatro volúmenes de Curt Paul Janz. No obstante, con el fin de mantener cierta coherencia en el formato utilizado para citar las cartas, se hará referencia al número de carta según la versión original alemana en 8 volúmenes de la correspondencia de Nietzsche publicada por de Gruyter.

son dos grados bajo cero? No encuentro palabras para describir la influencia que un cielo nublado tiene sobre mí. El barómetro marca 20 grados por debajo de lo que me resulta soportable. Los médicos de Niza dicen que para los enfermos crónicos los efectos de este invierno son peores que los de cualquier otro.²⁷²

Y los ojos de nuevo volvieron a sufrir muchos problemas:

Manchas, un velo, incluso flujo lacrimoso. No creo que vuelva otra vez a Niza: el peligro de ser atropellado es aquí demasiado grande. Me han tenido que colocar en la mesa; mi estado es tal que no puedo comer ya en público.²⁷³

Sobrevuela estas cartas la intención de no volver a Niza, de abandonar ese lugar que le desagrada pero del que creía extraer beneficios, aunque éstos no se veían en lo que a su salud respectaba (al menos en cantidad y calidad de los ataques, aunque sí en la soportabilidad de los mismos, incluso padeció de lumbalgia, a la que calificó de “habitual”, pero de la que no teníamos noticias hasta el momento). Este afán fue lo que le movió a desplazarse a Venecia en la primavera de 1885 junto a Köselitz, con el fin de ayudarle en su carrera musical, y con quien acabó disgustado por sus escasas dotes en el trato con las personas. Esta tendencia a correr tras cualquier señal amistosa y luego decepcionarse en seguida es un rasgo que con el tiempo se había ido acentuado y que marcaba a fuego sus relaciones con los demás, y no es más que una variante social de la ya comentada tendencia al entusiasmo y a la depresión repentinas.

La estancia veneciana, que transcurrió entre abril y junio de 1885, supuso la habitual estación intermedia entre el refugio invernal y el veraniego, que como siempre se prolongó por varias semanas, y con la que no consiguió lograr nada de lo que buscaba, con la consiguiente decepción. En general, el invierno no había sido positivo para él: la salud no mejoraba, y la gran obra a la que explícitamente aspiraba no avanzaba. Lo único que consiguió escribir fue la cuarta y última parte de *Así habló Zaratustra* (que en principio iba a ser la primera parte de un nuevo libro sobre Zaratustra) y un sinfín de notas y esquemas sobre los que iban a construirse las obras que a partir de aquel momento iba a escribir. La escasa producción tuvo como causas la mala salud y los múltiples problemas que tuvo que afrontar durante aquellos meses (la hermana, el editor, Köselitz...), así como un estado anímico más melancólico de lo

272 JANZ, *op. cit.* pág. 286 (*Sämtliche Briefe* vol. 7, carta 570, a Franziska y Elisabeth Nietzsche, 14 de enero de 1885).

273 JANZ, *op. cit.* pág. 286-87 (*Sämtliche Briefe* vol. 7, carta 589, a Franz Overbeck, 31 de marzo de 1885).

habitual:

Esta primavera está siendo una de las más melancólicas de mi vida.²⁷⁴

Tanto, que la sombra del suicidio asomó en algunas de las cartas escritas a su madre y a su hermana:

[...]es posible que todas mis preocupaciones por el futuro pudieran resolverse de un solo golpe. Por la mañana aún soporto la vida, pero por la tarde y al anochecer, apenas. E incluso me parece que ya he hecho bastante -y en circunstancias bien desfavorables- para poder marcharme con todos los honores.²⁷⁵

En una de las habituales contradicciones, nos encontramos con que el portador de la nueva filosofía, el que debía escribir uno de los más grandes libros de la humanidad, no creía en algunos momentos tener nada más que aportar. Aunque a buen seguro motivadas por el estado de ánimo depresivo del momento y por las consabidas fluctuaciones en el mismo, no deja de extrañar que a sus amigos les hablara del destino que debía cumplir y a sus familiares les expresara la tristeza que le invadía. ¿Cuál de los dos Nietzsches era el cierto? Posiblemente los dos, pero con matices, puesto que es sabido que con sus familiares obviaba los asuntos filosóficos (debido a algunos choques habidos hacía tiempo, relacionados con las críticas al cristianismo), el ámbito en el que creía que tenía su tarea. Ante los demás mostraba la seguridad del que sabe que tiene algo importante que hacer, y ante la familia hacía hincapié en las dudas y los temores (uno de los cuales, ya se ha visto en varias ocasiones, era el de que en cualquier momento le sobreviniera la muerte).

Uno de los principales males que le atormentó en Venecia fueron los problemas con la vista, que iba perdiendo a pasos agigantados, provocándole numerosas molestias en los ojos y ayudando en buena medida a que apareciera la melancolía de la que tanto se quejaba. Por eso no le quedó más remedio que recurrir a los lugares conocidos, a las rutinas en las que poder desenvolverse en su situación de casi-ceguera. Además, los sitios conocidos le proporcionaban una tranquilidad nada desdeñable para su hiperexcitabilidad nerviosa. Por ello, las perspectivas para el verano no cambiaron respecto a los veranos anteriores, a pesar de que sabía lo que le esperaba en Sils-Maria:

274 JANZ, *op. cit.* pág. 309 (*Sämtliche Briefe* vol. 7, carta 604, a Franziska Nietzsche, finales de mayo de 1885).

275 JANZ, *op. cit.* Pág. 308 (*Sämtliche Briefe* vol. 7, carta 600, a Elisabeth Nietzsche, 7 de mayo de 1885).

Aún no sé qué va a ser de mí este verano. Seguramente el viejo Sils-Maria, a pesar del terrible recuerdo que guardo de todas mis estancias allí. Siempre enfermo, sin la alimentación que necesito, aburriéndome de modo indecible por falta de luz en los ojos y de seres humanos y llegando siempre a septiembre sumido en una especie de desesperación.²⁷⁶

Otra vez la contradicción: el solitario Nietzsche, el que necesita alejarse de todo y refugiarse en los Alpes, se muestra aquí resentido con la soledad alpina, así como con su maltrecha salud, que apenas le daba brevísimos instantes de tregua y fuera a donde fuera le acompañaba y le daba problemas, sin que hubiera ya una posibilidad de hallar un lugar en el que mejorara notablemente.

Así pues, Sils fue el destino veraniego de 1885, el lugar donde, ya en serio, intentó extraer de sí lo que él llamó su filosofía, esa obra en la que pudiera volcar todo lo que bullía en su interior, que era lo que él creía que le provocaba toda la angustia vital que padecía:

Pero mi 'filosofía', si es que tengo el derecho de nombrar así a lo que me atormenta hasta las raíces de mi propio ser, ya no resulta comunicable, al menos no por la vía de la publicación impresa. De ahí que cada vez sean mayores mis deseos de tener una conferencia reservada con Jacob Burckhardt y contigo, no tanto para informaros de novedades cuanto para preguntaros cómo creéis vosotros que podría salir de este laberinto.²⁷⁷

Nietzsche se veía atrapado en un laberinto, en *su* propio laberinto, e intuía que no había salida posible. Quería expresarlo, proclamarlo a los cuatro vientos, pero no hallaba el medio más adecuado. Como sentía todas las pulsiones que proliferaban en su seno como las causantes de sus males, pensó que expresarlas, ponerlas negro sobre blanco, le ayudaría a mejorar. Pero en el fondo sabía que era una tarea imposible y que acabaría mal, a pesar de lo cual, de ahora en adelante, iba a dedicar todos sus esfuerzos en intentarlo, algo que jamás logró más allá de algunos esquemas y colecciones de apuntes personales.

El verano transcurrió como de costumbre, con algunos ataques y visitas que le entretuvieron, aunque en esta ocasión estuvo algo más introvertido debido a los

276 JANZ, *op. cit.* pág. 309 (*Sämtliche Briefe* vol. 7, carta 604, a Franziska Nietzsche, finales de mayo de 1885).

277 JANZ, *op. cit.* pág. 312 (*Sämtliche Briefe* vol. 7, carta 609, a Franz Overbeck, 2 de julio de 1885).

esfuerzos por crear su obra. No obstante, algunos de los que lo visitaron dejaron escritas las sensaciones de sus encuentros con Nietzsche, en las cuales se entremezclan la admiración y la extrañeza que provocaban algunas de su reacciones (por ejemplo, toda la seriedad y distinción que mostraba en el trato con los demás se perdía si se le nombraba a Wagner).

En septiembre abandonó Sils para ir a Naumburg, donde aspiraba a zanjar los problemas que desde hacía tiempo mantenía con su editor, y también a visitar a su familia y a algunos amigos, así como a limar asperezas con su cuñado, el antisemita Förster. Naumburg le sentó mal, como él temía: el clima (atmosférico, pero también humano), no era el más adecuado para su estado, y en seguida notó los efectos en forma de malestar. En general, todo lo alemán le provocaba malestar en aquel momento, a pesar de lo cual se quedó en Alemania hasta noviembre, primero en Naumburg y luego en Leipzig, donde siguió con sus gestiones. Después, dirigió sus pasos hacia Niza, no sin realizar antes algunas paradas con diversos fines. En una de ellas, en Florencia, conoció a un astrónomo que conocía bien algunas de sus obras e incluso se sabía pasajes de memoria. Esto halagó sumamente a Nietzsche, quien se admiraba de la vida eremita de este hombre y de que valorara su sabiduría. Pero sobre todo, lo que causó la admiración de Nietzsche fue que esuviera sano:

Y a la vez también, por supuesto, el mordisco más doloroso: un mordisco de conciencia, ciertamente. Porque, evidentemente, este investigador solitario había llegado en lo que hace a sabiduría de la vida [...] mucho más lejos que vuestro amigo. Además, también estaba *sano*: y que un filósofo esté enfermo es cosa que puede asumirse ya como un *argumentum* contra su filosofía. Entretanto me permitirá ratificarle que desde que tengo *mi* filosofía y no sirvo a “falsos ídolos” sano a “velocidad de vértigo” y sigo sanando.²⁷⁸

Destaca y sorprende la afirmación, que no es nueva, de su buena salud, a pesar de que los achaques no le abandonaban y no parecían dar señales de ir remitiendo. Ello puede ser comprendido a la luz de la distinción entre mera salud corporal y salud espiritual, entre lo orgánico, donde Nietzsche no podía presumir, y lo espiritual, donde se sentía fuerte y cada vez más seguro de sus ideas, que buscaba plasmar de una vez por todas. Únicamente así podemos iluminar estas extrañas afirmaciones, a pesar de que arroja dudas sobre su propio pensamiento, al afirmar que la enfermedad puede

278 JANZ, *op. cit.* pág. 329 (*Sämtliche Briefe* vol. 7, carta 647, a Reinhart e Irene von Seydlitz, 24 de noviembre de 1885).

considerarse un argumento contra la filosofía de cualquier pensador.

Sea como fuere, Niza volvió a ser la elección más adecuada para los meses del invierno, en vista de que ningún otro lugar parecía sentarle mejor. Así, a mediados de noviembre se instaló de nuevo en la ciudad francesa, en un continuo peregrinar entre distintos alojamientos, en busca del ambiente idóneo para su salud, que cada vez era más insoportable, dado el mal estado de sus ojos. Por eso, el Nietzsche de los siguientes meses será un individuo a la intemperie, quejoso, anhelante de la compañía de sus pocos amigos, en quienes ve una ayuda que necesita cada vez más, aunque sabe que cualquier convivencia más o menos cercana se convertiría en fuente de nuevos problemas, como ya había ocurrido en el pasado. Además, es preciso tener en cuenta que había dilapidado buena parte de sus relaciones con sus polémicas obras, que le granjearon no pocas rupturas, por lo que estaba más solo que nunca. Además, tenía problemas con su editor, que se había apropiado de sus trabajos y le dificultaba la publicación. Todo ello provocó que en las navidades, como por otra parte era habitual, sufriera ataques especialmente graves.

No obstante, la soledad de la escasa vida social (moderadamente reactivada a partir de enero, con algunas visitas externas y nuevas amistades, entre las que se cuenta el Dr. Schweninger, con quien parece que entabló cierta relación médico-paciente sin éxito alguno para su salud) que desarrolló en Niza le brindó la tranquilidad suficiente para dedicarse a sus prolíficos apuntes, que en esta época eclosionaron de una forma sorprendente, en el proceso que debía concluir con el libro en el que diera al mundo su auténtica filosofía (que hasta el momento tan sólo había sido preparada y bosquejada por Zarathustra y todos los textos anteriores). Como primer resultado de todo este trabajo, elaboró *Más allá del bien y del mal* en los primeros meses de 1886, texto preparatorio de su gran filosofía (el subtítulo es esclarecedor: *Preludio de una filosofía del futuro*, con reminiscencias wagnerianas) que estuvo listo para Pascua, aunque tuvo que atravesar una compleja travesía del desierto editorial, debido a los problemas de Nietzsche con los editores y no vio la luz hasta agosto. En él llama la atención la reivindicación que realiza del sufrimiento como vía para la elevación del ser humano, como ámbito en el que se ha llegado a las más altas cotas de la humanidad, algo que, tras todo lo expuesto, no podemos sino interpretar en clave autobiográfica (como el anuncio de que él, que tanto sufría y había sufrido en su vida, tenía muchísimo que aportar a la humanidad, aportación que con ese mismo libro se ponía en marcha).

A finales de abril Nietzsche se trasladó de nuevo a Venecia, donde volvió a encontrarse con su melancolía y aburrimiento, a pesar de que esta vez no estaba

Köselitz (que se había marchado al norte para promocionar su trabajo musical). En menos de un mes tuvo que volver a trasladarse, esta vez a Naumburg y Leipzig, donde sufriría la decepción del distanciamiento de su viejo amigo Erwin Rohde, que constituía la enésima ruptura de su vida. Además, aprovechó la estancia alemana para promocionar a Köselitz y para arreglar los problemas editoriales, que solucionó pagando de su propio bolsillo las futuras ediciones que quisiera realizar. Todas estas pesquisas ocupan el espacio de las cartas de Nietzsche en estos meses, dejando los informes sobre su salud en un segundo plano. De ello se puede deducir que no hubo un empeoramiento franco en su estado, aunque tampoco podemos afirmar una mejora importante. Por lo tanto, lo más probable es que los ataques se sucedieran según su cadencia habitual (tal y como señala en alguna carta del verano refiriéndose a los meses anteriores), pero desplazados por las nuevas preocupaciones vitales de Nietzsche.

El 27 de junio partió hacia Sils, a donde llegó, enfermo como siempre que viajaba, el día 30. Allí probó con una nueva dieta, esta vez a base de leche y queso de cabra. No debe extrañarnos esta obsesión con las dietas de la que hizo gala a lo largo de su vida, ya que creía que en una buena nutrición estaba la principal clave para la buena salud y la mejoría de las potencialidades humanas. Pero también ocurría que Nietzsche abandonaba sus terapias con la misma rapidez con la que las adoptaba, y apenas unas semanas después describía en una carta a su madre cómo había tomado la decisión de comer con el resto de huéspedes de Sils la misma comida que ellos, dada la mejoría que había experimentado gracias a ello. Así, tenemos noticia de que en esta ocasión Sils le sentó algo mejor que en los años anteriores, en buena parte debido a sus acompañantes, que le eran muy gratos, y también en parte por la tranquilidad que le aportaban la publicación de *Más allá del bien y del mal*, a pesar de los problemas que generaría con algunos de sus amigos, y de saberse en el camino hacia la plasmación de su propia filosofía (para lo cual estaba preparando una reedición con nuevos prólogos, de todas sus obras anteriores).

13.-¿Hacia la curación?

El tono anímico predominante de esta época es el optimismo. Un optimismo desbordante y rayano en la euforia, que se traducía en una mejora de la salud hasta extremos casi inimaginables y que le llegaron a hacer pensar en la cura total, tal y como informaba a sus familiares:

En cuanto al invierno, lo pasaré en Niza; sólo que voy a tener que buscarme alguien

para que me organice allí una existencia 'más digna' (porque me acerco a ese terrible momento en el que uno empieza a ser un 'animal famoso' y tiene que dejarse ver a la *entrée*-). Según el juicio de cuantos me han visto, mi salud ha mejorado decisivamente. Signo de ello: engordo. Sólo los ojos han ido atrás – porque he forzado demasiado la vista. Para los cuatro próximos años se anuncia la elaboración de una obra fundamental en cuatro tomos; el título es ya como para echarse a temblar: *La voluntad de poder. Ensayo de una transvaloración de todos los valores*. Tengo todo lo necesario para ello: salud, soledad, buen humor, a lo mejor incluso una mujer.²⁷⁹

Todo era óptimo en este momento, y los problemas oculares parecían minimizados a la luz del buen momento de salud. Por ello, el traslado hacia el sur se hizo de forma directa, sin paradas suizas o alemanas, parando primero en Ruta Ligure (Italia). Allí disfrutó del buen clima y de la exhuberancia del paisaje, que sin duda le ayudaron en la febril actividad que estaba desarrollando (revisando sus textos anteriores y proyectando los nuevos). Esta actividad se vió reforzada por algunas recensiones y comentarios más o menos favorables a su obra que empezaron a surgir en distintos lugares (no desde el lado de sus amistades, que en general mostraron rechazo e incompreensión).

Tras Ruta, encaminó sus pasos hacia Niza, donde pasó de nuevo la dureza del invierno entre varios fríos y caros domicilios que no acababan de satisfacerle. A pesar de ello, el régimen de trabajo que se había impuesto no cesó: las lecturas se sucedían (a pesar del pobre estado de su vista, “*tres cuartos de ceguera*”, según sus propias palabras), así como las notas y los proyectos. Incluso se produjo una cierta reconciliación, al menos en el plano musical, con Wagner (figura que nunca había dejado de aparecer de una u otra forma en el horizonte de su obra y su vida). De lo metido que estaba en sus trabajos nos da idea una anécdota relacionada con el terremoto que sacudió la ciudad el 23 de febrero de 1887. Las víctimas fueron numerosas y muchos edificios se vieron afectados, aunque Nietzsche no tuvo que padecer ninguno de los estragos en primera persona. No obstante, salió a ayudar a sus conocidos y a infundir ánimos a la población con una tranquilidad pasmosa que no le impidió dormir plácidamente en aquellas jornadas. La experiencia no pareció afectarle en lo más mínimo, y la única molestia que pareció producirle fue la de terminar prematuramente con su estancia invernal, según informó por carta a Franz Overbeck el 24 de febrero de 1887, a pesar de lo cual permaneció en Niza un mes más, abandonándola el 3 de abril.

279 JANZ, *op. cit.* pág. 392 (*Sämtliche Briefe* vol. 7, carta 741, a Bernhard y Elisabeth Förster, 2 de septiembre de 1886).

Partió hacia los Alpes, a Cannobio y luego a Zurich y Chur, sitios en los que pasó la primavera en busca de balnearios y lugares en los que pasear. Sin embargo, se trataba de zonas soleadas en las que sus sensibles ojos se resentían.

Para el verano, intentó encontrar alternativas a Sils, siempre en las alturas de los Alpes, pero ninguna de las opciones le resultó óptima (por la excesiva soledad, porque se truncaron los planes...) y tuvo que regresar a la pequeña aldea de la Engadina, donde se había convertido en un personaje popular y atraía a algunos visitantes (algo que en ocasiones también le molestaba). Llegó fatigado por todo el trabajo que su tarea exigía (lecturas, redacción de numerosas notas) y los primeros momentos los pasó bajo el signo de la enfermedad:

Hasta ahora aquí arriba no he hecho nada mucho mejor que estar enfermo. Llegué con un fuerte ataque de mi dolor de cabeza, tuve vómitos durante 12 horas, en uno de esos estados a los que está demasiado acostumbrada incluso, por desgracia, mi pequeña habitación de aquí. Este estado concluyó en un profundo resfriado general, con fiebre, insomnio, falta de apetito, mareos, apatía, debilidad: de modo que puedo andar menos de lo que quiero y me pongo a sudar inmediatamente (a pesar de la cercanía de la nieve: ante mi ventana queda el resto de un alud). A pesar de ello me alegro de estar aquí de nuevo e incluso del hecho siquiera de estar aún aquí. El haberme mantenido estos últimos años – esto ha sido quizá lo más difícil que hasta ahora me ha deparado el destino.²⁸⁰

Janz señala que Nietzsche vivía en esta época una agudización de la brecha establecida entre la ebullición interior de ideas e impulsos y el intento de mantener una vida externa racionalmente organizada. La tendencia era hacia una profusión intelectual cada vez más exuberante, mientras que tendía a recluirse más y más en unas pocas relaciones epistolares. A pesar de ello, por momentos la salud parecía mejorar, o al menos así lo expresaba en algunas cartas, según los habituales vaivenes en su estado. Incluso en los momentos bajos, existía una cierta conciencia de mejoría, aunque a los ataques, se le había añadido desde hacía unos meses una incómoda depresión neurológica:

Mi salud sale del paso sólo lentamente[...]: hay una cierta y profunda paralización psicológica cuyo motivo y localización no consigo encontrar, gracias a la cual la

280 JANZ, *op. cit.* pág. 424 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 863, a Franz Overbeck, 17 de junio de 1887).

sensación normal se halla permanentemente por debajo del punto cero; - sin exageración alguna, desde hace un año no he tenido un día siquiera en el que espiritual y corporalmente me haya encontrado claro y de buen ánimo. Esta continua depresión (por el día y también de noche) es peor que las crisis fuertes y extremadamente dolorosas a las que me veo sometido tan a menudo.²⁸¹

Llama la atención el contraste entre estas declaraciones y la euforia que expresaba respecto a su pensamiento y a la tarea que tenía por delante, así como con la febril actividad que empezó a desarrollar por la misma época. Esto no es más que una manifestación más de la escisión que operaba en el seno de Nietzsche, del creciente desasosiego, que al mismo tiempo que le desequilibraba y amenazaba con la quiebra total, le espoleaba a crear sin descanso.

A pesar de que las primeras jornadas en Sils no fueron muy halagüeñas, el verano transcurrió en la misma dinámica que los veranos anteriores, salpicado de visitas, con largos paseos, algunos ataques y mucho trabajo intelectual. De nuevo, las visitas que recibió nos aportan datos interesantes acerca de su estado de salud. Así, Meta von Salis, que permaneció en la aldea siete semanas refiere algunos días en los que Nietzsche no salió de su habitación debido a la enfermedad, pero señala que estas jornadas no fueron la norma. Meta fue una grata compañía durante las semanas que permaneció junto a él, y cuando se fue, Nietzsche refirió en sus cartas hallarse desamparado y enfermo de nuevo. Así, al final del verano se produjo un ataque que duró dos días, como en los momentos más duros de su enfermedad.

Esta visible mejoría la achacó a las nuevas pautas dietéticas que desarrolló durante el verano, con el objetivo de alcanzar alguna clase de mejora en su salud que le permitiera dedicarse mejor a su filosofía. Así, reglamentó extremadamente su vida: comidas en soledad (nada de comer con el resto de hospedados en Sils), horarios estrictos, nada de bebidas alcohólicas ni medicamentos, paseos... De todo ello resultó un verano relativamente tranquilo, según relataba a su madre:

Todo el mes de julio estuve muy diligente: parece que con la salud también han vuelto a mejorar mis fuerzas intelectuales. He llevado a cabo asimismo algunas mejoras en la organización de mi modo de vida, que han tenido decididamente *muy* buenas repercusiones. Una de ellas es el hecho de no haber participado ninguna vez todavía de la *table d'hôte*, cuya degustación encierra ciertos riesgos incalculables: además la

281 JANZ, *op. cit.* pág. 424 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 870, a Franz Overbeck, 30 de junio de 1887).

sala está muy caliente, superllena (100 personas aproximadamente, muchos niños), con ruido, basta, nada para tu tierno animalito, que últimamente está un poco demasiado orgulloso para dejarse echar de comer *en masse* sin remordimientos de conciencia. Así pues, como solo media hora antes: todos los días un buen beefsteak rojo con espinacas y una gran tortilla (con mermelada de manzana dentro). Por esto pago lo mismo que por la *table d'hôte*. Por la noche nada más que algunas rajitas de jamón, dos yemas de huevo y dos panecillos. Pero lo más esencial es la innovación por la mañana temprano... Sobre las 5 tomo una taza de cacao amargo (van Houten), que yo mismo me preparo, luego me vuelvo a echar en la cama, vuelvo a dormirme bajo su efecto, pero me levanto puntualmente a las 6 y, cuando ya estoy vestido, bebo aún una gran taza de té. Entonces me pongo a trabajar – y esto funciona. El sistema entero resulta mucho más tranquilo y está más sopesado; también mi humor es mejor. En el mes de julio sólo he padecido tres grandes accesos de dolor de cabeza, con vómitos que duraron días enteros, lo cual resulta un auténtico progreso frente a los meses anteriores.²⁸²

Junto a estas medidas dietéticas, encaminadas a mejorar el rendimiento intelectual, empezó a preocuparse más por su aspecto externo, en un intento de no sólo comportarse como correspondía a su nuevo orgullo filosófico, sino también de aparecer como tal situación exigía. Podría decirse que pretendía encarnar su ideal de filósofo, que seguía un estricto régimen vital e intelectual al servicio del pensamiento. Aunque desde hacía mucho tiempo perseguía este ideal, sólo en esta época estuvo muy cerca de lograrlo, justo en el momento en el que se sintió dueño de su destino y de su propio pensamiento. Fruto de esta época es *La genealogía de la moral*, escrito con rapidez y con un claro espíritu polémico (de hecho el subtítulo fue *Un escrito polémico*), algo que se agudizó en estos meses, dándole a sus escritos un tono más beligerante de lo habitual (no debemos olvidar que ya desde las primeras obras encontramos el afán polémico).

Metido como estaba en todos sus trabajos, y ayudado por la mejoría, Nietzsche permaneció en Sils cuando todos los demás huéspedes ya se habían ido, aguantando un clima que empezaba a empeorar de cara al invierno. El 19 de septiembre abandonó la pequeña aldea alpina para encaminarse a Venecia, donde Köselitz le esperaba. En Venecia halló unas condiciones climáticas óptimas para él, que le facilitaron el seguir trabajando en su filosofía. No obstante, a pesar del buen tiempo, la luz le afectó a los ojos (además del detalle de que Venecia es la ciudad en la que murió Wagner, quien como una sombra recorría la vida y la obra de Nietzsche), haciéndole incómoda la

282 JANZ, *op. cit.* pág. 430-431 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 885, a Franziska Nietzsche, 3 de agosto de 1887).

estancia y obligándole a partir rumbo a Niza el 22 de octubre. El viaje le resultó molesto en exceso (accidentado y con demoras), lo cual le acarreó fuertes dolores de cabeza a su llegada a la ciudad francesa. En ella encontró al principio del invierno un clima más frío de lo normal, aunque por norma general el ambiente de Niza lo encontró mucho mejor que en otros inviernos.

La vida de Nietzsche en estos meses de invierno transcurrió bajo el signo de la más estricta rutina, tal y como ya había hecho durante el verano en Sils, llegando al extremo de privarse de acercarse a la música. Así, pudo informar a su madre en primavera:

Sigue pareciéndome que he de aferrarme a Niza: su influjo climático sobre mí me resulta más benéfico que ningún otro. Aquí aún puedo volver a usar mis ojos tanto como en otra parte. La cabeza se ha vuelto más libre bajo este cielo, año a año; las lúgubres consecuencias de años de larga enfermedad en la proximidad y espera de la muerte aparecen aquí más suavizadas. No puedo olvidar que también mi digestión es aquí mejor que en ninguna otra parte; pero, sobretodo, mi espíritu se siente más despierto y soporta más fácilmente su carga – me refiero a la carga de un sin-vida, a lo que está condenado un filósofo. Por término medio paseo una hora por la mañana, tres horas por la tarde, a grandes pasos – día a día el mismo camino: es suficientemente hermoso para ello. Tras la cena me siento hasta las 9 en el salón, entre ingleses e inglesas, que lo son casi todos, en mi mesa, junto a una lámpara con pantalla. Me levanto a las seis y media y me hago yo mismo mi té: con él tomo algunos bizcochos. A las doce el desayuno; a las 6 la comida principal. Nada de vino, ni cerveza, ni espirituosos, ni café: la mayor regularidad en el modo de vida y de nutrición. Desde el verano pasado me he acostumbrado a beber agua: un buen signo, un progreso.²⁸³

Todo giraba en torno a su filosofía y a su estatus de filósofo. Llama la atención no sólo la valoración tan positiva de Niza (cuando en otras ocasiones no lo había sido tanto), sino también el matiz de pasado con el que habla de la enfermedad, denotando que se hallaba en un buen momento de salud, o al menos que había mejorado respecto a otros inviernos, lo cual favorecía la febril actividad que desarrollaba desde hacía unos meses (si se trata de una causa o una consecuencia de la mejor salud, es algo difícil de saber). Esta hiperactividad le hizo formular numerosos esbozos para la obra futura, que eran abandonados con la misma rapidez con la que eran planteados, sepultados por nuevos apuntes, esbozos y obras con las que iba posponiendo la elaboración de la

283 JANZ, *op. cit.* pág. 450 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 1005, a Franziska Nietzsche, 20 de marzo de 1888).

magna obra que tenía en mente pero que no lograba cristalizar de ningún modo. Así, en estos meses y los siguientes, se sucedieron toda una serie de pequeñas obras: *El anticristo*, *El caso Wagner*, *El crepúsculo de los ídolos* y *Ecce homo*.

Pero además de todo esto, en estos meses se produjo el contacto epistolar con Georg Brandes, quien se convirtió en uno de los primeros estudiosos de la obra de Nietzsche, encargado de dar clases y conferencias sobre él en la universidad. De este modo, Nietzsche se vio espoleado a seguir en su camino, y sentía que por fin los años de aislamiento y progresiva reclusión en la soledad daban sus frutos, poniendo ante sí un futuro brillante, que debía ser refrendado por la proyectada gran obra, que ya contaba de forma provisional con un título: *La Voluntad de poder*.

14.-Turín. El desenlace.

El aumento de luz que la primavera trae consigo no era beneficioso para Nietzsche en la orilla del Mediterráneo, lo cual le obligaba siempre a irse de Niza en el mes de abril, demasiado pronto para volver a Sils, donde el frío aún imperaba de un modo difícil de soportar por el frágil Nietzsche. Así, se hacía necesario hallar un lugar intermedio en el cual pasar buena parte de la primavera y también del otoño (época en la que ocurría algo parecido, ni Niza ni Sils cumplían las condiciones óptimas para él). Ya se ha visto cómo distintos lugares que probó no le sentaron bien (Naumburg, Zurich, Chur, Venecia...), pero ahora recibió una recomendación que se mostró idónea: Turín, ciudad a la que llegó el 5 de abril.

El viaje no fue cómodo y estuvo lleno de vicisitudes: se equivocó de tren y perdió el equipaje, lo cual motivó un violento ataque de cefalea que le obligó a parar cerca de Génova. Finalmente, cuando llegó a Turín, recuperado, le embargó la euforia: había encontrado el lugar adecuado para los otoños y primaveras. Todo parecía hecho a su medida: calles amplias, clasicismo, un cierto aire aristocrático que se mantenía con dignidad, estimulante vida cultural (sobre todo musical), buenos precios y un clima idóneo. Las cartas expresan la euforia del momento con palabras de admiración hacia la ciudad y descripciones de algunos de sus rincones. El propio Nietzsche resumió las sensaciones que Turín le provocó de forma expresiva:

¡El primer lugar en el que soy posible!²⁸⁴

A esta alegría hay que sumar la excitación provocada por la intervención de

284 JANZ, *op. cit.* pág. 466 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 1022, a Heinrich Köselitz, 20 de abril de 1888).

Georg Brandes, que había iniciado una serie de conferencias sobre él y su obra en Dinamarca. Nietzsche veía ante sí un futuro prometedor, cuyo primer paso iba de mano de las lecciones de Brandes, pero que aspiraba a mucho más. Por ello empezó a ajustar cuentas con su pasado, escribiendo en medio de la euforia *El caso Wagner*, donde plasmaba algunas reflexiones en torno a Wagner y a su música, algunas de las cuales hacía tiempo que albergaba en su interior, pero que no había expresado. Y al fondo, como en los últimos meses, estaba la obra capital, que no acababa de ponerse en marcha, a pesar de la enorme cantidad de notas, esbozos y esquemas que estaba elaborando.

En lo que a salud respecta, los dos meses que pasó en Turín fueron óptimos. Si bien los ataques no dejaron de acuciarle, se redujeron, lo cual, teniendo en cuenta que en los momentos más críticos se producían casi semanalmente, constituye una notable mejoría. El mismo Nietzsche así lo expresó:

Mi salud se ha mantenido. Durante estos dos meses en Turín he estado cuatro veces enfermo: un *mezzo termino*, con el que puedo sentirme contento.²⁸⁵

En esta tesitura, llegó junio, y con él, la necesidad de regresar a Sils, a donde llegó el 6 de junio, en medio del mal tiempo y de un duro ataque provocado por las inclemencias y por el viaje (además de por la diferencia de altura entre las dos localidades). Las semanas siguientes el clima se mantuvo desagradable, sumiendo a Nietzsche en el dolor de cabeza y la melancolía, tal y como relataba a su madre:

He soportado hasta ahora un tiempo malo y difícil. Todavía ayer no supe sobreponerme a las ideas más tristes. ¿Sabes?, me parece que a mí no sólo me falta salud, sino también condiciones para curarme – la fuerza vital es tan débil, no puedo resarcirme de las pérdidas de más de diez años, por cuanto he vivido siempre del 'capital', sin añadirle nada-. Me mantengo aceptablemente con mucha arte y cuidado, pero ¡cuánto tiempo hace que estoy débil, como no debiera estarlo una persona de mi edad! También es un mal síntoma este estado suprasensible en relación al clima. Casi todo el tiempo estuve en una situación indescriptiblemente mala. Un profundo dolor de cabeza que me producía en el estómago ganas de vomitar; sin ganas ni fuerzas para pasear; repugnancia por mí...²⁸⁶

285 JANZ, *op. cit.* pág. 480 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 1040, a Franz Overbeck, 27 de mayo de 1888).

286 JANZ, *op. cit.* pág. 482 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 1051, a Franziska Nietzsche, 25 de junio de 1888).

Estos informes se repitieron en distintas cartas a lo largo de los meses de junio y julio, y en todas ellas expresa la misma idea: que su problema no es tanto de cabeza o de estómago, sino de dificultad de adaptación al ambiente y de hipersensibilidad al clima. Al final, en los últimos días de julio la situación era tan desesperada que se decidió a ir al médico, quien le diagnosticó una disentería. El régimen alimentario tuvo que endurecerse mientras le duró la subsiguiente debilidad corporal. Y aunque en este caso la causa del estado de estos meses fuera infecciosa, tomó los síntomas (que, por otra parte, no eran muy distintos a los habituales) como una manifestación más de sus males y los interpretó en la habitual clave existencial, como un jalón más en el camino de su enfermedad.

En las palabras de la carta anterior se destila el temor de estar al borde de la ruptura, de que el “capital” del que habla se esté agotando, poniendo sobre la mesa la posibilidad de alguna clase de desenlace, como realmente ocurrió en el invierno siguiente con la irrupción de la locura. De este modo, nos hallamos ante un error clarividente de Nietzsche, al tomar una simple infección intestinal como un agravamiento de sus problemas de salud, un agravamiento que no anunciaba nada bueno.

No obstante, a partir del diagnóstico de la disentería, y gracias a las correspondientes medidas dietéticas que puso en marcha, la salud volvió a remontar hasta el punto de poder desarrollar la actividad habitual de todos los veranos en Sils: visitas (las cuales no apuntan a ninguna señal evidente del inminente desmoronamiento, aunque sí relatan conversaciones en torno a la enfermedad, en las que Nietzsche subrayaba la importancia que tenía para su pensamiento y su actitud vital), paseos y soledad (cada vez más acentuada, a pesar de las visitas y del creciente reconocimiento exterior). Además, pudo centrarse en sus trabajos, en los innumerables prólogos para su Transvaloración que eran cada una de las obras que publicaba desde hacía unos meses. En esta ocasión, perfiló *El caso Wagner* y elaboró *El crepúsculo de los ídolos* (con claras resonancias wagnerianas en el título, publicado con posterioridad a la irrupción de la locura). También escribió, en medio de arrebatos de inspiración y euforia (algunos de los cuales le sorprendían de noche mientras dormía), el que concibió como auténtico prólogo a la Transvaloración, pero que se quedó en un escrito polémico más, centrado en la crítica al cristianismo. A esta obra le puso el título de *El Anticristo*, y aunque la planteó como prólogo a su “obra capital”, en la práctica supuso el desvío y abandono del camino hacia dicha magna obra.

En medio de tanta actividad llegó el mal tiempo y las inundaciones, que le obligaron a posponer su partida de Sils, efectuada el 20 de septiembre. El destino fue nuevamente Turín, pero el trayecto fue hecho en medio del mal tiempo y por terrenos inundados, lo cual dejó a Nietzsche agotado. Cabe pensar que la consecuencia del duro viaje iba a ser, como en tantas ocasiones anteriores, un nuevo y duro ataque. Sin embargo, el ataque no se produjo:

Llegué a Turín agotado por el aire blando y desagradable de la Lombardía: pero, ¡curiosamente!, como de golpe, todo se arregló. Claridad maravillosa, colores otoñales, un exquisito bienestar en todos los sentidos.²⁸⁷

De pronto, de un día para otro, los dolores y molestias que tanto le habían perturbado en los años anteriores desaparecieron por completo. También desaparecieron las fluctuaciones entre euforia y depresión. La sensación que le invadió fue el alivio y la alegría por sentirse tan bien. Le achacó esta sorprendente mejoría a Turín y al perfecto acoplamiento entre la ciudad, el clima y su estilo de vida, algo a lo que siempre había aspirado:

No he perdido ni un solo día de trabajo y estoy incomparablemente mejor que en la Engadina. Turín es también el único lugar donde mi alimentación responde totalmente a mis necesidades personales.²⁸⁸

A cambio de esta mejora, padecía algunos pequeños episodios de desconexión de la realidad, de los que no se daba cuenta debido a la naturaleza del mal. En definitiva, parece que la ausencia de dolor y molestias no era más que el resultado de la insensibilidad nerviosa, un estadio previo a la pérdida del juicio, algo que acaecería en unos meses.

Sea como fuere, y en la medida en que él era ajeno a lo que en su organismo ocurría, el estado de ánimo de Nietzsche en este otoño turinés de 1888 fue inmejorable, y ello se refleja en las cartas, en las que describe con profusión la bonanza del lugar y del clima, y todas las buenas sensaciones que éstos le generaban. Tan es así que pensó en pasar allí todo el invierno, olvidando Niza, que nunca le había sentado del todo bien. Incluso su aspecto físico había cambiado: caminaba más erguido, y cuidaba con esmero

287 JANZ, *op. cit.* pág. 503 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 1122, a Heinrich Köselitz, 27 de septiembre de 1888).

288 JANZ, *op. cit.* pág. 503 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 1123, a Franziska Nietzsche, 28 de septiembre de 1888).

su aspecto exterior. Así, relataba a Köselitz:

Me acabo de mirar al espejo – nunca he tenido esta apariencia-. Modélicamente, de buen humor, bien alimentado y diez años más joven de lo que debiera permitirse. Además de ello, desde que he elegido Turín como patria, he cambiado mucho en los honores que me concedo a mí mismo – me precio, por ejemplo de un sastre extraordinario y pongo interés en que se me vea por todas partes como un extranjero distinguido. Lo he conseguido admirablemente-. Hasta ahora no había sabido lo que era comer con apetito, ni tampoco lo que me resulta necesario para mantenerme con fuerzas. Mi crítica de Niza se ha vuelto muy acerba: dieta insuficiente y completamente malsana, especialmente para mí. Lo mismo, quizá peor, vale para su Venecia, ¡querido amigo! Con la mejor disposición de alma y estómago, como aquí cuatro veces más que en el 'Panada'.²⁸⁹

Como se ve, incluso se permitió el lujo de relajar en cierta medida el estricto régimen dietético que llevaba siguiendo desde hacía años. Sin embargo, el nuevo estado en la salud de Nietzsche vino acompañado de un ímpetu y una seguridad en sí mismo que le llevaron a intentar ajustar cuentas con su pasado, sobre todo con lo relacionado con Wagner. De este modo, envió algunas cartas agresivas a sus principales amistades del pasado, provocando sonoras rupturas y la profundización en su soledad. La más significativa fue la ruptura con Malwida von Meysenbug, la maternal amiga que tanto le había ayudado en los peores momentos y que ahora, dada su relación con los círculos wagnerianos, era vista con recelo. A pesar de ello, Malwida nunca dejó de manifestar su cariño por él. Sólo le quedaron Overbeck y Köselitz. Paralelamente, intentó establecer puentes con sus amistades más recientes y, de forma particular con los seguidores que iban surgiendo en distintas partes.

Los indicios de popularidad que poco a poco le iban llegando, unida a la euforia que vivió en Turín y a la enorme filosofía que sentía bullir en su interior y que debía salir en forma de una gran obra, llevaron a Nietzsche a una autoconciencia exagerada, según la cual se veía a sí mismo como alguien que iba a partir la historia en dos de forma explosiva (tomando una expresión que le dedicó el comentarista Widmann en una recensión a *Más allá del bien y del mal*, empezó a calificarse a sí mismo como “dinamita”). Por ello, creyó necesario presentarse ante el público que había de leerle en forma de autobiografía, texto que tituló *Ecce homo*. En él reinterpreto su propia

289 JANZ, *op. cit.* pág. 504 (*Sämtliche Briefe* vol. 8, carta 1137, a Heinrich Köselitz, 30 de octubre de 1888).

existencia a la luz de la filosofía que intentaba desarrollar, otorgándole un importante papel a la enfermedad, como ya hemos visto, así como de la relación con Wagner, de la que emanaron varias obras (si no la mayor parte o la completa totalidad de ellas), y de la que todavía tendría tiempo de escribir en *Nietzsche contra Wagner*, que se convirtió en la última obra que escribió.

En medio de esta vorágine de escritos, contactos y proyectos transcurrieron los últimos meses de 1888, espoleado por una inusual buena salud que a la postre se mostró como la calma previa a la tormenta. 1889 se inició con la brusca irrupción de la locura en los primeros días. Llama la atención el hecho de que se produjera en los días siguientes a la Navidad y el año nuevo, siguiendo la tónica habitual de grandes ataques en esas fechas. La frontera entre realidad y fantasía se fue diluyendo, llegando a un estado en que el delirio se mezclaba con el recuerdo y el presente, configurando extrañas cartas y notas. Incluso la identidad se vió afectada y se identificó con personalidades varias (políticos, criminales, e incluso con el mismo Dionisos). Su comportamiento se desordenó, se volvió extravagante e incluso escandaloso, y su estilo se descompuso (empezó a no respetar las coherencias entre las palabras y las partes de las frases). Al final, los amigos, al recibir las extrañas cartas que escribía, tomaron la decisión de ir a buscarlo a Turín para llevarlo a un manicomio en Basilea. De este modo se acabó la vida lúcida de Nietzsche, que quedó sumido en su propia mente, cada vez más confusa y oscurecida hasta el 25 de agosto de 1900, fecha en que murió a causa de una neumonía.

15.-Concluyendo.

Desde el momento en que se dió a conocer el hundimiento mental de Nietzsche, a los pocos días de suceder, empezaron las elucubraciones acerca de qué era lo que podía haberle ocurrido. No tardaron en aparecer los primeros estudios (el primero de ellos, elaborado por Möbius, apareció en 1902) en los que se rastreaba en los síntomas que había padecido a lo largo de los años en busca de un diagnóstico definitivo que pudiera dar una explicación a todo lo padecido en esos años y también al brusco final. Muchos estudios y discusiones le siguieron, pero aquí no nos interesan, en la medida que el presente trabajo intenta profundizar en la vivencia que el propio Nietzsche experimentó de su enfermedad y en cómo pudo influir en su filosofar. Por eso, dado que a partir de enero de 1889, y aunque todavía vivió una década más, no produjo ninguna nueva obra (ni siquiera hubo fragmentos póstumos), es preferible dejar de lado este período de demencia, en el cual no podemos saber nada en primera persona de lo que

ocurrió. Así pues, Nietzsche queda abandonado a su suerte en este punto, en brazos de la locura, para que nosotros podamos proseguir nuestra investigación, que ahora debe dirigirse a bucear en la producción nietzscheana en busca de la salud y la enfermedad (no de la enfermedad concreta que él padeció, sino de la salud y la enfermedad en abstracto).

Dado que el trasfondo sobre el cual se ha construido este trabajo es la idea de que lo vivido ejerce alguna clase de influencia sobre lo pensado (en la medida en que el filosofar es una parte del vivir), lo expuesto ha de servir como paso previo a una profundización en el pensamiento de Nietzsche desde la perspectiva de que se trata de un pensamiento elaborado por alguien profundamente enfermo que vivió su enfermedad como algo fundamental, así como también el ansia de salud. De este modo, su sensibilidad hacia todo lo enfermo y hacia cualquier señal de podredumbre, pero también de vitalidad, se vieron acrecentadas, manifestándose en su filosofía, en la cual se han de poder rastrear, bajo diversas perspectivas y adoptando distintas formas, los fenómenos de la salud y la enfermedad. La labor exige una lectura profunda de la obra nietzscheana, va más allá que la mera lectura de fuentes biográficas, autobiográficas y epistolares hecha hasta el momento. Tal vez se puede realizar con independencia de cualquier estudio biográfico. Pero el presente trabajo resulta necesario a modo de introducción a esa profundización, sobre todo si tenemos esa idea de la relación entre vida y pensamiento que lo ha sobrevolado y que ha de marcar el desarrollo futuro de estas reflexiones en torno a Nietzsche, su obra y la salud y la enfermedad.

Así pues, quede este trabajo como mera propedéutica, como introducción a la complejidad del personaje Friedrich Nietzsche y su vida como enfermo y como incansable luchador en busca de la salud, algo que no logró desde una perspectiva médico-fisiológica, pero que sí consiguió en lo vital, al mantener el pulso de su pensamiento y no abandonarse del todo a la enfermedad, al menos durante un período de tiempo considerable. A partir de aquí, resta la labor del estudio de la cristalización escrita de toda esa vida que hasta el momento hemos glosado. Pero eso excede el objetivo de la presente memoria de investigación y conforma el cuerpo de lo que debe ser una tesis doctoral.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones de las obras de Nietzsche utilizadas:

NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia, volumen I (junio 1850-abril 1869)* (trad. Luis Enrique de Santiago Guervós). Trotta. Madrid, 2005.

NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia, volumen II (abril 1869-diciembre 1874)*(trad. José Manuel Romero Cuevas y Marco Parmeggiani). Trotta. Madrid, 2007.

NIETZSCHE, Friedrich. *Correspondencia, volumen III (enero 1875-diciembre 1879)*(trad. Andrés Rubio). Trotta. Madrid, 2009.

NIETZSCHE, Friedrich. *De mi vida. Escritos autobiográficos de juventud* (trad. Luis Fernando Moreno). Valdemar. Madrid, 1996.

NIETZSCHE, Friedrich. *Ecce Homo* (trad. Andrés Sánchez Pascual). Alianza Editorial. Madrid, 2008.

NIETZSCHE, Friedrich. *Ecce Homo* (trad. Fco. Javier Carretero Moreno). Edimat libros. Madrid, 1999.

NIETZSCHE, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*. (trad. Andrés Sánchez Pascual). Alianza Editorial. Madrid, 2004.

NIETZSCHE, Friedrich. *Fragmentos póstumos*, vol. II (trad. Manuel Barrios y Jaime Aspiunza). Tecnos. Madrid, 2008.

NIETZSCHE, Friedrich. *Fragmentos póstumos*, vol. I (trad. Luis E. de Santiago Guervós). Tecnos. Madrid, 2007.

NIETZSCHE, Friedrich. *Humano, demasiado humano* (trad. Alfredo Brotons). Akal. Madrid, 2007.

NIETZSCHE, Friedrich. *La filosofía en la época trágica de los griegos* (trad.

Luis Fernando Moreno Claros).Valdemar. Madrid, 2003.

NIETZSCHE, Friedrich. *La gaya ciencia.* , Alba, Madrid, 1997.

NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral* (trad. Andrés Sánchez Pascual). Alianza Editorial. Madrid, 2006.

NIETZSCHE, Friedrich. *Los filósofos preplatónicos* (trad. Francesc Ballesteros). Trotta. Madrid, 2003.

NIETZSCHE, Friedrich. *Sämtliche Briefe. Kritische Studienausgabe (KSB).*v Ed. G. Colli y M. Montinari, Berlin/New York: Walter de Gruyter, 2003.

NIETZSCHE, Friedrich. *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Bänden (KSA).*6 Ed. G. Colli y M. Montinari, Berlin/New York: Walter de Gruyter, 1988.

Otras obras consultadas:

ANDREAS-SALOMÉ, Lou. *Friedrich Nietzsche en sus obras* (trad. esp. Luis Fernando Moreno Claros). Minúscula. Barcelona, 2005.

BRANDES, Georg. *Nietzsche. Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático* (trad. José Liebermann) . Sexto Piso. México D.F. , 2008.

DILTHEY, Wilhelm. *Introducción a las ciencias del espíritu: ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia* (trad. Julián Marías). Alianza. Madrid, 1980.

DILTHEY, Wilhelm. *Obras de Wilhelm Dilthey* (10 volúmenes, trad. Eugenio Imaz). Fondo de Cultura Económica. México, 1944-1963.

FERRATER MORA, José. *Diccionario de Filosofía* (2 vols.). Editorial sudamericana. Buenos Aires, 1965.

FERRATER MORA, José. *Dilthey y sus temas fundamentales.* En *Revista*

GABILONDO PUJOL, Ángel. *Dilthey: vida, expresión e historia*. Cíncel. Madrid, 1988.

JANZ, Curt Paul. *Friedrich Nietzsche* (4 vols.) (trad. Jacobo Muñoz). Alianza. Madrid, 1981.

JASPERS, Karl. *Nietzsche* (trad. Emilio Espriu). Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1963.

KANT, Immanuel. *Crítica de la razón pura* (trad. Pedro Ribas). Alfaguara. Madrid, 1997.

MORILLAS, Antonio. *Concordancias "La voluntad de poder"- edición Colli-Montinari*. En *Estudios Nietzsche*, nº4 (2004). Págs. 193-208.

MUÑOZ-ALONSO LÓPEZ, Gemma. *Reflexiones sobre Schopenhauer y su teoría del cuerpo*. En *Revista general de información y documentación*. Vol. 2, nº 2, 1992. Págs. 93-104.

ORTEGA Y GASSET, José. *Guillermo Dilthey y la idea de la vida*. En *Obras completas, tomo VI (1941-1955)*, págs. 222-265. Santillana. Madrid, 2006.

OVERBECK, Franz. *La vida arrebatada de Friedrich Nietzsche* (trad. Esp. Iván de los Ríos). Errata Naturae. Madrid, 2009.

PLATÓN. *Fedón. Fedro*. (trad. Luis Gil Fernández). Alianza Editorial. Madrid, 1999.

RÁBADE ROMERO, Sergio. *El cuerpo en Schopenhauer*. En *Logos: anales del Seminario de Metafísica*, núm. 23, 1989. Págs. 135-148. Ed. Universidad Complutense. Madrid.

ROHDE, Erwin, WILAMOWITZ-MÖLLENDORFF, Ulrich von y WAGNER, Richard, *Nietzsche y la polémica sobre "El nacimiento de la tragedia"*, ed. Luis de

Santiago Guervós. Ágora. Málaga, 1994.

ROSS, Werner. *Friedrich Nietzsche. El águila angustiada. Una biografía* (trad. Ramón Hervás). Paidós. Barcelona, 1994.

SAFRANSKI, Rüdiger. *Nietzsche. Biografía de su pensamiento* (trad. Raúl Gabás). Tusquets. Barcelona, 2004.

SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y como representación* (trad. Eduardo Ovejero). Aguilar. Buenos Aires, 1960.

STANFORD UNIVERSITY. *Stanford Encyclopedia of Philosophy* [En línea]. Stanford, 2008. <<http://www.plato.stanford.edu/>>

SPIERLING, Volker, *Nietzsche y Schopenhauer: una comparación*, en Enrahonar: quaderns de filosofia, nº 25, 1996, págs. 21-39.

VILLAR EZCURRA, Alicia. *La crítica de Nietzsche a Schopenhauer sobre el valor de la compasión*, en *Nietzsche y la Hermenéutica*, actas de l congreso *Nietzsche y la Hermenéutica* (Valencia, del 5 al 7 de noviembre de 2007), vol. I, págs. 133-142.